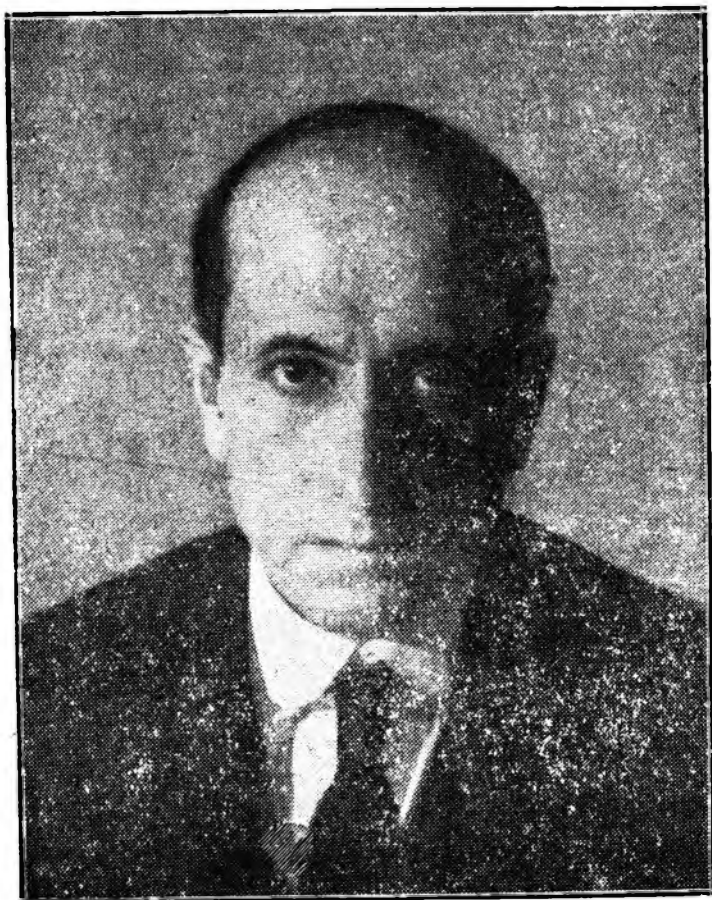




NOSOTROS



AMADO NERVO

Nació en Tepic (Méjico) el 27 de Agosto de 1870

Falleció en Montevideo el 24 de Mayo de 1919

NUESTRO HOMENAJE A AMADO NERVO

Como lo hicimos con los dos grandes escritores de América, Rubén Darío y José Enrique Rodó, dedicamos este número a la memoria de Amado Nervo. El querido y admirado poeta mejicano ha venido a morir entre nosotros. Noble artista, alto espíritu a quien toda América llora en estos momentos, este homenaje a su vida y a su obra que los escritores argentinos y uruguayos rinden, no es más que justicia que se le debe. El lector verá interpretada su obra de diverso modo en las páginas siguientes; pero coinciden todos los intérpretes en inclinarse reverentes ante aquella elevación y nobleza. Esta revista ya ha dicho sobre Nervo su palabra dos veces en breve espacio de tiempo: por boca de Manuel Gálvez, en la fiesta inolvidable en que le dió la bienvenida; después, el mes pasado, en la sorpresa y aflicción de la imprevista muerte. Nada más tiene que agregar la dirección. Este número, bien elocuente, habla por ella. Sólo reclamamos que nos sea reconocida la difícil contribución que llevamos a estas páginas conmemorativas: el respeto por la libertad del pensamiento, que en esta casa es ley.

LA DIRECCIÓN.

POESIAS INÉDITAS DE AMADO NERVO (1)

siempre...

—¿Y cómo harás en lo futuro versos?

—Haré mis versos sin hacerlos... casi

fluídos, casi inmateriales, tenues,

sin palabras apenas,

o palabras que formen leve reja,

delgada reja tras la cual asome,

tembloroso mi espíritu desnudo;

mi espíritu sediento

y hambriento de supremas realidades;

ávido de saber la sola cosa

que hay que saber en vísperas

de la gran travesía...

—¿Y amarás?

—Ay! sí, porque he nacido

para amar... Bien quisiera

que a lo invisible abriese su corola

únicamente el alma;

pero no puedo aún: Eva sonrío

y tras ella, prendido mi deseo

en el rayo de sol de su sonrisa,

vuela incapaz de detenerse, amigo!

Me temo, pues, que mi postrero canto

sea un canto de amor.

(1) Amado Nervo dejó escrito un libro de versos de amor, titulado *El arquero divino*. De él ofrecemos a nuestros lectores la primicia de estas dos admirables composiciones.

Todavía no.

Ah! no, no, todavía no te vayas, Amor,

Ah! no, no, todavía...

En mi otoño hay fulgor,
en mi cerebro lumbre.

El sol mágicamente reverbera en la cumbre.

Ah, no, no, todavía no te vayas, amor!

Algo aprendí en la vida, y un poquito de ciencia
da precio a las ternuras...

Tengo mucha indulgencia
para las cabecitas jóvenes; mi alegría
es cordial, y aún conserva su virgen transparencia
mi ingenuidad de niño (tan docta es su inocencia)
Amor, no, no te vayas: quédate todavía!

Llevo en mi vieja alforja filtros para los males
más enconados; alas para los ideales
enfermos; para todo desánimo vigor,
para melancolía de doncellas, remedio,
y sé contar historias que destruirán el tedio:
Ah, no, no, todavía no te vayas, amor.

Amor, no, no te vayas: yo posaré en tus rosas
mis labios, tan ligeros como dos mariposas,
y no dejaré ninguna de sus corolas gayas.
Para tocar la carne sagrada de tus diosas,
serán mis manos blandas cual sedas temblorosas...
Amor, no, no te vayas.

AMADO NERVO.

AMADO NERVO (1)

Señores:

Los estudiantes de esta Facultad han querido tributar un homenaje a la memoria del ilustre escritor mejicano Amado Nervo, recientemente arrebatado a las letras americanas, y me han hecho el honor de designarme para que los represente, haciendo uso de la palabra en este acto. Conozco la responsabilidad que ello importa y desconfío mucho, por causas orgánicas y por motivos ocasionales, de poder mostrarme a su altura; pero no podía negar mi concurso a una solemnidad tan concorde con mis sentimientos, y vengo a esta casa, para mí tan cara, a decirles sencillamente mi impresión sobre Amado Nervo, no por confianza en mis fuerzas, sino por natural acatamiento a la decisión honrosísima del Centro de la Facultad.

El estudio completo de una personalidad tan alta y representativa como la de Amado Nervo excede a todas luces los límites de una conferencia y sólo puede realizarse en las páginas del libro o la revista. Por ello, yo sólo os hablaré aquí del poeta, que es en Nervo sin duda lo más valioso, y aun de-

(1) Esta conferencia fué leída el día 27 de Junio en la Facultad de Filosofía y Letras. Precedió al ilustre conferencista en el uso de la palabra, el presidente del Centro de Estudiantes, señor B. Ventura Pessolano. En la parte esencial de su breve y hermoso discurso, dijo el señor Pessolano:

"Florido rosal que en todos los climas de la tierra y bajo todos los cielos germinó rosas de amor y de piedad; alondra mística en cuyo pecho la desolación no tuvo notas, sino cuando de sus últimas vibraciones nacería más alegre el himno de la esperanza, eso fué la vida de aquel gran señor de rostro magro, que de haber nacido en el siglo XIII hubiera caminado, con el pie llagado, por los caminos de San Francisco, en busca del hermano lobo y de la hermanita piedra.

"Poeta serenísimo a quien pudo perturbar en sus peregrinaciones por los "senderos yermos", el *sicut nubes* del Kempis o la gran voz atormentada del Eclesiastés; a quien las inquietudes de la muerte y las pompas de la vida pudieron un día nublarle la mirada y llenarle de tris-

beré hacerlo sintéticamente, concretándome a señalar su procedencia literaria, su evolución artística, su rumbo espiritual y las características personalísimas de su poesía, que tan poderosa y simpática resonancia ha tenido en las generaciones contemporáneas.

Amado Nervo comienza a darse a conocer en Méjico hacia 1896. Su primer libro publicado, que, como sabéis, fué una novela, *El Bachiller*, es precisamente de esa fecha. Dos años más tarde aparece su primera colección de versos, *Pérlas negras*. Alboreaban a la sazón en Méjico las nuevas tendencias líricas, todavía no exageradas ni maleadas por las extravagancias, dislocaciones y superficiales artificios, de que tan *luenga muestra* ofreció luego el llamado *modernismo*, de aquende y de allende el mar. Acababa de morir (1895) en plena juventud el admirable y delicadísimo Gutiérrez Nájera, mantenedor de la tradición romántica depurada, y precursor a la vez, no propiamente iniciador, de las nuevas tendencias. La primera serie poética de Amado Nervo, aunque débil, obedece evidentemente a su influencia, con tal cual rasgo heiniano. En la segunda, titulada *Poemas* y publicada en París, en 1901, aparece ya firmemente delineada la personalidad del poeta en una composición que se alza cien codos sobre todas sus antecesoras y compañeras. Me refiero a *La hermana Agua*, que ofrece, con plena madurez artística, lo más esencial y característico de su espíritu. Mucho de cuanto se admira y commueve, en diversas formas, en sus más valiosos libros posteriores, su concepto cristiano de la vida, su resignación consciente y viril, su luz de eternidad, su fertilidad imaginativa, el fácil movimiento de su expresión, está ya presente en esa inspiración admirable, tan justamente celebrada. Desde la publicación de *Poemas* y de los versos de

teza el corazón, porque jamás tuvo ni el grito amargo del dolor antiguo, ni la protesta airada que hiela de espanto las fuentes de la esperanza. Poeta serenísimo, y bueno y generoso poeta, porque de su zurrón merendaron los peregrinos retardados en los breñares, porque no "prodigó savias en pinchos punzadores", porque retribuyó "trocada en flor de paz" y santificada en bendiciones de amor la espina que le hiriera en su lírica trashumación por la vida; porque lloró en silencio y a costa suya disminuyó el dolor universal; porque pasó amable y enternecido, con la honda beatitud de aquel pastor del Asia que dialoga con la luna en los versos de Leopardi y que Tomás Young puso en su plegaria por los muertos... Poeta serenísimo que en la plenitud de su vida pudo resguardarse a la vera de aquel arroyo y a la sombra de aquel árbol, de que nos habla el salmista, donde toda la sombra es fresca y toda el agua es cristalina".

El Exodo y las Flores del Camino, un año más tarde, Nervo apareció definitivamente afiliado al *modernismo*, que tenía su cuartel general en París, donde el poeta a la sazón se encontraba.

En lo que se ha llamado *modernismo*, que, como todos los *ismos* análogos, aún los más substanciales y trascendentales de *clasicismo*, *romanticismo* y *realismo* (cuando aparecen como escuelas militantes), no es sino una especie de codificación artificial y exclusivista de tendencias naturales dispersas, más o menos enérgicas según las épocas, concurren sin duda elementos de muy diversa índole, ya espirituales, ya formales, cuyo completo análisis no cabe hacer aquí. Recordaré sólo que, agotado y degenerado el gran movimiento romántico en un sentimentalismo declamador, vago e insípido, y flojos o enmohecidos los resortes técnicos del estilo y del verso, surgió en la segunda mitad del siglo anterior en Francia (gran inventora de modas artísticas... y de otras) la escuela llamada de los *parnasianos*, que puso en los primeros artículos de su código la *impasibilidad* y la absoluta ausencia de todo sentimiento en los versos. Dió en cambio toda su fuerza a la sensación y a la forma, haciendo alarde de la más difícil perfección técnica. Como escuela de transición y de preparación de un arte más esbelto y severo, fué sin duda excelente; pero sus primorosas ánforas vacías no podían mitigar la más noble sed de las almas, ni ponerlas en contacto con las profundas corrientes de la vida. De donde resultó que los verdaderos poetas afiliados al parnasianismo, sólo lo estuvieron provisionalmente y a título de aprendizaje, mientras afilaban y bruñían sus armas. No pudieron permanecerle fieles, ni su mismo gran fundador Leconte de Lisle, ni menos Sully Prudhomme y Coppée. El autor de *Le vase brisé* hizo vibrar íntimamente sus versos con las delicadezas de un romanticismo depurado, glorificó el sacrificio por la ciencia que mira al bien humano y llegó a ser superiormente didáctico y filosófico en *La justice* y en *Le Bonheur*. Coppée practicó una especie de realismo lírico urbano. La poesía volvió, pues, a llevar en su corriente sonido de alma; pero puesta luego en excesivo contacto con las inmediatas realidades de la vida, históricas, políticas y sociales, en una edad extenuada y prosaica, se contaminó de *materia vulgar*, perdió o debilitó el sentido de la forma pura, vivaz y límpida, profanó el misterio y el sacerdocio del canto (*musarum sacerdos!*) y empañó la lira con el polvo del com-

bate mental. Y bien, es para mí evidente que la raíz y el primer impulso de lo que se ha designado con los nombres de *decadentismo*, *simbolismo* y *modernismo* fué un movimiento de reacción contra tales contaminaciones y flacideces artísticas. Se quiso un arte más *irreal*, altivamente alejado de los sentimientos, ideas y hechos comunes de la vida, con esfera propia y autónoma, de más sintético y eficaz *estetismo*. Esta tendencia era en principio noble y plausible, y tiene antecedentes bien caracterizados, aunque muchos los desconozcan u olviden, en muy diversas épocas y regiones y bajo el predominio de las más opuestas escuelas. La preferencia por motivos o temas de puro sentimiento artístico, por la línea y el color *en sí*, por la blanda y fina ironía o insinuación poética, fué siempre propia, por otra parte, de los períodos y los poetas sensuales y de escasa vida interior. Baste recordar el alejandrismo griego y la escuela de los trovadores, tan simpáticos al modernismo. En la misma poesía española de fines del XVIII no faltan ejemplos, como algunas composiciones de Leandro Moratin, y sobre todo, *La diosa del bosque*, de Arjona, tan paganamente bella. En América, el venezolano Fermín del Toro, nacido en 1807, escribe con el aire y la luz su etérea *Ninfa del Anauco*, a la cual pertenecen estas estrofas dispersas:

¡Todo cede a la que mora
En palacio de cristal,
Y perlas ciñe y coral
A su frente seductora!

¡Cedan sus grutas, sus prados
Las celebradas ondinas,
Que en las aguas cristalinas
Mojan los pies nacarados!

¡Del canto el divino coro
Suspended, sílfides bellas,
Que a la luz de las estrellas
Concertáis las arpas de oro!

Que la ninfa se divisa
Por la luz de negros ojos,
Y el fuego de labios rojos,
Y el dardo de dulce risa.

Y si prendida la falda,
El pié en la hierba humedece,
Un blanco lirio parece
En un vaso de esmeralda.

De negros rizos cubierta
 Se duerme en lecho de rosas,
 Y las deja más hermosas
 Cuando el amor la despierta...

Algo más tarde el mejicano Ignacio Ramírez, nacido en 1818, hacía enmudecer en sus versos el recio vendaval de sus pasiones políticas y religiosas para rivalizar con lo mejor de la Antología griega, en rasgos como el siguiente:

Anciano Anacreón, dedicó un día
 Un himno breve a Venus orgullosa;
 Solitaria bañábase la diosa
 En ondas que la hiedra protegía.
 Las palomas jugaban sobre el carro,
 Y una sonrisa remedó la fuente;
 Y la Fama cantó que ha visto preso
 Al viejo vate por abrazo ardiente.....
 Y las aves murmuran de algún beso.

A este mismo tipo de arte ajustó también nuestro Guido Spano sus más característicos versos.

Pero a ese primer deseo de *inactualidad*, que llevaba sin tregua a los modernistas a un paganismo y mitologismo sensual y exótico, a la evocación de princesas y caballeros medievales, a remedos de trovadores, a lujosas fantasías orientales, a amaneramientos deciochescos de Versalles y de Trianon, uniéronse luego elementos de diversa índole, fecundos algunos, otros viciosos: la predilección por el matiz leve y la luz indecisa, la avidez sensual y complacida pintura de los *delicta carnis*, las innovaciones estilísticas y rítmicas, — estas últimas casi totalmente fracasadas—, y en los americanos, la crónica obsesión de París, con sus bohemias y sus picantes perversidades, que tanto ha contribuído a menoscabar en la poesía de América aquel grado de originalidad, de fuerza y de color propio, dentro de su raza y de su ambiente, sin el cual no tiene ninguna razón de existir. El pecado original del modernismo, tan intransigente con cuanto le precediera, consintió en nacer, no de un vasto y fecundo movimiento popular, de una verdadera transformación social, como el Romanticismo, sino del técnico esfuerzo de un grupo de iniciados, ansiosos de novedades: Las grandes renovaciones y florecimientos artísticos, homogéneos y fuertes en su unidad orgánica, se nutren como los árboles de los jugos vivos de la tierra, que sus raíces absorben para cubrir de verde y flores hasta sus ramas más altas. Los ideales

de un pueblo o de una época, que alzan un nimbo sobre su frente, y sin los cuales ningún grande arte puede existir, no son invenciones singulares y arbitrarias de algunos espíritus escogidos, sino emanaciones colectivas que surgen de su seno, como la nube del mar. Desdeñosamente alejados de una realidad que juzgaban prosaica, sin vislumbres de infinito, y faltos de una fe viva y tradicional, los poetas se encontraron como suspendidos entre el cielo y la tierra, llenos de vagos y confusos anhelos, a que dieron los nombres, repetidos sin fin, de *Ensueño* y de *Quimera*. Estos fueron sus dioses, que los condenaron a perenne *inquietud*, término que si en casos muy excepcionales dice algo elevado y trascendental, en el mayor número sólo significa, demasiado literalmente, el afán de no estar-se quietos. . . . Si a esto agregamos la substitución en algunos del sentimiento cristiano por el panteísmo oriental y la filosofía budhista, habremos completado los focos espirituales de la poesía modernista.

¿Qué influencia tuvo todo ello sobre Amado Nervo?

Desde luego, hay que descartar, naturalmente, todo el largo capítulo de rarezas y extravagancias vacías, que tantos han querido hacer pasar por moneda genial. Hay, sin duda, en ciertas piezas de Nervo, de *Poemas* y otras relativamente antiguas colecciones, visible sello modernista de expresión y versificación, y habituales recursos de estilo, que le hacen todavía aparecer como poeta de brigada; “pero todo ello está, por cierto — decía Rubén Darío, deseoso de no compartir tan pesadas responsabilidades — lejos de la pirotecnia verbal y de los descoyuntamientos de pianista que suelen tomarse como distintivos de una fuerza poética incontestable, y que se achacan al influjo de un *modernismo*, llamémoslo así, que no hizo bien sino a quienes se lo merecían”.

Están también dentro de la jaula modernista diversas composiciones de *El Exodo* y *las Flores del Camino*, y sobre todo, la colección titulada *Rimas irónicas y cortesanas*, cuya publicación en el mismo tomo de *Serenidad* disuena, enormemente, y no me explico. Pagó Nervo en ellas tributo al *parisiensismo* exótico y bohemio, rama la más viciada y menos americana de la escuela. ¡Cuánto desearíamos ver, en vez de todo eso, al sentimiento patriótico ocupando allí el lugar que legítimamente le corresponde!

El idealismo personal y arbitrario de la escuela, a que aludí anteriormente, tuvo también representación en algunas páginas del poeta. Léase *Quimera*, en *Un libro amable*, y *A Sor Quimera*, en las *Místicas*. Aún la tan conocida mística, *A Kcm-fis*, no pasa de un ascetismo retórico y bien sonante, que según dato auténtico que tengo, el poeta acabó por estimar muy poco, deseando no haberla escrito. Pero el autor de *Elevación* atesoraba en su alma una mina riquísima de sincera fe cristiana, adormecida un tiempo, y que muy pronto iba a emanciparle de los idealismos a la moda, y a dar a su poesía una resonancia profunda. En *Místicas* (1904) asistimos ya a la lucha de su fe con el siglo;

¡Tengo sed de saber y no me enseñas;
Tengo sed de avanzar y no me ayudas;
Tengo sed de creer y me despeñas
En el mar de teorías en que sueñas
Hallar las soluciones de tus dudas!

y al inminente triunfo de aquélla en la significativa serie de tres sonetos, titulada, *En camino*. El primero, *Resuelve tornar al Padre*, contiene la plena abjuración de su falso espiritualismo anterior:

No temas, Cristo Rey, si descarriado
Tras *locos ideales* he partido:
Ni en mis días de lágrimas te olvido,
Ni en mis horas de dicha te he olvidado.

En la llaga cruel de tu costado
Quiere formar el ánima su nido.
Olvidando los sueños que ha vivido
Y las *tristes mentiras que ha soñado*.

A la luz del dolor que ya me muestra
Mi mundo de fantasmas vuelto escombros.
De tu místico monte iré a la falda,

Con un báculo: el tedio en la siniestra,
Con andrajos de púrpura en los hombros,
Con el *haz de quimeras* a la espalda.

En el último, titulado, *Pondera lo intenso de su futura vida interior*, se deleita y conmueve íntimamente ante la visión de su conversión que llega:

¡Oh sí, yo tornaré! Tu amor estruja
Con invencible afán al pensamiento,
Que tiene hambre de paz y de aislamiento
En la mansa quietud de la cartuja.

¡Oh sí, yo tornaré! Ya se dibuja
 En el fondo del alma, ya presiento
 La plácida silueta del convento
 Con su albo domo y su gentil aguja...

Ahí, solo por fin conmigo mismo,
 Escuchando en las voces de Isaías
 Tu clamor insinuante que me nombra,

¡Cómo voy a anegarme en el mutismo,
 Cómo voy a perderme en las crujías,
 Cómo voy a fundirme con la sombra!...

Este alto programa comienza a cumplirse diez años más tarde, en su libro *Serenidad*, de 1914, y halla su realización plena en *Elevación*, para mí el mejor de todos los suyos. Esto es lo que puede llamarse la emancipación espiritual, y técnica de Nervo, y alguien llamó su *conversión*. Ella consiste en dos cosas: una técnica y de estilo, la otra en su posición de espíritu ante el misterio. El poeta, afiliado, como se ha visto, al modernismo, pónese decididamente a su margen, y al de toda escuela, para verlas pasar con indiferencia. Dueño de los secretos técnicos de su arte y muy capaz de hacer bellos versos que seduzcan por su magia propia, renuncia a sus gracias y presunciones, atento sólo a *expresarse* del modo más directo y menos *literario* posible. Y así declara:

Yo no se nada de literatura,
 Ni de vocales átonas o tónicas,
 Ni de ritmos, medidas o cesura,
 Ni de *escuelas* (comadres antagonicas),
 Ni de malabarismos de estructura,
 De sístoles o diástoles eufónicas.

En sus *Lecturas literarias*, hablando del mejicano Joaquín Arcadio Pagaza, dice significativamente: "En medio de este ir y venir de los ideales literarios, de las modas de estética, de los caprichos de escuela — un tanto apaciguados ya, por lo demás — pasa la prelaticia silueta del *Padre Pagaza*, como cariñosamente le llamamos en Méjico, envuelta en alta simplicidad, en clásica y noble blancura".

Comprendía bien el poeta que cuanto más a la moda vista un escritor, más pronto quedará anticuado, ante la nueva moda que llega, mientras quien ahorra trajes y se atiene a las eternas desnudas formas de la naturaleza es siempre *actual*, no obstante todas las transformaciones externas. Expresa admirablemente esta verdad el notable poeta mejicano contemporáneo

Enrique González Martínez en los siguientes versos, titulados,
Mañana los poetas...

Mañana los poetas cantarán un divino
Verso que no logramos entonar los de hoy;
Nuevas constelaciones darán otro destino
A sus almas inquietas con un nuevo temblor.

Mañana, los poetas seguirán su camino
Absortos en ignota y extraña floración,
Y al oír nuestro canto, con desdén repentino
Echarán a los vientos nuestra vieja ilusión.

Y todo será inútil, y todo será en vano;
Será el afán de siempre y el idéntico arcano
Y la misma tiniebla dentro del corazón.

Y ante la eterna sombra que surge y se retira,
Recogerán del polvo la abandonada lira
Y cantarán con ella nuestra misma canción.

La hondura y sinceridad del sentimiento y la expresión armoniosa, inmediata y sencilla, forman sin duda la única garantía de perenne frescura para las obras de arte; pero no es posible negar que al renunciar voluntariamente Amado Nervo al verso ornado y presumido, ha incurrido a veces en exageración evidente, desterrando de él todo ritmo y todo canto, y aún toda imagen, hasta matarlo como verso y convertirlo en lo que él mismo llama, sin rehuir responsabilidades, *su prosa rimada*. Eso no es ya desnudarle de atavíos para que surja en la pureza y armonía de su forma, sino substituirlos por un tosco sayal de franciscano. No hay medio, por más sutileza que se discurran, de admitir como versos, ni como poesías, estos opacos y prosaicos renglones, no obstante toda su verdad:

Dios es inaccesible al instrumento
Científico, al crisol, a la retorta...
Pero es siempre accesible para el alma.

Nunca despejarán su inmenso enigma
La suficiencia y el orgullo humanos,
Cual si fuese ecuación. El telescopio
No habrá de sorprenderle entre los orbes,
Ni la lente del ultramicroscopio
Le encontrará en las células.

.....

¡Qué necesidad la de los que imaginan
Escudriñar las cosas... ¡Si no vemos
Jamás lo que en sí son las cosas!

Tontos,

Que edificáis sobre apariencias, necios
 Que investigáis el documento humano
 (El más obscuro de los documentos):
 ¡Y con cinco sentidos, siempre erróneos,
 Pretendéis calibrar al universo!

En *Fides*, por otra parte tan digna de aprecio se lee:

No te resignes antes de perder
 Definitiva, irrevocablemente
 La batalla que libras...

¿Sabes tú si el instante
 En que, ya fatigado, desesperes,
 Es justo aquel que a la definitiva
 Realización de tu ideal precede?

Y en *Lugar común*:

Hay todavía locos que pretenden
 Decirnos algo nuevo, porque ignoran
 Los libros esenciales
 En que está dicho todo.
 Buscan las frases bárbaras,
 Las torcidas sintaxis,
 Los híbridos vocablos nunca juntos
 Antes, y gritan: "Soy un genio. ¡eureka!..."

Digámoslo claro, por lo mismo que se trata de tan alto ingenio: eso no es ya sencillez, ni desnudez, sino pobreza. No se me alcanza, en verdad, la ventaja de poner en renglones desiguales, que no son siquiera versos, una prosa tan áridamente intelectual. Por algo se ha dado a los poetas el nombre de rui-señores!

Otro signo inequívoco de la emancipación de Nervo con respecto al modernismo, es su desdén de toda rareza y extravagancia de ideas y sentimientos, de toda punzante novedad, y su valiente y elocuente apología, en cierto elevado sentido, del *lugar común*. El restablecimiento de su fe, la creciente intensidad de su pensamiento, su coloquio cada vez más asiduo con lo absoluto, le llevan de consuno a contemplar, bajo lo diverso, particular y limitado de los hechos, ideas o sentimientos, el fondo universal humano en que perennemente descansan y que los enlaza e identifica a través de todas las épocas y regiones.

Lugar común, seas

Loado por tu límpida prosapia
 Y nunca más desdénente los hombres.
 Expresión dicha ya por cien millones
 De bocas, está así, santificada.

Cien millones de bocas
 Han clamado: "Dios mío", y cien millones
 De veces el Eterno
 Encarnó en ese grito.

Cien millones de bocas
 Dijeron: "Yo te amo",
 Y al decirlo engendraron cien millones
 De veces al Amor, padre del mundo...

¡Oh tú, Naturaleza, madre santa,
 Oh tú, la siempre igual y siempre nueva,
 Monótona, uniforme, simple, como
 La eternidad, bendita seas siempre!

Bendita seas, mar, cantor perpetuo
 De la misma canción... Bendito seas
 Viento, que tienes las perennes cuerdas
 De los árboles quietos y sumisos.

Benditos seáis, moldes
 De donde surge el mundo cada día
 Semejante a sí propio;
 Bendita la unidad de las estrellas;
 Bendita la energía
 De donde todo viene y es idéntica
 Bajo diversas fases ilusorias.
 Hablemos cual los dioses
 Que siempre hablan lo mismo.
 Oigamos las palabras
 Sagradas que dijeron los abuelos
 Al reír y al llorar,
 Al amar y al morir...
 Mas al decir "amor", "dolores", "muerte",
 Digámoslo en verdad
 Con amor, con dolores y con muerte.

Esta actitud espiritual trasciende a su arte y a su poesía, cada vez menos afectos a singularizarse por medios ficticios y habilidosos. Sabe ya bien que el verdadero artista no se distingue de los demás, ni los supera, lanzándose por ocultas y no frecuentadas sendas, para volver con las manos llenas de flores raras, aunque sean feas y huelan mal; sino avanzando serenamente por los grandes caminos de la vida y de la belleza, y adelantándose a todos por la medida natural de su amplio paso, hasta resplandecer con la plena lumbre del sol y coronarse con la nieve de la montaña!

Y llego ya a la fase más importante y característica de su llamada *conversión*, o sea a la orientación definitiva de su espíritu religioso. Nervo había nacido y se había educado en un ambiente de religión firme y positiva, fué seminarista y estuvo a punto de vestir el hábito sacerdotal. Desviado luego de este

designio por causas que no se conocen bien, ¿saltado de dudas, adulteró su natural sentimiento religioso al contacto de las profanidades corrientes, y se dejó llevar como habéis visto, por ese idealismo vago e inconsciente de ensueño y de quimera, que más parece un tema de variaciones poéticas que un sentimiento real. Pero la noble e inextinguible sed de su alma mística no pudo calmarse en esas ilusorias corrientes, y hastiado del mundo, desencantado de la ciencia y de la filosofía y sus pretensiones trascendentales, siente retoñar vigorosísimamente en su espíritu su antigua fe de cristiano. Y dice:

¡Metafisiqueos, pura teoría!
 Nadie sabe nada: ¡mejor
 Que esa pobre ciencia confusa y vacía
 Nos alumbró el alma como luz del día
 El secreto instinto del eterno Amor!

El amor, un amor piadoso y universal, a todos y a todo, es desde entonces la norma de su vida y la nota fundamental de su canto. A él se une, como en Fray Luis, como en Santa Teresa, un anhelo incontenible de romper los barrotes de la jaula terrena, para ir a través del arco triunfal de la Muerte, por donde pasa,

Dignificada, el alma que sin cesar luchó,

a sentir, en paz y en gloria, florecer en ella la Eternidad.

Claro está, sin embargo, que el misticismo de Amado Nervo no podía ofrecer los mismos caracteres que el del siglo XVI español. Los tiempos no pasan en vano. El sentimiento religioso antiguo se basaba sólidamente en un estado de alma colectivo, en el cual enterraba sus raíces, para esparcir luego en el ambiente, acendrado en flor mística, su celeste perfume. De ahí su poética espontaneidad y frescura. Fuera de él, todo era excéntrico y anárquico.

En nuestra época los términos están invertidos. Sobre una negación o indiferencia general, el sentimiento religioso, sincero y profundo, brilla aquí y allá como hermosa flor solitaria. La necesidad de defenderse del adverso estruendo exterior, y aun de su repercusión inevitable en la propia conciencia, le da necesariamente un carácter más filosófico y más militante, llenándole de estremecimientos y de nerviosidades íntimas. Fray Luis de León se siente vivir naturalmente, sin la menor inquie-

tud, sin más melancolía que la de la espera confiada, a veces impaciente, en el *templo de claridad y hermosura* que le llena de beatitud el alma; y al referirse a él, dice siempre *aquí*, y no *allá*:

Aquí vive el contento,
Aquí reina la paz, *aquí* asentado
 En rico y alto asiento
 Está el amor sagrado,
 De honra y de deleites rodeado.

Inmensa hermosura
Aquí se muestra toda, y resplandece
 Clarísima luz pura
 Que jamás anochece:
 Eterna primavera *aquí* florece.

Compárese esta serenidad y seguridad religiosa, con la actitud y el tono de la *mística* XXVII de Nervo, *Al Cristo*, donde dice:

Mi divino ideal está en la cumbre
 Y yo ¡pobre de mí! yazgo en la sima...

La lira que me diste, *entre las mofas*
De los mundanos, vibra sin concierto;
 ¡Se pierden en la noche mis estrofas,
 Como el grito de Agar en el desierto!

Más tarde, depurada y robustecida su fe, todavía repercute en su alma y en su poesía, aunque en muy diversa forma, esa tenaz contradicción de la incredulidad mundana, en su admirable rasgo titulado *La oración*, que es de Agosto de 1918, y se lee en su último libro, *El estanque de los lotos*:

—“No será lo que quieras, — murmura el desaliento —
 Tu plegaria es inútil; no verá tu pupila
 El dulce bien que sueñas... ¡Imposible es tu intento!”

Yo escucho estas palabras como el rumor del viento,
 Y sigo en mi oración, obstinada y tranquila.

Ninguna poesía de Nervo más significativa a este respecto, más probante de lo que digo, ni más conmovedora en su dulce sencillez, que la titulada *Hospitalidad*. Pertenece a una sección (*Piedad*) de su libro *Serenidad*, y así por su propio encanto y significación, como por hallarse agotada la colección en que está incluida, creo que me agradeceréis su lectura.

Cristo, la ciencia moderna
 Te arroja sin compasión
 De todas partes: ¡no tienes
 Donde residir, Señor!

Las teorías positivas
 Y la experimentación
 Materialista, no dejan
 Sitio en los orbes a Dios.
 En cuanto al alma del hombre,
 A piedra y cal se cerró
 Hace tiempo a todo ensueño.
 En el umbral, la Visión
 Muerta de angustia, de frío
 Y de soledad quedó...
 En las moradas humanas
 Ya tan solo caben hoy
 La vanidad, el deseo
 Voluptuoso y la ambición.

¡Ya no tienes casa, Cristo!
 ... Mas ¿cómo has de irte por
 Esos caminos, si apenas
 Has sonado el aldabón
 De una puerta, te la cierran
 Con estruendo y ronca voz?

El pájaro tiene nido,
 Cubil el raposo halló;
 Y tú en cambio vas expuesto
 A la intemperie, al horror
 De las noches congeladas,
 A tanto abandono...

Yo
 No valgo dos cuartos, Cristo:
 Mi corazón (tú mejor
 Que nadie lo sabe) tiene
 Poco espacio y poco sol;
 Pero qué le hemos de hacer,
 Si en esta comarca no
 Hay otro... ¡Ven, y permite
 Que confuso, con temblor
 De vergüenza, yo te hospede
 En mi propio corazón!

Cierto es que en el misticismo del poeta ha tenido también influencia la filosofía de los libros orientales, de cuya lectura se encuentran en sus versos no pocas reminiscencias; pero esa afición suya, común con la de otros escritores de su época, obedece sólo a ciertas analogías de doctrina, a la seducción del símbolo, y en nada adulteran ni menoscaban la integridad de su creencia cristiana, fundada esencialmente en el amor. Es curioso a este respecto ver cómo a veces su fe propia se abre paso triunfal a través de las reminiscencias budhistas. Así, en *Lo imprevisto (Estanque de los lotos)*:

Encógete callado, y estoicamente espera
 Que el *Karma* (inexorable, pero justo) te hiera
 Hasta el fin. Vé, resuelto, de tu castigo en pos.

¡Mas abre bien, poeta, los ojos avizores;
 Acaso cuando menos lo piensen tus dolores,
Te encuentres, en tu noche, con la piedad de Dios!

Pero nada expresa más categórica y dulcemente el íntimo sentimiento cristiano de Amado Nervo que su poesía *Si tú me dices "¡ven"!*, en *Elevación*:

Si tu me dices: "¡Ven!" todo lo dejo.
 Llegaré a tu santuario casi viejo,
 Y al fulgor de la luz crepuscular;
 Mas he de compensarte mi retardo,
 Difundiéndome, oh Cristo, como un nardo
 De perfume sùtil, ante tu altar!

y esta significativa estrofa de *La lección*:

Y aunque es el Dios escondido
 Tras persistente capuz,
 Hay dos escalas de luz
 Que El al alma le ha tendido:
La oración... y aquel gemido
 Intercesor de la Cruz.

Pero Nervo, digno y legítimo heredero de los grandes creyentes de su raza, con las diferencias que los tiempos imponen, no es un simple asceta del yermo, perpetuamente clausurado en la contemplación mística. Como el sol funde la nieve de las montañas y la envía a fertilizar las llanuras, la fe del poeta, encendiendo su espíritu, le hace descender en ondas de amor a los revueltos campos de la acción y de la vida, con ansias de fecundarlos y embellecerlos. Estas derivaciones de su misticismo hacia la armonía moral, la paz del alma, la entereza y la constancia en la acción, la resignación viril ante las leyes y los dolores ineluctables de la vida, le convierten sin esfuerzo, y sin las convencionales *misiones* de antaño, en un verdadero apóstol poético, y derraman por sus versos, ya un soplo fresco y confortante, ya un delicado aroma de piedad, ya un acento de energía, ya una tristeza crepuscular. Su alma está siempre en consonancia con todo lo que sufre y llora, lo que vacila, anhela o espera. Busca y halla la *serenidad* y la *elevación* de su espíritu; pero en vez de perderse en vanas *quimeras*, o encerrarse en desdeñosa torre de marfil, siente un inmenso anhelo de que todos se serenen y se eleven con él, por la acción y la meditación, hasta que llegue el momento de recibir el bálsamo de la muerte. Esto es, a mi juicio, lo que principalmente

caracteriza a Amado Nervo y le da personalidad inconfundible entre los poetas contemporáneos. ¿Cómo explicar su gran prestigio, esa admiración viva y cariñosa que despertaba a su paso y se bebe en sus libros, sino por la más feliz armonía entre el sentimiento poético y la pureza moral, cuyas bellezas se funden en una sola y soberana hermosura?

No puedo detenerme en el examen de sus poesías *profanas*. Las hay, como bien lo sabéis, bellísimas. No vibra en él la cuerda patriótica, a pesar de su colección *La lira heroica*; pero el amor, que sintió al menos una vez con verdad, y no podía ser en la serena peregrinación de su espíritu sino una estación de tránsito, le ha arrancado algunos acentos sentidos y penetrantes. El primer lugar, en sus inspiraciones de este género, corresponde, en mi sentir, a la titulada *Seis meses*.

En otro orden de inspiraciones, que muestran la variedad y flexibilidad de su espíritu, al par de su constante delicadeza de sentimientos, deben citarse: *Si una espina me hiere...* bellísima expresión del cristiano perdón de las ofensas. *El don*, *En paz*, *Viejo estribillo*, *Envejecer*, *La novia*, *La mal pagada canción*, tan penetrada de aroma antiguo, *La caricia*, soneto lleno de frescura primaveral, *Cabecitas*, picaresca y delicada a la vez en su finísima ironía, *El poeta niño*, última expresión de simplicidad poética, *Cobardía*, tan sobria y eficaz, *Epitalámico*, bello himno a las grandezas de nuestra raza, y otras.

En cuanto a sus hermanas mayores, las más representativas y características del poeta, su florilegio se formaría, según mi impresión, con la *Hermana Agua* (de *Poemas*), *La montaña*, *Mar de la serenidad* (de *Serenidad*), *Al cruzar los caminos*, *La sed* (de *El estanque de los lotos*), *El milagro*, *La hondura interior*, *Extasis*, *HARMONÍA*, *SICUT NAVES*, *ESPACIO Y TIEMPO* (para mí, estas tres últimas, sus más altas inspiraciones), *Ya no tengo impaciencia*, *Si tú me dices: "¡Ven!"*, *La lección y Expectación* (de *Elevación*). ¡Bellísimas hojas, que forman una gran corona de gloria, en cuyas gemas se mira siempre como un resplandor de lo eterno!

Es, en verdad, señores, algo que dignifica y consuela el ver cómo con poeta tan elevado y tan puro, tan ajeno a toda sensualidad vulgar, en la vida y en el arte, tan absorbido por su hondo espíritu religioso, hoy verdaderamente excepcional,

sin desplantes ni petulancias de estilo, que no corteja la fama y le dice:

¡Renombre, renombre, vete! Muchos quieren
 Que halaguéis su oído;
 Muchos que se mueren
 De hambre y sed de elogios... Olvidame a mí,
 Con un gran olvido:
 Como si jamás hubiera existido.
 ...Y no hagas ruido,
 Que estoy bien así;

cómo un poeta de tal índole, digo, ha cautivado tan generalmente los corazones, llevándolos a sentir y elevarse con él, a comprender, y hasta gustar, su austero renunciamento a cuanto no traiga a su espíritu un viento de eternidad. Su impulso hacia lo Absoluto, no habría bastado, ni su poesía tampoco: la armoniosa e íntima unión de ambas ha realizado el milagro. Nervo aparece en las letras americanas cuando se libraba en ellas un combate por el estilo y la métrica, tanto más encarnizado, cuanto mayor era el agotamiento o la mermada de las grandes y eternas fuentes del verdadero sentimiento poético. Fúe hombre y poeta de su tiempo; pero por generoso e irresistible impulso de su espíritu, llegó a ser el renovador, no ya de la técnica del estilo y del verso, en lo cual otros le preceden y aventajan, sino de algo que vale infinitamente más, del sentimiento religioso y cristiano en la poesía contemporánea de nuestra lengua y raza, y acaso, en un tiempo no lejano, y por su benéfico influjo, en el espíritu de la misma. Nada podría haber sido más grato al espíritu del poeta, cuya acción no quiso ser retórica, sino psicológica y sublimemente docente. Tal es para mí, señores, el alto significado de su poesía, y lo que me hace juzgar de la más estricta justicia asignarle el primer puesto entre los líricos castellanos de su época. Ninguno nos pone tan en contacto como él, por el sentimiento, con el misterio de lo infinito, haciendo penetrar en nuestras almas los aromas y fulgores de una aspiración inmortal. Bendigamos, señores, a quien le puso una lira más en el corazón que en las manos, para que difundiera entre los hombres, en esta hora triste y confusa, la dulce y profunda resonancia de una armonía celeste... Y hagamos algo más y mejor que leerle y aplaudirle como poeta: encendamos en su lámpara interior nuestra lámpara, y dejemos que su poesía sea ante todo para nosotros la

constelada mensajera de su fe. Y si deseamos complacer su noble sombra, que acaso aquí connovida nos acompaña, no olvidemos nunca estas grandes y hermosísimas docencias suyas, suprema síntesis de su espíritu:

¡Si los ojos abiertos son para ver la vida,
Con los ojos cerrados es como ve el amor!

La rosa del arcano tiene invisible broche;
Pero tenaz perfume, que denuncia el camino.
Los hombres son cual naves que pasan en la noche;
Mas en el alma llevan un timonel divino!

Y si dudamos y sufrimos, y vemos poblarse de obscuridad nuestro horizonte espiritual, acudamos a él y hagamos resonar en nuestra conciencia estas enérgicas y admirables palabras definitivas:

Si vacilas, si deja un porqué
En tu boca su acerbo amargor,
¡Ven a mí, yo convenzo, yo sé!
Mi vida es mi argumento mejor.
Todo yo soy un acto de FE,
Todo yo soy un fuego de AMOR!

CALIXTO OYUELA.

A AMADO NERVO

En su viaje...

Ah, ¿lo queríais, musas, para vosotras solas?...
ya lo tenéis... buscadle las pobres manos muertas,
y los ojos sin vida, y los labios exangües;
ya lo tenéis, volubles; convertíos en siervas.

¿Qué? Le habéis puesto al flanco, como las golondrinas,
dos alas inmortales ¿qué decís de riberas?
Sonreis esta noche alocadas y dulces...
Tenéis las manos finas; me parecéis de fiesta.

Repetid... ¿Conocéis a los hombres, oh musas;
Conocéis a los hombres? ¿Los conocéis de veras?
¿Os apenaba verlo con el alma -suspiro
Por los bosques oscuros entre espinas y flechas?

¿Os apenaba verlo caminar descuidado
Con el alma a los vientos bajo la noche negra?
¿Quién os ha dicho, musas, que los hombres son malos?
¿Quién os ha dicho, musas, cómo asaltan las fieras?

¿Le habéis dado una cama toda en oro, muchachas?
Su sueño estáis velando? ¿Qué sus labios desean?
Escuchad, por favor, escuchad lo que dice...
¿Ha nombrado a los hombres? ¿Ha nombrado la tierra?

Dadle, musas, en copas de licores selectos
El licor del olvido; arropadlo con sedas;
Cantadle dulcemente como cuando era niño,
Y besadle los ojos... era un pobre poeta...

Oh musas, bien os consta, ya que lo habéis robado,
Cómo tenía el alma de inefable y de tierna.
¿Hay palomas azules en vuestros mundos, musas?
Acurrucadas, tibias, a sus plantas ponellas.

Y hablad con el aliento, musas, que está cansado,
Después de un viaje largo todo ruido molesta;
Tendeos como perros junto a su cama, musas,
Y dejadlo tranquilo, y dejadlo que duerma.

ALFONSINA STORNI.

AMADO NERVO

Se iba buscando a sí mismo; iba buscando el alma inmortal, el dios oculto en nuestro ser percedero. Parecía decirnos con el profundo verso del poeta hispano:

Reina en tí propio, tú que reinar quieres
pues provincia mayor que el mundo eres.

El autor de *Serenidad* se acercaba cada vez más a su ser interior; miraba en las profundidades de su espíritu este otro universo recóndito; y en paz con el mundo y con la vida, olvidándose de los temores e inquietudes, presentía que se encontraba ya

... en las laderas
de la montaña augusta de la serenidad.

Los que buscan en la poesía lírica una expresión íntima y permanente del espíritu humano, reconocerán que Amado Nervo fué un poeta. No hizo más que hilar la seda de su capullo con la finísima hebra de coloquio místico que le salía del alma. Fuera de todo dogma su espíritu fué elevándose del mundo que está

en sueño y en olvido sepultado.

Es un místico moderno, de su siglo, pero que viene desde muy lejos. No se remonta como Luis de León, con la sublimidad de un pensamiento severo y transparente; no se va al mundo alegórico. El gran poeta español busca su Dios sin acordarse de los hombres. Los ve groseros y ruines y quiere huir al cielo. El de América, sin subirse a tan altas cimas, es más piadoso: "su llama de amor vivo", es aceite de lámpara que alumbrá al que va en tinieblas, pan de amor para los hambrientos, anhelo inefable de darse a cuantos padecen, de apagar con su llanto

el dolor de la tierra. Dios está en el bien, en la caridad, en el amor. Y cuando el poeta se va a la contemplación del universo inexplicable, puede decir como San Juan de la Cruz:

Entréme donde no supe,
y quedéme no sabiendo,
toda ciencia trascendiendo.

Alguien objetará por ahí que esto no es poesía, como si el espíritu de donde el verso emana no tuviese tan múltiples aspectos y la esencia de la poesía, la belleza pura, no fuera otra cosa que una aspiración a lo infinitamente perfecto, a lo que nos pone de frente a la divinidad del mundo, nos conmueve generosamente y nos despierta en un ser superior a nosotros mismos.

Pero uno va quedándose atrasado; a fuerza de estudiar los viejos autores que son los más y leer los modernos ilustres, no está al corriente de los conceptos de poesía lírica que nos traen vates novísimos y madrugadores críticos. La poesía culta del siglo XV encontró en Juan de Baena y en don Iñigo López de Mendoza deliciosos comentadores. Pero sus poetas han pasado con su retórica superficial y amanerada. Los más señalados ingenios de nuestra lengua han tenido un respeto profundo por la poesía. Bastan las conocidísimas alegorías que de ella hace Cervantes para darnos cuenta lo que es a los altos espíritus esta maravillosa ciencia. Pero parece ser que ahora anda revuelto el mundo; miles de versificadores mediocres desde diarios y revistas, con una *estética* que les nace de la propia presuntuosidad, constituyen a veces una desgracia pública. Ahora la poesía se pinta los labios, remedia la calva con peluca y cubre el magro cuerpo con lienzos empurpurados; va por calles y plazas diciendo a gritos lo que la honestidad y el recato elemental no permiten; con el orgullo de un Fidas estos poetas no hacen más que palomitas o amorcillos de cera. Pero lo que más sorprende aún a los que conocen y aman a los latinos, es que se quiera hacer de la poesía de una manera sistemática una especie de anuncio público de la vida sexual; tomando esta vida, no en su sentido altamente moral, sino en el impúdico de degeneración, de anormalidad, de idea fija. ¡Si fueran buenos los versos! Pero, no son ni siquiera versos. Porque nos dejamos arrastrar por los pregones, por los que la *Épístola* llama

Esos inmundos trágicos, atentos
al aplauso común...

Parece que se nos fuera muriendo el alma. Nos estamos haciendo incapaces de comprender todo lo que no es acaramado. No nos gusta que la verdad nos resuene al oído. La maldita moda nos lleva a lo que más suena, no a lo más hondo. Amado Nervo, sin ser gran poeta "nombre que muy pocos le merecen" se ha salvado por esa aristocracia íntima que nos alza el espíritu a lo elevado y noble. Y esto que no dejó, muchas veces, de ser un simple rimador. Pero hemos de mirar en él lo perdurable, no lo que fué cortesanía de su siglo y exterioridad vacua y sonora.

Muchos creen que en España no hubo poetas y eso de ningún punto puede ser cierto. Los hubo y verdaderamente grandes. Durante el siglo XIX también España y América han tenido buenos poetas. El mal del modernismo ha sido convertir las medianías indigentes en eso que ahora se llama escritor *genial*. Pero lejos de mi la idea de aminorar en nada la verdadera y nueva literatura que responde a nuestra época, a una sensibilidad refinada y a una imaginación libre y magnífica. Lo malo es que por una irremediable desgracia se nos vaya a nosotros esa España eterna que es Grecia y Roma y es el mundo todo hecho cosa nuestra, voz humana, algo en fin, que tenga una índole propia. Como el hombre más sabio y personal es el que toma más de los otros y aprende de todos y se queda siendo él mismo, así la literatura española ha metido la mano en todas las arcas del mundo; y ¿quién dirá que Garcilaso y Cervantes no sean españoles? Porque una cosa es el calco, vestirse a la moda de uno y otro pueblo, y otra cosa es abrir el alma a Italia, a Francia, a Inglaterra, y enriquecerse con sus tesoros. Tan poco vale el versificador que escribía a la manera de Zorrilla que el que lo hace a la de Verlaine. Lo mismo casi que el que a los cincuenta años quiere escribir como a los veinte.

Mucho le debemos nosotros en este último siglo, en la poesía lírica a Francia y a Inglaterra. Mejor dicho: para la ciencia y el arte solo hay una patria aparente. Así parece que Amado Nervo miró la poesía como cosa universal y cosmopolita. Nada hay en él de español. En sus primeros versos (*Poemas, Perlas negras*), se ve el influjo de aquel en ocasiones delicioso poeta Gutiérrez Nájera. El lirismo intenso, delicado, que pasa

tan rara vez por la poesía de estos últimos tiempos, arrebató del espíritu de Gutiérrez Nájera, al lado de los versos efímeros, expresiones de la más pura y verdadera belleza. El poeta murió temprano. Amado Nervo se apropió del instrumento del amigo ausente. Pero el joven lírico estaba influido por las brumas del norte o mejor dicho, por los autores de la decadencia franceses. El famoso verso de Verlaine le abrió las puertas de la edad media. El hubiera querido el silencio de la Trapa.

Enfermo de la vida, busco la plática
con Dios, en el silencio de su santuario.

Dice que no ama las humanas grandezas, ni quiere la pompa deleznable del aplauso del mundo. Mas si a veces en el retiro, en donde clama como Juan en el desierto, de nuevo siente el deseo de la lucha, vuelve los ojos a

la edad en que la negra caperuzá
forjaba el silogismo en la Sorbona.

En *Místicas, Poemas, Perlas Negras*, se ve la primera faz de Amado Nervo como poeta. Por ahí anda doliéndose el alma de este mundo amargo, huyendo de la carne "rosada y tibia" y cayendo en la tentación; amando mujeres pálidas y tristes, despertando como un eco de las antiguas épocas, que dicho sea de paso, han sido hasta cierto punto, adulteradas por el romanticismo. Un Cristo que va delante del camino del poeta, a todo instante, parece agigantarse en la inminencia de la muerte o de un gran dolor. ¿Aquí se muestra Amado Nervo como un verdadero poeta? Quién lo sabe; lo que sí es cierto, es que desde donde deja de imitar a Gutiérrez Nájera, empieza a ser Amado Nervo. Estamos en presencia del poeta joven, ascético y casi teólogo, enfermo de no sé que cosas vagas e infinitas. Es así como Nervo, no ha sido discípulo de Darío. Es una cosa distinta. Nada hay en Nervo que nos recuerde al gran autor de *Cantos de Vida y Esperanza*. ¿Alguna nota mística? ¿El amor a Jesucristo? Darío íbase más a lo exterior, pero cuando volviese adentro decía cosas muy profundas. Darío es más latino y más de su siglo; vió la juventud llena de luz; Nervo al través de una bruma indecisa... Darío ha sido poeta a la manera de Píndaro, pasando por Francia; Nervo a la de Verlaine, de Rodenbach, con el cual se le ha comparado, y sobre

todo de Maeterlinck, de cuya obra admirable tomó muchas sugerencias. Darío dejábase llevar por el instinto, Nervo por la reflexión. El uno y el otro han caído en censurables defectos, han quebrantado, Nervo más que Darío, la métrica española.

En voz baja aparece el poeta transformado; está más cerca de la vida y del mundo. El verso gana en fluidez, el idioma en claridad. El misticismo casi decorativo y de moda se convierte en una cosa espiritual, en un idealismo refinado. Las mujeres pálidas y tristes, refugiadas en los claustros sombríos, se convierten en seres mundanos y adorables. Hay como una vaga reminiscencia de Musset:

Ufanía de mi hombro
cabecita rubia, nido
de amor, rizado, y sedño:
Por Dios, a nadie digas que tanto te nombro,
por Dios, a nadie digas que nunca te olvido,
por Dios, a nadie digas que siempre te sueño!

Sin embargo, ahí está abierto el libro de la *Imitación*, y los anteriores versos a Kempis, ¡oh fatalidad!, le mostrarán constantemente el término de las dichas humanas:

Antes, llevado de mis antojos,
besé los labios que al beso invitan,
las rubias trenzas, los grandes ojos,
¡sin acordarme que se marchitan!

Pero Nervo no es un pesimista que use máscara trágica. El acepta la vida y la muerte con cara serena. En sus especulaciones sobre lo porvenir del género humano, del planeta y del universo, muy pocas veces tendrá quejas para la obra del hombre y lo fatal de la divina obra de Dios. Casi toda la filosofía de Amado Nervo de esta época de su vida se sintetiza en un poemita: *¡Está bien!* Está bien, porque aún existe la esperanza, porque la muerte ha de abrirle un nuevo espacio para el vuelo de su alma, y porque en la tierra, aún

hay rosas, muchas rosas, muchas rosas.
gracias, ¡está bien!

En voz baja hay estrofas preciosísimas. Quizás es este el libro definitivo de Amado Nervo. Pero también—a pesar de los elogios de Darío—abundan en él poemas bastante malos. Los que se han llamado modernistas han querido aparentar pro-

fundidad con pueriles juegos de palabras; con maneras de rimar desusadas e inocentes. Y quizás lo peor de Amado Nervo haya sido en ocasiones lo más alabado e imitado por quienes creen que la poesía está en la manera de hacer el verso y no en lo que la estrofa dice. Parecíale algo inestimable a un crítico que Amado Nervo tuviera la costumbre de poner el título de muchos de sus versos, en francés. Víctor Hugo hubiera podido poner títulos en español, pero ni en él resultaría bueno, lo que en el americano no es ni bueno ni malo. El cubano Heredia hizo un poco más: escribió el título y el soneto en francés. Y si según el decir de los latinos cuando empezamos una obra ya tenemos hecha la mitad, fácil hubiera sido conquistar la gloria en el imperio de Hugo. El día ha de llegar en que los americanos tengamos una literatura francesa—escrita en francés por hombres de la América que “aun habla en español”—capaz de eclipsar al más peregrino ingenio galo. ¡Desconsolémonos, el castellano les resulta demasiado sabido! Pero ha de venir también un día en que el francés se les haga una cosa tan conocida a fuerza de escribirlo que se vuelvan al romance nuestro. Los historiadores futuros se verán entonces en muy reñidos pleitos. Que esto es mío, dirán los franceses; y esto nuestro, los castellanos. Y algo habrá que no sea de nadie... Pero Amado Nervo no llegó a esas enormidades, si es cuestión primordial, en toda persona que escribe, respetar la lengua en que se le formó el alma. Y con esto no nos referimos a los sabios ilustres de Francia, de Alemania, de Inglaterra, que escriben, a veces, en español sobre la portentosa literatura castellana. Más le hubiera valido a Nervo meditar cómo iba a exprimir en su verso lo que él pensaba. Así no hubiera empezado entre otros un delicado poema, *No le habléis de amor*, de esta manera:

Es su faz un trasunto de ideal, tan completo.

Viviendo para dentro, el poeta no atesoró, casi, las imágenes de la naturaleza; su poesía es velada, casi lejana. Quiere recoger “el alma—sutil y misteriosa—que tienen los paisajes”. No hallaréis en Nervo el verso suntuoso; no nos pone en los ojos el color de las cosas, diríase que en el mundo de sus versos flota la luz de la luna. ¡Qué diferencia la de su alma melancólica con la de Juan Ramón Jiménez, en cuyos mejores poe-

mas elegíacos parece congregarse espiritual y voluptuosamente toda la hermosura de la tierra, del mar y del cielo!

Nuestro poeta ama lo humilde, lo que pasa casi sin ser visto, sin hacer ruido; encuentra una hermandad con todos los seres del mundo. Así en el simple título del poema *La hermana agua*, nos está indicando de donde viene.

Laudatu sibi, mi Signore, per sor'acqua,
La quale e multu utile, e umile, e pretiosa e casta.

Rubén Darío, inspirándose en la divina poesía de las *Floreillas* (Cap. XX), escribió más tarde *Los motivos del lobo*. Pero Darío, ya no creía que la paz fuera cosa de este mundo, y hace que el hermano lobo retorne a su vida salvaje, porque el hombre, como ya decía Saavedra Fajardo, es el más dañoso de los animales. ¡Cómo nuestro corazón se posa en la gota de agua, en la flor casi imperceptible, en el ramaje que parece nevado del pino en la noche de luna, en el pedrusco, en el hierbajo, en los seres humildes que nos hablan de tu sabiduría infinita. Ignoto Dios! ¡Poesía franciscana, que oreas con tu suave soplo y con tu manso ruido el jardín de tantas almas bondadosas y profundas que jamás dijeron nada, que hicieron el bien aún sin saberlo y que amaron a los demás—piedras, árboles, animales, hombres—con la suprema caridad (*charitas*) en que las gracias, no desdijeron el corazón sencillo y sabio en la ignorancia, ni la mano tosca, ni el viejo manto, ni habitar en tu palabra, mi maestro, porque tus palabras, nunca pasarán. . . El poeta ha visto en las ciudades hechas de oro, precipitarse el deleite, la fiebre, la vanidad por las calles, y sobre todo eso, pone la grandeza de los corazones humildes. Poemas panteístas, llámales Nervo, a *Las voces* y *Hermana agua*. En *Las voces* de las cosas del mundo viviente, se anuncia la poesía futura de *Serenidad*, de *Elevación*, del *Estanque de los lotos*, pero a pesar de la intención, no es esta una obra espiritual profunda; además, la forma imperfecta por exceso de frivolidad le perjudica visiblemente. En *La hermana agua*, hay también demasiada literatura, muchas imágenes falsas, un poco de afectación y algo como debilidad orgánica del verso. Tiene, no obstante, una perdurable nobleza; y es por eso que este poema trasluce como pocos de los suyos el alma del poeta. Quizás lo que él quiso decirnos

Los hombres no lo saben, pero Dios sí lo sabe.

Hay en Amado Nervo un gran amor al hombre, al mundo y a todas las cosas. Ama su siglo tal como es. Alguien ha de reprocharle que no crea, sin ver que tiene hambre y sed de Dios. El poeta ha recorrido Europa. Ahora vive en España. Así se verá en *Voz baja* como en *Serenidad* una especie de oleada que hace más castizo su idioma y le comunica la virtud de la tierra prócer, de la noble tierra española, patria de aquellos ingenios multiformes cuyo misticismo humano tan poco tiene que ver con esta especie de intuición deista y panteísta de los modernos. Aquello era buscárselo a Dios adentro del alma. Es cierto que en las obras posteriores el autor de *El estanque de los lotos*, sigue a veces otro sendero, va camino de la India, a bañar su alma en esos manantiales de amor de la contemplación de lo creado, a infundir su espíritu en el del mundo; quizás Amado Nervo, con esto, se haya apartado un poco de sí mismo y haya expuesto en verso algo que no era del todo suyo. Pero él está tejiendo la seda de su propia alma. "Aquel purísimo oro de la sabiduría divina", no nos llega tan fácilmente como parece. A veces creemos encontrarlo, pero es difícil no equivocarse. "Podrá ser que en estas cosas interiores me contradiga algo de lo que tengo dicho en otras partes; decía la Santa Doctora, no es maravilla, porque en casi quince años que ha que lo escribí, quizás me ha dado el Señor más claridad en estas cosas, de las que entonces entendía, y ahora y entonces puedo errar en todo, mas no mentir, que por la misericordia de Dios antes pasaría mil muertes: digo lo que entiendo". (Moradas, IV, 2). Es así cómo Nervo iba entendiendo las cosas y entendiéndose en la idea del bien y del amor. El hombre ha nacido para creer (*Plenitud*) y esa creencia debemos ponerla en muy elevados objetos; esa fe se convierte en caridad; si el dios desaparece queda el "amáos los unos a los otros". Por eso Nervo, no canta la guerra europea. Y quien felizmente esté alejado de toda secta, de todo vano misticismo, y cree muy de veras, en la ciencia moderna, como es lógico, puede estar bajo la bandera del Cristo.

Serenidad es un libro de dolor y de paz. ¿Qué se hizo el artista del verso? ¿Qué el perfume mundano que aún se advertía en sus otros libros?

Resulta pues que huí del mundo futil;
que no gocé; que ni amasé riqueza
ni honores...

La ironía, velada en un principio, se advierte en esta producción del hombre maduro. Para las estupideces del mundo, una sonrisa. Poco tiene el poeta que pedirle a los hombres. Al contrario, les arroja al pasar la ofrenda de su verso. En ocasiones fué descreído, dijo que no trajo ni llevaba amor, pero eso era para aparecer un poco frívolo y sentir el corazón más liviano. A los años presurosos de su vida que se marchan serenamente por el mundo, la dicha les ofrece las delicias de la tierra, más ellos contestan:

—Somos peregrinos, vamos de pasada
no queremos nada.

En *Elevación* y *El estanque de los lotos* podemos decir que la poesía de Amado Nervo sólo canta el problema sombrío de la muerte. Hay mucha tristeza en la conformidad de Amado Nervo; un gran dolor en su bondad; nos conforta, pero parece que él mismo se quedara a obscuras en el misterio. Él siente un gran amor, sin embargo, el tedio hunde sus raíces siniestras en su pensamiento; desearía dormir en un fondo y maravilloso silencio que fuera "descanso de toda energía".

Y mi galera
de ébano y plata, se advierte
sola, en el mar sin ribera
de la Muerte!

Hace años ya a lo que el poeta empezó a comprender "el vasto sentido de las cosas", se vió en un mundo nuevo. Aceptó el destino en la plena conciencia de la sabiduría admirable del universo. Hace tiempo a lo que empezó a hablar en *voz baja*; y hoy su coloquio interminable flota ya en un mundo sin sonidos y sin formas. La vida del filósofo es la preparación para la muerte; y en pocos como Amado Nervo, esta obsesión del *más allá* habrá sido más dulce, más amarga y más consoladoramente desconsolable. El poeta llevó por los salones, por las fiestas mundanas, no el dolor de una duda aciaga, sino de una triste resignación que dice: "Nos amemos, nos protejamos, hermanos míos".

"Hombre de tranquilidad, de orden, con instintos de co-

leccionista y ciertos gustos de abad", le llama Darío. Y agrega: Nada en él encontraréis de azteca. Nervo, ha sido un franciscano moderno. Un hombre pulcro que venido de un convento de una edad media "romántica", conocedor de la ciencia moderna, que le destruye sin que él se queje sus hermosos sueños, habla de "la gloria - doliente, noble y casta de sus versos". Él se ha retirado del mundo, para darse a los demás.

Ya en el otoño, joven aún, se despidió de la música del verso que él tanto amara. Se dice:

Tú ya no eres poeta. Ya los númenes
que hablaban por tu boca
enmudecieron para siempre. Nada
te quedó de sus dones y mercedes.

Si ha llegado a la cima de las inaccesibles montañas interiores, aun es necesario que él more entre los hombres que pasan con el alma asomada a los sentidos. A ellos ha de entregar generosamente su espíritu en *plenitud*.

Ya sabes lo que el mundo es y lo que tú eres;
ya sabes lo que buscas, ya sabes lo que quieres,
Rompiste ya la maya tenaz de la ilusión.
Canta el divino canto de la liberación.

*
* *

Cuando muchos de los mejores poetas de América estaban entregados a un sensualismo grosero, Amado Nervo, sin desligarse del ambiente de la época, hizo su poesía, si a veces estudiada, casi siempre sincera. Fuerza es reconocer que todo lo que dijo eran cosas sabidas; pero la manera de decirlas era suya propia. Casi nada le debe la versificación castellana, porque en muy raras ocasiones su verso es perfecto. Casi todas las libertades del movimiento modernista están en su poesía. Ensayó toda clase de versos, y combinaciones, a veces poco felices. Pero sus mejores poesías, en donde desaparece el literato para que nos hable el poeta, el genio de la lengua se impone, y nos habla en puro y noble verso castellano. Poco ha emulado su idioma, pero en su poesía hay verdadera riqueza de palabras, aunque en los últimos tiempos haya recogido su terminología del idioma incipiente de la psicología y las ciencias biológicas sin traducirlas, cuando era necesario, al llano idio-

ma literario. No era Amado Nervo, poeta impetuoso; él buscó para su alma un callado refugio, un sentimiento íntimo y apacible. Como Darío, es en muchas ocasiones demasiado frívolo, superficial, ajeno "a las ideas eternas"; gústale hacer los versos bonitos, y mundanear a su manera en los motivos amorosos, que le dan por fruto, a veces, poemas ridículos de pueril petulancia, como el tan conocido que empieza:

Gitana, flor de Praga, diez *kreutzers* si me besas.

¿Y América? Aquí no hay nada de América, dice Darío. Por ahí andan atropellándose por el arte nacional. La poesía épica tiene que ser nacional, local, si se quiere, y no puede ser de otra manera. La lírica es tal como es el poeta. Zorrilla y Campoamor son dos cosas distintas. Pero Campoamor quizás sea de lo más español que se conciba, por eso mismo, porque es español y habla, individualmente, con el carácter, el genio, de su pueblo. Los enamorados de los bulevares de París, creían que ahí estaba la belleza; despreciaron América, porque no era cosa de moda y porque tenía espiritualmente poco que dar. El paisaje, el color, la patria están en el poeta lírico de una manera inconsciente. De eso le nacen las imágenes con que se visten las ideas. Por eso Amado Nervo, en una de sus mejores poesías es profundamente americano; esa *vieja llave* es cosa pura de América y encierra casi una página de historia. ¿Qué culpa tuvo América de que el poeta viera el encanto de casi todas las ciudades de Europa y no las de su patria y más que todo, eso que es la naturaleza misma y que Darío a veces desdeña? Es que este espíritu refinado, amaba más que la luz de su tierra, la pátina de la tradición de los siglos, las viejas estampas, las leyendas medioevales, en fin, lo que complace al espíritu curioso y doloroso, a la carne triste, al que vaga en busca de lo que ni él mismo sabe...

La prosa de Amado Nervo, es discreta. Prosa moderna, liviana; para la revista que publicará el artículo ilustrándolo con un dibujo alusivo; y otras veces para el diario, donde habla al corazón de las mujeres que creen y esperan; para fortificarnos mostrándonos una serenidad suprema ante la vida deleznable y la honda e ilimitada vida de la muerte. En el camino de estos libros en prosa de Amado Nervo, va perennemente, como una nube viajera la obsesión de la muerte... En un prin-

cipio esta divinidad es tiránica y horrible, nos enferma con una especie de incurable hastío, con dedos tenaces nos aprieta las sienes, pero, ya sea que se nos haya familiarizado, o que con ella nos hayamos remontado a una región más alta y noble se nos va convirtiendo en diosa libertadora, en la razón de todas las cosas, y como en el verso de Gutiérrez Nájera podríamos exclamar:

Ella es mi madre, buena madre...

Ya no le tememos. Todo esto es triste. Es ascetismo. Miramos el mar, el bosque, la montaña, pero en todo, ella está con nosotros. Va pegada a nuestra sombra, huella con nuestro pie el camino enarenado, habla con el canto del grillo y del rui-señor; en todas partes nos mira. Es voz de lo pasado, es algo que llega como un vago aliento desde misteriosas florestas. Escribe Nervo para enseñarnos a ser buenos; para dilucidar problemas sencillos y amables, u oscuros y tristes. Su ternura—y así debe ser un poeta—no se para en el hombre solamente, sino en todos los seres de la creación. La estadística le dice por ejemplo que los periódicos y libros acabarán con esa maravilla del mundo que son las selvas. ¡Por Dios, tanto libro inútil y maligno, tanto papel empozoñado y vano! El hacha bárbara acecha al árbol que es un mundo armonioso y divino. Todo lo destruye el hombre, esta boca insaciable; el dinero moderno va a remover en sus cimientos a la tierra... ¿Para qué? nos preguntamos. Estos asuntos le sirven a Nervo para preciosas reflexiones en *Almas que pasan*, en *Ellos*, *Mis filosofías*. Va tocando temas de divulgación unidos al comentario que le sugiere la labor científica o las teorías de los sabios. Cristianamente irónico pone en la flor azul de su piedad algunas espinas punzantes. Escribe cuentos raros, recuerdos, anécdotas, de viajes, de hombres del siglo, y, de la muerte, más que todo de la muerte... Después nos da consejos de higiene para que podamos vivir mucho esta vida preciosísima... con la tristeza de lo inevitable, de lo inminente...

Dedicóle, Amado Nervo, a su compatriota Juana de Asbaje, conocida por Sor Juana Inés de la Cruz, un hermoso libro. Amado Nervo, no era verdaderamente un crítico, como no puede serlo sino por excepción, un poeta; se siente intensamente enamorado de aquella delicada alma que ocultó su misterioso

mal en un convento. Poco agrega, si no es documentación minuciosa, al juicio definitivo del gran maestro Menéndez y Pelayo, en cuyas opiniones se inspira constantemente. Llámale, en este libro en defensa de Sor Juana, honorable medianía a Don Juan Nicasio Gallego, a quien Valera casi puso junto a Leopardi. Pero si como poeta Gallego, con mucha razón es una medianía, igual que Lista, creo que Nervo que ha dicho: "no te quejes nunca de la incomprensión de los demás", le hubiera perdonado todo, si en su juicio hubiera sido inexacto, por ser autor de aquel preciosísimo diálogo entre Salvá y Hermosilla, verdadero catecismo y examen de conciencia que no debe desconocer nadie que hable de la labor ajena.

Juana de Asbaje, sería la mejor obra que Nervo hizo en prosa, si no hubiera escrito cuando ya casi no era de este mundo, este librito que ha titulado *Plenitud*, sólo comparable por su espíritu en la literatura castellana moderna con los *Motivos de Protoco* de Rodó y con aquellas páginas de amor con que un ilustre argentino prologara la traducción de los *Cien poemas de Kabir*. "Esta es, dice, mi riqueza, toda para tí". Amado Nervo no es un gran prosista; al contrario. No es tampoco un gran filósofo. Desde aquellas admirables y sublimes páginas de Séneca a Lucilio, espigó en los estoicos—Nervo, como hombre de doctrina, es quizás un estoico—en la Biblia y en los grandes libros, verdades generosas y eternas. Alguno dirá que hila tales sutilezas que se desgarran con el viento más suave. Y eso es cierto. A veces resulta un poco afectado y pasado de moda, y casi no se siente en su prosa la voz fuerte del hombre. Pero no obstante esto, hay en *Plenitud*, mucha nobleza. Y era ese su tesoro; el tesoro inextinguible de piedad, de humildad, de su espíritu panteísta y cristiano. Muchos libros de encoquetados y vanos autores, han de pasar; pero algunas palabras de *Plenitud* quizás queden para siempre.

ARTURO MARASSO ROCCA.

AMADO NERVO (1)

"El agua que rodea a la flor de loto no moja sus pétalos".—BUDHA.

"Si eres bueno sabrás todas las cosas".—AMADO NERVO.

Ahora que está muerto el gran poeta y que ya no puede levantar la voz para consolarnos, su recuerdo nos une en este día, como una fuente que enlaza en la blandura de su seno, las sombras temblorosas de los árboles próximos. Y parece que hasta la idea de su vida precaria, tuviese una virtud ennoblecedora, y que dentro de la tristeza de su partida, existiera una claridad misteriosa que nos eleva: porque hay crepúsculos que no se marchan sin dejar tras de sí la lágrima de una estrella...

¿Es que ciertas almas atraviesan el mar negro de la muerte, deshaciéndose en luz como los astros fugitivos? ¿Es que la dulzura de que estaban llenas no termina con su vida, como no acaba el perfume en la flor muerta, y aun siguen embelleciendo nuestras noches? ¿Es que giran en torno nuestro y nos ayudan con aquel poder que la piedad antigua atribuía a los mares, o es que se transforman sutilizados, como el fuego en el humo, en los sentimientos y en las ideas que nos inspiran?... Lo cierto es, que hay muertos que no se han ido nunca de nuestro lado.

Y este que ayer no más me hablaba de la conferencia de hoy, y a quien vi alejarse, plácidamente, casi insensiblemente, como una primavera que se retira del mundo, era de aquellos que no desaparecen del todo: aunque ya el silencio más frío ha cerrado para siempre sus labios, nos va a decir todavía, palabras consoladoras y hermosas. Y, ¿qué vida—dice Mae-

(1) Conferencia leída por el Dr. Pedro Miguel Obligado en el homenaje a Amado Nervo realizado en el teatro Odeón el día 21 de Junio.

terlink—no se aclara en la pura, fría y simple luz, que cae sobre la almohada en las últimas horas? En verdad, para usar de las palabras del mismo Nervo, “la muerte ha puesto un sello de nobleza mayor a lo que ha escrito”. Pues los que estuvimos cerca de él, en el trance definitivo, sabemos hasta dónde eran sinceras las palabras de sus poesías y hasta dónde estaba dispuesto a cumplir su destino. De modo, que cuando dejó nuestra ribera—y perdonadme estas imágenes; yo no me atrevería a hablar de un poeta como él, si no fuera con algunas flores marchitas de este otoño—se hubiera dicho que entraba en la muerte con la serenidad de un cisne que penetra en las aguas. Es que le era familiar el misterio...

Y lo mismo que ciertos seres de la naturaleza, al sentir que se les aproxima su fin, buscan el rincón más querido para expirar, arrastrado por quién sabe qué fuerza desconocida, Amado Nervo atravesó el océano para morir en estas riberas del Plata, donde a nosotros nos parece, por una razón sentimental bien explicable, que era más querido que en ninguna otra parte. Y las dos hijas del río, al verle moribundo, como dos hermanas amorosas, casi diría que le ofrecieron sus brazos para que le fuera más blanda la muerte. Yo he visto el bello espectáculo de las nobles señoras que asistían al poeta como enfermeras y calentaban las tisanas no sólo al calor de las brasas, devolviendo así, en cariño sublime, el bien que el poeta les había hecho con la belleza. Otras mandábanle tantas flores, que no cabían en su pequeño cuarto de hotel, como si el alma exquisita de la mujer hubiese querido sofocar con aquella primavera, el invierno que se acercaba...

Amado, le había puesto su madre, según él mismo me decía una vez, a fin de que lo quisieran mucho. Y diríase que a él se le hubiera confiado la misión superior de aquel peregrino de que habla un cuento oriental, que viene de tiempo en tiempo, a nuestro mundo, para confortar a los hombres con la prueba de su amor y el ejemplo de su bondad.

Y en efecto, cuando conocemos almas así nos sentimos más alentados en la lucha por la belleza, y más seguros del más allá, y más humildes ante el misterio, y más compasivos con los desgraciados, y más bondadosos con el mal:

Si una espina me hiere, me aparto de la espina,
pero no la aborrezco.

A veces, al llegar el crepúsculo a la selva, y al mismo tiempo que comienzan a mirarnos las estrellas y que se alza de la tierra una fragancia musical, que vuela en las hojas caídas, suele abrir alguna rosa de la noche que con la blancura de la pureza, destácase entre las sombras como una luna de ensueño y entrega a la brisa, para hacerlo sentir menos, el consuelo de su perfume caricioso y espiritual... Y así pasa las horas nocturnas, haciendo soñar a los insectos, hasta que llega la mañana, como una barca de oro en la ola de una nube, y entonces ella, se sacude el llanto de que estaba llena, y como ya ha dado lo mejor de su ser, dóblase resignada y sumisa y desaparece en la tumultuosa prodigalidad de los pétalos...

Como esa rosa de la noche, fué el corazón de Amado Nervo. Después de idealizar nuestros dolores y de hacer de sus lágrimas un riego milagroso, se deshizo, de tierno, para poderse dar a todos...

Parece que no hubiera vivido sino para el bien de los demás; pues a semejanza de Jesús que enseña que "es mejor dar que recibir", él nos dice que "es muy dulce ser consolado, pero que es más dulce consolar". Y si "hay tanto amor en su alma que no queda ni el rincón más estrecho para el odio", es porque sabía que los malos no son más que desventurados que fueron débiles a la adversidad, a la manera de esas plantas embravecidas que por falta de cuidados se niegan a florecer y no ofrecen más que las puntas rojizas de su encono...

"Y si los que amas—escribe—ignoraran tu sacrificio y no te lo agradeceran jamás, ese sacrificio se hará más precioso merced a tal ignorancia". Era capaz de agradecer a los demás la oportunidad que le brindaban de hacerles el bien y la confianza de aceptarlo. Su bondad nacía de la comprensión de las cosas, pues pensaba, sin duda, como Leonardo, que cuanto más se conoce más se ama.

La bondad no es sólo un sentimiento, no; ella es también un arte difícil. Hay que saber ser bueno. La misma caridad ofende, si no es oportuna; y es tan delicado el uso de las palabras piadosas, que hay que cuidar hasta el acento con que las pronunciamos; ya que deben llevar adentro como una cierta tibieza, como un cierto temblor de cariño. Pero, ante todo, para ser bueno, lo necesario es ser humilde; que hasta un ramo nos golpea si se nos arroja desde la altura. La bondad es

el único sistema inteligente de corrección de los hombres; todo lo demás es cientificismo y lógica vana. Sólo el amor puede salvar al hombre encanallecido, pues el amor es una regeneración. Los malos son así porque no han conocido el bien. Tal vez pasó cerca de ellos, volando como es su costumbre, y no lo pudieron alcanzar; vieron que iba hacia otros seres más felices, y les pareció una injusticia. Pero si hasta las fieras se doman con la dulzura de la música, según el conocido mito de Orfeo, ¿cómo ha de haber hombres que no se mejoren con el amor de sus hermanos?

Y Nervo escribe:

"Que es inútil mi afán por conquistarte,
Que ni me quieres hoy, ni me querrás..."
Yo me contento, amor, con adorarte:
¡Dios hará lo demás!

Yo me contento, amor, con sembrar rosas
en el camino azul por donde vas.
Tú, sin mirarlas, en su seda posas
el pié: quizá mañana las verás!
Yo me contento, amor, con sembrar rosas:
¡Dios hará lo demás!

Verdadero artista, hacía el bien hasta por un sentimiento estético:

Señor: sin esperanza de un bien terreno
ni celeste, sin miedo de tu grandeza,
he de ser bueno, en nombre de la belleza
el ritmo y la armonía que hay en ser bueno.

Podría decirse que su poesía no es más que la bondad, que para ser más buena se vuelve encantadora. De ahí que su arte no fuese lujoso ni obscuro, sino íntimo y profundo, y que en él hallaran emociones dignificantes el más ignaro lector y el más exigente crítico; de ahí la gran originalidad de ser sincero y la rareza admirable de ser sencillo. Y si toda su obra llevaría bien el título de uno de sus libros, *En voz baja*, es por que él podía decir como Goethe: "Todos mis libros son fragmentos de una confesión general".

Las confidencias donde nos reconocemos, y los sentimientos que no supimos expresar, y las penas sin importancia de los días vacíos, y la ternura ciega por quien nos desdeña y la incertidumbre del porvenir, y el temor de navegar sin una estrella; todo

ello, está en su poesía, como idealizado por una aurora próxima: es que hasta él llegaba el resplandor rosado de una mañana que nosotros no alcanzamos a vislumbrar:

Desde que no persigo las dichas pasajeras,
muriendo van en mi alma temores y ansiedad.
la vida se me muestra con amplias y severas
perspectivas, y siento que estoy en las laderas
de la montaña augusta de la serenidad.

Serenidad, esa es la palabra, que para mí, sintetiza la vida y la obra de Nervo. Serenidad, hija del dolor, hermana del silencio, madre de la belleza...

Existe una leyenda germánica que narra la vida de un pastor que se enamoró de una nube, y se fué persiguiéndola, a través de selvas y barrancos, hasta que logró alcanzarla en la cumbre de una montaña. Allí le tendió los brazos para oprimirla, y entonces ella se deshizo en su pecho y le vertió una lágrima dentro del corazón. Los poetas, como el pastor de la leyenda germánica, van detrás de una nube, a través de los campos y cuando llegan a conseguirla, sienten que les penetra una lágrima inmensa; porque el ideal soñado, como esa nube remota, no sabe en nuestros brazos más que volverse llanto... Y sin embargo, ellos luchan por el gran amor, y "un gran amor no existe sino a la sombra de un gran sueño", como ha dicho hermosamente Rostand; ese otro poeta que ha muerto, después de ver que era realmente Chantecler, el gallo francés, quien hacía surgir con su canto la luz de una gloria inmortal...

Amado Nervo era un viajero, un peregrino de la belleza. De Tepic, donde había nacido, pasó a Zamora, a Méjico y después a París, investigando siempre el alma armoniosa y el sentido oculto de la vida. En la capital de Francia trabó amistad con casi todos los grandes artistas de entonces. Conoció a Moreas, a Oscar Wilde, a Maeterlinck, y fué compañero de Rubén Darío, quien le llama "Fraile de los suspiros y celeste anacoreta". Su vida está toda en sus versos, como el pájaro está todo en sus alas y la azucena está toda en las flores. Era resignado, profundamente místico, de una voluntad inquebrantable y de una fe sin límites en el amor.

Una prueba de ello es la siguiente poesía inédita que, después de su muerte, se ha hallado en uno de los cajones de su escritorio:

LA PUERTA

Por esa puerta huyó, diendo: "¡nunca!"
 Por esa puerta ha de volver un día.
 Al cerrar esa puerta, dejó trunca
 la hebra de oro de la esperanza mía.

Por esa puerta ha de volver un día.

Cada vez que el impulso de la brisa
 como una mano débil, indecisa,
 levemente sacude la vidriera,
 palpita más aprisa, más aprisa
 mi corazón cobarde que la espera.

Desde mi mesa de trabajo veo
 la puerta con que sueñan mis antojos,
 y acecha agazapado mi deseo
 en el trémulo fondo de mis ojos.

¿Por cuánto tiempo, solitario, esquivo,
 he de aguardar, con la mirada incierta,
 a que Dios me devuelva, compasivo,
 a la mujer que huyó por esa puerta?

¿Cuándo habrán de temblar esos cristales
 empujados por sus manos ducales
 y con su beso ha de llegarme ella
 cual me llega en las noches invernales
 el ósculo piadoso de una estrella?

¡Oh, Señor! Ya la Pálida está alerta.
 ¡Oh, Señor! Cae la tarde ya en mi vía
 y se congela mi esperanza yerta.
 ¡Oh, Señor! haz que se abra al fin la puerta
 y entre por ella la adorada mía!

... Por esa puerta ha de volver un día!

Su espíritu se había orientado en la lectura de Platón, de los libros indos y cristianos.

El alma sola, en la posesión de sí misma, encuentra un principio inaccesible a la razón: he ahí el misticismo; para llegar a él es necesario el camino del amor: he ahí la doctrina platónica. Fué un creyente: "Desconfía — escribe — de quien dice que no cree en nada; o es un pobre de espíritu o es incapaz de una acción noble". Esto concuerda con la siguiente estrofa en donde apunta — cosa extraña — una suave ironía:

Yo no soy demasiado sabio para negarte,
 Señor, encuentro lógica tu existencia divina.
 me basta con abrir los ojos para hallarte,
 y te adoro en la rosa y te adoro en la espina.

Alguien le dijo una vez, delante de mí, que no se vulgarizara, dándose a gentes que no lo merecían, y él contestó, sonriendo: “¿Cree usted que pierde su aristocracia la florcita más humilde, por estar al alcance de todos?”...

Padecía la enfermedad sutil de lo absoluto y estudiaba las ciencias ocultas, la teosofía y la filosofía Vedanta, sin que nada apagara su sed de conocer el misterio. A través de sus dudas, él llevaba el amor, como una estrella promisoría. Y ese amor, nacido de la conciencia de la armonía universal, de la gran unidad primitiva, sostenía una fe, que de tan humilde revestía las formas de una esperanza... Luego, el dolor de la vida, la piedad humana, fueron enriqueciendo el fondo de su alma que era puramente cristiana.

Como el Santo de Asís, cantó a la hermana Agua, “Sor Acqua”, y como él hubiera sido capaz de atraer a las golondrinas y de volverlo bueno al cruel hermano Lobo. Tenía como el agua, esa docilidad constante, esa blandura transparente y amor por el cielo que transfigura un lago en un firmamento; y ¿qué cosa más natural, entonces, que desde que vivía absorto en el azul, estuviera brillando en su alma el rocío luminoso de las constelaciones?...

Y como el agua que regó los campos, calmó la sed de muchos seres y repitió el infinito entre las piedras, se volvió al cielo de donde había venido:

Y a la Fuente de Gracia de donde procedía
se volvió... como gota que se vuelve a la mar...

Señores: Cuenta Fedón, en uno de los diálogos platónicos, cómo la serenidad de Sócrates hacía de la muerte algo sublime y extraordinario; y dice Novalis que “morir es un verdadero acto filosófico”. Yo solamente os puedo afirmar que la muerte de Amado Nervo tuvo la misma tranquilidad y la misma belleza de su vida. Aun me parece verle en su lecho de enfermo, con aquel rostro ascético de un retrato de Zurbarán, los pómulos salientes, los ojos enormes y oscuros, siempre húmedos en una gota de melancolía y la frente muy alta, como para que se hallaran bien sus ideas... Sus manos góticas, hechas a la oración, revelaban la tendencia piadosa de juntarse...

Me marcharé, Señor, alegre o triste;
Mas resignado cuando al fin me hieras.
Si vine al mundo porque tú quisiste.
¿No he de partir sumiso cuando quieras?

Lo vi la noche en que murió y hablaba con la afabilidad de costumbre. Sabía que se moría — y ahora lo comprendo — no quiso entristecernos con despedidas. Yo lo engañaba y le decía que tenía que mejorarse pronto, para que pudiéramos pasear, fingiendo una esperanza que apenas sostenía mi afecto; y él nos engañaba, haciéndonos creer que tenía esperanzas de salvarse. Nos miraba a todos, con sus dulces ojos de moribundo, como si su tierno corazón quisiera consolarnos de la tristeza que nos iba a causar... Aquella tarde, ante las pruebas de cariño que recibía y entendiendo que su vida era necesaria, había dicho: “Ya no me quiero morir... Ya no me quiero morir...”

Era muy noble, para no sufrir al dejarnos...

Pero la muerte aguardaba ya con impaciencia. Hacía varias noches que esperaba en la puerta del hotel, detenida, sin duda, por una barrera de cariño. Muy fuerte debía ser, para que triunfara contra tantas voluntades; ¿o es que el pobre corazón de los hombres, sus más elevadas pasiones, lo mejor que ellos tienen, no puede nada con lo desconocido? Es muy amargo pensar que el amor que es tan poderoso con la vida, sea tan incapaz y tan débil con la muerte.

El poeta quería ver el sol, y la mañana estaba nublada. En la playa gris, se deshacían las olas grises... A lo lejos un barco velero se perdía en el horizonte...

Seguro de su fin, se hizo traer el crucifijo con que viajaba siempre, y dijo estas bellísimas palabras: “¡ Señor, ya sé que estoy muerto!...”

Y luego, como en secreto, esta exclamación que alguien oyó: “Está bien...”

Acaso la muerte, de verlo tan bueno, le había tomado cariño. Era tal la placidez de su rostro, como si su alma en el umbral del más allá reflejara sobre él una paz ultraterrenal. Y “como una flor murió sin dolor”. Acaso la muerte, de verlo tan bueno, le había tomado cariño...

Entonces, el sol que él había deseado tanto, penetró en su pieza como un torrente de oro, y la mañana se volvió cristalina como un diamante, y las olas se entregaron a un reposo celestial. Hubiérase dicho que el alma del poeta iba aclarando el mundo, al subir por la gloria del sol, en las alas de sus cantos, hacia la eterna serenidad del azul...

AMADO NERVO (1)

Amado Nervo perteneció en el modo poético, a la generación que robó de la lira de Francia nuevos sonos con qué enriquecer la poesía de habla española: en su técnica y muchas veces en el motivo de sus rimas, están Verlaine, Baudelaire, Laforgue, Banville.

Florece su vida cuando la corriente mágica de la gracia gala polarizaba en el incomparable espíritu de Rubén Darío. Como a éste y como a todos los hijos de la inquietud, lo atrajo la luz inextinguible de París, que quema tantas alas y esclarece tantos númenes. Pero su influencia no lo absorbió porque tenía, para oponer a ella, un mundo interior definido con la intensidad de una vocación. Así, la lírica bohemia que ostentaba en su escudo, como lema y programa “de la musique avant toute chose”, no lo contó entre sus adeptos sino episódicamente. Amado Nervo tenía muchas cosas cordiales y serias que decir a los hombres, y su actitud personal y poética difirieron de las de la alegre camaradería que lo frecuentaba. Mientras los otros mariposeaban entre los amores lijeros y picantes de los barrios nocturnos y perseguían los vocablos eufónicos con un bizarro desprecio por la idea, Amado Nervo — monje de la poesía como lo llamaban sus íntimos de esa época — se encadenaba dulcemente a un gran amor y decía su monólogo místico, en el que el pensamiento se erguía a veces sobre la maltrecha belleza del verso.

Al correr de los años, su modo poético se despreocupa más y más de las graciosas galas como en una derivación hacia la prosa, hacia su prosa

(1) Fragmento de una conferencia leída en el aula magna de la Universidad de La Plata, bajo los auspicios del Centro Estudiantes de Ciencias Jurídicas y Sociales.

Lector mío, estos versos que son prosa rimada

y semeja en ciertos momentos, tal es su desnudez y su afán didáctico, la versificación de un catequista que aprisionara en fórmulas rítmicas sus ideas:

El que sabe que es uno con Dios, logra el Nirvana:
un Nirvana en que toda tiniebla se ilumina;
vertiginoso ensanche de la conciencia humana,
que es solo proyección de la Idea Divina
en el Tiempo...

El fenómeno, lo exterior, vano fruto
de la Ilusión, se extingue: ya no hay Pluralidad,
y el Yo, extasiado, abismase por fin en lo Absoluto
¡y tiene como herencia toda la Eternidad!

Este modo poético que puede ser más eficaz, en su rotundidad de versículo, para los fines que el poeta se propone, va contra toda música, y lo digamos sin ambages, lesiona la belleza.

Yo no encuentro lógico, por todo esto, un parangón entre Amado Nervo y el otro gran americano muerto. Rubén Darío manejaba las palabras como piedras preciosas que engarzaba en la idea alada y transparente, hasta hacer el todo incoercible que es cada una de sus poesías; a Amado Nervo, en cambio, nunca lo esclavizaron tan sutiles preocupaciones: él, antes que nada, quería decir su credo espiritualista y bondadoso.

Esto no significa que yo olvide las estrofas admirables que el noble poeta nos ha dejado y que esmaltan sus libros luminosamente. En suaves poesías amorosas que todas las mujeres saben de memoria y dicen con pura emoción; en ágiles poesías casca-beleantes que los entendidos paladean como frutos genuinos de la clara tierra de Francia, el poeta ha rendido su tributo a la renovación literaria que lo armó de todas armas. Pero no es por ellas, no es en el carácter de desinteresado perseguidor de la Belleza que la posteridad lo recogerá, sino por algo que, después de todo, es más esencial: por la cordial filosofía de sus obras, por la elevación de sus pensamientos, por la bondad de su alma.

El rasgo sobresaliente de la ideología de Amado Nervo es su aptitud mística. Su espiritualismo profundo se exalta ante el amor, el dolor, la naturaleza, los porqués insolubles.

Desde *Místicas y Perlas Negras*, su primer libro confesado,

hasta *El Estanque de los lotos*, publicado recientemente, su personalidad es la misma, en la relación que existe entre el viajero al emprender la ruta y al escalar la cumbre que se impuso.

Sus libros iniciales desbordan en un lenguaje ampuloso y brillante, tal como pudo tenerlo una adolescencia magnífica ardiendo al sol de los trópicos. Pero en medio de este desorden sonoro, que se advierte hasta en *Los jardines interiores* publicado en 1904, la voz del poeta adquiere *improntus* de una belleza tan acabada y firme, que no disuenan con las más altas notas a que llegó más tarde, cuando su personalidad hubo madurado plenamente.

A principios del siglo, escribió *La Hermana Agua*, que está destinada a subsistir entre sus grandes creaciones. En el vasto poema, la unción mística del poeta se expande en un gran amor a toda cosa creada, a ejemplo del santo entre los santos, el dulce franciscano de Asís.

Antes de que sus libros capitales, que empezaron con la aparición de *El Exodo y las flores del camino*, vieran la luz, ya se habían popularizado algunas composiciones de Nervo, entre ellas esa deliciosa como una tanagra que empieza:

Tan rubia es la niña que
Cuando hay sol no se la ve.

e aquella en que, de tan gráfica manera, canta al metro de doce:

El metro de doce son cuatro donceles
donceles latinos de rítmica tropa;
son cuatro hijosdalgos en cuatro corceles;
el metro de doce galopa, galopa.

En su juventud, el poeta sentía un loco impulso andariego, el mismo que torturó a Rubén Darío, y *El Exodo y las flores del camino*, es el relato en prosa y verso de las impresiones que sus ojos curiosos recogieron en los países a que su hambre de ver lo arrastró. Las nuevas formas se ofrecen tentadoras y brillantes, y las flores del camino atraen con su belleza misteriosa: el poeta gusta de ellas y canta la alegría de la posesión en estrofas trajeadas con el ropaje exótico del modernismo.

—Gitana, flor de Praga, diez kreutzers si me besas.
En tanto que a tu osesno fatiga el tamboril,
que esgrimen los kangiars las manos juglaresa,
y lloran guzla y flauta, tus labios dame, tresas
de Abril.

Apéate del asno gentil que encascabelas:
 Los niños atezados que tocan churumbelas,
 harán al beso coro con risas de cristal.
 Por Dios, deja tu rueca de cobre y a mi apremio
 responde. Si nos mira tu zingaro bohemio,
 no temas: ¡en Dalmacia forjaron mi puñal!

Aquí no hay nada del Amado Nervo de los últimos tiempos; y todavía tendrá mucho que andar y que sufrir para que su corazón se aquiete.

Lo veo en los títulos de las dos obras que siguieron a la ya nombrada: *En voz baja* y *Serenidad*, un esfuerzo del poeta para reducirse a normas espirituales que su voluntad le dicta pero para las que su vida aún no está preparada: él ansia silencio y estatismo, pero el corazón es joven y el panorama brillante y late el corazón fuera de toda norma y de toda voluntad.

En ambos libros, por eso, levantan voces discordes el Nervo galante, apasionado, sensual, y el Nervo espiritualista, recogido, místico.

Dice la Dama que *fué*,
 que ya no *es*, que un barrunte
 de nieve en su pelo ve...
 Decid a la Dama que
 su tarde a mi tarde junte.

Decidla que hay un edén
 en los besos otoñales
 sobre la nuca o la sien;
 decidla que huelen bien
 en septiembre los rosales.

Junto a esa chispeante cortesanía, esta reflexión ascética:

Desde que no persigo las dichas pasajeras,
 muriendo van en mi alma temores y ansiedad;
 la Vida se me muestra con amplias y severas
 perspectivas y siento que estoy en las laderas
 de la montaña augusta de la Serenidad...

Nervo, el que todos tenemos en nuestro corazón, no se había encontrado todavía a sí mismo. Quizá fué menester, para que el hallazgo solemne tuviese lugar, que la muerte de la mujer amada desquiciara su vida. Nunca ha publicado sino fragmentariamente su libro a la amada inmóvil; pero en las conadas composiciones que se conocen con ese gran dolor como tema, se percibe en qué forma profunda influyó en la orientación definida de sus ideas el recio golpe. Desde entonces, la muerte será su obsesión; y a fuerza de hablar de ella, su terror

de morir, que tan agudas páginas le dictó, se irá trocando en una resignación sonriente, casi amorosa, ante el enigma formidable:

—Siento un deseo agudo de partir, una trémula y nerviosa impaciencia me va invadiendo. Ansío subir al tren que marcha. El airón multiforme de las locomotoras, visto de mis balcones, aviva mis anhelos. Nunca miré a las aves con más envidia; nunca los nobles vuelos ágiles del aviador, mi espíritu movieron de esta suerte. Las nubes andariegas me hipnotizaron; el viento, nuestro compadre el viento, parece que a mi oído va murmurando: — ¡Márchate!

Mi corazón redobla sus penosos latidos.
No sé que sentimiento de expectación azuza el corcel de mis ansias.
Un invisible lazo parece que restalla cerca de mí, una inquieta premura sin motivo, suele avivar mi paso.
—Doctor, dame un diagnóstico deste mi mal...
—¡Acaso vas a morir, poeta!

La muerte se le aparece como un verdadero acto filosófico, según la expresión de Novalis. Como a todos los místicos, la idea irreparable le abre perspectivas de eternidad y exclama:

¡Oh muerte, tú eres madre de la filosofía!
Tú ennobleces la vida con un ¡Quién sabe! y das sabor a nuestras horas con tu melancolía.
En todo lo que es grande: dolor, amor, tú estás.

Arco triunfal de mármol negro, por donde pasa, dignificada, el alma que sin cesar luchó, cual héroe taciturno; regalo, abrigo, casa, de quien desnudo y sólo la dura tierra holló...

Tú avaloras las vidas más vacuas y vulgares:
Sancho Panza agoniza y hay en él majestad.
Tú perfilas los rostros con líneas singulares,
¡mirífica escultora de la Serenidad!

La puerta de la estancia cierra tu mano pálida
y ya no vemos nada, ya no sabemos más.
¿Se metamorfosea detrás una crisálida?
¿Qué alquimia portentosa se realiza detrás?

¡Oh muerte, creadora del misterio, tú hiciste que la inquietud volase por vez primera en pos del Ideal. Mirando tu faz augusta y triste, el hombre alzó los ojos y se encontró con Dios!

Al levantar los ojos, mirando a través de la muerte, el poeta ha encontrado a Dios.

El solemne hallazgo se ha realizado; Amado Nervo, el inconfundible, escribe *Elevación, Plenitud, El Estanque de los Lotos*. Estos tres libros son uno solo, a pesar de que *Plenitud* sea un libro de prosas. Su verso se ha descarnado, al par que su espíritu, y sus períodos rítmicos tienen la misma bella severidad que las dulces líneas de su prosa; triunfa sobre el poeta el pensador cordial y sereno.

La filosofía de Nervo está toda en sus tres últimas producciones: su misticismo y su bondad florecen.

Ya la vida ha perdido para él su apariencia de festín profano; no lo tientan más "las dichas pasajeras" y, al replegarse sobre sí mismo, encuentra la paz.

Sus preocupaciones filosóficas divagan por el campo de las religiones antiguas y sus ojos se vuelven hacia las buenas ideas. En su curiosidad de hombre culto, los libros compañeros, se reducen a unos cuantos:

Lee los libros esenciales,
 bebe leche de leonas; gusta el vino
 de los fuertes: tu Platón y tu Plotino,
 tu Pitágoras, tu Biblia, tus indos inmemoriales,
 Epitecto, Marco Aurelio.... ¡Todo el frescor cristalino
 que nos brindan los eternos manantiales!

Ayudada su fe íntima, que el dolor de vivir maduró, por esas recias muletas, el espíritu del poeta fué ascendiendo, ascendiendo. Buscaba a Dios, con una idea innata e inextinguible de un Padre de los mundos, que se hermana en él con la idea de Bien, de Verdad y de Belleza; lo buscó a través de su heredada unción cristiana, en la adoración panteísta a toda cosa, en el misterio humano de las religiones milenarias, y su camino se marca por altibajos torturantes de dicha y de fe, de desesperanza y de pura alegría.

Por fin encuentra la verdad dentro de sí mismo. Dice:

Jesús no vino al mundo de "los cielos".
 Vino del propio fondo de las almas;
 de donde anida el yo, de las regiones
 internas del espíritu.

No hay en su credo filosófico la aceptación de ningún dogma revelado. Su fondo eminentemente cristiano, purificado por

el dolor de la ruta áspera y esclarecido por las luminosas palabras que los místicos de todas las doctrinas han dejado caer como un rocío sobre las llagas de los hombres, fué tornándose cada vez mejor y más comprensivo; y día llegó para su vida, en que pudo ver dentro de sí mismo lo que con tanto ardor buscó por todas partes.

La última crisis de su definición total es la más bella. Frente a la mezquindad perecedera de toda alma y todo anhelo, frente al gesto hostil de la naturaleza y de los hombres, su intimidad fué replegándose sobre sí propia, en una férvida defensa de su tesoro ínterior. Dió a delirar entonces con lo Absoluto y a soñar en una perfección que tornase su alma, al igual de la nieve. "fúlgida, blanca, silenciosa y fría": frente a eso Absoluto y revestido de esa perfección. Dios debía ser lo único cierto y gustar su presencia el único ideal. Pero en ese retraimiento pavoroso hay un egoísmo esencial del que la bondad de Amado Nervo no era capaz: su posición estática duró sólo un momento, y a ejemplo del San Cristóbal gigante de que nos habla Eça de Queiroz, sacudió su ascetismo estéril para volver a tomar su puesto entre los hombres y sus dolores, pleno el corazón de los dulces consejos que fortifican y guían.

Señor, no puedo huir a la montaña,
no puedo ir a buscarte en el desierto,
porque es fuerza morar entre los hombres.
El engranaje de mi vida, quiso
que lazos irrompibles
me ligasen a innúmeros de ellos,
y dicen todas las filosofías
que el precepto esencial es el de amarlos.

Pero, tú bien lo sabes,
sus voces vanas me ensordecen, sufro
un tedio irremediable de sus risas,
de sus plebeyos goces,
de su incipiente hinchada,
de su incesante y fútil hormigueo.

Yo sé que solo un día
a tus pies, contemplándote en silencio
con la interior mirada del espíritu,
vale más que otros mil bajo las tiendas
de los tristes humanos.

Y es ésta, ya lo ves, la prueba máxima
de amor que puedo darte:
no estar contigo por estar con ellos....
Por escuchar sus quejas, ay dejarte;

por ayudarles, padecer el frío
de tu ausencia, bien mío;
trocar por sus negruras tus destellos,
¡y por amarlos, parecer no amarte!

En posesión de su verdad interior, que le aseguraba la paz de los justos, hundió las manos generosas en los preciados tesoros y los repartió entre los hombres.

Su misión terminada, había una lógica astral en que muriera.

ALBERTO MENDIORIZ.

La Plata.

EL POETA BUENO

Amado Nervo era un buen poeta y, además, un poeta bueno. Del buen poeta ocúpense los críticos. A mí, en este trance, me interesa sobre todo el poeta bueno, el hombre bueno. Podría objetarse: lo que importa es la obra, no el sujeto transitorio que la hizo. Lo que importa es la seda, no el gusano que la segregó. Sin embargo, el supremo espectáculo para el hombre siempre ha sido el del hombre mismo. Por eso nos inspira tanto interés la vida de los demás. Las mujeres pueden dar fe.

—Buscáis en Amado Nervo al hombre bueno como si esa fuera la arista saliente de su personalidad. ¿Y el místico? ¿Dónde dejáis al místico, al enfermo de absoluto, al paciente del “mal metafísico”? ¿No se pasaba los días cavilando sobre los eternos problemas? ¿No se pasaba las noches, pegado el ojo a su pobre telescopio, buscando a Dios en el polvillo de las constelaciones o en la fresca sombra de los planetas? ¿Y no lo buscaba después, embaulado el chisme inútil, en lo más hondo de su propia conciencia?

—Sí, era un místico, un hermano de Fray Luis y de Teresa la Santa. Era también un filósofo en cuanto puede serlo un poeta. Era también un artista, un delicado orfebre del idioma, cuando se lo proponía. Pero ante todo, ante todo, Amado Nervo era un hombre bueno. Un hombre bueno que cantaba, que pensaba, que buscaba a Dios.

—¡Ser un hombre bueno! ¡Vaya qué mérito peregrino!

—Sí, es muy fácil decirlo. Pero pensándolo un poco, ¿hay algo en el mundo tan difícil como ser bueno? Y no es porque no sepamos en qué consiste la bondad, como sostienen sabios y filósofos, pues los ignorantes sí lo sabemos, sino porque la vida civil, forzándonos a una permanente actitud de beligerancia, eclipsa en nosotros la bondad natural. La vida, desgraciadamen-

te, no se nos presenta como concierto sino como discordia. Hoy, como en todos los tiempos, el hombre es el parásito del hombre. Unos cargan y otros son cargados. Y los que están abajo luchan por desembarazarse de la carga y colocarse arriba, y los que están arriba luchan por no resbalar abajo. Y como en esta brava puja no hay neutralidad posible, el ser bueno en el sentido de la resignación, de la benevolencia para todos, de la mansedumbre cristiana, es empresa casi humanamente imposible. ¡Oh, señor don Quijote! tu bondad es la única que nos es accesible, tu bondad viril que iba en pos de la justicia castigando a lanzazos a los soberbios, a los malsines, a los duros de corazón.

Y bien, Amado Nervo realizó el prodigio de ser bueno de manera distinta, mansamente bueno, sin beligerancia. En su aljaba se enmohecen las saetas, y se presenta a cuerpo gentil entre la turba crispada y arisca, como un nazareno, cordial, sonriente, tranquilo, prodigando a un lado y a otro las flores de su corazón:

No hagas sufrir ni a un mínimo
tallo de sensitiva;
amordaza el vocablo
irónico, prefiero
cortar las alas de oro
a las abejas áticas
del epigrama; deja
que te juzguen inerme
para el alfilerazo
maligno; que en tu alma
tan solitaria y muda,
la compasión florezca
como el nardo en invierno...
¡Y tu corazón sea
urna que guarde un poco
de la piedad de Cristo!

Piedad cristiana, eso es lo que le incita a derramar en torno su cosecha balsámica. Sólo piedad. Nada pide en cambio: ni honores, ni dádivas, ni gratitud. Piensa como el estoico: *Gratuita est virtus, virtutis praemium ipsa virtus.*

... hacer la obra, dar el fruto opimo,
como brinda su néctar el racimo
la fuente brota y el pardillo canta!

No busca nuestro poeta la santidad en el retiro, lejos de "los tristes humanos", al igual de Pafnucio, monje de la Tebaida. Su bondad, como el "loto simbólico", florece sobre la charca misma. Es la suya una bondad social. El poeta vive en el

fragor del combate, en el torbellino del siglo, entre el áspero vocerío de las gentes que alucinadas disputan hasta la ira por la posesión de las dos sirenas: el dinero y el amor. Y soporta, resignado, la vecindad de tanta y tanta estulticia.

Sus voces vanas me ensordecen, sufro
un tedio irremediable de sus risas,
de sus plebeyos goces,
de su incipiente hinchada,
de su incesante y futil hormigueo.

Con todo, su corazón rebosa de simpatía humana. Y en medio de la loca farandola, da su lección viviente de paz, de sosiego venturoso. Y no piensa sino en manumitir el espíritu de las cautivas criaturas y en transmitirles la fuerza de la esperanza y la fe.

Poeta, haz versos tónicos,
haz versos que conforten,
dí palabras que alienten:
los hombres nada esperan;
temen mucho los hombres...

No se crea, sin embargo, que el poeta ha llegado a tanta salud moral sin esfuerzo ninguno. El también conoció el engañoso canto de las sirenas y la brega desesperante de Sisifo. ¡Oh, dulce canto implacable! ¡Qué sér humano es capaz de vencer la tentación de oírte!

Ven, amigo, ya es hora del cariño.
la noche con su arcano me provoca,
mi cuerpo se estremece y te desea...
Ven, amigo, desata mi corpiño...
ven, abreva en el cáliz de mi boca.

La sangre más adormecida despierta ante semejante zureo de paloma erótica. Las venas se hinchan, los ojos se inyectan, la mente se oscurece y el santo varón queda convertido, ante la Sulamita eterna, en un simple varón.

Oh, vuelve a mi, te aspiraré anhelante
cual saquito de mirra perfumada...
.....
Ya estoy en tu regazo. ¡Qué serenos
me contemplan tus ojos! ¡cual me inundas
de amor! ¡qué bien reposo en las rotundas
y blancas almohadas de tus senos!

Luego vienen, ¡triste condición humana!, la lasitud, los remordimientos, el descontento de sí propio. Y el hombre, saciado, filosofa con escepticismo:

La mujer es la carne que fulgura
 con fulgor de ilusión, mientras resiste.
 Después... ido el fulgor, sólo persiste
 el dejo del pecado y de la hartura.

No más impudicias. Terminen las claudicaciones. Elévese la mirada hacia las alturas del Señor. El espíritu, henchido de idealismo, siente ahora un deseo incontenible de volar. No más claudicaciones. Terminen las impudicias.

Mística desnudez de deseos
 búdhico reposar de nirvanas,
 ¡eso no más quisiera
 mi cuerpo y mi alma!

¡Pobre poeta! Mientras aspiras a una "mística desnudez de deseos", la sirena del amor te acecha para hacerte víctima, una vez más, de su dulce engaño. Y en medio mismo de tu oración, cuando te creías más cerca de Dios, tus nervios, de pronto, te sacuden, tu imaginación se puebla de divinos fantasmas blancos y mórbidos, y el tormento erótico reaparece, el tormento que suponías narcotizado para siempre.

¡Con qué flagelaciones y ayunos de eremita
 mitigaré un instante nomás mi sed maldita!
 ¡En qué boreales témpanos revolcaré mi fiebre!
 ¿Qué tálamo de púas encontraré que quiebre
 mi voluntad de goces, mi agudo frenesi?
 ¡Oh Causa de las Causas, ten compasión de mí!

No sólo la "sed maldita", la "voluntad de goces", el "agudo frenesi" por la carne triste, conturban el vivir apacible, sino también las cien formas con que el sensualismo del siglo se disfraza: afanes de gloria, avaricia de riquezas, ansias de mando. ¡Oh, esclavo Epicteto, libre entre los libres! ¡Oh, magnífico Marco Aurelio, espejo de emperadores! ¡Oh, inmarcesibles indios! ¡Qué bien sabe al triste vuestro vino fuerte! Dijistéis verdad: la felicidad no es negocio de afuera, sino cultivo de adentro.

Razonas bien: no hay dicha como no tener nada,
 como no buscar nada, porque toda riqueza
 la llevamos nosotros en la veta ignorada
 que, al cavar de los años, a relucir empieza.

Razonas bien: al cavar de los años. Antes, somos juguete de nuestro barro, de nuestros instintos elementales, somos guardada de un Crispín que se burla de nuestros altos pensamientos, y que nos voltea con una zancadilla cuando más nos jactamos

de tenerlo acogotado. Tú también, poeta, probaste el poderío de Crispín.

El ánimo está pronta, pero la carne es débil.
A fuerza de bañarnos en luz del Ideal,
soñamos en cosechas heroicas de virtudes,
y cuando más erguidas nuestras cabezas van,
los pobres pies viajeros tropiezan en los riscos
y un gran derrumbamiento sigue al alto soñar.

Esta lucha de todos los días contra la natural imperfección, lucha donde apenas se notan los progresos, acaba por fatigar, por darnos la sensación de nuestra pequeñez, de nuestra humana relatividad. Y entonces vienen deseos de no luchar más, de abandonarse a la deriva y que se haga la voluntad de Dios. Nuestro poeta sintió hondamente esta desazón de la propia impotencia.

Tengo el peor de todos los cansancios:
¡el terrible cansancio de mí mismo!

Pero como era un hombre de voluntad de acero, después de un triunfo de Crispín reaccionaba con bríos multiplicados y se erigía en juez inflexible de su flaqueza humana. Como el artista cuanto más grande menos contento de su obra, así el hombre de bien, cuanto más rígido menos conforme de sí mismo. Sólo el necio está siempre satisfecho de su hinchada personilla. El poeta se reprocha: ¿Por qué no fui mejor? ¿Por qué no devolví la sangre que vertió la espina, convertida en la sangre de una rosa de paz?

¿Por qué me causó escándalo
vivir mal comprendido?
¿Por qué ante la injusticia no fui yo como el sándalo,
"que llena de perfumes el hacha que lo ha herido?"

¡Sus! ¡Adelante! No importan las caídas. El camino era bueno. Conducía hacia la cima solitaria de la Serenidad. De nuevo a recorrerlo, una, cien veces, hasta vencer.

El premio de tanto esfuerzo se avvicina. El espíritu, a fuerza de acendrase, se ha ido poniendo diamantino. Las espinas se mochan al rozarlo y como la piedra preciosa, devuelve en luz el tosco frotamiento del palurdo. El poeta bueno, "desasido de toda cosa", gracias a la porfiada contienda contra sí mismo, sonambula entre el agitado avispero humano con aristocrática tristeza, con dulcedumbre sonriente.

Brille nuestra sonrisa cual una mansa luz
 crepuscular, en toda labor, en toda pena,
 y como Jesucristo, llevemos nuestra cruz,
 ¡con el alma dolida... pero noble y serena!

La paz se acerca. Las energías instintivas que en los años mozos zarandeaban como a las criaturas vulgares a este poeta que aspiraba a santo, ahora han dulcificado su tiranía. Tal vez porque la sangre ha envejecido. Tal vez porque la voluntad, con el ejercicio, ha ganado en señorío. Lo cierto es que las fierecillas interiores parecen domesticadas y que hogaño es más fácil vencerse, ahogar apetencias y resistir el abejo de sus mil pequeñas punzadas. El dolor y el placer, hermanos inseparables, se esfuman en la lejanía, y un deleitoso sosiego, una dulce beatitud, un no-dolor, un no-placer, se disemina por toda el alma.

Desde que no persigo las dichas pasajeras,
 muriendo van en mi alma temores y ansiedad;
 la Vida se me muestra con amplias y severas
 perspectivas y siento que estoy en las laderas
 de la montaña augusta de la Serenidad.

Por fin a la eminencia del gran reposo llego:
 maté ya toda angustia, vencí ya todo apego.
 ¡Yace a mis pies el ansia turbadora y tenaz!
 ¡Estoy en paz... estoy en paz... estoy en paz!

El poeta-filósofo ha llegado a la paz del alma a fuerza de replegarse sobre sí mismo y — ¡cosa al parecer extraña! — a medida que se hundía “en el mutismo de su mundo interior”, más cerca se encontraba de los hombres, sus hermanos, y más opima era su siembra amorosa. Y es que al adentrarse más y más en sí mismo se aproximaba a la escondida cisterna donde existe una sustancia común a todos los hombres, la sustancia humana. Y el que llega a esa urna profunda ve con nitidez la hermandad fundamental que nos une y, entonces, en ella se abreva de amor, de simpatía, de tolerancia. De ahí que el hombre superficial, el que nunca ha cavado las vetas primordiales de su espíritu, sea un fatuo, un seco de alma, un incapaz de consolar a su prójimo con unas gotas de su vino cordial. Unamuno comprendió esta verdad y por eso dijo: “reconcéntrate para irradiar”. Cuanto más adentro vayas, más potente será tu proyección.

Trabajoso ha sido el escalamiento de la montaña. El peregrino, ya próximo a la cima, se detiene un momento y contempla satisfecho la tierra fecundada que ha dejado detrás.

Finé mi humilde siembra; las mieses en las eras
empiezan a dar fruto de amor y caridad;
se cierne un gran sosiego sobre mis sementeras;
mi andar es firme...

Y siento que estoy en las laderas
de la montaña augusta de la Serenidad.

Yace en lo alto la ciudad del Nirvana, especie de convento sin dogmas y sin ritos, pero con mucho silencio, con mucho silencio. El caminante se ha introducido en el sosiego de sus claustros, fatigado, y con "un profundo deseo de dormir". Y allí, en la ciudad suspirada, en la "*civitas Dei*", se propone descansar hasta que se rompa el "capullo inútil" que estorba el libre juego de sus alas.

Acaso cuando menos lo piensen tus dolores
te encuentres, en tu noche, con la piedad de Dios!

Y así fué. Cuando menos lo pensaba, el "capullo inútil" se rompió. Y el espíritu del "liróforo celeste" emprendió el vuelo definitivo hacia los astros que:

... parecen con pestaña luminosa
invitarnos al viaje que está escrito,
ese viaje sereno al infinito
a través de la tarde misteriosa.

Murió el poeta bueno, el hombre que se venció a sí mismo buscando la perfección; el hombre que vivió atormentado por una constante preocupación ética, por el anhelo de ser mejor, cada día mejor. Y ésto en medio de la sonrisa protectora y truhanesca de los "vivos", de los exististas de los galeotes que infestan el mundo.

Felizmente para la especie, hubo corazones, millares de corazones, que recogieron con unción el evangelio armonioso del poeta bueno. Y ésto se vió con motivo de su muerte. Ese día hubo lágrimas en los ojos de las buenas mujeres, y los hombres buenos sintieron la garganta apretada por el nudo de las indecibles congojas. Y todos pudieron salmodiar, religiosamente, las palabras del poeta:

¡ Ese hombre no tenía,
más que fe, y nos la dió, nos la dió toda!

CARMELO M. BONET.

OFRENDAS LEVES

En memoria de Amado Nervo.

Dulce hermana Agua, anda a acompañarlo.
Buen hermano viento, vete a hablar con él.
A ese hermano nuestro no hay que abandonarlo
Con su enorme fardo de bronce y laurel.

Habladle del campo, del cielo y del trigo.
Llévadle noticias de fuentes y estrellas.
¡Era tan amigo
De las cosas bellas!

¡Corre, hermana Agua! ¡Vuela, hermano viento!
Yo iré tras vosotros con mazos de dalias,
De nardos y lirios. Demoro un momento
Tan solo, en ceñirme túnica y sandalias.

¡Acaso el poeta sonría en la sombra
Fría y prieta, al ver,
Que el agua le habla, que el viento le nombra,
Y le llevan flores manos de mujer!

JUANA DE IBARBOUROU.

DE LA VIDA DE NERVO

Conocí a Nervo en España a poco tiempo de haber llegado para hacerse cargo de la secretaría de la legación de Méjico en Madrid. Frecuentaba yo en esa época, por mis vínculos de paisanaje y de amistad con José Santos Chocano, el grupo literario en boga, que acogió con el entusiasmo y la admiración que merecía al insigne poeta mejicano. En un café de la Puerta del Sol me lo presentó una noche Chocano. Nervo, joven todavía, sin ser un buen mozo, era de un aspecto atrayente y simpático. Usaba largos bigotes ligeramente levantados y una patilla en punta que le daba una fisonomía aguda de caballero del siglo XVI. Despojado de toda "pose" y del estiramiento que gastan muchos hombres de letras con los jóvenes que los admiran, Nervo seducía por la sencillez de sus modales y el calor afectuoso, casi familiar, de su voz. En el Perú había leído yo algunas poesías sueltas de Nervo y mi antigua admiración por el poeta se redobló con la simpatía que inspiraba el hombre. La conversación, sin ningún dejo pedantesco, rodó sobre los grandes hombres de España. Con este motivo Nervo expuso humorísticamente los fiascos que se llevaban los que querían gozar del placer de tratar de cerca a las altas cumbres de la política o de la literatura cuando no existe una causa especial para establecer esas vinculaciones. Y su sensata reflexión al respecto fué confirmada con una anécdota personal que relató con el sabor y la gracia que le eran congénitos. Nos refirió que hacía pocos días, premunido de una carta del célebre orador mejicano don Justo Sierra, había visitado a don José Echegaray, a la sazón ministro de hacienda. Don Justo Sierra, que desempeñó papel brillante en su misión a España con motivo del centenario del descubrimiento de América, pensó, seguramente, en grata ilusión, que su nombre se mantenía vivo

en el recuerdo de los amigos de otro tiempo. Y escribió, en ese estado de espíritu, una efusiva carta de presentación para el joven poeta. Después de breve antesala, Nervo fué introducido a la presencia del ilustre dramaturgo, a quien entregó la con-sabida carta. Don José, después de leerla con aire displicente, dijo: "Y bien, señor Nervo, Vd. manifestará en qué puedo servirlo y de qué modo puedo satisfacer el deseo de mi amigo... (y se detuvo un instante para leer el nombre) señor Sierra?" El apellido del pedagogo mejicano no suscitó en la mente de don José el recuerdo de sus triunfos intelectuales de allá por el año 92. Pensó que la carta que tenía en sus manos era, seguramente, de algún hombre influyente de alguna provincia española, que le recomendaba a un ahijado que buscaba una colocación en Madrid. La actitud de Echegaray, la frialdad de la recepción, el tono y la intención de la pregunta revelaron a Nervo el error en que incurría su interlocutor. Y entonces procuró desvanecerlo, diciendo, tímidamente: "Señor, no deseo de Vd. ningún servicio. Vengo de Méjico, mi patria, soy un antiguo admirador de Vd. y para conocerlo y presentarle mis sentimientos he querido traerle una carta de su antiguo amigo el señor Justo Sierra, actual ministro de instrucción pública de mi país, y que fué gran amigo de Vd. cuando estuvo aquí". Ah!—repuso Echegaray, sí, ya recuerdo; mi amigo el señor Sierra... Pues, tanto gusto... Y cambió en el acto en su actitud y en su conversación, tratando al joven poeta con la gentileza por la que Echegaray tenía fama de ser el más simpático de los hombres.

El incidente referido, lejos de desanimar al poeta, le causó infinita gracia y le dió materia para hacer derroche del humorismo de que están impregnados muchos de sus libros. La moraleja que se desprendía del cuento era de inestimable valor. Y buena prueba nos dió Nervo esa noche de su carácter simple y expansivo.

Poco tiempo después de este incidente se anunció una lectura de poesías de Nervo en el Ateneo de Madrid. Vivo estaba en mí, el recuerdo del éxito estruendoso alcanzado por Chocano en el simpático y viejo hogar de la intelectualidad de España. Nuestro poeta, en la velada en honor de Navarro Ledesma, produjo, al principio, hilaridad, después, sorpresa, luego interés creciente, y, por fin, admiración que se desbordó

en grandes ovaciones. Y así, no sólo por conocer los mejores versos de Nervo que iban a ser declamados, sino por satisfacer mi inquieta curiosidad por la acogida que el público español brindaría a este otro poeta de América, me dirigí a la calle de León y me instalé cómodamente en la tradicional sala de conferencias. Al poco rato comenzó el acto. Nervo, con su aire modesto, casi humilde, con sus ojos brillantes y su voz tocada de insinuación y simpatía, declamó los versos *A Kempis*, *La llave* y todo el hermosísimo poema *Hermana Agua*. ¡Qué contraste presentaba para mi espíritu, vibrante todavía con la recordación del éxito de Chocano, el recinto del Ateneo! Nervo triunfó también, esa noche, de modo perdurable. Pero su triunfo fué de muy distinta índole del alcanzado por Chocano. Podía decirse que aquellos éxitos correspondían a la obra de los dos poetas... Chocano, impetuoso y enfático, produjo al principio, si no la hostilidad, la resistencia a la admiración, logrando imponerse al fin por el brillo de las imágenes y la rotundidad de las estrofas. Podía decirse que arrancó con violencia los aplausos del público. Nervo se captó desde el primer momento la simpatía de los oyentes. Estos no se resistieron a seguir al poeta por el curso sinuoso de sus sentimientos. El tesoro de poesía de aquellas composiciones al través de la declamación insegura y dulce, se filtró suavemente en los ánimos. Los aplausos así no fueron violentos, de ruido de catarata, sino discretos, pero sinceros y cálidos. Tal vez el triunfo del poeta mejicano, menos aparatoso, conducía a una vinculación más permanente con aquel cultísimo auditorio.

Después de haber dejado España, a mediados de 1906, no tuve del poeta otras noticias que las que publicaron los periódicos relativos a sus éxitos literarios con motivo de la aparición de sus libros en prosa y en verso, que eran acogidos con entusiasmo por el público peninsular y americano. Un hecho extraordinario vino a avivar en mí el grato recuerdo del poeta que conocí en Madrid. Raros son los acontecimientos que resumen al mismo tiempo una alta belleza de líneas y un hondo contenido moral. Cuando ellos se presentan nos causan una doble emoción que es, por lo mismo, profunda e imperecedera. Tal me aconteció con la actitud de Nervo cuando el escritor y político español Luis Antón del Olnet, propuso a las cortes españolas que votaran una pensión de diez mil pesetas al año

para el poeta mejicano, mientras la situación de su patria le impedía recibir sus emolumentos. Conozco, por versión del mismo Nervo, algunos detalles sobre esta proposición y las circunstancias que aseguraban su éxito. Antes de presentarla, Luis Antón del Olmet había hablado con todos los jefes de grupo, y había obtenido, como era de esperarse, el ofrecimiento de apoyarla. De este modo la moción del distinguido escritor revestía los caracteres de un hecho absolutamente seguro, puesto que iba a contar con la aprobación unánime de las cortes. El rasgo del diputado proponente y de la cámara española, al consagrarlo, reflejaba el bello espíritu de la raza, era la encarnación del sentimiento maternal de España para sus hijos de América, e iba a sellar, como ha sellado, la fraternidad espiritual entre las nuevas naciones y la antigua metrópoli. ¿Cuál podía ser la actitud de Nervo frente a este gesto, como decimos ahora, incurriendo en un vituperable galicismo? ¿Cediendo a los impulsos de la dignidad nacional y personal podía declinar el generoso ofrecimiento y herir de ese modo la susceptibilidad española y revelar cierta incompreensión respecto del sentimiento que lo animaba? ¿O bien se inclinaría ante este aspecto del obsequio y del homenaje, pero poniendo en relieve la situación desagradable de la república mejicana, y consagrando una situación que quizá el orgullo patrio no consentía? Los extremos del dilema se perfilan de un modo neto ante la inteligencia penetrante del poeta. Su talento y su finura sentimental le indicaron el camino que debía adoptar para rendir, al mismo tiempo, homenaje a la hidalguía y largueza españolas y dejar incólumes su personal despreñamiento y su orgullo de mejicano. Y así fué. En la carta que todo hombre honrado no puede leer sino con profunda emoción, Nervo decía a Luis Antón del Olmet, sin desplantes, sin falso orgullo, con aquella cristiana humildad que es la forma verdadera de la dignidad, que él no podía aceptar la ofrenda material; que aunque no era rico podía vivir modestamente de su pluma, que bien sentaba cierta pobreza a un filósofo y a un poeta, pero que sí recibía enternecido e inmensamente agradecido, la ofrenda espiritual, la expresión del amor de España y de la nobleza de sus hijos que la moción encerraba. Preocupó siempre a Nervo la unión estrecha de la belleza y de la moralidad. Y puede decirse que aquella unión culminó en el acto que recordamos. La carta famosa venía a con-

firmar una vez más que el suave y melancólico poeta místico era un hombre de corazón, una alma templada para los grandes rasgos, extraña a todo interés de orden material, capaz de afrontar, no sólo la pobreza, sino la miseria para dejar incólumes la consecuencia con sus propias doctrinas, su dignidad, y el explicable y siempre simpático puntillo de honra patriótico.

No pensé realmente cuando leía con mis amigos la carta anterior, que iba a tener muy pronto la dicha de encontrarme con el bardo mejicano en la hospitalaria tierra uruguaya y en el desempeño de misiones diplomáticas de nuestros países. A fines de febrero del presente año los admiradores y amigos del poeta esperaban ansiosos su llegada, pues se tenía noticia de que había partido de Europa para representar a Méjico en las fiestas de la trasmisión del mando. Precisamente, dos días antes de que se realizara la ceremonia, Nervo llegó a Montevideo. La acogida que se le hizo fué excepcional. Después del presidente Brum que subía a la presidencia a los 36 años, tras una brillante carrera política, Nervo era el hombre del día. Lo asediaban los periodistas y los literatos y estaba absorbido por las invitaciones y las visitas, la contestación de una copiosa correspondencia y la inevitable colocación de pensamientos en los "albums". Nervo, multiplicándose prodigiosamente, encontraba tiempo para todo. Por las tardes, rodeado de distinguidas damas argentinas y uruguayas, declamaba, a pedido suyo, hermosas poesías o refería cuentos, dando prestigio de cenáculo literario al mundano y concurrido Parque Hotel. Aquello tenía, en verdad, los caracteres de una apoteosis. Esta continuó después en Buenos Aires. Nadie podía sospechar que aquel organismo que parecía infatigable estaba herido de muerte. Cuando Nervo volvió a Montevideo, su semblante revelaba la crisis profunda que había hecho su enfermedad. A pesar de ella, con energía extraordinaria, presentó sus credenciales, hizo las visitas protocolarias y concurrió a la velada, en su honor, del Ateneo de Montevideo. La fiesta tuvo, por la misma extremsidad del afecto y del aplauso, cierto dejo de despedida. Nervo, emocionadísimo, agradeció el homenaje. Se definió, en ese momento, diciendo que él no era sino un corazón que se había buscado órganos para caminar por el mundo. Declamó insuperablemente, como si fuera por última vez, las poesías que todos sus admiradores saben de memoria. El público quería más:

y el poeta, sonriente, con aquella su inagotable complacencia, recitaba las composiciones que le indicaba el auditorio, doblando así el programa que había pensado desarrollar con asombro de los que conocíamos su extenuación. Ésa fué la última vez que Nervo se presentó en público. Una especie de presentimiento dió a sus palabras aquella noche una vibración de amor y un calor de humanidad que no podremos olvidar.

VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE.

Montevideo.

AMADO NERVO, DIPLOMATICO

Debíamos al gobierno de don Venustiano Carranza el honor de tener entre nosotros a Amado Nervo. Conviene subrayarlo. Entre los homenajes que se rinden al querido poeta caído de golpe,—a media jornada,—en el abismo cuya palabra esperaba como la gran revelación, viénese olvidando este aspecto de su biografía: la misión diplomática de Nervo en los países del Plata. No es la faceta menos interesante, sin embargo, como podemos verlo.

Cuando la guerra europea echó su ola de barbarie, de crimen y de vergüenza sobre el Nuevo Mundo, y la insolencia germana mezclada con las insidias aliadas vinieron a perturbar la vida de estos pueblos, incapaces de alejarse del conflicto por los muchos puntos de contacto que con Europa tenía y tiene; cuando los Estados Unidos, que tomaron su máximo empuje industrial y político comerciando con los beligerantes, creyeron oportuna su intervención militar que asegurase la victoria a sus principales deudores, afirmando de paso, su influencia mundial, y coadyuvando a la extirpación de un competidor comercial que les venía molesto; cuando todo pareció *obligar* a las naciones hispanoamericanas a inmiscuirse por grado o por fuerza en la guerra, siquiera para formar comparsa como la engréida Cuba, como el infeliz Panamá, como el hipotecado Brasil y otras así, que, o desean halagar al amo, (como las dos primeras nombradas), o no pueden resistir las formidables *insinuaciones*, vióse que los países más "independientes" no hacían caso a la voz de mando que llegaba de Washington. México, Colombia, Chile, Argentina, declararon su neutralidad y la sostuvieron, ¡nadie sabe a qué precio! La dignidad de estos pueblos no estaba, como muchos creen, en irse a ladrar impotencias alrededor de la lucha empeñada entre ti-

tanés-mercachifles, sino en seguir el recto camino propio, que no es ni puede ser la sinuosa senda de los otros. Al comenzar la contienda pudieron hacernos creer que peligraban muchas cosas: la Democracia, la Civilización, *Paris...* Bah! pamplinas que nos probaron lo contrario a poco andar. (Las condiciones de paz aliadas lo están diciendo todo. El lirismo de los telegramas, de los discursos de Wilson y de los articulillos de los poetas de "corazón wáshingtoniano", está brutalmente deshecho, según se previó, en ese documento. En él puede conocerse la purísima intención de los señores asociados, que supieron tenerla hasta ahora bien encubierta y disfrazada).

Franceses, ingleses y yanquis, (especialmente estos últimos), se encargaron de probar a todos que los gobiernos de aquellos países que deseaban permanecer neutrales eran germanófilos cuando no mantenían una estrecha y secreta relación con el gobierno de Berlín. Entre nosotros, se recordará sin esfuerzo, que muchos diarios alimentados con el dinero aliado y aliadófilo—en subvenciones o en anuncios de empresas comerciales—sistemáticamente denigraron al país queriendo combatir a su gobierno, diciendo de él mil insolencias. Hasta tuvimos "director" que se marchó a Yanquilandia para halagar a unos cuantos grandes industriales y choriceros, que miran a la Argentina con el desprecio mayor y se admiraron de ver a uno que llegaba de aquí, vestido a la europea: *Lleva el "jaquet" como cualquiera de nosotros*, mandaron a decir por cable, creídos que nos hacían un elogio. En estos casos nadie sabe quien tiene la verdadera culpa, si aquellos infatuados que se complacen en observar nuestra carencia absoluta de plumas en la cintura y en los tobillos, o estos otros que se relamen al publicar tales noticias, y queriendo *quedar bien* fomentan las imbecilidades yanquis, de que puede dar pálida idea el editorial del *New York Times* (abril de 1919), y que reprodujo *La Nación* de Buenos Aires en lugar preferente.

Reproduzco a continuación el editorial citado porque considero que su sola lectura da idea exactísima de la competencia del autor y de la seriedad del diario que lo insertó y del que lo reprodujo. Indudablemente estas tareas de difamación en el extranjero, efectuadas con el único fin de combatir a un partido político, son cosas de taifas, pero muy *patrióticas*. ¡quién lo duda!:

Una opinión sobre el gobierno argentino

Editorial del "New York Times"

NUEVA YORK, Abril 16 de 1919. — En un editorial tratando sobre la situación actual de la Argentina, *The New York Times*, dice lo siguiente:

"La guerra ha terminado con la derrota de Alemania; pero el presidente Irigoyen y sus secuaces siguen haciendo todo lo posible por conseguir que la República Argentina se abstenga de estrechar sus relaciones con las potencias aliadas. El Sr. Irigoyen no ha titubeado en perjudicar los intereses comerciales de su propio país, y al tratar la cuestión de la huelga portuaria parece haber pensado que causaría mayor perjuicio a los intereses de la Gran Bretaña, Francia, Italia y los Estados Unidos. Ha sido éste un movimiento contra los más importantes intereses aliados.

"Los elementos principales del pueblo argentino apoyaron desde el primer momento a Francia e Italia quienes marchan a la cabeza de la civilización latina en su lucha contra la nueva barbarie de Berlín: apoyaron a la Gran Bretaña que es el amigo tradicional y aliado comercial de la Argentina y apoyaron también a los Estados Unidos. Pero el Sr. Irigoyen, el amigo del pueblo argentino, no se ocupó de eso. Los hechos parecen importarle poco al presidente de la República Argentina. Fué electo como paladín del pueblo humilde, como un hombre nuevo que introduciría un espíritu nuevo en la vida pública y desalojaría a los elementos políticos que durante tanto tiempo dominaron en ella. Se opuso al extranjero y al capitalismo. Cuando estalló la guerra los elementos influyentes de la República Argentina favorecieron a los aliados, no obstante el hecho de que los intereses comerciales alemanes representaban una poderosa minoría.

"El Sr. Irigoyen favoreció la neutralidad y se mantuvo alejado de las disputas europeas. No cambió de opinión cuando otras naciones americanas entraron en la guerra, ni cuando los más significados elementos del pueblo argentino se declararon abiertamente aliadófilos, ni cuando se descubrió que la legación alemana en Buenos Aires se dedicaba a conspirar para la destrucción de la propiedad argentina y para el asesinato de ciudadanos argentinos.

"Irigoyen siguió su propio rumbo, sirviendo lo que consideraba como el interés del "pueblo humilde". El hecho de que ese proceder sirviera mejor a los intereses del emperador alemán no le importaba. ¡Qué son los hechos para un doctrinario!

"Su actitud no es la de un franco partidario de Alemania. El sentimiento público no toleraría eso. Es una tendencia negativa de antipatía hacia los aliados, cubierto por un manto bastante transparente de acercamiento a España, no a la España de Blasco Ibañez y de los liberales que apoyaron a Francia como el campeón de la civilización, sino a la España de los reaccionarios, de la Iglesia, del estado y de los negocios, de aquellos que favorecieron a Alemania porque, fueran cuales fuesen los perjuicios que la victoria alemana pudiera acarrear a su país, ella serviría mejor a los intereses de su casta.

"Los "junkers" alemanes y los oligarcas españoles y el Sr. Irigoyen como paladín del pueblo: ¡vaya una alianza extraña!

"El presidente de la Argentina, el que la mantuvo fuera de la guerra y parece decidido a mantenerla alejada de la amistad con los pueblos que la ganaron, no ha tenido más éxito en su país que en el extranjero. Su administración ha combatido terriblemente a los ferro-

carriles y a las grandes empresas industriales; ha echado a perder los negocios de la nación sin conquistarse ninguna gloria; ha puesto grillos al comercio exterior de la nación, aparentemente confiada en el mercado que eventualmente se abrirá en Alemania; ha llevado las finanzas del gobierno a un desesperante desquicio y ha recurrido a expedientes muy dudosos para atender a los gastos corrientes de un país rico y progresista.

“Ya tiene el presidente Irigoyen a una de las cámaras del congreso en contra suya y se cree que dentro de poco perderá la otra. Pero nada parece suficiente para conmover su sublime determinación de encontrarse, no solamente del lado del error, sino del lado perdedor.

“Quienes ven las cosas desde fuera han reconocido ya hace mucho tiempo que la nación que lo escogió como cabeza no es responsable de sus imprevistas excentricidades; pero como es la cabeza de la nación, tiene aún poder para perjudicar sus intereses materiales y morales. Pero el amigo del pueblo no puede con éxito hacer caso omiso de la actualidad.”

Pero volvamos a México. Las insidias yanquis contra la patria de Nervo no son nuevas,—y son más que insidias. La prensa yanqui integra,—cuya moralidad ya se conoce,—ha tejido en contra de México los más formidables novelones. Llegaron a *probar* que el señor Carranza se entendía directamente con el Kaiser y que pensaba en declarar la guerra a la Unión para dificultar la acción yanqui en Europa. Hasta llegaron a obligar a México a interrumpir sus relaciones con Cuba por una fútil argucia diplomática, etc., etc. Aquí, México pasó para el público por un aliado de los imperios centrales sin que valieran razones que intentaran probar lo contrario. Fué completamente ineficaz la declaración oficial del presidente Carranza que decía: “que su país salía de una revolución muy larga y agotadora, necesitando en el momento ocuparse de su reconstrucción antes que de los sucesos europeos; que sus esfuerzos tendían a mantener la más estricta neutralidad, entendiéndose que para ello tanto significaban los aliados como los germanos; que sus armamentos eran tan solo para asegurar la tranquilidad del país perturbada por bandidos que se proveen en territorio de la Unión de cuanto necesitan para continuar la infame canallada de desangrar la república...” Nada de eso se creyó, como era justo esperar. Querían los yanquis que el país que más ha sufrido sus invasiones, bombardeos, robos y crímenes, dejara de mano el cuidado de su salud para irse con ellos a asegurarles la hegemonía industrial que necesitaban, ayudando a que fuera más colosal la fuerza del *coloso!*... Sucedió como en Santo Domingo. Les extrañó mucho que los dominicanos decentes cuidaran más los intereses de

su isla que los intereses yanquis!! (1). Manera curiosa, pero muy yanqui, de ver las cosas.

Los telegramas expedidos por agencias especiales recibidos en Buenos Aires *aseguraron* muchas veces la culpabilidad mexicana, enseñándonos a la *ingenua* patria de Roosevelt como una víctima lastimosa del proceder mexicano. Aquí, donde está el público ignorante de todo eso—(existiendo un 50 o/o de lectores que ignoran hasta la situación geográfica de la tierra azteca),—las noticias prendieron con arraigo tozudo. No existe aliadófilo que no esté ampliamente convencido de la germanofilia mexicana, al punto de confundir un mexicano con un turco. Para eso ha leído durante muchos años las mentiras más burdas y los folletines más espeluznantes fraguados, con esa preciosa imaginación de mozos de cuerda, que se usa en la tierra de Mr. Wilson, y que aquí, no obstante nuestra idiosincracia hispana y gracias al cosmopolitismo que sufrimos, desquiciador de toda cosa, parece contar con tantos imitadores. No se conoce de ninguna manera algo aproximada la verdad sobre la larga revolución que ha dado fin al *porfirismo*. Se cree estar en lo cierto con referirse a la anarquía que asoló al pueblo azteca, y al poner en un mismo plano inferior a todos los hombres que actuaron allí. Carranza es igual a Zapata, y Obregón vale tanto como Pancho Villa. En resumen, para el público de por aquí—salvo rarísimas y preciosas excepciones,—aquellos es una cueva de foragidos que derraman sangre por tener el placer de beberla y hostilizan a los yanquis limítrofes por puro espíritu incivil y bárbaro. Intelectuales nuestros, cuya fama adquirida en buena o en mala ley, debía obligarles a cierta circunspección al emitir opiniones baratas, contribuyen con sus tonteras a extraviar el juicio de los lectores, y sin proponérselo, a hacer más eficaz la premeditada campaña que en contra de México alimentan sus enemigos. No quiero citar nombres porque la forma que desearía dar a estos renglones, me lo prohíben. Quien me entienda, los repetirá, leyéndolos entre-líneas.

Para avalorar a un hombre como Carranza, es necesario, imprescindible, conocer perfectamente bien el origen y el desarrollo lógico de la revolución, estando al tanto de la historia

(1) *La República Dominicana y los Estados Unidos*, por B. CONZÁLEZ AFRILL, 1919. Buenos Aires.

anterior de México. Eso como principio. Después *es necesario saber* qué es México (1), y quiénes son los yanquis (2). Luego completarán la información algunos datos sobre la tarea que se han impuesto los mexicanos que están en el gobierno, a fin de reconstruir la patria, independizarla del extranjero, y ponerla en un pie de igualdad diplomática con los demás países, especialmente con el vecino que estaba habituado a considerarlo como una colonia en tiempo de Díaz (3). (En 1836 el senador Preston exclamaba en el congreso: "La bandera de las estrellas no tardará en flotar sobre las torres de México y de allí seguirá hasta el cabo de Hornos (!) cuyas ondas agitadas son el único límite que reconoce el yanqui para sus ambiciones") (4).

No resulta serio emitir ideas que no se basan en un conocimiento exacto de los sucesos que las motivan. Unicamente a favor de la ignorancia ambiente pueden nuestros periodistas e intelectuales mantenerse en tal situación. Sirvan como segura guía para el que lea estos renglones los siguientes conceptos de Carranza:

"El origen de la presente guerra, conocido por todos, ha sido una tiranía de treinta años, un cuartelazo y un asesinato..."

"Pero no es la contienda armada lo principal en esta gran lucha nacional; hay algo más hondo en ella y es el desequilibrio de cuatro siglos; tres de opresión y uno de luchas intestinas, que no trajeron consigo todos los bienes que eran de esperarse, porque nuestros hombres públicos no pudieron entorpecer al país por donde era necesario..."

"Así fueron sucediéndose unas tras otras las guerras civi-

(1) EMILIO RABASA, *La Constitución y la Dictadura* (Madrid).

(2) H. H. BANCROFT'S WORKS, Vol. XIII cap. XIII, citado por Eduardo Prado.

(3) *La ilusión yanqui* por EDUARDO PRADO, traducción Pereyra. (Madrid), pág. 69 y sig.

(4) Eso fué en 1836. Puede parecer antiguo, pero no cambiaron de manera de pensar. Taft, Roosevelt, Knox, Evarts, Root, etc., han dicho lo mismo con palabras distintas, más brutales o más finas, pero idénticas en el fondo. V. el libro cit. en la nota anterior, — y *América latina ante el peligro*, por SALVADOR R. MERLOS, San José, Costa Rica, 1914. *Los E. U. de América y las Rep. Hispano-Americanas de 1810 a 1830*, por FRANCISCO JOSÉ URRUTIA. Las obras de Carlos Pereyra, R. Blanco Fombona, Salvador Turcios R., los discursos de Roque Sáenz Peña, etc., etc., y *América para los yanquis* (1913, Buenos Aires); *La República Dominicana, etc.* de B. GONZÁLEZ ARRILLI. (1919).

“les, sin salvar al país de los males que le aquejaban, y en medio de esa desesperación que todos sentían vino la Dictadura, que, lejos de salvar a la patria, iba a precipitarla en un abismo...”

“Durante la lucha hemos recurrido a todos los sacrificios para llevar al triunfo nuestra causa, porque es la causa del pueblo... Las reformas que van poniéndose en práctica abrirán una nueva era para la república...”

“... Ya es tiempo de que la América latina sepa que nosotros hemos ganado con la lucha interior el restablecimiento de la justicia y del Derecho, y que esta lucha servirá de ejemplo para que nuestros pueblos afirmen su soberanía, sus instituciones y la libertad de sus ciudadanos...”

“La lucha nuestra será el principio de una lucha que dé paso a una era de justicia, en que se establezca el principio del respeto que los pueblos grandes deben tener por los pueblos débiles... (1).

“Es doloroso que los principios que se vayan conquistando sólo sean para una nación, porque una revolución no es la lucha armada ni los campos ensangrentados que se secan, es algo más grande: es el progreso de la humanidad que se impone...” “Reinará sobre la tierra la verdadera justicia cuando cada hombre en cualquier punto que pise del planeta se encuentre dentro de su propia nacionalidad...” (2).

*
* * *

Amado Nervo fué muchos años secretario y encargado de negocios de México, en Madrid. Su tarea diplomática dejábale ancho margen para sus preciosas labores de poeta, que han dado a la literatura de su patria y de América perdurables páginas de prosa y verso. Su manera—muy suya, de acuerdo con

(1) Carranza lo dijo mucho antes que Wilson. — (29 de noviembre y 26 de diciembre de 1915. Discursos). V. prólogo a la obra *México y la solidaridad Americana*, por ANTONIO MANERO. “Edit. América”. Madrid.

(2) Ver también *Carácter de la revolución*, discurso de Carranza, en *La Reunión Americana*, Buenos Aires, Abril de 1917, en la misma revista, trabajos sobre Carranza, de ISIDRO FABELA, H. BARRON, PALAVICINI Y GONZÁLEZ ARRILI. Ver: *La diplomacia de V. Carranza*, en *La frontera de la raza*, por JOSÉ GAXIOLA, Madrid. Tip. Artística, 1917.

su carácter bondadoso aunque firme—de ver la misión de la diplomacia, está perfectamente expuesta en su trabajo *Pulgarcillo* (1), que transcribo. Adviértese en él, aunque velado por las restricciones impuestas al cargo que desempeñaba, la intención de referirse al proceder de una nación poderosa—Norte América—con una nación pequeña, en comparación,—México—o cualquier otro Pulgarcillo centro y sudamericano, y los medios de que, una hábil diplomacia puede valerse para hacerse respetar dignamente (2).

Mi amigo se muestra muy desencantado de la diplomacia. Por poco que le apurasen, exclamaría como Stéphane Lausanne: "Esa coja siniestra e imbécil que se llama la diplomacia y que no sabe impedir las guerras".

La acusación es, empero, injusta. Sin la diplomacia, desde Agadir se hubiese encendido esta horrenda conflagración europea. Algunos años la evitó, y no digo un año "un solo día de guerra que la diplomacia evitase" santificaría a la "coja imbécil"...

Claro que no es infalible y que cuando se encuentra, como en el caso actual, entre pueblos que luchan por su existencia, por el ser o no ser, su eficacia tiene que amenguarse y nulificarse en parte. Quién sabe, empero, si ella sea la que nos traiga, antes de lo que pensamos, la paz.

Mi amigo, el decepcionado, está en otro error: cree que la diplomacia sólo es eficaz cuando la esgrimen los fuertes; y yo creo justamente lo contrario. La diplomacia es, sobre todo, para los débiles. Sus inagotables recursos han sido forjados para los países pequeños. Son el arma de los desvalídos.

Recuerdo que hace algún tiempo, un hispano-americano ilustre, que se preocupaba hondamente de nuestros problemas internacionales, me escribió en demanda de una opinión (él decía modestamente de mis consejos), acerca del porvenir de su patria.

Yo le escribí la siguiente carta... que no le envié jamás y que yace entre mis papeles desde entonces. (Un entonces en que los conflictos no se habían agudizado como se agudizaron después).

"Mi querido amigo X, Y, Z (le escribía yo):

"Me pide usted algunos consejos que acaso pudieran servir un poco, un poquito, nada más, a alguno de los hombres que están al frente de su nación.

"¿Consejos yo? ¡Buena!

"¡Por qué no habría de dárselos si es lo único que todo hombre lleva siempre en la escarcela!

"¡Hay poquísima gente que dé dinero en este mundo; pero consejos, quién no da!

"El consejo es la moneda de que por excelencia somos pródigos; moneda un poco depreciada, pero que sin embargo no carece de valor.

"Claro que al pedírmela usted me honra un poquitín, porque

(1) En *La Nación* de Buenos Aires; correspondencia fechada en Madrid, febrero 1917.

(2) Nervo no quería — como cualquier mexicano — a los Estados Unidos. Esto parece admirar a muchos. *La Nación* de Buenos Aires apuntó, al hacer su nota necrológica, (25 de mayo de 1919)... "Sentía por la *hermana Mayor* (?) del Norte admiración, aunque tal vez no efusiva simpatía" — sobran palabras en esa frase. No hay tal *hermana* y la *efusiva simpatía* no era ni efusiva ni simpatía.

muestra que me cree capaz de opinar en asuntos vitales para nuestras patrias. Mas, a tal honra debo yo contestar con una actitud sincera, ingenua, necesariamente modesta.

"Sé que no sé nada"...

"Usted empero, previniendo mi objeción insiste y yo recuerdo las palabras de un sabio: "Jamás he hablado con un hombre, por ignorante que fuese, de quien no haya aprendido algo".

"Y a mí personalmente me pasa lo mismo. Yo aprendo a diario alguna cosa; a veces muchas cosas. ¿Y de quiénes las aprendo?

"Pues, de todos los seres que me rodean, sea cual fuere su nivel mental, o el plano de existencia en que se mueven: de una planta, de un pájaro, de un insecto; de un palurdo; de uno o de muchos bocados... elegante, distinguido, deportista... o jugador de bridge..."

"Por tanto usted podrá, sin duda, aprender algo de mí, sea cual fuere el nivel intelectual en que me juzgue colocado.

"Vamos, pues, al grano:

"Dice usted que no hay vecindad peor que la de una potencia limítrofe, imperialista, que tiene fauces tamañas y a la cual no le vendría mal comerse al vecino, de uno o de muchos bocados..."

"Tal vecindad, sin duda, es peligrosa, tan peligrosa como fatal, ya que un país no puede mudarse de casa, y el problema es grave, aunque no nuevo.

"Desde que el mundo existe, y va para rato, los países grandes quieren merendarse a los países pequeños; y a veces lo logran. Pero no siempre..."

"Es casi axiomático esto que voy a decir a usted: cuando uno no quiere que se lo coman... no se lo comen.

"Siendo yo niño me contaba mi "nana" un caso de historia natural, probablemente fantástico, pero de un amplio simbolismo:

"Suele acontecer que ciertas serpientes quieren comerse a las ranas, cuya carne, ya lo sabemos, es exquisita.

"Cuando ven una rana, empiezan, como buenas serpientes que son, por fascinarla... lentamente.

"Pero la rana no es tonta: luego que se siente influida por aquella fuerza que no puede contrarrestar, y antes de que tal influencia sea absoluta, busca por allí cerca una ramita, lo mas larga y lo más sólida posible. Si es espinosa mejor que mejor.

"Se pone esta ramita en la boca, en sentido horizontal; la afianza lo mejor que puede y se deja pasivamente asediar por su enemigo.

"Este acaba por tenerla casi en sus fauces; pero la ramita le impide tragarse al batracio, que, naturalmente, se guarda bien de soltarla.

"En vano los verdes ojos del monstruo dardean sobre el triste animalito sus avidedeces y sus iras todas: la rana afianza su rama... y se salva".

"Pues amigo mío dilecto, esta rama de dos cabos... como todas las ramas, aunque bien mirado pudiera haberlas de tres y de cuatro, deben nuestros pueblos de América, sobre todo aquellos que no pueden como puede la Argentina oponer a sus enemigos una fuerza juvenil, pero ya experta y contundente, cogerla bien entre sus dientes... y no se los comerán.

"Uno de los cabos se llama diplomacia, la consideraremos primero.

"El otro se llama cohesión militar, lo consideraremos después.

"La diplomacia, ya lo insinué al principio, ha nacido en los pueblos débiles; los fuertes, ¿para qué la necesitan!

"Las pequeñas repúblicas y principados del Renacimiento, que subsistieron hasta que se consumó la brillante unidad de la península italiana, fueron admirables de diplomacia, porque no eran fuertes, y a esta diplomacia debieron muchas veces su existencia.

“Cuando Pulgarcillo es amigo del Ogro, cosa que sucede a veces, no debe exigirle ostensiblemente nada: el ogro se lo tragaría en un santiamén. Pero sí puede decirle:

—“Señor Ogro, a vos que sois tan grande, tan poderoso, tan fuerte, os sientan bien la justicia y la generosidad. Ayer, por divertiros, seguramente, me quitásteis la esmeralda que llevaba yo en el pecho y que era mi único joyel. ¡Os la pido! ¡Devolvedmela! Todo el mundo aplaudirá vuestra actitud. Yo quedo bien, porque recobro dignamente lo mío; pero, vos mejor, vos “como las propias rosas”, porque se dirá: “este ogro, que es el más poderoso de los ogros todos, es también el más justo. Nadie lo fuerza — y quien pudiera forzarlo — a restituir la esmeralda, y sin embargo, la restituye. Y ¡a quién! ¡a Pulgarcillo! tan pequeñín... Seguramente Pulgarcillo es un chico muy listo y seguramente el ogro es un gigante muy bueno.”

“Debemos advertir que los fuertes tienen la “debilidad” de querer aparecer siempre justos. La justicia es tan poderosa que aún a los que nada pueden temer se les impone y hacen cuanto alcanzan porque cuando menos las apariencias de sus actos reluzcan de equidad.

“Hay otro tecleo aun, y en él cabe de cuerpo entero la diplomacia de Pulgarcillo: el tecleo de la conveniencia:

“Pulgarcillo puede asimismo decir al Ogro:

—“¡Señor Ogro, oidme, y os probaré hasta la evidencia, que no os conviene apoderaros de mi esmeralda!”

“Y se lo probará, con sobra de razones, porque la diplomacia de los chicos es más sagaz, más afilada que la de los grandes.

“Con este sistema, acerca del cual pudiera decir innumerables cosas sin el temor de alargar desmesuradamente mi carta, de seguro Pulgarcillo logrará conservar indefinidamente su esmeralda. Y aun pudiera suceder que el ogro proclamase con voz estentórea:

—“Esta esmeralda es de mi excelente amigo Pulgarcillo y me opongo resueltamente a que alguien la toque”.

“Pulgarcillo, empero no debe dormirse sobre sus laureles.

“¿Qué hará Pulgarcillo mientras el ogro le deja vivir y lucir su piedra preciosa?

“Pues estudiará día y noche la vida del ogro y de los otros ogros que tengan “intereses análogos” a los de éste... Averiguará por qué el ogro es tan fuerte, de qué se nutre, cómo se las arregla para sobrepasar, de todo el hombro, como Saúl, a los hijos de Israel.

“También Pulgarcillo puede crecer, imitando los sistemas del ogro: puede crecer sin ruido; puede crecer hasta tener derechos y prerrogativas que a nadie, ni por mal pensamiento, se le ocurra vulnerar.

“Ya hemos asistido en el mundo al desarrollo sorprendente de muchos Pulgarcillos con voluntad... para que podamos dudar de esto.

“El alimento de los gigantes y de los dioses: “the food of the Gods” de que hablaba Wells en una de sus novelas, no es más que la “Fe”, no es más que la “Perseverancia”: creer en uno mismo y persistir!

*
* *

“Dijimos que el otro cabo de la vara que sostiene la rana en sus mandíbulas es la cohesión militar; a saber, no sólo ejército, sino un ejército homogéneo, moralizado, imbuido en altos ideales; con fe en su mando supremo.

“Yo quiero suponer que su país de usted tiene cuatro millones de habitantes.

“Pues bien, en caso de guerra, cuatro millones de habitantes pueden dar, por lo menos, trescientos mil soldados, perfectamente equipados y armados. Y trescientos mil hombres que luchan apoyados por todo

su pueblo, dentro de sus fronteras naturales, que están animados por un soplo de entusiasmo austero; que conocen palmo a palmo su terreno; que tienen un nivel moral que les permita darse cuenta de lo que es la patria, de lo que vale, de lo que le debemos, son invencibles.

“El ogro diría en este caso:

—“Pulgarcillo es duro de pelar... Claro que al fin y al cabo me lo comería; pero me costaría mucho dinero, muchos sacrificios; no me proporcionaría gloria ninguna su vencimiento, y quién sabe si al fin el manjar se me indigestaba y tendría que vomitarlo...”

“Quizá se acordaría el ogro de los cuarenta mil boers que durante treinta y un meses se defendieron admirablemente de trescientos mil ingleses, les hicieron gastar miles de millones; perdieron sólo cuatro mil hombres y han acabado por obtener todas las libertades políticas. Y acaso, si se tratase de un ogro práctico, pensaría éste:

—“Más vale ser amigo de Pulgarcillo, que, por lo demás, se desvive por complacerme en todo aquello que no se opone a su dignidad.

“Porque no hay que olvidarlo, amigo mío., y esta es la clave (sobrado difícil a veces) de la diplomacia de los pequeños: la dignidad de Pulgarcillo debe “siempre” salir incólume en sus relaciones con el ogro”.

*
* *

“Ya sé que los ogros, aunque bastos y rudos, suelen ser pérfidos; sé también que saben estorbar en cuanto pueden el crecimiento de los pequeños. Pero esta ley del crecimiento, amigo mío, es una ley de Dios y todas las insidias y trapazas ogrescas se estrellan fatalmente contra ella.

“Hay muchos países en el mundo, que han crecido entre las fauces de ogros sin misericordia, hasta que llegó su día de sol, día que no deja de llegar jamás para todos los pueblos, como llega para todos los hombres!

“Sabe cuanto le quiere, etc”.

*
* *

Y aquí acaba, lector, mi ingenua carta de hace algunos años.

La diplomacia tiene posibilidades infinitas, añadiría yo ahora, y debe procurar siempre ser el triunfo de la inteligencia, sutil, ágil, fértil, de aquellos a quienes la naturaleza providente, que no deja a nadie sin defensa, otorgó tan eficaz arma.

¿Crees tú, lector, que existirían, por ejemplo, los ratones aun, y serían tan poderosos como son en este mundo si los gatos fuesen omnipotentes?

Hay a veces mazas enormes que caen sobre los pequeños; pero siempre quedan huecos en la superficie que aplasta y en esos huecos se guarece la astucia que mañana ha de burlar el contundente acero...

Ulises, que debía ser el patrono de los diplomáticos y que simbolizaba el ingenio griego en lo que tuvo de más sutil, de más agudo, elegante y simpático, nos dió buenas pruebas de cómo se vence a los gigantes...

*
* *

En cuanto a la manera de volverse gigante (aprendiendo de los fuertes la ciencia de la fortaleza) nos la ha mostrado el Japón.

Hace muchos años, en el palacio real de Potsdam, en una fiesta,

Bismarck, cuyas bromas y bravatas no eran de lo más fino, cogió entre sus brazos de coloso al entonces ministro del Japón, que era muy pequeño, y mostrándosele a Guillermo I, le dijo:

—“¡ Señor, veis aquí a Pulgarcillo? Pues este Pulgarcillo pronto será un gigante”.

AMADO NERVO.

*
* * *

El representante de México entre nosotros, indicado por las difíciles circunstancias que acarrearán los falsos conceptos que se divulgaran aquí y de que me ocupé líneas más arriba, era sin duda, Nervo. La sincera y acertadísima diplomacia del señor Carranza para con los países hermanos, supo ver en Amado Nervo, el poeta tan leído y admirado entre nosotros, al ministro que conquistándose definitivamente los corazones argentinos y uruguayos, tendría la autoridad suficiente para hacer creer a los incrédulos la verdad sobre el México actual: *nada más que la verdad*. Tenía a su favor, además de la incondicional admiración de sus lectores, y de su popularidad como poeta, la rectitud de su conciencia, incapaz de una doblez, la carencia absoluta de ambiciones, la amabilidad inolvidable de su trato y por añadidura, para consolar a los lobos, su reconocida simpatía por los aliados y especialmente por Francia, por quien escribió aquel conocido epigrama dedicado a un galófobo y que publicó en *Serenidad*.

No había pues en todo México ciudadano que pudiera desempeñar, con mayores seguridades de éxito, tan complicada misión, que más que de gobierno a gobierno se hacía de pueblo a pueblo. Nervo sería el Pulgarcillo que escudado en la invencible Justicia, libraría en estos pueblos la batalla contra el ogro formidable y calumniador, más calumniador que formidable. Conversando con el querido poeta amigo tuvimos la convicción de que triunfaría en su empresa. La *fe* le daba alas potentes para el vuelo...

Las atenciones sociales que lo envolvieron a su llegada no le dejaron tiempo. Apenas unos días antes de partir para Montevideo tuvo oportunidad de rectificar un artículo que apareció en un diario de esta ciudad. La última carta que de Nervo poseo, fechada el 9 de mayo, a eso se refiere.

He aquí la rectificación de Nervo publicada por los principales diarios de la tarde, el 5 de mayo de 1919:

Gentilmente el señor ministro de Méjico, don Amado Nervo, nos pide la publicación de la siguiente carta que ha dirigido al director de *El Diario*.

"He leído en su estimado diario, de 2 del corriente, el manifiesto atribuido a Zapata, y en el cual se hacen apreciaciones tan apasionadas e injustas con respecto al señor Carranza, presidente constitucional de los Estados Unidos Mejicanos.

Crea, señor director, que es ésta una de las veces en que lamento ser ministro de Méjico y no Amado Nervo a secas, para que los numerosos lectores de su distinguida publicación no atribuyan a un prurito oficioso lo que es el eco puro de la verdad. No hay memoria todavía en el mundo de que un gobernante, por ilustre y bueno que sea, tenga todos los sufragios y el señor Carranza no va a ser, claro, una excepción de esta regla invariable.

Pero el respeto que impone por sus condiciones de intachable honradez y sinceridad política a cuantos le conocen, su carencia absoluta de ambición personal, su amor inmenso a Méjico, del cual, a pesar de todo lo que se diga, está haciendo un país fuerte, más fuerte de lo que se cree, y su actitud dignísima en todo aquello que atañe a la soberanía nacional, actitud en la que le acompañamos seguramente todos los mejicanos que merecemos el nombre de tales, ameritarian, sin duda, más miramientos que los que le regatea el manifiesto de un bandido a quien toda la República conoce por sus atrocidades y crímenes y de cuya desaparición definitiva no podemos menos que felicitarnos.

Después de muchos años de ausencia, señor director, he estado en mi patria, y puedo asegurarle que ha sido para mí una lisonjera revelación el estado de espíritu de la juventud, la libertad absoluta que el supuesto "tirano" del manifiesto zapatista ha dejado a la prensa, el celo verdaderamente conmovedor con que el señor Carranza dedica su vida noble y serena a desarrollar las fuerzas vivas de la nación, y la energía, atemperada en el fondo por una paternal indulgencia, con que sabe reprimir los desmanes.

El señor Carranza pretende dos cosas:

Primera: Que Méjico, que ha sido tan hospitalario siempre para con los extranjeros, sea la heredad natural de los mejicanos, sin esquivarse a ningún impulso fecondo y laborioso que venga de fuera, y

Segunda: Que el extranjero que se avecine en nuestra República se someta, como los propios mejicanos, a las leyes de la misma, muy amplias y liberales y no quiera crear a cada paso, hasta en los asuntos más nimios, con apelaciones absurdas a su país de origen, un Estado extraño dentro del Estado.

Otra cosa pretende el señor Carranza que es muy bella en sí y que no significa ni el menor asomo de antagonismo para las distintas razas con las cuales aspiramos a mantener una digna amistad; es a saber: una vinculación más estrecha de los países que hablamos la misma lengua, que tenemos la misma mentalidad, el mismo corazón y que constituimos en la historia un fenómeno único, pues no se ha sabido jamás de tantas naciones que ocupen tan inmensa parte del planeta y que muestren, a pesar de muy pasajeras y accidentadas diferencias, unidad tan maravillosa de espíritu.

Nuestra Constitución, que ha sido acaso un poco restrictiva en asuntos de extranjería, tiende a consagrar esta vinculación en su capítulo II, artículo 30, inciso c. que a la letra dice:

(Son mejicanos) "c. Los indolatinos que se avvicinen en la República y manifiesten su deseo de adquirir la nacionalidad mejicana".

Esta es, señor director, la expresión exacta de los hechos, y yo le ruego que como un testimonio de imparcialidad se sirva publicarla en su estimado diario.

Por ello le envía su agradecimiento anticipado y le estrecha la mano.

Nervo se fué de entre nosotros tan inesperadamente que nos costó creerlo. Todos sus proyectos, — que eran muchos y hermosos, — los aventó un manotón de la *Intrusa*... Nos quedamos sin el gran amigo, sin el dulce poeta, sin el encantador prosista... Nos quedamos con un ligerísimo recuerdo de su figura corporal, y con la tibia sensación de sus manos cordialmente afectuosas en nuestras manos... Nos quedamos con un enojo agrio, áspero, perdurable contra el Destino injusto, contra la Muerte asesina, contra el mismo Dios, que le dijera ¡*Ven!* tan a destiempo... (*Si tú me dices, ¡ven! lo dejo todo. — No volveré siquiera la mirada, — para mirar a la mujer amada... — Etc. "Elevación"*). Sabemos que con él hemos perdido mucho, mucho, pero ha perdido más su heróico y sufrido pueblo, su admirable México, su querida patria azteca.

BERNARDO GONZÁLEZ ARRILI.

NERVO Y SU MEDIO

Diríase que los poetas americanos que han adquirido mayor celebridad, nacieron para desmentir los famosos principios de Taine. ¿Qué tienen, en efecto, Poe de yanqui, Darío de nicaragüense y Nervo de mejicano? En lo que a Poe se refiere, es probable que si se sometiera a la decisión del sufragio universal, tan en boga hoy para dirimir todas las contiendas, saldría derrotado por Marc Twain. Méjico, por su parte, no obstante la noble tradición imperial, merece aún el calificativo de "país nuevo". Su historia del momento se caracteriza por el desborde de las pasiones elementales: odio y amor, ciegos. Caudillos hermosamente semi-bárbaros, soliviantan las multitudes y consiguen que se inmolen en el altar de sus simpatías, "por que sí no más". Creo que, para su suerte, aun no ha sido invadido por la última etapa de la ñoñería evolutiva: la socialista, cuyo éxito como el jesuitismo, está basado en la disciplina. Su actual gobierno, que utiliza melódicos voceros para que brillanten las impurezas de su origen, no ha tenido el honor de ser reconocido por quienes están amasando la felicidad del mundo.

¿No es extraño, pues, así a simple vista, que el contemporáneo de don Pancho Villa, diluya en ánforas corintias hermosas perlas de cristiano decadentismo? ¿Qué relación existe entre el poeta y su pueblo? Hay pueblos que cultivan determinadas flores y la miel que elaboran sus abejas tienen un sabor inconfundible. Así se dice, y nadie necesita saber más, arte o filosofía griegos, derecho romano, y, hasta determinadas revoluciones, como la francesa, no pudieron alcanzar su propósito, sino allí donde estallaron.

Los poetas y pensadores americanos que han roto el alveolo

nativo, se caracterizan por el rasgo opuesto. Su pueblo no es la mejor caja de resonancia o cuando mucho no resuena más ni mejor que las otras. El nacimiento es un simple accidente. Dario pudiera haber nacido en Colombia o en el Perú sin que cambiase el continente y contenido de su producción. Con Nervo sucede otro tanto.

La explicación del fenómeno podría buscarse en que los pueblos hispano-sudamericanos cruzan más o menos, el mismo periodo, vale decir, recién trasponen el límite de lo colonial a lo cosmopolita. Y lo colonial sólo interesa a los "interesados", y el cosmopolitismo resulta en todas partes como ciertos cuerpos químicos, incoloro, inodoro e insípido. Los hechos anteriores, por grandes que parezcan son modestísimos cimientos de cascotes, que poco a poco se van confundiendo en un solo haz, y hay que hacer verdaderos esfuerzos para que las glorias anexas y aun las posteriores, no desaparezcan bajo el aluvión de los que se incorporan sin preocuparse del camino fatigoso, que los otros han recorrido. El cosmopolitismo es futurista por impulso biológico. De ahí que, mientras en Europa, los poetas y pensadores exploran con instrumentos cada vez más perfeccionados el laberinto de su historia, buscando tesoros ocultos, América libre de esa impedimenta, tiende a plasmar la historia del futuro. Tal será — dice — tal debe ser.

Una comprobación de este aserto lo ofrece la entera literatura americana: hasta ahora ha producido poetas, historiadores, oradores y hasta sociólogos, pero no ha creado un solo "tipo", salvo Martin Fierro. No pretendemos nada que se asemeje a Don Quijote u Otello; pero ni siquiera un monsieur Homais, tan del ambiente. A mayor abundamiento, como dicen los abogados, podría aducirse que hay un tipo que todos comprenden y festejan y es, justamente, el cosmopolita. Es la mina que explota, con evidente provecho, nuestro llamado teatro nacional. Los actores lo piden a gritos y lo interpretan a maravilla. El italiano, el ruso, el vasco o el inglés que rumian una jerga inimpresionable, "llega" y satisface. Las demás figuras pasan como sombras, con el bagaje de su tesis a cuestas. Nadie deplora que no vuelvan.

El artista que en tal circunstancia desea librarse de la chatura actual, como tampoco tiene nada tradicional que interese a nadie fuera de su país, resulta que su producción, cuando se eleva, si algo refleja es esa amplitud de miras, esa cuasi segu-

ridad de que el porvenir será mejor, oponible como rasgo esencial a la mentalidad europea.

¿Y el señor Nervo, y su poesía?, dirá el lector.

Creemos no habernos salido de la cuestión. Nervo, no es un producto de su medio, sino en cuanto no se inspira en el pasado; pero tampoco es del todo americano. América, digan lo que quieran, los que "creen", no está en vísperas de una reacción mística, ni siquiera religiosa. La musa que inspiró al poeta, es una carmelita del siglo XVI, que se quedó dormida en algún convento de la Nueva España. Nervo es el cantor de las *Virtudes cristianas* o mejor dicho de las que la iglesia católica tiene por tales. Más concretamente, predica lo que podría llamarse la resignación activa. "Busca que encontrarás", "golpea que te abrirán"; pero si no encuentras o no te abren, no te desespere, vuelve a buscar, vuelve a golpear.

El continente guarda relación con el contenido; dulce, apacible, bondadoso, a veces no versifica. Una de sus mejores poesías, *Fides*, dice así:

"No te resignes antes de perder definitiva, irrevocablemente la batalla que libras. Lucha erguido y sin contar las enemigas huestes. ¡Mientras veas resquicios de esperanza no te rindas! La suerte gusta de acumular los imposibles para vencerlos en conjunto, siempre con el fatal y misterioso golpe de su maza "de Hércules".

Es una linda prosa, que se transforma en poesía con la cooperación del lector.

Como quiera que sea, la obra de Nervo está llamada a perdurar; pero para su suerte, al revés de lo que le pasó a Darío, no tendrá discípulos. Su mayor mérito consiste, fuera de los innegables como poeta y aún como pensador, en algo que traduce la siguiente anécdota:

"Cuenta un hijo de Darwin, que su abuelo, el padre del sabio, no obstante su carácter de médico, era bastante chacotón. Solía hasta contarles historietas alegres a sus enfermos para que siquiera momentáneamente olvidasen la causa de sus achaques. Llamado con urgencia una noche en consulta con otros colegas a un castillo señorial cerca de Londres, pudo comprobar a poco de examinar al sujeto, que no se trataba de un enfermo sino de un cadáver. Los otros médicos así se lo habían ya manifestado a la esposa, una dama de abolengo. El padre de Darwin al ver

la aflicción de la señora, en vez de aumentarla, confirmando el diagnóstico, le dijo que no desesperase, pues aún era posible una reacción, etc., etc. La dama se calmó y quedó muy consolada. Días después le pidió la cuenta; se trataba de cinco libras esterlinas. El médico quedó sorprendido al ver que la dama en vez de *cinco*, le envió un cheque por *veinticinco*. Creyendo que se trataba de una equivocación, fué en persona a verla, y cuando se enteró de la causa de la visita, se sonrió y le dijo. — No es una equivocación. Le he mandado esa suma, porque mientras los otros médicos me dijeron que mi marido estaba muerto, usted me dió esperanzas de que podía salvarse”.

Es probable que muchos seres, después de leer algunas poesías de Nervo, si pudieran, le recompensarían de la misma manera.

LUIS PASCARELLA.

AL VIAJERO QUE SE VA

Llegó en una mañana de sol y de alegría.
De pie sobre su barca de oro y marfil venía.
Como Wilde en la mano un gran lirio traía.

De sus labios volaba la paloma del verso
con un ritmo armonioso, con gracia y sin esfuerzo,
que era como un latido de amor del universo.

Con palmas jubilosas saludamos su arribo.
Y él cantaba. Su canto era un encanto vivo,
y era como paloma con un gajo de olivo.

Salieron a su encuentro ondulantes doncellas
con labios como brasas, con ojos como estrellas,
y él floreció de versos divinos para ellas.

Su voz entraba al alma como un rayo de luna;
tenía un suave acento confidencial y una
franqueza cariñosa de huésped oportuna.

Así se abrió camino entre los corazones:
así llegó a nosotros, preocupados varones,
y nos meció en la límpida onda de sus canciones.

La paloma del verso que de su alma partiera
nos traía la paz, como una mensajera
del arca insumergible y santa de su quimera.

Con rítmico aleteo llegaba a nuestra mano;
en ella palpitaba lo mismo que un humano
corazón, y cantaba muy quedamente: "hermano"...

La barca de marfil y oro del poeta
aguardándole estaba, a la orilla sujeta,
como un cisne dormido sobre la mar inquieta.

.....
Y ahora lo llevamos silenciosos al puerto...
Con un manto de flores innúmeras cubierto
va sobre nuestros hombros estremecidos, muerto!...

Y en la barca de oro y marfil lo dejamos.
Lo dejamos tendido en eterna quietud.
Se oye una voz que dice como un sollozo: "Vamos"....
Parte la barca... Todos con dolor la miramos
y al alejarse vemos su forma de ataúd...

Sigue, sigue tu viaje, divino Musageta...
Esta mar que ahora cruzas, eternamente quieta
es la Inmortalidad, la Eternidad, poeta!

Adiós, adiós hermano!
Tú callas, pero sigue vibrando tu canción
y en nuestro corazón
anidan las palomas que soltaba tu mano.

EMILIO FRUGONI.

SU FILOSOFIA

Padecía del mal metafísico. El perpetuo problema cuya solución atrae como un espejismo en las lontananzas del saber afligia su mente y exaltaba su sensibilidad. Al través de toda su obra literaria se destaca la sinuosa huella de su afán filosófico. Giros abstractos, términos técnicos interrumpen de vez en cuando con un prosaísmo anguloso la eufonía de sus versos como la piedra del arroyo obstruye la corriente rumorosa del agua y la obliga a encrespase en burbujas irisadas.

Mellizas son por cierto la filosofía y la poesía. El poeta como el sabio, unidos ahondan en el laberinto del alma humana pero con distinta herramienta. Alguna vez por solaz la intercambian siquiera por breves momentos. En realidad el pensamiento filosófico en el poeta se oculta bajo la forma artística, se refleja tan solo en el tema concreto, rehuye la expresión directa y escueta, se ignora a sí mismo para insinuarse con el embeleso de la emotividad estética.

Así también en Amado Nervo. Pero con frecuencia — los críticos literarios dirán si excesiva — se complace en decirnos sin disfraces su concepto de lo trascendente o en predicarnos su concepto de la vida. La sensación del misterio no le abandona un instante, su poesía se vuelve una ofrenda metafísica y por eso podemos hablar de la filosofía de Nervo.

Sería sin embargo una torpeza pretender darle un sitio en el casillero de las sistematizaciones. Su amor intelectual surgía de las fuentes de otro amor que, sentimiento espontáneo depurado en el trascurso de la existencia, columbra como el Eros platónico en la contemplación de la belleza la vía mística hacia el imperio de los arquetipos.

Pertenecía al grupo selecto de los espíritus libres y creyentes. Si con el hábito de su adolescencia habíase despojado tan-

hién de toda estrechez dogmática, si no necesitaba del apoyo del rito y del culto externo, no se amenguó por eso el fervor de su sentimiento religioso. Y en consorcio con una inteligencia tan clara y culta por fuerza debía buscar su expresión así fuera abstracta. De ahí la necesidad metafísica, el interés filosófico, el estudio apasionado de todas las teorías del occidente y del oriente.

No asimilaba sino lo afine; con pausa ascendió a su posición definitiva. Parece hoy una ironía hiriente aquel soneto ingenuo de sus mocedades donde exclama: "Triunfa Spencer, muere Aquino, nuestras madres ya no rezan". No podía ser más que un episodio fugaz la pseudo-científica concepción mecanicista, amoral y antiestética, para una mente dotada de sensibilidad tan exquisita. Menos aún debía satisfacerle la rigidez lógica de alguna construcción racionalista más o menos escolástica. Había de apelar "a la intuición y no al análisis". La tendencia a sumergirse en sí mismo, a perderse en honda visión interna, a encuadrar el mundo en las categorías de su espíritu siempre dispuesto a imponer y no a someterse, todo su lirismo subjetivo en fin, debía hallar la expresión correlativa en el idealismo subjetivo. "Nada se plasma fuera de tí".

No es menester mayor erudición para señalar las fuentes de su modalidad filosófica; él mismo las señala. En primer lugar los idealistas románticos, Schopenhauer de primera mano, Schelling al través de sus continuadores y plagiadores. Bergson entre los contemporáneos. La vieja sabiduría del Indostán también supo fascinarlo. Y luego y sobre todo los místicos sin distinción de países y de tiempos; al fin, desde Benarés hasta Avila todos experimentan lo mismo, si bien cada uno lo refiere en su idioma vernacular.

No logró a juicio nuestro, ni lo intentó acaso, precisar en un orden dialéctico sus intuiciones y presentimientos. Algún ensayo sobre los supraespacios no fué mayormente feliz. No quiso renunciar tampoco al legítimo privilegio del poeta de contradecirse y en ocasiones aun habla mal de los "metafisiqueos". La doctrina de sus predilectos compenetró sus propias inspiraciones no en un nuevo sistema sino en una actitud.

En el proceso de su evolución mental las influencias místicas tienden a prevalecer sobre las filosofías. "Un éxtasis le basta a cualquier místico para sondar los más altos misterios".

"Alii disputent, ego mirabor, pues con el farol de tu filosofía no hallarás nunca a Dios, oh mente esclava, sino con el amor".

Así empero como se substraigo al demonio de toda escuela, tampoco recayó en ningún dogmatismo arcaico, ni siquiera en el de los teósofos que un día desgarran el velo de la Maya para zurcirlo al siguiente. El matiz cristiano se acentúa en sus últimos años sin mermar la libertad de sus pensamientos.

Porque ningún dogma ni postulado alguno conturba su espíritu de vidente; él sentía la comunión de los seres en el regazo de lo eterno, la identidad del alma universal en todas sus criaturas, la verdad de lo inefable, la persistencia de lo efímero, la belleza de la bondad, la armonía de los contrastes y cifraba su fe en Aquel a quien designa con el viejo y luminoso nombre ancestral, uno en todas las conciencias y distinto en cada una. "Todos son yo, yo soy todos, oh Cristo!". "Recorres un abismo y otro abismo, para encontrar al Dios que te enamora y a ese Dios tú le llevas en tí mismo".

Concluye por confiarse al impulso inmediato, a la intuición sintética, consciente que su estro superior no ha de llevarle por sendas extraviadas. "Si eres bueno sabrás todas las cosas sin libros". Pero no es esta la intuición de un simple aunque a la simplicidad aspire. Es la luz de un espíritu nutrido por la experiencia, el dolor y el saber; su serenidad es hija de la angustia y del esfuerzo.

Entre tanto el problema ético acaba por absorberlo. Como Platón en su ancianidad y como Tolstoy, él también subordina los valores estéticos a los morales. La forma poética ha de ser solamente el vehículo del bien; denigra el decoro literario, celebra el lugar común, pues: "Este libro sin retórica, sin procedimiento, sin técnica, sin literatura, sólo quiere una cosa: elevar tu espíritu".

Sin embargo la zozobra de la muerte perturba la quietud de su ánimo y con el amor al renunciamento ascético se infiltra en sus estrofas un dejo pesimista. Cuando alguna vez nos llama a la acción no nos convence. Su evangelio, grato al alma femenina, es de resignada mansedumbre no de fortaleza y de vigor. Como si el karma fuera una cantidad negativa! Esto obliga a considerarle como un romántico y no como un vocero de las corrientes espirituales contemporáneas. Sea el universo un proceso ideal, no por eso deja de ser la realidad para desva-

necerse en una mera apariencia o ensueño. Eso es tomar la metáfora al pié de la letra.

A sabiendas era inactual. Menos mal si nos hubiera señalado las rutas del porvenir, pero no podemos estimarlo así. Sin duda su obra — obra grande — contribuirá a difundir en los pueblos de habla española el credo idealista, el sentido de la libertad espiritual, la conciencia de la dignidad humana y su influencia será fecunda porque aún persisten arraigados los resabios del materialismo positivista con su finalidad exclusivamente económica y sensual. Y es de esperar que tan eficaz como su palabra sea su silencio: en la obra de Nervo no repercute la frase patriotera, democrática, progresista, la ideología ramplona del vulgo, capaz de inspirarnos el tedio de las cosas más sagradas.

Aunque su pesimismo no fuese sino un dulce lamentar y su renunciamiento el desdén de los intereses materiales, ambos inclinan a la blanda resignación, que no puede ser el ideal de las nuevas generaciones. Toda posición negativa es estéril y malsana; la virtud se ejercita en la contienda no en el refugio claustral. Buena falta nos hace un idealismo con una ética austera, pero afirmativa.

Lo confirma el mismo Nervo con su vida; acaso no fué de intensa acción espiritual? Si criticamos un aspecto de su obra filosófica — la poética no es de nuestra competencia — no enunciamos un reproche sino un concepto ético divergente. ¿Quién osaría negar tan luego a esta personalidad soberana e íntegra el fuero inalienable de proclamar las normas de su vida? Era dueño de su albedrío y eligió vivir como “un hidalgo, un santo y un poeta”. Precisamente esta afirmación de la propia personalidad, esta lealtad para consigo mismo, esta rebeldía a todo yugo extraño es la gran enseñanza que nos obliga. Honrémosle; no así a sus imitadores. La hombría altiva y serena de Nervo se vuelve una mueca postiza en la grey simiesca de los nervoides.

ALEJANDRO KORN.

LA FILOSOFIA DE AMADO NERVO

Puedo afirmar que el tema es poco seductor. El análisis literario y artístico de la obra de Nervo resulta mucho más: el natural deseo del elogio halla mayores asideros en esto que en aquello.

Con todo, no he hesitado, no solamente porque me determinen mis aficiones y orientaciones mentales, sino porque en el pensamiento del autor lo filosófico debía entrañar mayor importancia que todo el resto en su producción. Como es sabido, desdeñó los juglarismos palabreros, las apariencias esotéricas, las delusorias monsergas simbolistas, los impassibilismos y ataraxias de las escuelas más o menos en boga: nada hay de más diáfano que su lenguaje, nada hay menos escuclero o "categorizado" que su conjunto de ideas.

Mas será bueno entenderse. Hablo de "su" filosofía en dos sentidos: en cuanto es suya, esto es, en cuanto cobra en él matices que la individualizan, según es de norma, proporciones guardadas, en cualquier supuesto análogo; y en cuanto se trata no de la que él inventara o creara, sino de la que modelara sobre elementos bien ajenos.

Siguese, entonces, que no media lo que se da en llamar un "sistema" filosófico, vale decir, un conjunto de conceptos (o lo que le equivalga) más o menos disciplinados y organizados, más o menos centralizados y unitarizados. Se trata de una filosofía más en pequeño: los problemas del mundo, de la vida, de la materia, del espacio y del mismo espíritu, apenas si cuentan con alusiones; en cambio, lo que podría denominarse filosofía moral, de la conducta y del consejo, constituye casi toda la trama de su obra.

De ahí que, de aplicarse un criterio que considero fal-

so, cupiera ver en ella una enseñanza, una didascalía, como se hace con el soberbio *De natura rerum* (a cuyo respecto se incurre en la evidente grave confusión de tomar la forma por el fondo, pues se trata de un poema esencialmente filosófico).

Aun así la aproximación sería puramente externa. Lo que en Lucrecio es vastedad, es creación y genial intuición (al extremo de haberse adelantado a muchas cosas: la perennidad de la materia, la inmortalidad de lo que hoy diríamos el protoplasma, las concepciones bergsonianas y el mismo eterno retorno de Nietzsche), en Nervo es restricción, imitación o adopción, y aplicación pura. Más: la riqueza polifónica del poema latino, llevada a gratas "disonancias", como aquella de la oveja que pierde su cría, en la obra de nuestro muerto se resuelve en una monotonía tan constante que, en *Los lotos* sobre todo, alcanza a la pesantez, y tal que Nordau habría incluido a aquél entre los místicos que tanto fulminó.

Bastaría verlo en ese sonido de lira monocorde con que se alude a la muerte. "El ansia del misterio me agita y desespera". dice por ahí. Nada de más exacto. "Vive con la vida que sus muertos no pudieron vivir". Elogia la muerte de la novia, o de quienquiera. Invoca la muerte, que es la "liberación". Tiene horror del "pecado de vivir". *Et sic de ceteris*. Véase cualquiera de sus libros, particularmente *Plenitud, Elevación y El estanque de los lotos*.

Así es todo el resto. El optimismo persistente de sus "está bien" o "bueno, y qué", no es generoso (ni aun sincero; "sólo creo en el dolor humano", nos dice en *Perlas negras*): es un optimismo vitando de resignación (véase *Elevación*), de renunciamiento, de impotencia y claudicación.

Quien predica la inercia o la indiferencia, que conduce a "mirar la nieve de la montaña" con despreocupación de los graves problemas de la guerra o del todopoderoso impulso del amor (*Estanque de los lotos*), quien canoniza el sueño como la clave de la ciencia suprema (mismo libro); quien protesta contra la risa y erige la tristeza en principio de vida, acaso determinado por sus "tan raras alegrías" y por "el astro funeral de su tristeza" (*Perlas negras, Serenidad. En voz baja*, etc.); quien hace la apoteosis del silencio, que se mira como padre de vida interior y elevada (por lo demás, en plena contradicción con lo público de sus escritos), según repite en

dos capítulos de *Elevación* y en una composición de *El estanque*; quien pontifica sobre las "dichas infinitas de plegarse" a los designios divinos y aconseja que se sea "declive, no roca" (*Hermana agua*); quien proclama "la renunciación completa, irrevocable" (*Perlas negras*); quien huye del hombre y del mundo (mismo libro); quien así filosofa o enseña, filosofa mal y enseña peor.

Hay en la vida una sola cosa irrefragable: la misma vida. Quien dude de ella, resulta un sujeto de sanatorio. Hay en el mundo una cosa incontrovertible: el mundo mismo. Quien dude sobre su existencia; quien se niegue a afirmarlo, no está lejos de la demencia.

Comprendo el punto de vista: afirmar el mundo interior, no es excluir el mundo exterior; negar el mundo exterior no implica sino esto: que es una perenne creación de nuestro espíritu, que en realidad no está fuera de nosotros sino en nosotros mismos.

Pero no es eso lo que aquí juega. En *Nervo* el mundo exterior es una ilusión y una mentira, es la "maya" india. De ahí que para él no haya otro mundo que el de la propia conciencia. Si con ello se quiere hacer resaltar lo rico y fecundo de la vida íntima, nadie habrá de protestar. Mas si con ello se quiere, como ocurre, el aislamiento, el anacoretismo, el olvido de los deberes cívicos y sociales y de las mismas exigencias de la familia o del soberano amor, entonces se delira, entonces no se sabe lo que se dice.

No exagero: es lo que en el caso acontece.

Ya se ha visto lo de "mirar la nieve de la montaña". Léase *La conquista*: el individuo (y renuncio a lo circunstancial, que no cuenta ni allí ni aquí) que resulta desdeñando un amor que perseguía con toda ansia, simplemente porque ha encontrado su "dios interior", o es un degenerado o no es de esta mísera tierra. Léase *Soledad*: malgrado su protesta final, es un epinicio enfermizo, pues entraña la antinomización innecesaria e irreal del espíritu superior — pura mente, pura luz — y de los lazos (de amor, de familia, etc.) que lo reatan al prosaísmo de la vida; siendo así que, fuera de casos que ni remotamente son legión ni regla, la necesidad afectuosa en nada resulta empañada, aunque se categorice y eleve según las circunstancias, por lo superior o inferior de ningún espíritu

(compárese si no, esa *Soledad* con la de la *Vita solitaria* de Leopardi o con la de *Le solitaire* de Lamartine). Escúchese esto: el poeta echó dos redes, la del análisis y la de la intuición: la primera quedó vacía; la segunda se llenó, al extremo de contener el mundo entero... Ese antiintelectualismo — hoy tan de moda, lo admito, por obra de algún pseudofilósofo que también ha sido impuesto por la moda — es en él palmario: en *Plenitud* nos dirá que a mayor inteligencia mayor limitación; por ahí nos afirmará que “los libros esenciales” lo han dicho, previsto y resuelto todo; a cada paso habrá de repetirnos que la ciencia es delusión pura, y que la intuición es el recurso mágico para penetrar en lo más abstruso o recóndito. Por eso llega a glorificar la inconciencia. Por eso arriba al elogio de la pobre idiota que “está pensando” al mirar las nubes y la “infinita lontananza”. Por eso ha podido sentar que las rosas tienen una forma de existencia “infinitamente superior” a la del hombre. Por eso ha debido llegar a esta enormidad: la nube mirífica (y el canto es en verdad precioso por las imágenes en que se desenvuelve) sólo tiene dos espectadores: el asno y el poeta (mis parabienes a los asnos). Quien todavía conserva alguna duda sobre mi punto de vista, no debe leer *Las voces*, poemita final de *Perlas negras*, que consagra esto: “vivir, obrar es malo; disolverse... eso es bueno”.

Habría para rato si se insistiera. Véanse estas otras notas: La fatalidad nos rige. Nos esclaviza el destino (sin perjuicio de que en alguna parte diga que él “fué el arquitecto de su propio destino”). El mundo, con la vida y los individuos y las mismas cosas, entraña una finalidad predeterminada. El hombre es, de consiguiente, un mero instrumento pasivo de esa predestinación, un esclavo de fuerzas que lo aherrojan irremediabilmente. De ahí que cualquier esfuerzo sea inútil. De ahí que la acción resulte vana (y ha querido consagrarle un pequeño canto, enclenque y miserando, en *El estanque!*). De ahí que la obra personal tenga que ser una impostura o una imposibilidad...

Es el quietismo. Es la pasividad. Es el suicidio. Los países de una filosofía así — China, India, etc. — lo prueban mejor que cualquier razonamiento: han vegetado en una clorosis de manición que los ha hecho regresar: “qui non proficit, deficit”,

decían ya los latinos, que han sido los hombres de más acción en el mundo.

Fatalismo... ¡Qué malsano es todo eso!... Dice Spinoza en su *Ética* — que todo el mundo culto debe conocer (y no cuesta gran cosa, pues hay ediciones bien vulgares), porque entraña una filosofía de alta virilidad — que es pueril suponer que Dios persiga algún fin, por lo mismo que mal puede desear una cosa de que no está privado, ya que todo, los fines entre ello, se resume en El.

La muerte... Tendría yo sumo interés en conocer la psicología del poeta durante la enfermedad que lo arrebató de este mundo... Mucho la temía y le acordaba en *Perlas negras* y aun en *Serenidad*. Más de una vez la ha presentido. Fuera de ello, apunto que la preocupación de la muerte es el antídoto de cualquier pensamiento, de cualquier acción, de todo cuanto es vida. Y anoto estas dos observaciones de Paul de Saint Victor: “La mort n’apparaît dans le pur climat de la Grèce que sous sa forme la plus légère”; “Ce culte de la mort fut la plaie historique de l’Égypte, plaie plus terrible que celles dont la frappa Moïse. C’est une mauvaise école que le sepulcre; il enseigne l’immobilité, l’engourdissement, le sommeil. Un peuple tombe vite dans la décadence lorsqu’il ne fait que monter et redescendre les escaliers d’un tombeau”. Traslado a los decrepitos.

Todo ello me extraña no poco en Nervo. Espíritu de selección, ha dispuesto de sobrados medios para rehuir sugerencias semejantes. Podría argüirse en su descargo que se trata de una simple actitud, de una mera *pose*, acaso de una *boutade*. No lo creo. El poeta me parece bien sincero: vuelca todo lo que tiene adentro. De otra suerte no se explicaría su insistencia, ni resultarían justificadas sus repeticiones.

Me lo explico, asaz insuficientemente, en otro sentido: su fuerza de resistencia intelectual o ideológica, ha de haber sido mínima ante lo absorbente de sus intuiciones y amores psicológicos (no quiero hablar de preconcepciones), para apreciar, pesar, contraponer y quintaesenciar los conceptos.

Efectivamente, Nervo ha de haber sido de una bondad infinita: su “dar”, sus “bendiciones”, su “devolver una rosa por cada punzante espina”, su resignación ante la injusticia, su consuelo de que cuanto le “acontezca tiene que acontecerle por su bien”, su propensión a tener que “compadecer mucho para amar

mucho"; todo está patentizando que nuestro muerto ha sido un ángel. Y es obvio que una bondad así extremista no es humana: es enfermiza, y así debilidad (le gustan las tardes grises y melancólicas, las notas lánguidas, los colores indecisos, las niñas pálidas; por ahí nos dirá que "su númen es así pájaro enfermo", nos hablará de su "novia bohemia: la Neurosis", y nos acongojará con lo del "desastre de mi salud", y con lo del "pálido asceta, qué mal me hiciste", o, más aún, con lo de "el cáncer implacable que me muerde").

Además, ha de haber amado bien poco en la vida, malgrado sus protestas en contrario. Lo probarían su *Conquista* y su *Soleidad*. Lo patentizan sus nostalgias amorosas en *Serenidad*, explicables en quien sólo ha amado una vez (mismo libro), y en quien "no sabe de pasión" ni quiere amar (*Perlas negras*). Lo acredita su confesión de que ama mujeres increadas e ideales, porque ama en general lo vago y desconocido. Lo justifica su extraordinario amor a Dios, "hasta la médula de sus huesos", en el cual confía y espera, en el cual resume sus esperanzas y pensamientos, al cual consagra sus actos y su vida entera, hasta la feliz liberación de la muerte que lo llevará a su seno. Lo demuestran sus contradicciones en materia de amor: aconseja que se ame cualquier cosa, a cualquier persona, en todo momento o lugar, que se ame y se ame; lo que no empece que califique luego al amor de "engaño", malgrado fuera antes el "medio de ir a Dios".

De otra parte, su prédica de que la fe y el amor conducen a la suprema sabiduría, lo que le hace decir que "sabe" del misterio y que "comprende el vasto sentido de las cosas", dista no poco de tener la más leve confirmación en su obra. En parte alguna nos ha dicho, en efecto, qué es lo que sabe, cuál es el misterio que ha develado, qué verdad ignota para los mortales que no estamos ungidos por esa gracia superior, ha descubierto. Bien al contrario! Aún con relación a lo subjetivo de la pura fe, se encontrará más de una vez la confesión de su duda, y se hallará su interrogante sobre la naturaleza o los designios divinos.

Era inevitable. Su filosofía no pudo ser rica ni alta. Es una filosofía cualquiera, más o menos bien o mal digerida, y cuya misma calificación puede ser puesta en duda.

Oigase algunas de sus contradicciones.

La fe, el amor, la intuición, son timbres de ciencia sobe-

rana, son la esencia del mundo. La ciencia, las ideas y los conceptos, son una mentira. Tal es su prédica. Ello no ha impedido que más de una vez nos diga (sobre todo en *Plenitud*) que “nada hay ilógico en la existencia”, y que el mundo es un ente de razón.

Su Dios, que es la perfección suprema, “se perfecciona, sufriendo, en nosotros”; como si el perfeccionamiento y el sufrimiento, hechos contingentes y limitados, fuesen simplemente concebibles en lo absoluto de lo que está fuera del tiempo, del espacio, de la vida y del mundo (en otra parte nos hablará de “divinas rectificaciones” de la evolución).

El automorfismo de su *Alma de las plantas* es antifilosófico, por lo menos afilosófico. “Sufre la rosa, llora la rosa: no la cortéis!”. Trasladar nuestros humanos estados de conciencia a las plantas y a las mismas cosas, es antropomorfismo puro, que nada justifica. También admito la recíproca, de que no hay nada que autorice a sostener lo contrario, por la elemental razón de que ante lo disparatado de los términos en juego, no hay factor común que permita al conocimiento adecuado. Por lo demás, no han sido menester los experimentos de Bosse para demostrar que las plantas tienen algo de lo que en lenguaje humano llamaríamos sensibilidad: se contraen, se dilatan, se cierran, se inclinan, se “enferman” y hasta mueren, por la acción de la luz, de la electricidad, etc. Ya Spinoza había dicho: “omnia, quamvis diversis gradibus, animata sunt”. Y nuestros paisanos de la campaña saben cómo hay que “matar” un poste de alambreado, para que sirva como poste y no como elemento de vida... Y entonces, habría también que exclamar “no matéis un cardo, no rompáis un guijarro”?...

Y eso que su información no parece secundaria. No son raras sus alusiones a la química, a la biología, y, sobre todo, a la astronomía (que lo seducía no poco: recuérdese las poesías “Ad astra” de *Serenidad*). Dijérase, no obstante, que son de aficionado o de visionario, pues resultan inarmónicas o superficiales (por ejemplo, alguna vez se le ocurrió discurrir sobre el hiper-espacio y la cuarta dimensión, y dijo deliciosos “non sens”).

No de otra suerte cabe conciliar su “vanidad de toda filosofía” con el elogio de Platón, Pitágoras, Epicteto, Marco Aurelio, etc., y con el cálido panegírico de los libros “urnas de ideas”, “arcas de ensueño” y “flor de la vida consciente”, ni, particularmente, con la sugestión, la imitación y la cita de la filosofía india

y budhista. De ahí, por ejemplo, la nonada o el prosaísmo de *El espectador*, contenido en *El estanque*.

A propósito, he de hacer dimanar la filosofía de nuestro muerto, de la de Spinoza: su panteísmo, su anonadamiento en el seno de Dios (la substancia universal y la causa natural y única del mundo), me parecía que justificaban la conclusión. Pero me arrepentí bien pronto. Quien, como el gran judío, ha proclamado el deseo de vivir (la voluntad de vivir de Schopenhauer, la presión vital de Guyau, la voluntad de conciencia de Fouillée, la voluntad de poder de Nietzsche, el "élan vital" de Bergson), quien fustiga como enfermizas la melancolía y el ensueño, quien hace de la alegría la esencia de toda afectividad, quien dice que "el hombre libre piensa en cualquier cosa menos en la muerte", quien afirma que "el hombre gobernado por la razón es más libre en la ciudad, donde vive conforme al derecho común, que en la soledad donde es el esclavo de sí mismo", quien sostiene que el mejor modo de conocer a Dios no estriba en refugiarse en su seno sino en conocer las cosas particulares, quien consigna aquel teorema que causaba la admiración de Schelling (5ª parte, XXX); quien así ha filosofado con masculina altura, no puede ser padre de hijos que proclaman la enfermedad y el suicidio.

La raigambre es decididamente india y budhista: la "maya" y el "nirvana" imperan en el caso con toda plenitud, y entrañan la clave de ese renunciamiento contemplativo que es pura regresión, que es primordial anquilosis y eminente fosilización.

Protesto, hay que protestar, con las energías más supremas, contra filosofías así.

La resignación, la inercia, el ensueño... son fases de vida, no son normas de vida. La muerte es un grave problema filosófico, al entrañar un misterio que se codea con lo infinito y lo absoluto de nuestras más hondas preocupaciones. Convengo. Pero no hay que pasar de ahí. Si se exceptúa a algunos poetas románticos (Lamartine, *Hymne à la mort*; Hugo, *Ce que c'est que la mort*, en las meditaciones "au bord de l'infini" de sus *Contemplations*), que la han exaltado, si bien ocasionalmente y con un sello escolarero que les sustrae no poca sinceridad, nadie ha hecho de ella otra cosa que un "tema" de filosofía, nunca una regla de conducta. Ni Vigny ni Musset, con toda su amarga decepción, le han rendido parias. El gran pesimismo de Leopardi — desmentido con el ejemplo cálido de su propia vida, como el

de Schopenhauer — apenas si le ha inducido al canto *Amore e morte*. La *hantise* de la muerte en el prodigioso Paul Fort, no ha impedido las delicias de sus *Ballades*.

Bien al contrario. Los poetas superiores, los grandes aedas son una perenne exultación de la vida. Citaría de Hugo este verso: “Son but (el de la tierra) c’est la naissance et ce n’est pas la mort”, y aduzco el grandioso ejemplo de sus *Légendes*, que son el himno triunfal del hombre al través de las épocas. Me conformaría con este verso de Verhaeren: “La vie est à monter et non pas à descendre”. Recordaría estas enseñanzas del todopoderoso Leonardo: “toda cosa desea mantenerse en su esencia”, “todo se esfuerza por conservarse en su modo propio”. Del magnífico D’Annunzio se tiene el soberbio testimonio de sus *Laudi* al cielo, a la tierra, al mar y a los héroes, y el epinicio de su *Laus vitae* en el primer tomo de las mismas. Entre nosotros citaríá, y hablo de memoria, a Lugones, cuya obra, como la dannunziana, se resuelve más de una vez en una sinfonía de fuerza y de acción.

Cantad la vida, poetas, pues la poesía es hija de ella. Cantad la vida, porque no hay arte ni belleza fuera de ella. “Il s’agit de vivre”, enseña Taine en su *Philosophie de l’art*. Y la vida no es más que una suma, una resultante, una *composición* de fuerzas. De ahí la fórmula final de Taine: “Le chef d’oeuvre est celui dans lequel la plus grande puissance reçoit le plus grand développement”. Precisa llegar “à la justification de la vie, même en ce qu’elle a de plus terrible”, porque “je n’aime du fond du cœur que la vie”, como ha dicho el mago de Weimar en sus dos mejores y más profundos libros.

Tal es el defecto de fondo que, en medio de tantas virtudes, encuentro en la obra de Nervo. Ha sido el fruto de una sugestión: “tantum religio potuit suadere malorum”, cabría repetir con Lucrecio. Añorar el cielo es olvidar la tierra. Ésa como catálisis mental del influjo de la infinitud y de todo el resto, se resuelve en una psicológica demisión. Todos somos hombres antes que ángeles. Ya lo dijo Pascal: quien quiere ser ángel no llega a serlo, y puede dejar de ser hombre. Es lo que en buena parte — literaria, filosófica — ha ocurrido en el caso de Nervo, y lo que habrá de acontecer a quienquiera que pretenda colocarse en situación análoga.

Para concluir, diré, hablando con Saint-Pol-Roux “el Mag-

nífico”, que “proscribir lo contingente y lo finito, es jugar al gallo ciego en el trascendental túnel de las viejas lunas”. No sólo eso. Más, o menos, que eso: el espíritu, que es una floración de vida en el mundo, tiene infinitos y absolutos de sobra, e idealismos de toda superioridad, sin necesidad alguna de lo suicida de la inanición y la muerte, para saciar con ellos en tarea constructiva, educadora y fecunda, nuestras ansias de intuición que quiere penetrar lo más íntimo de las cosas, y nuestra sed de sentimiento que procura remontarse a lo más alto de lo sideral y lo celeste. Ya es demasiado huidiza por si sola esta vida, para que de antemano la renunciemos o la arrojemos por la ventana. El trabajo, la ciencia, todas las luchas y conquistas del hombre, todas las esperanzas y reivindicaciones humanas, la patria misma..., que Nervo ha olvidado, o poco menos, bien valen una obra y una vida entera, al implicar una idealidad tan levantada y una viviente *eternidad* que está muy por encima de cualquier añoranza que, por subjetiva, dista de toda transcendencia.

ALFREDO COLMO.

AMADO NERVO

Su morada interior

Si una espina me hiera, me aparto
de la espina, pero no la aborrezco.

Elevación, 72.

Amado Nervo vino al Río de la Plata como un mensajero de paz y de amor de los pueblos americanos, de esa paz y de ese amor que sentimos durante un cuarto de siglo en sus páginas y ahora — en la edad bella y sin pasiones del genio que se cernió siempre en la atmósfera pura del ideal—con la palma diplomática de ministro de un gran estado iban a substancializarse en prácticas que solo él, que proclamaba el amor, el amor por todo y a todos, “el amor en que tiembla y se retrata el Universo entero”, podía sentir sinceramente.

Su muerte por eso, en esta hora inquieta y dudosa, es lamentable. El, ya emancipado de los intereses demasiado humanos, nos hubiera unido en la visión común de ese más allá de América y seguramente, comenzaba para el poeta la obra del político, abierta y noble sin otro pensamiento que la confraternidad, movido por un espíritu que vivía en el nuestro como hermano.

Su alta y flaca figura, su fuerte nariz aguileña; su inmensa frente oblicua; sus pómulos huesosos; sus ojos negros y profundos, su color bronceo, su fina cultura, su gesto y su bondad, recordaban mucho al infortunado emperador azteca del que Nervo parecía un descendiente. Acaso encarnaba el alma de aquella raza inteligente y activa que no ha muerto, destinada tal vez, en el idealismo europeo tan lleno de combatividad, a proyectar un idealismo menos rojo y más tolerante.

Sin cambiar la estructura poética de sus versos ni la esen-

cia de su sentimentalidad, se advierten dos épocas. La primera, la de su juventud que alcanza hasta los 44 años, llena de una acariciante pasión por el alma femenina (*En voz baja*) en la que escruta los secretos de todas sus bondades, de todas sus noblezas de todo lo que dulcifica ésta vida que sólo por ella es grato vivirla. Sin ella fuera tedio y tristeza. Las moradas interiores de la mujer se abren al espíritu de Nervo encantadoras, sonrientes, misteriosas, incitantes, sin fulgores de incendio mas sí animadas y fecundas; que los sentidos palpan en la trenza de reflejos áureos, en el cabello suave, en los ojos de mirada inquieta, en la boca fresca y pura, en la mano fina y enigmática, en el beso noble, en el abrazo largo y en la promesa continuamente renovada. El verso es fácil, prosaico, parco en imágenes, sin hipérboles, sin paradojas, sin rebuscamientos, sin contrastes. Es el envase liso de un pensamiento que flota en la emoción de los interiores, hurraño a los objetos y a los fenómenos; que cuando escapa de su mansión es para volar lejos, lejos con las alas del azur y de los sueños, hacia el centro sin circunferencia del Universo en el que se resolverá más tarde el poeta (*El estanque de los lotos*) ; ay! por desgracia poco antes de su muerte. La lira heptacorde de oro y marfil entre sus manos ágiles, sedosas y puras, cantará la estrofa llena de óptimos estímulos y robustas sonoridades, al *Trabajo*, al *Amor* y a la *Paz*.

Acaso nos sorprendan versos fatigados, neologismos de dudoso gusto, grandes cosas épicas tratadas en lenguaje doméstico: *A un Prometeo* en proverbio latino; *Al viento y al Mar* en sextasílabos... la nota épica, evidentemente, en la lira de Nervo no encuentra la cuerda de los furoros, de las invocaciones, de las tempestades, de los acentos de lucha y de las voces heroicas. Por eso se cierne tan lejos del poeta de *El apóstrofe*, un león que rugía, y del poeta *Delle Laudi*, de visiones miguelangelescas. Acaso nunca sorprendamos en él, aquel juego de colores deslumbrantes del pincel y de la paleta del nicaragüense, pletóricos de adjetivos para acuarelar una flor, un paisaje, una reina, una caza, dos amores. Porque no es un poeta objetivo. Es una voz que murmura bajo, cerrando los ojos, sintiendo la dicha en el contacto de alma a alma, en la luz que se revela dentro de sí misma.

Por fuerza, a la edad en que los horizontes se abren, ya

sin la sensación que nos ata al sér que nos hizo grata la materia; sin agitaciones, sin nublados y sin ley científica que rompa el encanto del misterio, debía revelarse en el Universo, ese *Todo* inabarcable, seductor, grande enigma siempre y siempre consoladora morada de este granillo que palpita y parece inmenso mientras está en su cáscara; pero que se desprende de sus pasiones cuando después de la eclosión, sintiéndose puro, busca asilo y se entrega a la luz de la Inmensidad. De ahí *Elevación* que inicia la segunda época del vate, culminante en *El estanque de los lotos*, impregnado de pensamiento y de poesía tanta, que tal vez, nunca el verso castellano ha vibrado con más fulguración etérea, hermanados la belleza del decir y la profundidad del pensar. Creó sinceramente que el poeta grande, el otro gran poeta de América nacía ahora, ya emancipado de los afectos circunscriptos; más penetrado de la historia y de los pensadores, más enterado de los silencios de la noche y de los murmulos de la Naturaleza en donde late el gran corazón en busca del que iba auscultando el alma femenina, pero que encontró cuando sus ojos se elevaron; con otros ardores, con otras promesas, más perfecto y más infinito. ¿“Dónde va tu bajel? ¡Qué importa eso! Fué contigo a cualesquiera playas”. El poeta se ha asomado ya a su propio espíritu, viendo en el espejo de sí mismo, el universo, porque contempla el panorama del mundo. Los seres y las cosas pasan, pasan... Maya teje y desteje sus redes. Nervo no había concluído: comenzaba a la hora de las grandes cosas. Su muerte debe sernos muy dolorosa por que nos lo arrebató en plena sazón y en plena robustez mental. Por eso decía a su médico: salvadme, no quiero morir; y pedía un rayo al sol con su alma azteca, confundida en una visión sublime del Hombre. Sentía dentro de su yo agitarse destinos cuya grandeza presentía en esas páginas incomparables de *Las dos redes. Libros, Los Pozos...* El genio canta al genio del mundo, no en arrebatos místicos como han pretendido comprenderlo aquellos que lo han leído parcialmente, sino en el luminoso entusiasmo con que se enardece en las márgenes de la Ciencia, donde sólo puede estar un poeta. Sí, va hacia Dios, ese Dios platónico, tesis suprema del bien, más allá de las cosas, más allá del devenir, inalcanzable, pero motivación eterna de nuestro ideal eterno.

L' oggetto cambia e muore; ma l' idea
resta; resta l' idea assoluta: il bene

“hasta llenar de músicas y luz el infinito”. Pero por qué, si nuestra conciencia es la luz de una hora, quiere el sumo Bien? En el alma de Nervo se agitó siempre el alma de Tagore. Antes, “quién sabe” por qué extrañas afinidades; ahora, porque el Sâdhana había penetrado en él como una siembra en un terreno largamente cultivado y de la que recogíamos ya esta prodigiosa cosecha de poemas nuevos segados en madurez, antes que la semilla hubiera germinado toda... Pero, queréis nada más grande que el Sâdhana?

“Leedlo al terminar el día, al fulgor de algún poniente augusto”... ¿Son, acaso, la justificación de una vida que termina? No. Es la inquietud radiosa de la vida interior que comienza. Esa también es Dios cuando es voluntad que domeña y hombre que resiste a sus deseos y se vence a sí mismo. Su fé en la marcha es tan segura que “a qué preguntar, cuando se navega, por el puerto?” Querer es lo que importa. Tan fugaz es el momento de nuestra presencia, que el mal si existiera, no perturbaría la infinita armonía del espacio. ¿Cómo explicarnos entonces, este empeño de crear la dificultad y sentirnos mortificados si tan poco somos dentro de lo que es?

Nervo no es escéptico ni pesimista. Estos males del siglo no penetraron en su morada; por el contrario dijo al poeta: “haz versos tónicos; todo es acción; nada en el universo es estático; todo vibra; la acción “era al principio” según el doctor Fausto, en vez del Verbo”. Si la Intuición descubre mundos insospechados y el Análisis conduce al vacío, cierto es que el análisis abre nuevos campos a la intuición, cuando no se extrema en una metafísica insubstancial y dialéctica contra la que va Nervo en *Las dos redes* porque ella sola podría llevarnos a abismos oscuros.

Es innegable que por los modos recientes del poeta mejicano circulan ráfagas bíblicas, budhistas y bramanas; pero antes que una vuelta al pasado aquello significa una vivificación noble de las actividades del presente, porque ¿quién puede negar cuán temerario sería renunciar al pasado, desde que el pasado es una fuerza en la raza y robustece, con sus costosas conquistas, nuestra acción y orienta nuestra conducta? Nervo canta a aquel pasado, porque canta a todo lo que en el mundo es paz y es amor. Nos sería difícil acertar con otra fuente que satisficiera a ese instinto que suele ser ansia, de vernos sin

ambiciones y engrandecidos en el gran Convite en donde la felicidad consiste en no desear la copa ajena y conservar la propia. Grande es la época que vive su propio pensamiento y el de los demás. El exclusivismo y la renovación fueron siempre anhelos de cerebros menguados. El poeta que cantó treinta años al *Amor* debía consagrar sus mejores páginas a los filósofos que hicieron de él el emblema de la vida. Por ese amor el hombre corre con afán tras el enigma, si bien un tenaz *por qué* proyecta siempre la Esfinge sobre la tela de su ansiedad. Pero existe una marcha, vamos adelante; "si sabes escuchar a los seres y a las cosas; si sabes mirarlos, tornaránse lentamente cristalinos hasta deslumbrarte con su limpidez". La ciencia no hace otra cosa. Y así el hombre se eleva, penetrando más en ese universo cuya esencia, claro está, será siempre un motivo de inquietud, un motivo de actividad, un problema, un misterio sobre el cual el hombre debe batir eternamente las alas de la esperanza y de la fe.

Como las de muchos poetas, no pocas estrofas son vagas; llenas de sentires que pasan y rumores que no alcanzan a definirse. Algo así como pensamientos soñados a los que falta la sensación para tener forma. Mas, no olvidemos que Nervo está siempre al margen de la ciencia, cerca del enigma, dentro de un círculo sin límite y sin nombre, asaltado por el ¿por qué? y el sentimiento indiscreto de ese por qué. Cuando el alma se mueve dentro de un torbellino semejante, en donde sólo se advierte luminosa y definida, la afinidad que crea sin descanso y es amor, la palabra no expresa sino bellezas fluídas, imprecisas y nunca asibles por la razón. Porque la Naturaleza misma al ser en sus cantos un Todo; "siempre igual y siempre nueva; monótona, uniforme, simple; viento, mar, estrella, energía, eternidad" no es sino una expresión abstracta y caótica como la morada interior, espejo de aquélla.

Nervo no nos ha dado un poema orgánico. Como casi todos los poetas modernos, comprendido D'Annunzio (*Laus Vitae*) han escrito los fragmentos de un gran poema a través de sus emociones y maneras, en los que sin faltar la belleza y el tema, falta la unidad sea cual fuere: histórica, filosófica, conceptual, razonativa, alegórica, literaria; pero una unidad. De ahí la repetición frecuente, la contradicción a veces, el grado heroico y la forma trivial con que son tratados los asuntos, como

si el espíritu se resistiese a meditar sobre ellos; como si la voluntad no se resignara al esfuerzo y adoleciera del mal de la hora, el capricho, entregado al puro instinto de hacer, durmiendo casi. "El arte es una larga paciencia". Eso es el genio y su fruto, la Obra. No puede escribirse en días; se necesitan años. Pero nos atormentan los éxitos fáciles o rápidos y nos desespera la espera. De ahí tantas páginas en las que no se pronuncia el genio, lo presentimos solamente. El leer es duro; sobre todo, leer tanto. El aprender es duro, sobre todo aprender tanto. El sistematizar, más duro todavía, si con la lectura hemos de entrar en los laboratorios del hombre y de la Naturaleza. Pero si el poeta no ha de malograrse, debe no sólo escribir el verso; no sólo sentirlo; ha de pensarlo dentro de una arquitectura que tenga un título.

Para Nervo la palabra no tenía secretos, la frase era flexible; fácil el decir, fácil el ritmo, con sus libertades, fácil el acento y preciso el adjetivo; sin más recursos que los recursos bellos y encantadores de la sintáxis regular. Amaba, tenía fe, sentía la esperanza; no lo atormentaban ni la modestia ni la gloria, dos vanidades igualmente angustiosas. No gritó nunca, nunca apostrofó; esquivaba el mal si acaso lo supuso en algo o en alguien, alguna vez. Era la pasta del genio; más dejó solamente lampos de su genio, porque no tradujo la augusta y elevada inquietud de su alma en un *Todo* del que era susceptible su gran espíritu si le hubiese consagrado esa paciencia que aconseja a los otros para alcanzar la cima de lo perfecto. "Porque había tanto amor en su alma que no quedaba el rincón más estrecho para el odio". Pero con esta formidable fuerza, nunca desmentida en las páginas de sus ocho libros, ni en los veintiocho años que escribió, se proponía redimir las pequeñas cuestiones americanas que los pequeños hacen grandes y magnificarnos en una gran comunión de intereses y de ideales. El, amado por los niños, por los jóvenes, por la mujer y por los hombres; en la escuela, en el colegio, en la universidad y en los ateneos; él podía juntar las manos rivales, con su voz acallar las disidencias y decirnos: sentid la felicidad; y en efecto, sentirnos felices.

VÍCTOR MERCANTE.

EL POETA DE DIOS

Pues busco, debo encontrar.
Pues llamo, débenme abrir.
Pues pido, me deben dar.
Pues amo, débeme amar
Aquel que me hizo vivir.

NERVO.

Sperent in te omnes,
qui noverunt nomen tuum
Domine: quoniam non derelinquis
querentes te.

Salmo IX.

No hace mucho, cuando la guerra estaba en su apogeo, los diarios nos ofrecieron un grabado extraordinariamente elocuente, e impresionante en su sencillez. Era un pequeño mapa - mundi, en el cual se veían, como cubiertos de duelo, pintados en negro, los países en guerra, y dejadas en blanco aquellas regiones que no tenían parte en la gran contienda.

Cualquiera podía allí comprobar un hecho singular: las extensiones blancas pertenecían, en su casi absoluta totalidad, a los países de habla española. No se si muchos se habrán detenido a meditar sobre esto. Mas ¿no hacía ello pensar en una como *predestinación* de la raza? ¿No habría Dios elegido a la raza española para una vocación de Paz, para una misión especial en el mundo, durante esta época difícil?

Y he aquí que, como voz suprema de esa raza, como voz representativa de su lengua, surge el Poeta de la Paz, el Poeta del Amor, ¡el verdadero *Poeta de Dios* que esperaba aún la lengua castellana!

El Poeta no surgió para hablarnos de la Guerra, ni para pronunciar su fallo sobre los beligerantes. El vino a decirnos lo único que — no siendo referente a la guerra misma — podía ser oído con interés, en tiempo de guerra como en tiempo de paz, y

ser escuchado hasta por los mismos combatientes. El poeta vino a hablarnos de Dios; a hablarnos del anhelo universal y humano del Supremo Amor.

Ved cómo el Poeta nos ha señalado quizá el camino, nos ha revelado tal vez aquel secreto de Dios, aquella Predestinación para la Paz, de todos los países de la raza española... Porque sus versos dicen a esta raza el único modo cómo podría difundirse sobre el mundo desolado la Paz Verdadera, que no es otra cosa que el Verdadero Amor... Porque si nosotros nos ocupáramos ante todo, como el Poeta nos lo enseña, de encontrar el verdadero REINO, no habría seguramente de salirnos al encuentro la guerra criminal... Y podríamos abrigar la esperanza que el Poeta ha expresado así:

Aguardemos las flores más bellas para luego.
Después del torbellino, las flores se abrirán.
¡El mundo como un fénix, resurgirá del fuego,
y en muchas almas nuevos soles se encenderán!
¡Quién pensará en la noche cuando despunte el día!
¡Con el sereno júbilo de una labor tenaz,
restañará su sangre la humanidad bravia,
en el regazo inmenso de la divina Paz!

De nuevo hermanos todos los hombres, sentiremos
que el mundo es nido vasto de maternal calor,
¡y en él, con ideales lejanos soñaremos,
al misterioso arrullo de una canción de amor!

¿Por qué no hemos pues de esperar que seamos nosotros, los que tuvimos el privilegio de mantenernos en paz durante los terribles días, los que podamos ahora traer al mundo “aquella divina Paz”? ¿Porqué no hemos de ser los que ofrezcamos a la Humanidad, después de la gran catástrofe, aquellas primeras notas, aquellas primeras flores de que el Poeta nos habla; aquellas primeras chispas que han de encender el mundo en un nuevo, divino y fraternal Amor? Ese es quizá el secreto de aquellas extensiones blancas, ocupadas casi en su totalidad por los pueblos de la raza española. Secreto que el Poeta supo sorprender y expresar tan admirablemente.

*
* *

En un día oscuro de invierno, en medio de una lluvia torrencial, sucedióme, hace poco, que oí cantar a un pajarito. ¡Qué

efecto singular producía aquel canto! Parecía que sus notas débiles iban a perderse entre el ruido del agua, y sin embargo se oían claras y perseverantes, en su obstinada canción primaveral. Conmovía la fe y el amor del avecilla. Parecíame verla, empapada y tiritando, y no haciendo caso sin embargo del invierno, ni del frío, ni del agua... Nada de esto parecía existir para ella; nada la inmutaba en su optimismo extraño. Su canto era el recuerdo de la Primavera, del sol, de los granos dorados y de las flores todas. ¡Cuán conmovedor y cuán dulce al corazón era este canto en medio de la lluvia helada!

Y bien; así también ha querido Dios que el Poeta nos diera su canción de Paz, mientras los pueblos se despedazaban y la tierra estaba cubierta de combates y de odios... En medio de aquella lluvia de lágrimas, de aquellos vientos de desolación, de aquellos torrentes de gemidos, se oyó la Voz pura, la Voz no turbada del Poeta, que hablaba a los hombres de Serenidad, de Amor..., y que entonaba el cántico de la Eterna Primavera. Para él — sean por esto dadas gracias a Dios — no existió la guerra, ni la matanza, ni los odios. ¡El iba... independiente y ajeno a todo el ruido del mundo, límpido y luminoso como un astro, en busca de su Dios!

*
* * *

He dicho de Nervo que fué el Poeta místico, el *Poeta de Dios* que aún esperaba la lengua castellana. Existían sin duda versos de Lope de Vega que suenan, los unos como campanillas de cristal, los otros graves como campanas de bronce; versos armoniosísimos de Fray Luis de León... Existían sonetos perfectos como aquel tan conocido: "No me mueve, oh, mi Dios, para quererte". Y otros menos conocidos, aunque igualmente bellos, como aquel de Luis de Góngora, que comienza así:

Pequé Señor, mas no porque he pecado,
De tu amor y clemencia me despido...

Pero estas composiciones perfectas hay que elegirlas aisladamente... Y luego, si buscamos al Poeta místico, profundo e intenso, nos encontramos con Santa Teresa, con su "muero porque no muero" y otros versos suyos, tan deliciosos como estos:

Un alma en Dios escondida
 ¿qué tiene que desear,
 si no amar y más amar,
 y en amor toda encendida
 tornarte de nuevo a amar?...

¡Y llegamos al incomparable San Juan de la Cruz! Pero estos dos santos vivían una vida extática, de tan íntima unión con Dios, penetraban tan profundamente en la Mística cristiana, que a aquellos que no hayamos vivido aquella vida, que no hayamos recorrido algún camino por aquellos místicos campos, difícil nos será seguirles. Especialmente a San Juan de la Cruz, cuyos conceptos y cuyo lenguaje simbólico suelen ser, para los profanos, harto oscuros... En cambio, Nervo, que es la sencillez misma — tampoco quiero decir que falte sencillez a Santa Teresa, pero en medio de la obra total de la santa, su poesía ocupa un lugar secundario—, Nervo, cuyo lenguaje es sencillísimo y escribe versos modernos, es perfectamente comprensible, en su hondo misticismo, aún para aquellos que no han encontrado todavía a su Dios... Y para ellos escribe este poeta; para los que dudan, para los espíritus sinceros que buscan a Dios con sencillez y *desean* hallarle. A ellos les dice:

Si vacilas, si deja un por qué
 en tu boca su acerbo amargor,
 ¡ven a mí, yo convenio, yo sé!
 Todo yo soy un acto de fé
 Todo yo soy un fuego de amor.

Y al que está ya en camino, le anima diciéndole, de nuevo:

Alma, sigue hasta el final
 en pos del Bien de los Bienes,
 y consuélate en tu mal
 pensando como Pascal:
 ¿Le buscas? ¡Es que le tienes!

*
 * *

Y he aquí que los que le oyeron se sintieron fascinados y corrieron en pos de él, sintiendo renacer en sus almas la Esperanza... He aquí que hemos asistido a un espectáculo conmovedor y hermoso. Porque hemos visto—¡oh cristianos!—que cuando una Voz fuerte y pura se levanta, cuando un Poeta nos habla de Dios, el mundo despierta, se conmueve; los espíritus se

estremecen. Las almas que más indiferentes parecían, y más alejadas de Dios, tienden su oído... Y entonces comprobamos con íntimo, inmenso gozo, que no está todo perdido, que aún hay para el mundo salvación... Porque hemos descubierto que Dios es aún — como en la Edad Media, y como en todos los tiempos — el UNICO, GRANDE, VERDADERO INTERÉS para los hombres. ¡Hemos comprendido cómo, en una forma u otra, la Humanidad entera clama aún por Dios!

Se levanta el Poeta y dice: "Dios existe... amo a Dios", y vemos que a su alrededor parecen todos caer de rodillas, y al Poeta se le levanta en apoteosis.

La simpatía que Nervo ha inspirado entre nosotros está lejos de ser una admiración puramente literaria, como podría ser por ejemplo la que nos inspirara un Baudelaire, tan gran poeta y tan artista... Ni se asemeja tampoco a esa simpatía sentimental que han solido inspirarnos algunos otros poetas suaves y subjetivos como Samain. Ni es la elocuencia de Nervo ni la novedad de sus conceptos lo que nos arrastra, como ocurriría con un Verhaeren. Recordemos más bien a Verlaine el insuperable poeta místico de *Sagesse* que nos conmueve con la ternura desbordante de su corazón, cuando, de rodillas, deshecho en lágrimas de amor y arrepentimiento, dirige al Señor su ruego. No, no ha sido una simple simpatía literaria; han sido los corazones mismos, con lo que había en ellos de afectivo y de profundo, los que respondieron y responden aún al llamado de Nervo, a su voz inmensamente persuasiva y dulce.

¿Qué nos ha prometido el Poeta para que así le amemos? ¿Nos ha ofrecido éxito para nuestros amores de la tierra, nos ha ofrecido riquezas, gloria? No; el Poeta no nos ha ofrecido sino una cosa: llevarnos a Dios; no nos ha prometido sino un bien y es el divino Amor.

He aquí su invitación:

Todo yo soy un acto de fe
 Todo yo soy un fuego de amor.
 En mi frente espaciosa lee,
 mira bien en mis ojos de azor:
 ¡hallarás las dos letras de FE
 y las cuatro radiantes, de AMOR!

Si vacilas, si deja un porqué
 en tu boca su acerbo amargor,
 ¡ven a mí, yo convengo, yo sé!

Mi vida es mi argumento mejor.
 Todo yo soy un acto de FE.
 Todo yo soy un fuego de AMOR.

*
* *

¿Y cuál es la fe que el poeta nos ofrece? ¿Cuál es el Dios a quien su amor se dirige, cuando dice:

¡Te amo hasta la médula de mis huesos, Dios mío!

¿Es acaso a un Dios vago y desconocido, impersonal o pan-teísta como muchos poetas vagamente cantaron? Nada de eso. Un Dios así no inspiraría jamás ese “fuego de amor”, esa “llama de amor viva”, que lleva la marca del cristianismo, y que solo el Dios personal y definido de los cristianos podrá inspirar.

Sí, a pesar de su afición a los libros Indios, y de muchas de sus poesías inspiradas en ellos y en la Teosofía, Nervo ha cantado un Dios personal y definido; ha cantado el Dios de los cristianos. ¿Qué? Si hasta la Imagen del Dios Encarnado, es justamente aquella ante la cual su corazón parece derretirse de ternura. La Evocación de Jesús es para él de una dulzura irresistible. Y así, irresistible de dulzura, es su composición titulada EL:

Su voz más dulce que una orquesta
 sin duda fué... Más que un cristal
 su alma fué pura y manifiesta.
 ¡Estar con EL era una fiesta!
 ¡Morir por EL un ideal!

Ha dos mil años que pasó
 sembrando paz, vertiendo miel,
 y de la tierra se adueñó.
 ¡Ha dos mil años que murió
 y el mundo aún vive por EL!

¿Qué le falta al autor de estas estrofas para decir con Teresa de Jesús, la gran enamorada?:

¡Véante mis ojos,
 dulce Jesús bueno!
 ¡Véante mis ojos,
 muérame yo luego!

Vea quien quisiere
 rosas y jazmines,
 que si yo te viere
 veré mil jardines....
 ¡Véante mis ojos
 dulce Jesús bueno!

Por otra parte, su cristianismo no está tan solo en su gran amor a Dios, a Jesús. Está también en su doctrina moral, que no es otra que la moral cristiana. "Por cada espina que me hiere ofreceré una rosa". ¿Hay algo más cristiano que ésto? Lejos de seguir la tendencia budista de sumergirse e inmovilizarse en la contemplación de Dios, por más que esta le atraiga, se aparta de ella para ser útil a sus hermanos. Sigue así el consejo de los teólogos católicos, concretado en estas palabras: "Dejar a Dios por Dios".

...Y es esta, ya lo ves, la prueba máxima
de amor que puedo darte:
no estar contigo, por estar con ellos...
Por escuchar sus quejas, ay, dejarte;
por ayudarles, padecer el frío
de tu ausencia, bien mío;
trocar por sus negruras tus destellos,
¡Y por amarlos, parecer no amarte!

"¡Dejar a Dios por Dios!"... última palabra de la abnegación del místico que es a la vez cristiano.

En el libro *Elevación*, no hay una palabra que no pudiera firmarla el católico más ferviente. Y aún *El estanque de los lotos*, libro cuyo título indica una orientación teosófica, contiene gran número de poesías, casi una mayoría, que se hallan en las mismas condiciones que las de *Elevación*. A este libro pertenecen las dos últimas composiciones arriba citadas, de tan marcado espíritu cristiano. Y otras que podría transcribir: *Pastor*, estrofa de tierno amor y confianza al Pastor divino que no puede ser otro que Jesús; *Oración*, esperanza y fe en ella, las cuales resisten a todo desaliento; *Este día*, idea cristiana de la utilidad del sufrimiento en Dios y con Dios; *¡El foco*, magnífica composición donde el alma reconoce con humildad, lo gratuito y pasajeros que son en ella los dones del Espíritu, que sopla donde quiere, y cuando quiere...

*
* * *

Nervo ha hablado del *Maya*, del *Karma*, de las *Reencarnaciones*, de *Kalpa*, del *Nirvana*; nombra a la *Fatalidad*, a la *Esfinge*, al *Demiurgo*, a *Arhimán*, demonio de los persas, a *Brahma* que no piensa "porque el pensar limita" y que se

mantiene “en un éxtasis perenne y frío”, a “Brahmán que está soñando... soñando en el vacío”.

Nervo ha querido sin duda, como el admirable Kabir, “sentarse entre los mil pétalos del loto” en la contemplación, identificarse con el *Ego Superior*, y perder en él su personalidad.

Luego invoca al *Amigo Sublime*, al *Abismo* y al *Arcano*...

Pero he aquí que todos estos nombres se convierten, en el alma y en la poesía de Nervo, en lo que en realidad fueron, o debieron ser en la historia de la Humanidad: Símbolos prefigurativos, prefiguraciones incompletas, imperfectas, y a veces unilaterales del Cristianismo.

¿Pues no debieron los pueblos todos, prefigurar, presentir y esperar — cada uno a su manera — el Cristianismo?

Alimentadas todas las Naciones de la tierra, de parecidas tradiciones — que tuvieron todas sin duda un solo y mismo origen: todas hablaban de una caída antigua del hombre—, alentaban todas la misma esperanza: la de un Redentor. (Los Indios esperaban así la encarnación de *Vichnou* o de *Brahma*, para reparar los males que causara *Kaly*, la gran serpiente).

Y bien; ¡he aquí que, del mismo modo que aparece en la historia de la Humanidad “el Deseado de las Naciones”, aparece en el alma y en la poesía de Nervo, la Imagen de Jesús que le subyuga!

Es Jesús en el mundo, y Jesús en el alma del Poeta, quien realiza por fin todas las viejas esperanzas. El, el Mesías, es el verdadero *Brahma*, el verdadero *Kiuntsé*, *Pastor* y *Príncipe* que esperaban los Chinos, el *Mithras* de los persas, el *Oro Perfecto* de los egipcios, el *Hércules* o *Libertador* de los griegos...

Sí; Jesús, el Verdadero Nombre, el que ha concretado en Sí todas las verdades dispersas en las diferentes tradiciones (y en las fantasmagorías que sobre ellas bordara la imaginación humana), Jesús que realiza todas las prefiguraciones y poesías, debía subyugar al Poeta alimentado de aquellas figuras y de aquellas tradiciones.

Así convenía que fuera. Convenía que el Poeta hubiera revivido en su alma las viejas tradiciones, las viejas esperanzas; que hubiera gustado el encanto de los antiguos símbolos o figuras, y de los conceptos atrayentes de los filósofos y místicos de la India, para llegar rico con todo ese botín de Poesía humana, que debía depositar, con su obra, a las plantas de Jesús. En El

encontraría por fin la Verdad Unica de todas aquellas cosas...

El frío éxtasis de Brahma que sueña en el vacío, se ha convertido para su alma en la Caridad Divina que Jesús le brinda. Y si antes soñaba Nervo en identificarse con el *Ego Superior* y perder en él su propia *Identidad*, cuando bajo esa palabra, cuyo título dice:

El fenómeno, lo exterior, vano fruto
de la ILUSIÓN, se extingue; ya no hay PLURALIDAD,
y el Yo, extasiado, abismase por fin en lo ABSOLUTO,
¡y tiene como herencia toda la eternidad!

él sabe ahora que la identidad de su espíritu de poeta no ha de perderse ya; que esa personalidad de cada uno es sagrada y que no se pierde en Aquel que todo lo puede; que si Dios llama al hombre a ser "uno con El", no es para quitarle el alma individual y libre que antes le diera, sino para que la emplee en gozarle y amarle eternamente. El poeta sabe ya que hay un misterio más grande y más hermoso en ser, aún ALLI, cada uno lo que fuimos en la tierra, sin que esto amengüe la Divina Unión. — Pues si del todo nos perdiéramos en Dios, según el concepto Indo, o si llegáramos a formar parte de El según el concepto panteísta, ¿qué sería el Amor? ¿ni para qué había de existir? — Para que el Amor subsista es necesario que subsista la *Pluralidad*. ¡La Pluralidad en la Unión! (Y no aquella Soledad triste y helada del Ego Superior y único que lo absorbe todo...) La Pluralidad en la Unión Perfecta, y en la Perfecta Caridad, que ha resuelto mil veces la Teología Cristiana en el primero y el más admirable de los Misterios: el de la SANTISIMA TRINIDAD. Si un Dios no ha querido, para poder amar, ser en Sí una sola Persona, por la misma razón ha de conservar la identidad de cada uno de nosotros para los distintos grados de amor...

Y esto debió comprenderlo el Poeta, en su amor a Jesús. Sí; a pesar de todo aquel lenguaje exótico, el espíritu de Nervo era ya cristiano, y nos dejaba presentir su fin.

*
* *

Pero aquella Imagen de Jesús que seducía de tal manera a su alma, no había de vencer en ella hasta el fin. Todavía no podía llamársele del todo cristiano, ni católico. Aunque su es-

piritu religioso estuviera ya dentro de nuestra Religión, faltaba aún el último toque, faltaba la última sumisión. Tenía ya la Fe y el Amor, pero faltábale la Sumisión Total, consecuencia lógica del Amor y de la Fe. Jesús se reservaba para *El* la Hora Suprema del Poeta... Sólo entonces y ya sin ningún velo, recibiría su abrazo... ¿Quién podría decirnos lo inefable que debió ser aquel encuentro definitivo de un alma como la de Nervo, con el Señor que su amor buscaba, el encuentro de aquel claro y bello diamante con su verdadero Sol? Parece ver desprenderse de allí un torrente de luz, capaz de iluminar a muchos...

"Sperant in te omnes que noscerunt nomen tuum, Domine: quoniam non derelinquis quarentes te".

*
* *

Sí; cuando hemos visto al Poeta ascender por las laderas de *la Montaña augusta de la Serenidad*, todos le hemos seguido amorosamente con los ojos. Le hemos visto hallar la *Plenitud* y nos hemos llenado de esperanzas. Sí; todos esperábamos algo del Poeta... Y cuando por fin le vimos desplegar sus alas en *Elevación*, ya no apartamos de él la mirada, deteníamos la respiración para asistir a esta ascensión tan bella, y nos preguntábamos ansiosamente adónde llegaría y si no había de caer desde aquellas alturas...

No; el poeta no nos ha decepcionado. El poeta no ha retrocedido nunca desde que emprendió su vuelo. El resultado era lógico: había llegado a las Puertas del Cielo, y para no retroceder, le fué necesario morir. El Poeta ha muerto. Su muerte ha sido sin duda una fiesta en las alturas. Y ha sido también una *Alegría* para todos los cristianos de la tierra. Ha habido en esa muerte lo que endulza toda melancolía...

Sí; el Poeta ascendía, y cuando llegaba a las Puertas del Misterio, Jesús mismo le salió al encuentro. Jesús, quien, con los brazos extendidos, le esperaba desde hace más de diez y nueve siglos...

El poeta, sintiendo vagamente su retardo de llegar hasta Él, ya le había dicho:

Si tú me dices: "¡ven!" lo dejo todo.
 No volveré siquiera la mirada
 para mirar a la mujer amada...
 Pero dímelo fuerte, de tal modo,
 que tu voz, como toque de llamada,
 vibre hasta en el más íntimo recodo
 del ser, levante al alma de su lodo
 y hiera el corazón como una espada.
 he de compensarte mi retardo
 difundíendome, oh Cristo, como un nardo
 de perfume sutil, ante tu altar!

Y "Ven" le dijo, así, Jesús, con fuerte voz, hiriéndole con la espada de la Enfermedad, llamándole con los toques de la Muerte. Y el Poeta fué fiel a su promesa, y oyó el supremo llamado... Había llegado para él la hora de la Sumisión Absoluta hacia Aquel cuya Imagen le sedujera de tal modo, y que con tanta dulzura había sabido cantar. Oyó y aceptó la palabra de Jesús que dijo a sus Apóstoles: "Quien a vosotros oye, a Mí me oye... Lo que vosotros desatáis en la tierra será desatado en el Cielo". Y, recibiendo por fin la absolución del Sacerdote que desataba las ligaduras que aún la sujetaban a la tierra, purificada por el Perdón Sacramental, su alma emprendió el último vuelo... ¡Y no habrá versos humanos que le puedan cantar!

Besó el crucifijo—¡aquel crucifijo que le legara el otro gran Poeta que también supo encontrar a Dios, el gran poeta que fué también gran amigo suyo, Rubén Darío! — Y como el mismo Rubén Darío, expiró este Nuevo Poeta con el Cristo entre las manos.

...Y fué a sentarse a la MESA DEL REY, con las galas del FESTIN DE LAS NUPCIAS, con las galas brillantes del Poeta.

"Sperant in te omnes qui noverunt nomen tuum, Domine: quoniam non derelinquis quærentes te".

*
* *

¡Que su paso entre nosotros no haya sido en vano!

"Mi vida es mi argumento mejor", nos dijo el Poeta en el deseo de darnos su Fe. Y he aquí que estas palabras adquieren ahora toda su fuerza, y todo su valor. Porque la Muerte es el sello que marca definitivamente la Vida y la Personalidad de

cada uno... Y la muerte de Nervo ha sido elocuente para confirmar su vida, y dar a su Obra su verdadero y decisivo carácter.

Su vida la pasó en busca de Dios — “Pues busco debo encontrar”, “...*non derelinquis querentes te*”. — Y su muerte no fué sino el postrarse su alma por fin ante EL, el reconocerle en la Persona Divina de Jesús, quien le salió al encuentro, diciéndole, como el Poeta se lo pidiera: “¡Ven! No abandona el Señor a los que le buscan...” Y el Poeta encontró lo que buscaba. Y dicen que antes de expirar tuvo una sonrisa. ¿A qué otra imagen pudo sonreír el poeta agonizante, sino a la Imagen divina y dulce de Jesús?

¡Estar con EL era una fiesta!
¡Morir por EL un ideal!

DELFINA BUNGE DE GÁLVEZ.



AMADO NERVO

Méjico, glorioso Méjico lejano:
Por tu Amado Nervo sollozamos hoy,
Y a media asta flota la bandera donde
Luce nuestro cielo y arde nuestro sol.
Por tu Amado Nervo, por el hijo insigne,
Mensajero tuyo de fraterno amor,
Que hoy, cautivo cóndor que el azul fascina,
Remontó sus alas al azul de Dios.

Breve fué su paso por las playas nuestras:
Desde el alba cumbre de su plenitud,
Con un golpe de alas le bastaba, y diólo,
Y el misterio enorme lo esfumó en su tul.
Aun su voz creemos escuchar, intensa;
Su ademán uncioso contemplar aún,
Y sus ojos, tristes de buscar en vano
Con mirar humano la perenne Luz!

Breve fué su paso... Mas por gracia única
De la Poesía, que besó su sien,
El será por siempre con las almas todas
Donde su hondo acento resonó una vez.
Si: por siempre vive luminosa vida
El que deja, al irse para no volver,
Como en un arroyo musical la luna,
Reflejada el alma sobre el verso fiel...

¡Oh profundas voces de la "hermana Agua",
De la estrella, ardiente sobre el Más Allá,
De la sombra, enigma que los mitos pueblan:
Misteriosas voces de la eternidad!
Todos os sentimos, sones que no puede
Nuestra lengua oscura traducir jamás:
Sólo en el poeta — ¡privilegio augusto! —
La palabra llega donde el alma va.

Y en el que hoy en brazos del Silencio duerme,
Fué el humano verbo como red sutil
Que sedosa vaga por el cielo, y capta
La fugaz libélula del ensueño allí;
Y resuelta luego y acerada y fría,
Las eternas sombras y el horror sin fin
Del abismo explora, y en sus mallas surgen
Mil oscuros monstruos a la luz de Abril!

¡Ave, Amado Nervo! Pues el astro miras
Que buscó en la noche tu mortal fervor,
Goza del Reposo sobrehumano, mientras
Alas inmortales tiende tu canción.
¡Cuánto lo anhelaste! "—Bienaventurados
Los que duermen", dices; "quien duerme, es un dios"...
¡Duerme al fin en brazos del Inmenso, duerme,
Intimo poeta de mi corazón!

CARLOS OBLIGADO.

EL MISTICISMO DE AMADO NERVO

Seguir, paso a paso, la evolución religiosa del espíritu de Amado Nervo, no es tarea que ofrezca grandes dificultades.

Dos libros marcan, en la vida de este poeta, las fases más características de sus tendencias religiosas: *Místicas*, que completa el primer volumen que Nervo publicara, y al cual llamaba "libro de mi adolescencia", y el que recientemente viera la luz en esta capital, titulado *El estanque de los lotos*.

Ese misticismo, que con el correr de los tiempos debiera saturar con su acre aroma de ajadas flores la obra ya famosa del poeta, comienza tímidamente a insinuarse en las páginas juveniles de *Místicas*. Hay, en los cantos que entonces completarían este libro, más que una franca y bien definida orientación mística, un sentimiento indiscutible de honda religiosidad cristiana. Elévase, la figura admirable del Cristo, por sobre las ideas o imágenes de los otros dioses; se suceden las evocaciones conventuales: casullas de oro viejo, rojas iniciales en el pergamino arrugado de los grandes misales y los latinajos se repiten con demasiado frecuencia para que podamos olvidar que Amado Nervo, iniciado cuando adolescente en la carrera eclesiástica, pasara no pocos años en un seminario, dedicando su tiempo al grave estudio de la teología, el latín y humanidades, y que al escribir *Perlas Negras*, su primer libro de versos, llevaba aun, grabados en sus negras pupilas, los oscuros rincones de la iglesia, los claustros largos y fríos, y que por mucho tiempo después, el aroma monjil del incienso, con que en días de invierno se sahumara la vieja casa solariega de Tepic, donde el poeta volviera antes de abandonar su país natal, traía a la memoria de Nervo austeros y silenciosos frailes, oscilantes incensarios, cirios encendidos de llorosa cera, maitines y letanías.

Amado Nervo poseía un espíritu poético por excelencia, abierto a toda emoción estética. El ambiente del patriarcal hogar cristiano, las viejas y bien cuidadas tradiciones de sus antepasados y, sobre todo, esa larga estada en el seminario, debían, necesariamente, sumergir el alma de ese hombre joven en un profundo sentimiento religioso, que algunas veces se transformó en honda y obsesionante preocupación, llegando a traspasar el límite que separa la común devoción de un vulgar católico de la peligrosa y tentadora pendiente del misticismo.

No pudiéramos considerar este hecho como un caso aislado y extraño. Pocas son aquellas personas dadas a la poesía e inclinadas inconscientemente a la contemplación, que no sufran, a cierta edad, de ataques más o menos largos de leve misticismo. ¿Qué hombre, al cruzar el inquietante umbral de la adolescencia, no se siente agobiado, accidentalmente, por extrañas congostas y amargos afanes, que la inexperiencia de los pocos años no acierta a explicar? ¿Cuántos hay que en esos momentos buscan tranquilo refugio en una iglesia, en la más solitaria y triste, y allí permanecen largas horas sumidos en un arrobamiento que mucho tiene del éxtasis en que solían caer los místicos españoles de los siglos XVI y XVII?

Pero más que un fenómeno psicológico, resultante de la edad, o provocado por las prácticas religiosas en que se educara, el misticismo de Amado Nervo tiene sus raíces profundas en el ilimitado amor que él sintiera por todo lo que se presentara ante sus ojos, y de conformidad con su sentimiento estético, o de acuerdo con sus innegables tendencias religiosas, significara un ideal de perfección.

Pero ese amor a Dios, germinado durante su adolescencia en los cálidos e inolvidables días pasados en Tepic, y florecido, más tarde, en la fría semipenumbra del templo, donde la indecisa luz de los vitrales dibuja en tono grave asuntos de la vida austera de los cenobitas, tenía forzosamente que fructificar en un intenso sentimiento cristiano. Los ojos de Nervo, oscurecidos aún por la espesa y áspera bruma que envolviera las mentes alucinadas de los místicos españoles, no podía descubrir, en el magnífico jardín de este mundo donde el destino inexorable había dispuesto que continuara viviendo, hasta que "Mara" el engañoso le traicionara, otras flores místicas que no fueran aquellos lirios amarillentos, aquellas pálidas azucenas. El loto

de mil pétalos, no había aparecido aún, en el jubiloso resplandor de su immaculada túnica. El misticismo de este poeta o, mejor dicho, su fervorosa religiosidad es, entonces, puramente cristiana. La figura del Cristo surge, una y otra vez, por sobre la profusa variedad de las imágenes líricas, iniciando así una nueva tendencia poética en aquel tiempo; tendencia que el público dió en llamar mística.

Abandonado el seminario, olvidadas en parte las monótonas oraciones y los viejos salmos, lejos de la penumbra gris de los claustros, cara a cara con la vida real, plena de emociones, de penas, de alegrías, Nervo descubre nuevos y anchos senderos por los cuales su espíritu podrá continuar la emprendida jornada en busca de la divinidad. Este mundo, con todos sus defectos, con todas sus maldades; con sus muchos obstáculos y sus tentaciones incalculables, es una maravillosa revelación para él. Comprende, ahora, que el ideal de perfección, el supremo amor, esa luz que ilumina nuestro entendimiento y guía nuestras almas, no se halla en las celdas oscuras, en los amarillentos infolios; sabe que esa huella invisible, pero imborrable, la huella de Dios en cuya busca andamos, no aparecerá tangible ante nuestros ojos porque mortifiquemos nuestros cuerpos.

Esa sed inextinguible por penetrar en el misterio, por distinguir el verdadero del falso camino, de realizar una vez por todas ese ideal de perfección, subordinando, hasta lo imposible, todos nuestros sentimientos a la idea de lo infinito y absoluto, esa sed eterna no puede apagarse. El espíritu traspasa, entonces, los límites estrechos en que los dogmas de la iglesia le encerrarán y busca, afanosamente, otra fuente donde beber el agua de la verdad. Así llegó Nervo a investigar en los libros indos; no persiguiendo un rápido alivio a sus ansias de conocer el misterio, sino en busca de la maravillosa llave que con el madurar de los años, le ayudara a abrir la puerta que oculta el enigma.

Amado Nervo, al iniciarse, aunque superficialmente, en las religiones orientales, va dejando, a lo largo de su ruta espiritual pedazos de fe cristiana. La imagen del Cristo conserva todavía un lugar predilecto en su corazón. Continúa, más conscientemente que antes, amando y admirando la inmortal figura del santo soñador de Nazareth, porque en ella se encarna el símbolo mil veces admirable del "hombre-dios". Jesús, el na-

zarenó, es magnífico y llega hasta escalar la cúspide de la divinidad logrando el más alto grado de perfección espiritual. Pero, y aquí difieren en el fondo, las creencias de Amado Nervo con las que abrigan la mayoría de las almas cristianas, el Cristo, como hijo de Dios y su terrenal encarnación, no nos brinda una justa idea del poder y de la grandeza divina. Todo el amor, toda la admiración que nos arranca el "hombre-dios" desaparece, se esfuma, se diluye, ante la estrecha concepción de un "dios-hombre".

Así entendía Amado Nervo y así, también, apreciaba la obra y la figura incomparables del Cristo, basadas ambas en una divina humanidad.

Más independiente de los preceptos que caracterizan la fe en la cual se educara, y en la que buscaba la calma para las inquietudes espirituales de sus primeros años, Nervo continúa investigando en las religiones de Oriente. Más decididamente penetra en el budhismo, y más alta y brillante aparece ante su espíritu la figura imponderable de Gotama; más se aventura por la intrincada selva de la religión brahmánica, y más claridad difunde en su alma la inefable e inconcebible figura de Brahma.

"Creo que Gotama, el Buddha, — me decía Nervo una noche, en que la conversación recayó sobre asuntos religiosos — es más sabio que Cristo; que Brahma es más grande y expresa mejor el sentido de la divinidad que el Cristo; pero Jesús de Nazareth tiene todo mi amor, por que posee lo que no poseen los otros dos; un espíritu bellamente humano".

Amado Nervo había encontrado en las doctrinas de Sidhartha, la incomparable sabiduría de un reformador social, a la par que religioso: conocía su obra no igualada a través de las edades: de transformar totalmente el mundo ideológico del Indo y del Ganges. En Brahma había hallado el símbolo de un verdadero Dios, único e infinito, tal cual le fuera posible imaginarlo el humano cerebro.

Gotama, el Buddha, funda su religión sobre bases filosóficas; religión no exenta, quizá, de extravíos y aberraciones, y se propone la salvación de la humanidad, rasgando las ligaduras con que la privilegiada casta de los brahmanes tiene esclavizada a toda la India. Buddha destruye una religión para construir otra, para edificar una nueva sobre nuevas y distintas

bases. Hay quienes creen ver en esta religión vestigios de la filosofía de Kapila.

Rechaza, el Buddha, la creencia de una vida futura, deshaciendo, así, la cadena interminable de las transmigraciones. En este mundo no existe la realidad, todo es mentira, todo es ilusión. Es "Mara", el pérfido, el engañoso, el yo traidor e impúdico, que nos conduce a la perdición por el falso sendero de la concupiscencia. Amado Nervo sabe que "Mara" nos acecha, nos persigue, dispuesto a lanzarse sobre nuestras pobres almas, y le esquiva y le huye. Pero, más teme a "Maya", la gran ilusión de la religión de los brahmanes "que teje y desteje sus redes". Y así, entre Buddha, Brahma y Cristo, juega el espíritu inquieto de este poeta. Su misticismo, dígame lo que se quiera, nada o muy poco tiene de cristiano, no sólo en el sentido que hoy día le dan los que practican los dogmas de la iglesia católica, sino que, espiritualmente, Nervo está mucho más cerca de Kabir y de Tagore, que de Juan de la Cruz o Santa Teresa de Jesús. Sus pasos marchan por la misma senda que hace siete siglos hollara Ramananda, el asceta indio, cuyo sincretismo le llevaba a aceptar las creencias brahmánicas y musulmanas, si bien jamás practicara ninguno de sus ritos. Fué el guía espiritual de Kabir, que como Ramananda buscaba la unidad divina.

No creemos que esa orientación hacia un misticismo tan distinto del que cultivaran las escuelas místicas de Occidente, haya sido provocado por hondas lecturas de los libros santos de Oriente (1). Estos sólo influyeron en robustecer las creencias ya existentes en el corazón de Nervo, ahondando aún sus

(1) El libro que con más frecuencia cita Amado Nervo, es *El Evangelio del Budha*, en cuyas páginas parece haberse inspirado al escribir más de una poesía. No existe, entre los libros canónicos del budhismo (v. *The sacred books of the East*, col. Max Müller) ninguno que lleve ese título. *El Evangelio del Budha* está compuesto por un sinnúmero de glosas, extractos y paráfrasis de las prédicas y parábolas extraídas de los cánones budhicos, posteriores a Gotama. v. g. Dhammapada, Fo-sho-hing-tsan-king, Sutta Nipata, Lalita Vistara, Tripitaka y otros. El símbolo del loto que nace en el lodo y crece en el agua, sin que ésta ni aquél humedezcan o mancillen sus pétalos, no pudiera atribuirsele propiamente al Budha. Ha sido usado hasta el cansancio por los profetas y monjes budhistas, lo repite Kabir en sus poemas, y en él se inspirara Ni-che-ren-ne, para su famoso libro *Saddharma Pundarika*, o "El loto de la buena ley"; un tratado de metafísica, tan oscuro como algunos de los mismos *Suttas*.

ansias de saber, no saciadas ni satisfechas en la práctica de los dogmas cristianos.

En los últimos treinta años, el espíritu religioso de Nervo había sufrido una evolución lenta pero substancial. Quedaron en su alma resabios imborrables de la religión original de sus antepasados; ya lo dijimos más arriba: la figura del Cristo no desapareció nunca de su mente, si bien no pocas veces fuera eclipsada por los divinos resplandores de Brahma o la sabia filosofía de Buddha. Pero ese eclecticismo, si bien logró brindarle temas inacabables para aquellas especulaciones metafísicas, a las que tan inclinado fuera su espíritu, no llegó, en momento alguno, a orientarlo definitivamente. Abrió, ante sus asombrados ojos, nuevos caminos, nuevos horizontes que conducían o indicaban el ansiado fin; y si después de ello aun continuara oscura e inaccesible la senda del amor divino, el espíritu de Nervo estaba más fortalecido, había recibido un impulso formidable que le llevara a continuar su iniciada marcha.

Llegar a Dios, a la suprema unión con ese Dios único que él lleva dentro del corazón, es lo que se propone este peregrino del mundo espiritual. Y unas veces marcha a la vera del Buddha, alimentando su alma con esa extraña filosofía, que salva a los hombres de los horrores de una vida futura; otras veces los fulgores de Brahma "abuelo de los mundos y los mundos mismos" iluminan su camino; pero, quien jamás le abandona, quien siempre le acompaña, con cariño de hermano, con amor de madre, es el Cristo: Jesús de Nazareth, que por ser menos divino y menos sabio, está más cerca de nosotros, los humanos.

En *Identidad* (1), nos habla Amado Nervo, del Nirvana, de un Nirvana al cual es posible llegar identificándose con Dios. Esta interpretación de ese inefable estado espiritual difiere, en absoluto, con la que le dan los budhistas ortodoxos. Es, más bien, una interpretación inspirada en la filosofía Vedanta de los brahmanes, o tal como la predicaban los sacerdotes budhistas, cuando añadieron a la religión de Buddha el panteón brahmánico y la trimurti india, viéndose obligados a identificar Brahma con el Nirvana; que no es otra cosa que el *moksha* de que nos habla Manú, es decir, la liberación de los lazos humanos, para que el alma, sin transmigrar ya más, sea

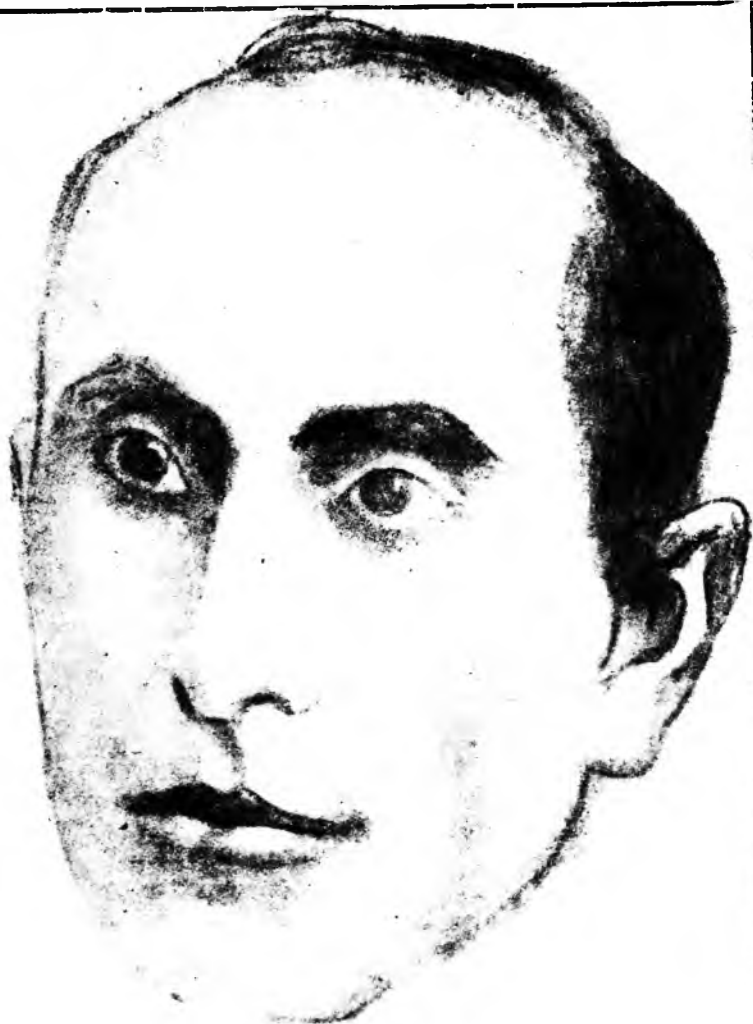
(1) *El estanque de los lotos.*

absorbida por la divinidad. Así, también, comprendían ese estado espiritual los místicos persas (v. Ahmed Hatéf Isfahani y Ferid ed-din Attar de Nishapur). Cuando Nervo nos habla del Nirvana, no podemos tomar sus palabras como una alusión a la fé buddhica. El Nirvana, en su significado ortodoxo, no es la apotéosis del alma o de la conciencia humana, ni la absorción de aquella, sino el más completo aniquilamiento. “Ni en la filosofía buddhista, — dice Max Müller — ni en el sistema de que se supone que Buddha tomó sus doctrinas (2), se descubre la menor huella de un ser divino en cuyo seno pudiera quedar absorbida el alma humana”.

Por eso decíamos, que en el misticismo de Amado Nervo no ha sido poca la influencia de la religión Vedanta de los brahmanes sin que ésta u otra creencia, hayan podido desalojar completamente a la fe cristiana. Y es que por sobre la idea de Buddha está siempre la de un Dios único e indivisible. Así, piensan y creen Kabir y Tagore, así, también, ambicionan llegar a ese indescriptible estado de suma tranquilidad, de perfecta liberación; no para perderse en la Nada aniquilándose, sino para fundirse en la divinidad; en esa divinidad imposible de imaginar — y que por eso, quizá, prefieren llamarla Nirvana, estado inimitable que no puede ser simbolizado por ninguno de los dioses o santos de las religiones semitas, pero que puede alcanzarse mediante un amplio espíritu hondamente religioso, semejante al que inspira a Tagore. Es el amor, terrenal o divino, que destila en el maravilloso alambique del alma humana las más puras esencias de todos los credos, para transmutar, en una gota purísima y transparente—donde se sacie la sed de verdad que sufre el espíritu de los hombres — la incomparable e intangida armonía de Brahma, la honda sabiduría del Buddha y la figura simple y bellamente humana de Jesús de Nazareth.

C. MUZZIO SÁENZ PEÑA.

(1) La llamada filosofía de Kapila.



AMADO NERVO

EL MISTICISMO DE AMADO NERVO

Los que hemos comenzado la vida como Amado Nervo, con un error inicial rectificado más tarde, nos hallamos ciertamente en condiciones de proporcionar algunos datos susceptibles de iluminar o explicar ciertos aspectos de la obra del poeta.

Me complace formular interrogaciones: ¿qué es la obra total de un artista? ¿Cómo podemos explicarnos los caracteres de la creación integral de un poeta? Si conociéramos la naturaleza íntima, presente o lejana, del escritor, contestaríamos con bastante exactitud a tales preguntas. Sabríamos a ciencia cierta o relativa que la obra entera del poeta es el florecimiento ulterior de los primeros gérmenes, las impresiones de la infancia, la adolescencia y la juventud. Advertiríamos en el hombre maduro que escribió *Plenitud*, *Elevación*, *En voz baja* y *El estanque de los lotos*, el influjo deliberado o inconsciente de las emociones, las ideas y las inquietudes del ex seminarista.

He aquí que una vocación infantil no bien definida nos lleva hacia la carrera del sacerdocio. Penetramos en esa gran fábrica de caracteres, que se llama el seminario conciliar, cuyas altas paredes nos aíslan de pronto, en plena infancia, toda curiosidad, del mundo exterior. Suprimido todo contacto con la realidad externa, necesariamente se despierta la realidad interior, es decir, descubrimos que en el mundo hay una realidad más, fuera de la objetiva del siglo. Poco a poco, gracias a ese admirable instrumento de conquista del orbe interior que se denomina el *nosce te ipsum* de Sócrates y San Ignacio de Loyola, la realidad subjetiva se ensancha y se dilata hasta las visiones internas del misticismo. El silencio, la meditación, la

plegaria mental, la lectura religiosa, la atmósfera de fe que nos rodea y el latín completan la educación del espíritu para la vida contemplativa. Nadie se sonría si incluyo el latín entre las disciplinas que nos conducen a la vida espiritual. El latín del seminario es el de los autores más selectos de la más pura latinidad para uso de las escuelas pías. Leemos y traducimos a Fedro, Cicerón, Cornelio Nepote, Julio César, Salustio, Tito Livio, Terencio, Marcial, Catulo, Ovidio, Virgilio, Horacio y Séneca, vale decir, penetramos en el mundo latino, otra realidad interna, intelectual. Los escritores clásicos nos sumergen en un pasado pluscuamperfecto, un mundo mítico totalmente inerte. El siglo de oro de Augusto nos aleja del ambiente de nuestro siglo.

Nuestro espíritu en fusión, adquiere allí un contorno más o menos definitivo. Por lo menos, nuestro carácter se moldea con sus rasgos esenciales. Y es interesante el combate que se entabla, en el teatro de nuestra vida interior, entre la inteligencia, que desea anular los instintos fundamentales, y la naturaleza, que se manifiesta en ellos con ímpetu. En este duelo triunfa aparentemente el albedrío humano; mas la naturaleza prevalece, al fin. Durante la victoria efímera de la voluntad, aspiramos a una pureza angélica, a una santidad perfecta. El ansia de la perfección moral nos atormenta. Nos arroba la vida penitente de los ermitaños de la Tebaida y nos conmueve la sed de sacrificio de los protomártires del cristianismo. Todos nuestros instintos reposan, no deseamos y el sosiego de la carne, nos serena y espiritualiza. Esta paz del espíritu, este paraíso de la serenidad, esta dicha de la plenitud pura, queda indeleblemente grabada en nuestra vida y la recordamos a menudo en horas menos apacibles, con añoranza melancólica. En el curso de nuestra existencia, cuando veamos brillar, a través de nuestro escepticismo, una luz consoladora en el seno de la ciencia, como en el ejemplo de Renán, o en el fondo de las pagodas de la India antigua, como en el caso de Amado Nervo, no vacilaremos en hacer de la ciencia una religión o bien pediremos a Budha los siete velos de Maya.

El hábito de la meditación nos enseña a pensar. Pensar es un deleite, gustar de la fruta prohibida del árbol gnóstico. Por el pensamiento nos escapamos invisiblemente del mundo interior y asomamos a la realidad externa del mundo. De ahí que

Nervo haya sido un escritor, raro en América, que decía siempre algo cuando escribía.

Después la vida inmortal triunfa sobre nuestra deleznable vocación, y hémos en medio de las batallas del siglo con una virginidad de inteligencia y de sentimiento que, al primer golpe, se desgarran. Comenzamos otra vida, la verdadera. El racionalismo ataca el dogma, la ciencia discute la fe. Fluctuamos entre la incredulidad y el ateísmo. Por otro lado, las pasiones dormidas estallan con violencia sin igual. Si el amor nos hiere, hemos de poner en la herida las dulzuras y las angustias del amor místico. Y si el dolor nos agobia, del dolor brotará la poesía, nacerá el arte. *Musarum sacerdos*, al cabo.

Así habrá nacido seguramente en el alma de Amado Nervo la sensitiva de la poesía. Vémosla, al principio, sensual; más tarde, humana, y, finalmente, mística, no con el misticismo ardiente de Santa Teresa, sino con el vago idealismo religioso de un poeta panteísta. El dios a quien invoca el poeta mejicano es un ser cosmopolita, universal, visible en el agua, el loto o la estrella.

Podemos preguntarnos ahora si este misticismo era un sentimiento sincero o la actitud transcendental de un espíritu culto, atormentado o no por la idea de la muerte y la caducidad de las cosas humanas. No tenemos por qué dudar de la sinceridad de Amado Nervo; pero nos asiste el derecho de analizarla para comprender bien su obra.

A cierta altura de la vida, el hombre se complace en amar los sueños de su infancia, recordándolos con simpatía. Nos divisamos a lo lejos y dirigimos una mirada tierna a las imágenes que sonrieron a nuestra niñez. Nuestro ser desvanecido cobra a la distancia la expresión poética a través de la cual vemos el pasado. Esta tendencia a idealizar los estados reales pretéritos pertenece a las inclinaciones románticas de nuestra naturaleza. El ex seminarista no puede menos de recordar de vez en cuando, en medio de las asperezas del sendero, la beata paz espiritual de su infancia. . . Entonces, llega, con el perfume del pasado, un tardío anhelo de revivir aquellas horas de reposo y florece, como un loto sagrado, el misticismo. Tal parece haber sido el caso de Amado Nervo, cuya aventura monástica con Rubén Darío ha de recordarse.

El renacimiento del misticismo en el alma del autor de

Elevación pudo haber sido determinado por la nostalgia de la calma espiritual perdida, al volver la mirada hacia el pasado, en una hora demasiado humana.

Si nuestras conjeturas fuesen exactas, y eso lo dirán los que conocieron íntimamente al poeta mejicano, habría más de un motivo para ver en el misticismo de Amado Nervo la manifestación religiosa de un espíritu romántico. Y simbolizaríamos su espíritu con un loto místico sobre una hopalanda romántica.

ELOY FARIÑA NÚÑEZ.

EL MISTICISMO DE AMADO NERVO

Hace pocos días, un talentoso escritor argentino se preguntaba en su cátedra de literatura si el misticismo de Amado Nervo es manifestación espontánea o manifestación cultivada de un temperamento, o si es, por lo contrario, resultado de una decisión meramente intelectual, cuyo propósito fuera destacarse como original en el ambiente de la literatura americana de su tiempo, la cual se revela sobre todo como cultivadora de la forma; y llamar de esta manera la atención sobre su personalidad, y conquistarse la fama.

Aunque el distinguido profesor llegó a decir que, en su concepto, el misticismo de Nervo está pleno de sinceridad, dejó en algunos de sus oyentes propensión a la duda.

La verdad es que si en lugar de "misticismo" colocamos la palabra poesía, tales preguntas, más que a la figura aislada de Nervo pueden aplicarse al estudio de la mayor parte de nuestros escritores que escriben en verso. Ellas sintetizan bien una faz, acaso la más extendida, de la literatura contemporánea en América latina: fabricar la originalidad poética como se fabrican ciertos modernos "estilos" arquitectónicos; asombrar a las gentes sencillas con algo "original", con algo "nuevo"; tal es el programa de ese arte que no es, precisamente, el culto de la forma, sino más bien el de la exterioridad y la extravagancia amaneradas. Proniscuidad de líneas o de colores en ocasiones, o de las dos cosas al mismo tiempo, puede ser en otras discreto intelectual, o una red de imágenes deslumbrantes o, simplemente, discreto de vocablos. La armonía interna de la forma desaparece. El sentimiento no existe. La acrobacia verbal triunfa. Desalojada la creencia romántica en la "inspiración" concebida como un don del destino que bajaba de lo alto o venía, espontáneo y

completo de las profundidades de la raza o de la tierra y para la cual el estudio y, sobre todo, los libros antes eran traba que ayuda, muchos son los que han dado en ser poetas sin tener un ápice de aquella. Así, descontando la muchedumbre de malos escritores y tocadores de sonajas que escriben en verso, los hay algunos de talento que hacen estrofas como se fabrican flores de papel o de género y a las veces con tanto ingenio que se viene a los labios la consabida expresión "ah, qué bonitos! si parecen naturales"... Pero he ahí que a poco nota uno que no le llegan al fondo del alma o del instinto, y que les falta la vida; y he ahí que aquella primera impresión se transforma en una suerte de escéptico desencanto que se mueve amargamente en lo hondo del cáliz espiritual mientras los labios despliegan a manera de velo una sonrisa y hacen además con la garganta la sonatina del elogio.

Tales esos versos "intelectuales" que pasarán pronto, y cuya dudosa originalidad, si les ponemos frente a algunos poetas y versificadores franceses de las últimas décadas, es también cosa vieja en la historia de la literatura castellana—que la falta de inspiración y de naturalidad la conocieron también nuestros abuelos. Así a la nulidad de inspiración, se une la carencia de originalidad cuyo conjunto forma, irremisiblemente, la falta de personalidad poética.

No obstante la justificada derrota del postulado romántico, cuyo error estaba en la exageración, la personalidad poética sigue siendo un don del destino, una florecencia del sentimiento, que no se consigue con los libros ni siquiera ayudados de la inteligencia, por grande que esta sea, cuando la naturaleza no lo ha dado en ese modo especialísimo que se denomina inspiración. La inteligencia puede mejorarlo o empeorarlo—hace las veces de un jardinero que cuida de un rosal—pero nunca crearlo. *Lo que natura non dat...*

Ese don inefable, especie de armonía inmanente, en el cual el fondo y la forma son una sola cosa, como los dos lados de un mismo ángulo, o los dos rayos de un compás, es lo que hermana a los poetas de todos los tiempos, malgrado la diferencia de ideales, de escuelas y de temperamento. Por eso Rubén Darío pudo decir con justicia, al hablar de una de las más conocidas composiciones de Amado Nervo, lo que también afirmaba de sí mismo, con verdad, si nos referimos a aquellas composi-

ciones en que dejó a su númen que hiciera poesía: "muy antiguo y muy moderno"; por eso Nervo nos dijo en *Serenidad*:

Si mis rimas fuesen bellas
enorgullecerme dellas
no está bien;
pues nunca mías han sido
en realidad: al oído
me las dicta... ¡no se *quién!*

Nervo, como Rubén, es poeta por temperamento, por la fuerza del sino. Bien pudo sentenciar por boca de su Tello Tellez (1): "siguiendo el cauce sereno del propio temperamento se encuentra siempre la originalidad" y agregar en seguida: "La sinceridad es la originalidad por excelencia, porque merced a ella nos parecemos a nosotros mismos, que es a quien debemos parecernos".

El misticismo de que están infundidas una gran cantidad de sus estrofas y, desde luego, las más características, lejos de ser una desviación de su vena, o sólo resultado de propósito meramente intelectual, es ahondamiento en su propio ser; es una rebusca de su sinceridad privilegiada e inquieta que acaso encontró esa semilla entre las hojas secas de su ilusión terrena...

¿No fué así el misticismo de Raimundo Lull? Católicos fervientes lo han dicho: la misma pasión que lo arrebatara primero cuando llegó hasta penetrar a caballo dentro de la iglesia de Santa Eulalia por seguir a la dama ansiada fué la que más tarde lo hacía sufrir anhelante y enajenado por confundirse con el creador. Y Raimundo Lull era un asceta; Nervo, no.

Y ¿qué decir de la divina, la sin par Teresa de Jesús?:

Vivo sin vivir en mí...

Yo no diré aquí, porque puede parecer profanación, que el arrobamiento místico de Santa Teresa fué trasunto de un grande amor humano o florescencia de ese amor que no encontró en la tierra objeto digno a qué aplicarse, pero, si puedo afirmar que hay hombres y mujeres que si pusieran a analizar su sentimiento amoroso se encontrarían con una enorme dificultad al querer separar en él lo humano de lo divino, lo sensual de lo religioso, lo material de lo místico. Los idilios clásicos tiene bastante de esto.

(1) *Las ideas de Tello Tellez.*

Aunque el misticismo de Amado Nervo no puede comprenderse dentro del mismo marco que el de Santa Teresa y el de Juan de la Cruz, ni con el de Francisco que lloraba "porque no se ama el amor", ni siquiera con el de Luis de León, quien nos ha revelado más serenidad y más amor a la naturaleza que sus ilustres colegas de patria y escuela, ni tampoco con el de los poetas místicos de las demás religiones oficiales derivadas de la doctrina de Cristo, puede decirse, sin embargo, que la inspiración cristiana de Nervo va más allá en lo que atañe al desinterés o al olvido o al abandono de los goces de la propia persona.

No sólo incita a la caridad y a la acción cristiana, como Santa Teresa en sus cartas, sino que dice al Supremo Hacedor:

Y es esta, ya lo ves, la prueba máxima
de amor que puedo darte:
no estar contigo, por estar con ellos...
Por escuchar sus quejas, ay dejarte;
por ayudarles, padecer el frío
de tu ausencia, bien mío;
trocar por sus negruras tus destellos,
¡Y por amarlos, parecer no amarte!

Si hay mucha intensidad lírica, elevación cristiana y delicadeza de forma en el famoso soneto atribuido por unos a Teresa y por otros a Francisco Javier, sin que se haya descubierto todavía, que yo sepa, quien es su autor, "No me mueve mi Dios para quererte", no la hay menor, por cierto, en esta tiernísima y doliente expresión:

por escuchar las quejas, ay, dejarte;
por ayudarlos, padecer el frío
de tu ausencia, bien mío...

Por otra parte, su exaltación erótica es mucho menos pronunciada, su misticismo tiene más de adoración que de amor, si se me permite el distingo. En vez de buscar el goce en los éxtasis comunes de los místicos que se aíslan para embriagarse en una especie de sensualismo espiritual ante la evocación del idolatrado, Amado Nervo se complace en sufrir las penas de otros por amor a Dios y en estos y en la contemplación de las sublimidades de la naturaleza encuentra a Dios y se extasía:

Cada rosa gentil ayer nacida,
cada aurora que apunta entre sonrojos
dejan mi alma en el éxtasis sumida...
¡Nunca se cansan de mirar mis ojos
el perpetuo milagro de la vida!

La ausencia de esas obsesiones embriagantes se explica, tal vez, porque el Dios de Nervo no está más o menos concretado, por antropomorfismo en una forma corpórea sino que después de buscarlo fervorosa e inútilmente en todos los ámbitos, lo encuentra en su propio corazón:

Le buscaste en los libros,
le buscaste en los templos,
le buscaste en los astros.

Y un día el corazón te dijo, trémulo: "¡aquí está!" y desde entonces ya sois uno, ya sois uno los dos, porque le amas", y aquella otra:

Jesús no vino al mundo de los cielos
vino del propio fondo de las almas...

Y como su corazón no es sino el reflejo del mundo y acaso la fuente del mismo—"principio y fin"—el misticismo de Nervo es panteísta:

Bien sabes que no hay cosa
en nombre de la cual yo no te ame:
en nombre de la ortiga y de la rosa,
del monstruo y de la diosa,
del astro sumo y de la charca infame.
Y sabes, oh Ideal, que no hay criatura
a quien no ame por tí: celeste o impura
vulgar o excelsa...

Pongo sobre todas
tu majestad como una investidura,
tu divina blancura
como un traje de bodas.

Y en estas preciosas estrofas que acabo de transcribir encontramos otra vez unidos en admirable consorcio su intenso dolor por las miserias de la vida y su amplio amor a la belleza de las cosas bellas. Son como las dos caras de un mismo cristal... Este es el velo que cubre el corazón del poeta (1).

En este sentido, quiero citar todavía otra composición; que es la tercera de *La catástrofe*. Se refiere a lo que nos queda de la guerra.

Porque en este aluvión de sangre y lodo
se hundió nuestra fortuna. ¿te querellas?
¡En suma, deja que se pierda todo:
siempre habrán de quedarnos las estrellas!

(1) Son muchas las poesías y prosas de Nervo que revelan esto. De sus páginas en prosa recordamos especialmente a "Dios padece en ellos", de *Plenitud*.

Siempre habrá de quedarnos la argentina
 palidez de las noches enlunadas
 y el júbilo de la hora matutina
 y la paz de las tardes fatigadas
 y mi ternura casta y la divina
 serenidad azul de tus miradas!

Lo que su misticismo "pierde" por decirlo así en obsesión o exaltación, lo gana en serenidad y amplitud.

Este panteísmo no es sólo de las cosas que se encuentran quietas o móviles en el espacio sino que rompe los barrotes del tiempo—los del dogma los deshizo antes—y busca a Dios, al mismo Dios de Jesús, en la doctrina de Budha y aún en Brahma. Así interpreto las poesías que escribió inspirado en las religiones orientales. La imagen de San Agustín, que Nervo nos presenta en *Harmonía*, según la cual, el mundo es un bordado que Dios teje y que nosotros sólo vemos del revés, es a propósito para explicar las distintas interpretaciones que el hombre ha hecho de la creación concebida como obra de la divinidad.

Si es esencialmente cristiana la dulcísima expresión de Francisco de Asís "hermano lobo" ¿por qué no ha de serlo esta otra: hermano Budha? La cuestión es saberla decir con hondura y con sinceridad.

Y dejo dicho así que esta grandeza cristiana es ya uno de los caminos que puede haberlo llevado a buscar inspiración y explicación de la vida y de su Creador en el misterio de Brahma y el de Budha, cuyo retrato de basalto habíale sonreído muchas veces, por su goce y por su pena, en la alameda umbría (1).

Otro camino pudo ser el de esa característica común a todo misticismo cristiano y no cristiano, que lo es también de todo grande amor terreno: la tendencia a confundirse con el ser amado:

El fenómeno, lo exterior, vano fruto
 de la Ilusión, se extingue: ya no hay Pluralidad
 y el Yo extasiado abismase por fin en lo absoluto
 ¡y tiene como herencia toda la eternidad!

Esto no significa que predique el renunciamiento (2), como díz que lo hicieron algunos místicos indios, ni mucho menos. El

(1) *En voz baja*, 1909. ("Y el Budha de basalto sonreía").

(2) La "renunciación" que encontramos en algunas de sus composiciones es más bien una renunciación al deseo amoroso, a los honores mundanos y a la riqueza. El mismo lo dice, tácita o expresamente, en otras composiciones. En una de sus páginas en prosa, *Libertad*, en-

nirvana de que nos habla es el reposo para después de la muerte, es el mismo reposo que le pide al "Padre" de Jesús (1).

Es un reposo para después de las fatigas del viaje, para después de haber saboreado los placeres de la dura labor cotidiana y de haber tenido su honda participación en los dolores ajenos. De cómo es la naturaleza moral de su dolor nos lo revela *El dolor vencido*.

¡Dolor, pues no me puedes
quitar a Dios, qué resta a tu eficacia?
¿Dónde está tu aguijón?

El misticismo de Nervo tiene, indudablemente raíces en una desilusión del amor terreno:

Dios mío, yo te ofrezco mi dolor:
Es todo lo que puedo ya ofrecerte.
Tú me diste un amor, un solo amor,
un gran amor...
Me lo robó la muerte
¡y no me queda más que mi dolor! (2)

Las tiene también en la repulsión que sentía por el cientificismo y la literatura verbalistas de su tiempo. D'Annunzio lo hartaba. Por la misma razón, la filosofía de Bergson, la de Amiel y la de Emerson, sobre todo la del primero, han influido en su filosofía y luego, de un modo fundamental, el Kempis. Por lo demás, la gloriosa literatura de su patria tiene ya desde Sor Juana Inés de la Cruz varios místicos insignes. En mi concepto, Nervo es superior a todos—tal vez en esto me engaña mi sentido contemporáneo, pero es mi opinión de este momento, sin dejar de reconocer la noble alcurnia de su tronco histórico.

Así, sobre el trivio formado por esos tres caminos: su sinceridad, la tradición de la mística mejicana y la reacción filosófica y afectiva en contra del verbalismo de la época, se levanta hacia el Dios de todos los tiempos, como de un altar hecho en mármol pentélico, la mística llama de este poeta cultor de la for-

contramos una explicación bastante clara de esto. Por lo demás, aún tomándola en el sentido literal de renunciamiento a toda acción, sólo se puede interpretar como un estado de desmayo o de anulación pasajera de su espíritu. Siempre triunfa, a poco, su voluntad cristiana, en el amplio sentido que doy a esta palabra. Acordémosnos de que Jesús dijo también: "¡Señor, Señor, ¿porqué me has abandonado?"

(1) Por eso dice que la muerte es la libertad. Es un reposo en el seno de lo infinitamente bueno e infinitamente hermoso, es la confusión total con Dios.

(2) *Serenidad* (Ofertorio).

ma y escrutador del Enigma que lo fué de su siglo. Pero, no pongamos esa llama dentro de ningún templo construído para éste o aquel dogma : se apagaría ; ella necesita de la amplitud sin límites en cuyos jardines juegan las musas, mientras Budha se contempla y Cristo predica en los pueblos y en los caminos la buena nueva a los desheredados ; donde palpitan con vida propia las flores y las estrellas, las sombras y las espinas, las grandezas y las miserias de los hombres.

MARCOS MANUEL BLANCO.

1.ª Plata.

OFRENDA FÚNEBRE

Somos humanos, trémulos jazmines,
Bajo las sombras de una noche pura,
Que en un alba futura,
La muerte, segarán los serafines.

¡Dolor de llama! ¡soledad de llama
Toda vibrante hacia los altos cielos
Subliman nuestros duelos!
En nosotros lo eterno se derrama.

Y el llanto de esta vida prisionera
Y el morir de los seres temporales
Nos son espirituales
Avisos del Amor que nos espera.

Tú lo soñaste y lo viviste. Amado,
Y a tu lengua de luz lo redujiste,
Alegre, dulce y triste.
En ruiseñor divino transformado.

Y fué tu estrofa como zumo pío
Para quien, yendo a buscas de sosiego,
Sintió tornar su fuego.
Por tu virtud más suave que el rocío.

Trágica, en los pavores de lo hirsuto
De la cerrada selva del Misterio
La Esfinge en cautiverio
Te descifró, rendida, lo Absoluto.

Y, a par de miel que de panales mana,
A la primera claridad del día,
En voces de alegría,
Manaste fe sobre la sombra humana.

Y a la piedra y al ave y al aprisco
Y al agua y a las bajas apariencias
Cantaste tus secuencias,
Humilde y puro como San Francisco.

Y alzaste, al tiempo de tu dulce llanto,
La pupila a los mundos, avizora
De la infinita aurora,
Para templar de eternidad tu canto.

Y lejos de la turbia muchedumbre
Sobre la que llovías claridades,
Solo, en tus soledades,
Sufriste del soñar la pesadumbre...

Como en el polvo el rastro del viajero
Se borra al sucederse de las huellas,
O, bajo las estrellas,
Muere el vago cantar de un marinero,

Pasa el tirano que asolara el mundo,
Pasan los reyes, pasan las naciones.
Sus sangrientos blandones
Ilumina la muerte en lo profundo.

Mas no se extingue la virtud del verso,
Perenne cual los cielos y los mares,
Los siglos son altares
Suyos entre el pasar del Universo.

Si en la ceniza funeral tu frente
Hundióse, tus palabras en lo obscuro
Del tiempo, hacia el futuro,
Poeta, volarán eternamente.

¡Difundiste alegrías! Los dulzores
Que tus cantos dejaran en las almas,
Hoy son lirios y palmas
Y en azulada noche ruseñores.

Hoy son trémulas formas sensitivas
Y enguirnaldan de lumbre nuestros sueños.
Tú nos hiciste dueños
De un claro mundo de hermosuras vivas.

Este mi canto que te doy deseo
Bajo el claro lunar se vuelva rosa
Y perfume tu losa
Fúnebre, cual purísimo trofeo.

ARTURO VÁZQUEZ CEY.

AMADO NERVO

Es raro que coincidan en el alcance de sus visiones el crítico y el autor de la obra criticada. Aún dentro del espacio de 24 horas, el crítico puede entender y sentir un pensamiento ajeno de muy distintos modos, si es que lo suponemos dotado de las complejas cualidades de tal: concepción perfecta del arte, visión aguda y certera, erudición, imparcialidad, justicia y, sobre todo, sensibilidad tan ágil y cambiante, como para apreciar el matiz y hasta el temblor de cada vocablo y de los que en su zona de influencia se reflejen.

Aunque poseyera tan elevadas dotes, abstendríame de aplicar a la obra poética de Amado Nervo los reactivos usuales en literatura para descubrir el talento. Contrariaríamos el noble designio del cantor que dijo:

Poeta, por Dios deja
ya los "procedimientos"
y manidas retóricas:
glorifica la acción, canta el esfuerzo.

Antes que él nos lo dijera en *El Estanque de los Lotos*, ya era notorio el desdén de Nervo por las dos retóricas: la caduca y apolillada de los Zoilos de siempre; y esta moderna que consiste en la ostentación de no tener retórica, y en la simulación de ingenuidades bobaliconas y de sinceridad perogrullesca.

No ofendamos, pues, la memoria del poeta, al someterle su obra al análisis retórico y al porfiar por encarcelar sus ruseños en tal o cual casilla. ¡A él! a quien asistiendo tan de cerca a las transiciones literarias, tuvo el inaudito valor de conservarse fiel a sí mismo, contra la influencia de ilustres iconoclastas y de renovadores eminentes, únicos que por entonces discernían talento y celebridad en el mundo de las letras.

Si de alguna de esas capillas se le creyó alguna vez neófito fervoroso, de allí se escapó el hermano Nervo con casulla y todo, para seguir su áspero sendero de peregrino, sin dejarse seducir por las nuevas músicas promisorias de gloria, ni por el desfile internacional de imágenes exóticas, aunque en ocasiones deslumbrantes.

En esa actitud de Nervo ya se observan las dos cualidades fundamentales de su temperamento: humildad para proseguir su lenta marcha a pie, con sayal y sandalia franciscanas; y energía para sufrir el cansancio sin aceptar asiento en las carrozas donde tintinambulaba el renombre y señoreaban sus amigos.

Su fe inquebrantable en el arribo a *su cumbre*, lo salvó del malogro sufrido por muchos de sus contemporáneos, víctimas de la vanidad y la impaciencia, quienes preocupados menos de la intensidad progresiva de la obra que del prestigio del nombre, propusieronse demostrar que su talento era capaz de sobresalir en cada escuela literaria a la moda, y así, desgastándolo de novelería en novelería, los sorprendieron los años, con alguna reputación de talentosos y no pocos volúmenes, pero sin obra personal coordinada y duradera.

¡Nervo, no! Nervo forjó como contrarresto de tan soberbia pedantería, esta severa y acerada sentencia:

Hay todavía locos que pretenden
decirnos algo nuevo, porque ignoran
los libros esenciales
en que está dicho todo.
Buscan las frases bárbaras,
las torcidas sintaxis.
los híbridos vocablos nunca juntos
antes, y gritan: "Soy un genio! ¡eureka!
..... mas los ojos sabios escuchan y sonrien.

Y todavía, a los monopolizadores de la verdad dijo:

La verdad va desnuda, más morirá doncella.
La verdad de la rosa no es verdad de la estrella.
¿Dónde encontrarla entonces? ¿En dónde está su asiento?
—En todas partes, menos en el entendimiento.

Mas quizá temeroso del desencanto que esa negación pudiera propagar, el optimista se apresura a despejar el sendero, diciéndonos:

Deja que los seres y las cosas hablen;
Si sabes mirarlos y escucharlos bien,
Tornaranse lentamente cristalinos
hasta deslumbrarte con su limpidez.

Esta estrofa yo no es la del atribulado peregrino a quien ninguna fascinación artificial ha logrado desviar de su senda solitaria, sino la del eremita que ha tiempo dejó atrás las bibliotecas llenas de sabiduría más o menos moderna y de literaturas elegantes; es la voz firme y serena de quien habla por experiencia propia, y de quien, por haberse encontrado a sí mismo, ensanchó el mundo de sus percepciones, hasta poder dialogar familiarmente con los seres y las cosas que más de cerca escuchan la canción del universo.

El fenómeno literario desapareció por completo, ante el inaudito acontecimiento humano que es, en definitiva, toda la vida de Nervo, vida predestinada a recorrer una órbita perfecta, ofreciendo a nuestra admiración una serie de fenómenos cósmicos, panteistas, religiosos, ocultistas y celestes.

Es indudable que en el dechado complejo que constituye la obra de Nervo, persiste el precioso hilo de plata de la sinceridad, cuyo extremo inicial aparece desde el instante en que el poeta se encontró a sí mismo, y cuya madeja sigue luego ramificándose hasta florecer en lotos impolutos sobre los diversos estanques del misterio.

El hilo fué el de la sinceridad a toda prueba, mas la musa que de tan bella manera lo tejió ¿dónde pudo inspirarse, donde adquirió su maravilloso don profético?

El poeta nos revela y recomienda sus remotos manantiales en la siguiente estrofa:

Lec los libros esenciales,
 bebe leche de leonas; gusta el vino
 de los fuertes: tu Platón y tu Plotino,
 tu Pitágoras, tu Biblia, tus indos inmemoriales:
 Epicteto, Marco Aurelio... todo el frescor cristalino
 que nos brindan los eternos manantiales.

El misticismo de Nervo ha sido generalmente mal interpretado. Cualesquiera que hayan sido sus cultos religiosos más íntimos, es evidente que su obra planea sobre el catolicismo y aun sobre el cristianismo primitivo, hasta acercarse a los santuarios de la más remota espiritualidad oriental. A las veces, fácilmente se le confundiría con los iluminados de Benarés, o con los maestros de la escuela de Shantiniketan. Veamos si no parecen palabras de nuestro poeta, las que traduzco de Rabindrath Tagore, donde éste explica los fundamentos de su escuela en Bolpur:

“Resolví hacer cuanto pudiera por traer a la superficie, para nuestro uso diario de purificación, la corriente de ideales originada en las cumbres del pasado, que corría subterránea por las profundidades de la India, esa corriente de ideales de simplicidad de vida, claridad de visión espiritual, pureza de corazón, armonía con el Universo y conciencia de la personalidad infinita en toda la creación. Yo sabía que las lecciones de las escuelas modernas y las tendencias de los tiempos presentes, son agresivamente antagónicos de esos ideales”.

Fuera de esa influencia oriental a que su ansia de eternidad lo conducía, es evidente que la musa mística de Nervo tuvo como tripode fundamental de sus intensas labores, el formado por el amor, el dolor y la muerte.

De Nervo puede decirse que fué por excelencia, el poeta del amor, en el más amplio y noble sentido que este vocablo prodigioso encierra.

Asombrado tal vez de su dócil pasividad de medium, ved cómo atribuye a un elemento extraño el origen de sus cantos:

Quizás a través de mí
van departiendo entre sí
dos almas llenas de amor
en un misterioso estilo,
y yo no soy más que el hilo
conductor...

Cuando más resalta su capacidad para amar divinamente, es cuando su canto evoca el recuerdo de la mujer amada, llegando hasta reprocharse los momentos en que a las caricias de su Ana no les dió su intuición al carácter de eternidad que en sí tenían:

Me besaba mucho como si temiera
irse muy temprano... su cariño era
inquieto, nervioso.

Yo no comprendía
tan febril premura; ¡mi intuición grosera
nunca vió muy lejos!

¡Ella presentía!

Ved luego, en su poesía *Unidad*, dirigida a la madre, con cuanta nobleza asocia al amor materno el de su muerta idolatrada:

Ya juntas viviréis en mi memoria,
Como oriente y ocaso de mi historia,
Como principio y fin de mi sendero,
Como nido y sepulcro de mi gloria:
¡pues contigo, nací, con ella, muero!

Y ese inmenso anhelo de unificar todos sus amores en el amor supremo, lo encontramos en aquel seráfico canto donde—sin asomo de irreverencia—refunde a su amada en el manantial de la gracia divina:

¡Cuánto! ¡Cuánto la quise! Por diez años fué mía;
 ¡pero, flores tan bellas nunca pueden durar!
 Era llena de gracia como el Avemaría
 y a la Fuente de Gracia de donde procedía
 se volvió... ¡como gota que se vuelve a la mar!

Aún alelado por la soledad en que lo dejó su amada, procura orientarse con la razón, pero desalentado exclama:

...En tanto, Ana mía,
 te me has muerto y yo no sé todavía
 donde ha de buscarte mi pobre corazón.

De ahí el que en adelante orientara su futuro sentir, no ya con la lógica y los metafisiqueos, sino con el amor requintado por el dolor directamente sufrido y por la muerte vislumbrada tan de cerca.

Por eso en su poesía *Tanto amor*, se desahoga cantando:

Hay tanto amor en mi alma que no queda
 ni el rincón más estrecho para el odio.

Y es ese amor superabundante, el que a poco se desborda con ansia más universal, diciendo:

Corazón, ama a todos, late por todo anhelo
 Santo, tiembla con todo divino presentir,
 dá sangre a cuanto impulso pretenda alzar el vuelo;
 calor a todo intento de pensar y vivir.

Helo ahí en el período de plenitud, pues que por entonces los objetos de su amor son los seres y cosas del universo, es su "compadre el viento", es su "hermana agua", es el dolor mismo a quien también ama como a un buen amigo, es la muerte a quien familiarmente corteja, y es Dios a quien por fin ha logrado encontrar entre su pecho.

Con algunas de sus estrofas puede reconstruirse la escala para tan hermosa ascensión.

Al dolor dice:

¡Oh dolor, buen amigo, buen maestro de escuela,
 gran artifice de almas, incomparable espuela
 para el corcel rebelde... hiere, hiere hasta el fin!
 ¡A ver si de este modo
 Con un poco de lodo
 Forjas un serafín.

La inspiradora trinidad ya aparece integrada en el siguiente cuarteto:

¡Oh muerte, tú eres madre de la filosofía!
 Tú ennobleces la vida con un ¡Quién sabe! y das
 Sabor a nuestras horas con su melancolía.
 En todo lo que es grande: dolor, amor, tú estás.

Ese trípode le sirve en adelante de base para sus magníficas incursiones en los dominios de lo absoluto y para su habitual elevación hasta Dios mismo, pero no el Dios de tal o cual religión, sino el Dios de todas las religiones, el excelso, el que ni siquiera se nombra. *El* continuará siendo el nido predilecto de las místicas alondras del poeta.

Dios mío, yo te ofrezco mi dolor:
 Es todo lo que puedo ya ofrecerte.
 Tú me diste un amor, un solo amor,
 Un gran amor....
 Me lo robó la muerte

¡Y no me queda más que mi dolor!
 Acéptalo, Señor,
 ¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!

Ignoro si con la lectura de esa estrofa, otros lectores experimentarán como yo un fenómeno de mágica alucinación: veo al poeta humilde y conmovido, pronunciando, o mejor, saboreando con deliquio evangélico la palabra amor, amor, amor, cada vez que su mano pasa, acariciándola suavemente, sobre la cabecita sedaña de su amada.

De las plegarias que los más inspirados cantores religiosos han enseñado a la humanidad para dirigirse a Dios ¿cuál habría comparable a la siguiente, en belleza, ternura, luminosidad y fervor hondos?

Llévete yo, Dios mío, como perla divina
 En el trémulo estuche del corazón que te ama;

Llévete yo en la mente como luz matutina;
 Llévete yo en el pecho como invisible llama.

Llévete yo en la música de todo cuanto rime
 Y sé para mi espíritu el *Amigo sublime*.

Para que ese fenómeno humano evolucionara hasta convertirse en fenómeno espiritual casi celeste, necesitóse una vida

llena de raras disciplinas, capaz de gravitar sin desequilibrio sobre ese triángulo de dolor, amor y muerte.

Bien nos sabemos que Nervo tuvo perfecto derecho para decir:

Mi vida es mi argumento mejor.
 Todo yo soy un acto de *Fé*,
 Todo yo soy un fuego de *Amor*.

A nuestra vez, nosotros podríamos definirle su vida diáfana y armónica con una de sus estrofas:

Una esfera de cristal
 Es, por su unidad, tu vida.

En la severa fachada del templo espiritual que es el conjunto de la obra de Nervo, no es difícil descubrir el triángulo y la escala que he usado como símiles en las precedentes páginas.

La nómina de sus libros, la simple enumeración de los tramos de ese templo parece simbolizar sus períodos constructivos.

Su constructor se exornó alguna vez con las joyas más misteriosas del abismo: *Perlas Negras*; cuando quiso engalanarse, fuese a buscar la flor de Budha, la flor simbólica de la divinidad en: *El Estanque de los Lotos*; cuando amó, que fué siempre, hizo en *Voz Baja*, con *Serenidad*, con *Plenitud*, con *Elevación*.

En ese estado de culminación espiritual, no diremos que lo sorprendió, sino que lo poseyó la muerte.

Difícil reponernos del asombro doloroso que nos produjo el cierre repentino de ese cielo. Se nos figuraba que el triángulo del amor, del dolor y de la muerte ya se había convertido en estrella permanente y tutelar sobre el sendero de nuestra perfección espiritual. Los que aún creemos en la eficacia de la poesía, gozábamos en presenciar el alcance y la influencia de esa claridad estelar sobre nuestro Continente y nuestra raza. Nosotros hemos comprobado de cerca ese profundo estremecimiento de miles de almas, suceso que en otras épocas habría tenido prestigios de milagro.

Entre el resonante vivir de la gran metrópoli era aventurado suponer que la semilla del amor, arrojada de Continente a Continente, hubiese prendido y arraigado en tantos corazones, hasta el punto de sentirse éstos desgarrados cuando el tronco productor de esa semilla fué arrancado de la vida.

Sufrido ya el doloroso desgarramiento, quedanos del grau

optimista otro consuelo: la comprobación de que la sensibilidad sudamericana está ya lista para los mejores florecimientos.

Nervo tuvo tiempo de verificarlo. Era de vérselo pálido y jubiloso escuchando él mismo la música de sus poemas, endulzada por los labios de la belleza porteña.

¡Quién supiera si su espíritu tensibilizado de tiempo atrás hacia el pasado y el futuro, alcanzó a presentir el temblor melancólico que su último aliento produjo en los más elevados corazones argentinos!

¿Bastará eso para recompensar al gran poeta por el inefable bien que sus poemas hicieron y seguirán haciendo en el cultivo de nuestra espiritualidad?

¿Adquieren mayor merecimiento quienes aumentan riqueza, ciencia, libertad de un pueblo, que quiénes le enseñan a odiar al odio y a enamorarse del amor?

Las respuestas dependen del grado de decencia de cada pueblo.

Lo que sí nos parece indudable, es que muchas niñas preferirían ser despojadas de sus aderezos, antes que del dulce recuerdo de los poemas aprendidos en su llorado poeta.

EDUARDO TALERO.

EL POETA MUERTO

Las cosas no son en sí buenas ni malas; si alguna tendencia tienen, me parece a mí que es a ser buenas. Lllaman a nuestra puerta y nosotros las transformamos en malas si no estamos animados del espíritu optimista.

El mundo exterior lo hacemos nosotros. Somos los arquitectos de nuestra propia vida.

(AMADO NERVO, *en la Universidad de Columbia.*)

Las sirenas del Plata le dijeron casi al mismo tiempo la canción de la gloria y la de la muerte. La hora final no le llegó, sin embargo, prematuramente, como su edad induciría a creerlo. Había vivido intensamente su vida y andado todo entero su camino. Ya en las laderas de la "montaña augusta", finada "la humilde siembra" que empieza "a dar sus frutos de amor y caridad", en paz con Dios y con la vida—"¡Vida, nada me debes! ¡Vida estamos en paz!"—el poeta hallábase espiritualmente maduro para el gran instante tan temido y tan ansiado. Sus últimos años son una oblación absoluta, una vigilia austera que lo prepara para la comunión con la muerte, cuyos pasos leves adivinaba su fino oído. Cuando ella se le aproximó para llevarse-lo ¿podía sorprenderse? ¿óo había de decirle, como el héroe en el poema clásico, al oír su suave llamado desde el postrer minuto: "Voy ya. . .", con tranquila resolución? Estaba como ninguno preparado para entrar al Misterio. Dejemos que los secarios del templo y los del otro lado disputen alrededor del cadáver sobre el valor de su confesión final. ¿Qué importa eso?

Como Rubén Darío, Amado Nervo vivió obsesionado por la idea de la muerte. Quizás revelábase en ambos la subconsciente certidumbre del fin prematuro. Pero la muerte fué siempre para el dulce nicaragüense la cosa horrible y fantasmal que nos sorprenderá un día saliendo de entre las sombras. Si a veces su riqueza lírica la vistió de "novia inviolada", eso no era sino lujo de poeta que embellece y canta hasta lo que tortura más cruelmente su alma. Rubén tenía a la muerte y según sus propias confesiones buscó el olvido aún en el vicio mismo que así lo aproximaba en lugar de alejarlo, a la hora final.

Amado Nervo consiguió emanciparse de esa sensación angustiosa hundiéndose en las sombras su pupila investigadora. En vez de huirle, buscó la familiaridad de la muerte. Una alta comprensión le iluminó entonces el resto del camino, trocando en alba de esperanza la noche aparente. ¿No está todo el problema en la resistencia a mirar de frente hacia el misterio? Suprimida la falsa imagen que el terror supersticioso impide desnudar de su ropaje siniestro, libres de esa sugestión que agrava para el paseante nocturno las amenazas de la calleja lóbrega, la cuestión se simplifica; y, de cualquier modo, la dura verdad no será nunca más penosa que la inquietud de lo ignoto.

La muerte es la musa fiel de Amado Nervo, amada por extraña y por fatal; inquietud y deseo, amor y angustia. Sin duda que fué con él más benévola a pesar de todo, que con el desolado cantor de *El Cuervo*. Ella lo llevó piadosamente a Dios; en sus brazos duerme ahora el que tenía sobre todo "un profundo deseo de dormir"... Ella purificó al poeta y lo bañó en la dulzura y el amor. La tristeza de la muerte, como la de toda partida, ennoblece y eleva a los espíritus fuertes. Puesto que no hemos de vernos sino breve tiempo ¿cómo no amarnos? ¿cómo ser egoístas y ambiciosos y malos?

Natural es que quien así siente no sea por su parte un hombre feliz. Para serlo necesitase, desde luego, cierto grado de inconsciencia. Obsesido por los problemas esenciales, todas las inquietudes de la especie se resumían en su inquietud. Debíó sufrir mucho cuando se le escapaban a veces gritos tan desgarradores como su ya recordado anhelo de dormir... ¿Qué influencia tuvo en la inclinación mística de Amado Nervo el fallecimiento de su compañera en edad juvenil, rudo golpe moral capaz de determinar hondas transformaciones en el delicado

espíritu que la amaba con entrañable amor y tanto la recuerda? Sería interesante estudiarlo — aunque no en estas líneas ligeras, escritas con premura periodística y que tan lejos están de la pretensión de ser un análisis de la obra del gran poeta aún distinguiéndose ella por la unidad absoluta y la diáfana claridad. El caso es que Amado Nervo padeció constante tristeza, algo como la amargura de un gran dolor que el tiempo piadosamente ha ido tornando en melancolía que ya es dulzura...

El nos había dicho que “no nació para reir”:

... y envuelto voy al insondable arcano
en el manto imperial de mi tristeza.

Era un espíritu doliente, labrado por la angustia de “no saber” pero al mismo tiempo fuerte con serena fortaleza que agrega al bronce del estoico la fé del viejo cristianismo. Así se explica que de un escéptico haya nacido en él un optimista, de quien no creía ni en la ciencia ni en los hombres, ni en los consuelos del templo, puesto que dejó las vestiduras sacerdotales, un suave predicador de bien y de esperanza; y no ya postergados para otros mundos, refugio de tantos escépticos de este, sino situados aquí mismo, por obra de la sola voluntad que es herramienta divina puesta en las manos de los hombres. En los últimos años había llegado Nervo a una convicción filosófica que iba más allá de la simple resignación, estado quizá incompatible con el dinamismo requerido por las obras de progreso y justicia que quedan por hacer a los humanos...

Un sano optimismo iba afirmándose en él. El mundo es como nosotros queremos que sea. De nuestra voluntad depende todo. Las cosas, si alguna tendencia tienen, es a ser buenas. Llamen a nuestra puerta y nosotros las transformamos en malas sino estamos animados por el espíritu optimista. El mundo exterior lo hacemos nosotros, es como queremos que sea. Somos los arquitectos de nuestra propia vida. Debemos admirar las cosas bellas y no admitir que las haya feas. Tal dijo explicando su propia filosofía en la Universidad de Columbia, poco antes de llegar a nuestro país; y si a nosotros, hombres de esta hora, agitada por graves preocupaciones objetivas, nos costaría llegar al estado de ánimo necesario para ver las cosas con una visión tan serena y elevada, no dejamos de admirar al espíritu que ha alcanzado aquella comprensión superior.

Amado Nervo es el mejor ejemplo de esa filosofía. Fiel a sus preceptos, fué artífice de su propia vida. Tuvo la "larga paciencia" que es el genio en la definición conocida. Supo limar su espíritu, pulirlo como un diamante, decantando en el baño de la meditación hasta la última aspereza de la piedra elemental. Llegó a donde quería llegar y fué lo que quería ser. ¡Qué admirable labor la suya, consigo mismo! Viviendo en el seno de las ciudades modernas y vistiendo para mejor la casaca diplomática no lo contaminó ningún ambiente, ni lo sedujo otra sirena que la que cantaba a sus oídos desde el oscuro "mar sin riberas". "Da tu bolsa al necesitado que la pide — aconsejaba — pero a nadie des esa cosa inapreciable que se llama tiempo". "Mi dinero es de todos, pero mi tiempo, no".

El contacto social no turbó la independencia de su ánima solitaria, celosamente guardada entre el brillo de los saraos y el diario comercio con el vulgo "municipal y espeso". De ese modo debía realizar el milagro de su transubstanciación con la esencia de la divinidad. Se puede ser anacoreta en el bullicio de las urbes febriles tan puramente como en los desiertos. Así como el aislamiento no consiste en cerrar la puerta, tampoco es preciso alejarse a los campos para encontrar la soledad que está en el alma propicia como el mar en la gota.

En todo caso, Amado Nervo habría demostrado mayor poder de voluntad ascética, ya que supo elevarse a la suprema abstracción, emancipándose de toda pasión pequeña en medio al vértigo de las pasiones y entre el halago atrayente de los placeres mundanos.

Sólo un espíritu excepcionalmente fuerte como el de Amado Nervo pudo salvarse de caer en el pesimismo pasando por tales estados de ánimo. ¿Cómo él, que había doblado su frente sobre el libro de Kempis, amargo y hondo a la vez como la mar, que sabía que todo pasa inflexiblemente, "como las naves, como las nubes, como las sombras", que la vida del hombre y el rastro que deja son cosa — ¡ay! — infinitamente fugaces, no se dejó arrastrar con esas convicciones por la pendiente del pesimismo? Por el contrario arrancar supo de la dura verdad un dulce optimismo, humano y consolador. Ha hecho mucho bien a los hombres con su siembra generosa este poeta filósofo, en quien el dolor, la angustia, la envidia de los otros, el rencor

ajeno, florecían en rosas de bondad, como la sórdida moneda del usurero es instrumento de amor en la mano generosa.

Para llegar a ese estado espiritual de celeste pureza habrá necesitado Amado Nervo vencerse a sí mismo en una lucha íntima no por incruenta menos dolorosa. El poeta no es solo espíritu, es también carne, la carne rebelde como un potro inquieto al dominio del jinete. ¡Ah la carne misera, "delicta carnis" que tortura con visiones espurias los sueños místicos! El poeta la maldice. La maldice y la canta:

Carne, carne maldita que me apartas del cielo,
carne tibia y rosada que me impeles al vicio:
yo rasgué mis espaldas con cilicio y flagelo
por vencer tus impulsos, y es en vano, ¡te anhelo
a pesar del flagelo y a pesar del cilicio!

Pero el poeta ha vencido y la carne purificada es brasa que arde en mística ofrenda, mientras sube de ella el humo azul de los ensueños...

Por lo demás, el misticismo de Amado Nervo antes que motivo de cilicios es amplia comprensión desbordada en alto amor. Así, es siempre humano y asoman también en sus escritos la aguda ironía, el fino humorismo. Amante de la vida, rendido al encanto de la belleza en todas sus formas, sabe ser alternativamente poeta galante y filósofo profundo; deshojar flores a los pies de marquesas ilusorias o decir al oído del que sufre, como un hermano bueno, palabras de consuelo. Su torre de marfil no fué hermética reclusión ni aislamiento orgulloso, sino amplio observatorio desde donde divisábanse célicas y terrenales cosas. Sabía también entrecerrar los libros esotéricos y abandonar el observatorio que le permitiera medir la pequeñez humana, para tomar un puesto en la acción y así ser por ejemplo un diplomático más eficaz que el habitual portacasaca.

Lejos de desdeñar la acción, adormecido en la blandura de los ensueños místicos, él la amaba estimulando las empresas valientes. Es que su humildad no era humillante servilismo o abúlico apocamiento. Emergía de su contemplación teorámica del mundo. Olvidamos la pequeñez humana porque la miramos desde el mismo plano relativo en que ella se asienta. La hormiga diminuta no ha de creerse tampoco muy pequeña... Quizás

sienta el orgullo de su fuerza cuando termina la afanosa labor del verano. La cuestión está, pues, si se quiere ver claro, en elevarse. Amado Nervo miró así las cosas. Y presintiendo en todo la mano de un Supremo Hacedor, no sintió desdén sino fervor de todo por pequeño que fuera. Amó las cosas y las enaltecó como buenas y bellas. Como el de Asís, cantó a Sor Acqua y ella le dió su transparencia y su maleabilidad para la prosa y un callado cantar de agua de acequia para el verso. De esas cualidades participa su obra toda. Y su espíritu mismo, sereno, cordial y profundo espíritu, se nos antoja semejante a un gran río manso en cuyas aguas tranquilas gustaran reflejarse las estrellas.

ALBERTO CORDONE.

AMADO NERVO

Algunas notas marginales

Cuando Manuel Gálvez dijo que Amado Nervo era un místico sin ser un religioso, parecióme que había dicho una cosa bastante singular. Y en efecto, aquella definición que se refiere a dos principios que parecen contenerse o crearse mutuamente, conviene en un todo a la personalidad moral y artística de Amado Nervo.

Hay un momento particularmente crítico en la vida moral de todo hombre, y es aquel en que se plantea el conflicto entre la razón y la fe, o mejor, entre la duda filosófica y el sentimiento religioso. Cuando este hombre es un escritor, es decir, cuando se dan en él potencias o calidad de sensibilidad poco comunes, aquel momento de su vida moral constituye un suceso particularmente dramático cuya influencia en su obra será inevitable, tanto más si se da en este hombre el caso de un temperamento propenso al misticismo, como sucede con Nervo.

Bien, no he encontrado en toda su obra ni un reflejo de aquella dolorosa crisis moral que define a los hombres de sentimiento religioso.

Su misticismo se apoya en el principio metafísico del Misterio; es una actitud puramente espiritual que no coincide con su sentimiento mismo de la vida, pues era de esperar que en un místico de tal calidad se diese el "sentimiento religioso de la vida". Así, su arte es la sistematización de una idea filosófica. Es un "intelectualista" que está bastante lejos de poseer el fondo trágico de los místicos de calidad. Su serenidad no ha pasado por la prueba de aquel profundo conflicto entre la duda filosófica y el sentimiento religioso. Su serenidad, probablemente, no ha dependido más que de su renunciación a la vida, esa re-

nunciación que inspiró *Cobardía*. Por lo demás, su miedo a la realidad, al amor, es fundamentalmente contrario a los principios de moral práctica enunciados en las doctrinas esotéricas que Nervo parecía profesar.

Tenemos, pues, que lo único que define a Nervo como místico es su tendencia a la renunciación y su afán sistemático de bondad.

El Misterio no le preocupa sino desde un punto de vista especulativo, y si ha llegado alguna vez a sentirse él mismo la verdadera fuente del misterio, ha sido sin duda por su afán de ennoblecer al hombre demostrándole que era la divinidad misma, y no por efecto de aquel profundo debate moral y sentimental que está "en el principio" de todo místico de ley.

Diríase que si se levantó hasta la noción de Dios fué por fatiga del vacío criticismo contemporáneo, no por la ardiente necesidad íntima de sentirse acompañado frente a la enormidad del Universo. Se sitúa ante la Naturaleza como un mediador entre Dios y los hombres, deseoso de convertir sus propias impresiones en principios de alta moral. Le faltó ingenuidad o sencillez para colocarse sin propósito ante la Naturaleza, para dejarse atravesar por el viento y la luz sin preocuparse de extraer la profunda belleza que contiene el minuto que pasa. La Naturaleza no pide más que seamos como los ojos del perro que se tiende al sol de mediodía. Parece que el solo hecho de proponernos arrancarle su secreto bastará para cerrarnos a su comprensión.

No creo que Nervo nos haya dado en sus libros una impresión honda de la naturaleza, por lo mismo que siempre se demostró celoso de anotarla. La sintió como un reflejo de su propio mundo moral, y es curioso que sólo haya comprobado y amado en ella lo que constituía ese mundo moral. En efecto, la Naturaleza se le aparece dulce, maternal, balagadora. No comprende el drama de la Naturaleza, como no comprendió el drama del hombre, llevado hoy a su mayor grandeza.

¿Hubo algún suceso de amor dramático en su vida? La pregunta ha sido anteriormente formulada y si la respuesta interesa es solo en el sentido de que la afirmación podría dar-

nos la clave de su renunciación al amor. Pero, permítaseme declararlo francamente: jamás creí que el misticismo de Nervo fuese producto de una reacción dolorosa, de un intenso sentimiento de la vida. Muchas veces sospeché que el aburrimiento, el hastío, le habían hecho llegar adonde nunca ha de llegarse por esos caminos: a Dios.

Lo que yo tengo, amigo, es un deseo profundo de dormir.

Huyó a la realidad diaria, y así como su arte fué la sistematización de una idea filosófica, su vida fué una cosa pacíficamente nutrida por una abstracción.

¡Cómo hubiera cambiado su obra si él se hubiese sentido turbado ante el misterio, como aquel maravilloso monje que cayó de rodillas a la entrada de una selva y exclamó llorando: "Perdóname, Señor, si no comprendo tu obra!"

Nos dió el espectáculo de un espíritu para el cual los grandes enigmas eran cosa resuelta, noción tan precisa como para ser la base de un gran edificio moral. Fué edificante, pero no fué conmovedor.

Su posición espiritual llevóle a perder la oportunidad de comprender en toda su magnífica grandeza el drama del hombre, que nos toca la gloria de presenciar y de vivir.

La formidable lucha moral entablada entre un mundo arcaico y absurdamente constituido y otro mundo cuya aurora nos ha tocado saludar, no preocupó a Nervo. Acaso no vió en esto la más grande de las epopeyas humanas, y creyó prudente seguir sonriendo. Así debió suceder a quien las cosas de la tierra le hacían desear el sueño y la muerte. No se lo reprochemos, pero reconozcamos que su afán de bondad debió primeramente alcanzar a los oprimidos del mundo.

JUAN PEDRO CALOU.

AMADO NERVO

Su nombre, aureolado de nobleza y gracia, llegó hasta mí, hace dos décadas, al pié de extrañas rimas y raras prosas, ilustradas por Ruelas, insertas en la *Revista Moderna* de México, fundada y dirigida por Jesús Valenzuela, otro espíritu sutil, también caído en la mitad del vuelo.

Y de aquel cenáculo de escogidos intelectos, presidido por los maestros Sierra y Nájera, no quedan sinó Díaz Mirón y Urbina; el uno mudo, — lejos de la baraúnda humana, sepultado en las tierras del Anahuac, oyendo rugir los leones, cuyos ecos no llegan a aplacar sus cóleras soberbias, — espera aún la hora de la justicia; el otro, desencantado de correr mundos sin hallarla, recoge el fruto de sus meditaciones solitarias: apasionados madrigales, elegantes rondes, poemas trágicos, al frente de un consulado allá en Barcelona, tejiendo el hilo de su quimera entre la indiferencia de las multitudes, absorbidas por interrogantes pavorosos, viendo como se extingue el entusiasmo y se va la sonrisa.

A partir de aquella época, que evoco con otoñal melancolía, data mi amistad con Nervo, y desde entonces hemos mantenido, a trechos, una correspondencia epistolar que terminó con su vida. Vida llena, "sin raspaduras ni borrón", como diría Groussac, vida intensa en que la Poesía constituyó su ideal y el amor y el deber su polo magnético.

De aristocrática alcurnia era su Musa; tenía sello ducal, palideces de cirio, perfil griego y alma de París. Jamás la proscribió en festines dionisiacos y orgías plebeyas, y si alguna vez rozó el fango, salió de él con las alas incólumes.

No fueron ajenas a su inspiración las praderas cuajadas de esmeraldas, los pilotos que guiaron las carabelas primitivas,

las hazañas de los conquistadores iberos, el bosque sonoro y el mar bravío, la *Hermana Agua* y la adorada y angelical *Ana María*, el Santo de Asís y la Virgen purísima, que amortiguó sus penas en las horas amargas de la desesperación, y a quien veía en sueños sobre la yerba trémula, la onda azul o la estrella lejana; siendo místico y casi asceta por configuración psíquica y atavismos ancestrales, hasta al ensalzar las castas desnudeces de las Venus o a la Mujer, en versos que huelen a mirra y cinamomo. Ningún trovador americano la mimó más, ninguno la elevó tan alto, ni se inclinó a sus plantas más rendido, gentil y caballeresco; pocos penetraron tan hondo en los abismos de su corazón. De ahí el llanto que empaña los ojos de las bellas y deja a su paso una estela de azucenas y un temblor de angustia.

Todavía siento en mi mano el calor de la suya, todavía vibra en mi oído el eco de su voz, que suavizaba el espíritu y lo seducía, cuando al conjuro de la celeste Diosa recitaba sus versos dulces y arrobadores, que adquirirían en sus labios inflexiones ténues, aterciopelados matices, cadencias arcanas; transportándonos a las esferas superiores donde el Sabio de Atenas escuchó la música de los orbes, Schelley sorprendió las armonías de la luz, Hugo el secreto de su canto divino y Wagner las fuentes de inspiraciones eternas; acordes majestuosos, onomatopeyas sorprendentes, resonancias insólitas de la lira y el pentágrama, — como en la noche aquella, no lejana todavía, en que reunidos en torno de la mesa del banquete, que esta noble revista le ofrendara, le dábamos la bienvenida alborozados.

Recuerdo aquella plática socrática, especie de conferencia, —sin hilación visible,—sobre los astros, la vida futura y el más allá, que nos regaló de sobremesa, en una lengua encendida y magnífica, elocuente por escasez de metáforas y riqueza de dicción. .

El poeta, abandonó los temas triviales, remontóse al Infinito, y con sincero fervor, nos habló de Dios, del misterio inquietante del Universo, del enigma insoluble de la Muerte, y de la Fé, que mueve las montañas, dejando presentir ya su fin, hasta en aquel deseo vehementísimo, manifestado como un pos-trer anhelo, de querer ser siquiera apenas una nebulosa en el océano de las constelaciones.

Los conceptos espiritualistas y filosóficos, que el momento

actual del mundo, — en completa bancarrota — le sugirieron, parecían más propios de una despedida que de una salutación. Y así fué, una despedida eterna, un adiós sin consuelo; pero como lo deseaban los griegos, lleno de augusta serenidad, rodeado de sus discípulos predilectos, entre flores fragantes y músicas aladas, la alegría a flor de labio y en el cristal de las copas, los topacios hirvientes.

Así vimos, por última vez, al lírico insigne, que logró lo que a muy pocos ha sido concedido: ser a la vez admirado y amado en todas las latitudes del planeta; admirarlo por su prosa tersa y su verso rutilante, y amado por su corazón tierno y nobilísimo, donde el odio no pudo albergarse; que llegó a estas playas envuelto en una atmósfera de cálida simpatía y se aleja de ellas llorado por la América entera, entre un clamor de protestas, y un deslumbramiento de apoteósis.

Su féretro, bañado con las lágrimas de las mujeres,—cuyo imperio conquistó de manera avasalladora, por sobrenatural designio,—fué cubierto materialmente de coronas y de rosas; y en medio de veinte oraciones fúnebres, la gran voz de Zorrilla de San Martín, — resúmen del pensamiento continental, — saludó su partida con acentos dignos de ser trasmitidos a la posteridad.

Ante su tumba, recién abierta, vienen a mi memoria las palabras desoladas de Saint-Beuve, al volver del sepelio de Alfredo de Musset: *Nuestra juventud hace tiempo que estaba muerta y con él la hemos enterrado.*

LUIS BERISSO.

†

AMADO NERVO

Cierra un poco la puerta de la calle,
Amado Nervo ha muerto...
Estáis de luto todas las mujeres,
reza, por su descanso un Padre - Nuestro.

Un Padre - Nuestro de tus labios puros
le irá indicando el celestial sendero.
En la muerte de un padre o de un hermano,
yo nunca escribo versos.

FERNÁNDEZ MORENO.

Huanguelén.

EL ÚLTIMO LIBRO DE NERVO

El estanque de los lotos

Cerró los ojos en esta ciudad el dulce poeta, con la misma serenidad con que había cantado en sus últimos versos a Dios, al amor, a la piedad, al misterio. Su último suspiro fué como un verso no pronunciado, y en alas del cual habrá sido llevado a la incógnita región de donde nunca más se torna, como se dice en *Hamlet*. Beatitud fué la hermana que cerró sus ojos: frente a su cadáver se pensaba en una muerte amiga, no en la muerte horrorosa de los que sienten el temor de la tumba; en una muerte prometadora de delicias. ¿Qué delicias? Aquellas con las cuales el poeta soñara: un mundo de paz y de amor y de dulzura en el seno de lo infinito. El poeta ya entró en la región del Misterio, como un conquistador sereno. La tierra que él ansiara descubrir y cuya visión henchía a su alma, ya está en él, ante sus ojos cerrados para lo mortal y abiertos para lo eterno.



Hablemos de *El estanque de los lotos*. En las páginas de este libro predomina, como una obsesión, ese deseo de lo infinito, de Dios, del misterio. El poeta mira hacia dentro de sí mismo, se asoma a su propio espíritu, “viendo en el espejo de sí mismo el universo”; y de ese mirar hondo hacia adentro han brotado unos versos suaves, dulcísimos, donde lo trascendente y lo absoluto y lo infinito y lo eterno desfilan, no abstracta y secamente, como en árida filosofía de austero pensador, sino entre arrullos de amor y de esperanza, entre surtidores de agua pura y cristalina que calma la sed del espíritu, con la promesa de una eterna verdad consoladora. La muerte es para él la su-

prema conquista, la liberación del alma, la realización de las grandes ansias que aquejan a los grandes espíritus. Es el "lago quieto en cuyo fondo está el gran secreto". (*Epitafio*). Es el piélago que guardará en su seno la conciencia de uno, como perla de oriente misteriosa. (*La Perla*). Es un deseo agudo de partir; una envidia al vuelo de las aves; algo que azuza el corcel de las ansias; un invisible látigo que restalla cerca de uno. (*El diagnóstico*). Es capullo inútil que se rompe porque estorba a las alas. Es nacimiento. (*Soy un viejo*). Es para la novia el beso de bodas más dulce y divino. (*La novia*).

El aleteo de la muerte siembra en las poesías de *El estanque de los lotos*, no el terror, sino el dulcísimo deseo de dormir para no despertar más en este mundo de dolores y miserias, en la cárcel corruptible que se llama cuerpo, entre las limitaciones de una vida vulgar; y ese aleteo tampoco sumerge al poeta en el pesimismo, antes al contrario, lo impulsa a mirar con amor, piedad y alegría al hombre y las galas del mundo, a todo lo que existe, a ser bueno y a perdonarlo todo. En la poesía *Dormir* el sueño es comparado a un estado de divinidad: "el que duerme es un dios". "Nadie, ni el más feliz, restar querría—horas al sueño para ser dichoso". "Mucho sabes; pero mi sueño sabe más". Pero el poeta sabrá en sus horas de vigilia vivir también en su mundo, en su exclusivo mundo, como vive en el sueño; sabrá ser dios como el que duerme, y salvar los escollos del océano que llaman "realidad". Esa es la virtud de los grandes espíritus: mantener en la actividad la conciencia serena. en reposo, como en un dulce sueño: sin dormirse, viven en su mundo, en su exclusivo mundo. No es, pues, el canto de Neruo al sueño una cobarde huida de la actividad de su espíritu, sino concentración de éste sobre sí mismo para estar "en los brazos de Aquel que nos sugiere santas inspiraciones", es decir, un acercamiento, un contacto con la Verdad eterna, con el Amor eterno, con el Bien eterno. El poeta se mantiene siempre dentro de un optimismo fecundo, que no tiene sus raíces en las apariencias del mundo limitado en que vive, sino en la propia vida del poeta, en su propio espíritu, en el cual se contiene lo eterno. "El alma es un vaso que sólo se llena con eternidad". Ni abruman ni desconciertan al poeta los años que huyen raudos, y alaba a la vejez "silenciosa y nevada carretera.—que conduce derecho al Gran Convite".

Como el poeta se ha puesto a meditar con serenidad sobre la muerte, su espíritu sabe juzgar de todas las cosas con sabia filosofía. Todo lo que hay dentro de él lo llama hacia el camino de la eternidad: ve a Dios, a lo absoluto, a lo eterno dentro de sí mismo, en su propia conciencia. La libertad está en el hombre mismo; fuera de él, todo lo ata, todo lo liga: el hombre es grillo del hombre. (*Liberación*).

Tampoco el inapreciable tesoro que lleva dentro de sí misma el alma, impulsa al poeta a desdeñar lo que está fuera de ella. "Señor, no puedo huír a la montaña,—no puedo ir a buscarte en el desierto,—porque es fuerza morar entre los hombres". Ni la eternidad que contiene su mundo interior arranca de la acción y de la voluntad al poeta. "Poeta, por Dios, deja—ya los "procedimientos"—y manidas retóricas:—¡glorifica la acción, canta el esfuerzo!" Y a la voluntad le grita: "No consientas en tus grillos, no consientas en tus males—y opón sin cesar a tantas limitaciones fatales,—tu propia fatalidad".

¡Qué vigorosa filosofía de la voluntad se desprende de estos últimos versos! Muchos poetas han cantado a la voluntad en estrofas sublimes; pero nadie ha sabido como éste poner frente a frente la voluntad y la fatalidad. Si la voluntad del hombre choca contra las limitaciones fatales, debe pensar el hombre que su voluntad es también una fatalidad, y, como tal, puede luchar, y con éxito, con otras fatalidades. Es esa fuerza de voluntad que se liberta de sus grillos, la que da a las páginas tan suaves de este libro—suave por la forma—una heroica entereza, capaz de apaciguar o de extirpar los más agrios dolores de esta vida. Y como los libros que el poeta canta en una de sus poesías y que son para él—"salud y vida y esperanza" y servirán de almohada a su sueño en la noche que se acerca, así también este libro puede ser para toda alma compañero inseparable, refugio dulcísimo. remanso de la vida.

Una sentencia de Budha sirve de epígrafe al libro. El inflexible espíritu del inmortal reformador indo, bueno como el de Cristo, parece extender sus alas de caridad, de paz y de fraternidad sobre estos versos. Así como Sakyamuni, a la edad de veintiocho años, abandonó esplendores, lujo y molicie para

poner su alma, como ofrenda, sobre los dolores y miserias de la humanidad, de la misma manera Nervo abandona en su libro todo lo vano y mundanal para ir en busca de lo infinito, de lo eterno. Medita como el Budha, concentrándose en la soledad de su mundo interior, y abre luego su espíritu en el amor, en la paz, en la fraternidad.

Quien dice budhismo dice caridad. Pudo, pues, Amado Nervo poner al frente de su libro esa divina palabra. En leyendas caprichosas, como lo hace notar Laurent en su *Historia de la humanidad*, los indos pintan el inagotable amor del Budha por todos los seres. Cuenta una de esas leyendas que Sakyamuni entregó su cuerpo a una tigre que se moría de hambre con sus pequeñuelos. Esa caridad del Budha no significa solamente beneficencia: es también sacrificio ilimitado por la salvación de todas las criaturas. Es una caridad sobrehumana que ardía como hoguera inextinguible en el alma de Sakyamuni. Pudo, pues, el poeta, poner al frente de su libro esta otra divina palabra: abnegación. La ley de Budha era una ley de gracia para todos. Toda la humanidad podía acogerse a ella. “Nosotros debemos amar a todos los seres—dice la “buena ley”—porque somos uno con ellos. El que odia a sus semejantes se odia a sí mismo”. “Yo lleno de alegría todo el universo, semejante a una nube que vierte por todas partes su agua, siempre igualmente bien dispuesto para los hombres respetables como para los más bajos, para los más virtuosos como para los más malos. (Citado también por Laurent).

Fuente de amor, fuente de todo lo bueno es ese evangelio en que Amado Nervo baña a su alma para llevarla a la suprema tranquilidad. El Cristo o el Budha: he ahí dos hombres que son la gloria de la humanidad. Nervo bebió en esas dos fuentes purísimas y calmó en ellas su sed de eternidad. “Bebió leche de leonas, gustó el vino de los fuertes”, en la Biblia, en los indos, en Platón, en Epicteto, en Marco Aurelio, que son eternos manantiales, como él mismo lo dice.

El poeta sale después fuera de su alma por unas horas, y contempla el mundo, a la Europa ensangrentada... Gritos de amor y de piedad brotan de sus labios. Pide a los demás poetas

que sean misericordiosos, cordiales, sonrientes, humanos, aunque el mundo entero llegara a proclamar el culto de la fuerza. Tiene hondas palabras de optimismo para la humanidad desgarrada: "ya es mucho que haya algunas almas buenas". "No pidáis ondas blandas y serenas—al mar esquivo de la sociedad:—¡ya es mucho que no rompa las entenas — y el casco del bajel la tempestad!"

En resolución, *El estanque de los lotos* es un libro de amor, de piedad y de eternidad. La muerte y el misterio aletean en él, no como enigmas pavorosos, sino como esperanzas luminosas. El abnegado, el sobrehumano evangelio de Budha esparce sus dulzuras por las páginas del libro. El espíritu del poeta, como el de Sakyamuni, se repliega dentro de sí mismo, se observa a sí mismo, se mira a sí mismo, como en un espejo, y busca en él la verdad que otros buscan en las vanas apariencias exteriores. Dios, la verdad, la eternidad, la dicha ansiada, todo esto está dentro de nosotros mismos; de todo esto nos habla el espíritu si nos concentramos sobre él; de adentro, de nuestro mundo interior sale el guía que nos lleva por un camino claro, recto y luminoso.

HORACIO MALDONADO.

Montevideo.

AMADO NERVO

Guarda la extraña raza de Anáhuac en el gesto
cierta expresión humilde de interna claridad,
como de augur que, al cabo de su virtud depuesto,
rumia un viejo coloquio con la Divinidad.

Llegó el León de Castilla en el galeón apuesto,
gualdado de avaricia, sangriento de crueldad,
y en su antigua añoranza temando el indio presto
trepó hacia Guadalupe buscando su heredad.

Después... el mal del siglo, Darwin y la energética,
las tres brujas de Macbeth, predicen la frenética
carrera de la carne que deja al alma en pós...

y aún en las vertientes de los Colimas altos,
un indio ensimismado, libre de sobresaltos,
rima en versos profundos la voluntad de Dios!

PABLO DELLA COSTA (hijo).

EL POETA DEL SILENCIO DE LOS SILENCIOS

Su agonía dolorosa

Como ningún otro de los poetas hispano-americanos, tuvo Amado Nervo el sentimiento de la muerte, que le conturbaba a veces, que le obsesionó por momentos, que siempre le hizo cantar con un tono trascendente, de místico o de estoico. No es la muerte para Nervo aquella "noche preñada de aurora" a que alude Pío Baroja con marcada indiferencia. El poeta mejicano nos dice:

La muerte, nuestra Señora,
está llena de respuestas:
de respuestas para todos
los porqués de la existencia.

Y en seguida, el refinado y delicadísimo autor de *Serenidad*, advierte:

Silencio de los silencios
tal vez llamarla debieran.

En cualquier libro de Amado Nervo que hojeamos hay siempre, mejor o peor disimulado, el temor a la muerte. Por ahí se ha difundido un trabajo breve cuya lectura se nos antoja fundamental para conocer los negros terrores del poeta. Escrito en un momento de visible angustia, espoleado por el dolor físico quizá, con el agudizamiento de lecturas cristianas y hasta terribles páginas de Edgar Poe, el poeta hace hablar así a uno de sus personajes:

"No podría yo decir cuándo experimenté la primer manifestación de este miedo, de este horror que me tiene sin vida. Tal pánico debe arrancar de los primeros años de mi niñez, o nació acaso conmigo".

Este trabajo, *El miedo a la muerte*, tiene todas las características de una verdadera disección, de un autoanálisis, en el cual la propia sensibilidad buida sirve de bisturí tajante. Comparemos esta desgarrada impresión con alguno de los versos donde se alude al "silencio de los silencios". Habla de la muerte del cura de su pueblo, fallecimiento que impresionara al vecindario provinciano:

"Tendiéronle en la parroquia, revestido de sus sagradas vestiduras, y teniendo entre sus manos, enclavijadas sobre el pecho, el cáliz donde consagró tantas veces. Mi madre nos llevó a mis hermanos y a mí a verle, y aquella noche no pegué los ojos un instante. La espantosa ley que pesa con garra de plomo sobre la humanidad, la odiosa e inexorable ley de la muerte, se me revelaba produciéndome palpitaciones y sudores helados. "¡Mamá, tengo miedo!" gritaba a cada momento, y fué en vano que mi madre velara a mi lado; entre su cariño y yo estaba el pavor, estaba el fantasma, estaba "aquello" indefinible que ya no había de desligarse de mí".

Veamos ahora cómo se alude a la muerte en los versos de Nervo:

Qué bien están los muertos!
Ya sin calor ni frío,
ya sin tedio ni hastio.

Por la tierra cubiertos,
en su caja extendidos,
blandamente dormidos...

Qué bien están los muertos,
con las manos cruzadas,
con las bocas cerradas.

Con los ojos abiertos
para ver el arcano
que yo persigo en vano.

¡Qué bien estás, mi amor!
Ya siempre exceptuada
de la vejez odiada,

Del verdugo dolor...
Inmortalmente joven
dejando que te troven

Su trova cotidiana
los pájaros poetas
que moran en las quietas

Tumbas, y en la mañana
 donde la muerte anida
 saludan a la vida...

Esta serenidad contrasta con el acento lúgubre y aterrante de aquellas páginas en prosa que nosotros queremos considerar, más que un producto de la fantasía de Nervo, verdaderas confesiones surgidas en un momento de dolorosa exaltación, entreviendo el poeta su fin cercano, porque débil y enfermo, podía suponer que él también iba a verse exceptuado de la "vejez odiada", aunque no del "verdugo dolor" que debía soportar por el doble hecho de haber nacido con una sensibilidad extrema y un organismo enfermo.

En *El miedo a la muerte*, página que desde hace años nos hiriera con la intensidad de un dolor corporal, Nervo habla de una serie de fallecimientos familiares para declararnos:

"Después, cada muerto me dejó la angustia de su partida, de tal suerte, que pudo decirse que mi alma quedó impregnada de todas las angustias de todas las muertes; que ellos al irse me legaban esa espantosa herencia de miedo".

Más adelante habla de "noches tormentosas hasta el martirio", como consecuencia de esas pláticas macabras que constituían los ejercicios espirituales en el colegio de los jesuitas.

Se ve igualmente con qué vivacidad han impresionado a Nervo las muertes históricas. El gran miedoso del "silencio de los silencios" debió de buscar páginas donde se hablaba de la agonía de los grandes hombres con la propia avidez que un mortal aprensivo hojea un volumen donde se consignan los caracteres de las enfermedades más diversas.

Y así evoca acentos de Santa Teresa de Jesús, la mística estupenda, que ha influenciado la literatura castellana—y buena parte de la francesa—en el último siglo, y así cita las postreras palabras del vehemente Lord Byron, del sibarita Mazariño, de Isabel de Inglaterra, de Felipe III de España, de Carlos IX de Francia, del frívolo y enamorado Alfonso XII...

Insistimos, considerando estas breves páginas de Amado Nervo como un documento confidencial y veracísimo. Momentos hay en que ignoramos si el miedo del poeta de *Elevación* era simplemente al *no ser*. Manuel Gálvez, hombre que nos aventaja en sentido religioso, nos contradice. A su juicio es el *más allá*, la perspectiva de otra atormentada existencia, lo

que aflige y preocupa al escritor mejicano. Sus versos arrojan poca luz. Son, sin duda, contradictorios:

Dicen que un muerto es un ser elevado
al Misterio absoluto...

Tú, pues, amigo diáfano que amabas
la claridad socrática, tú, el justo
ingenuo y candoroso, eres ahora
el misterio por excelencia, el único
el más abrumador de los misterios...

Nada en tu simple vivir hubo
de inextricable, nada de enigmático,
de arcano ni de obscuro.
Eras la propia limpidez del aire!
... Y hoy todos los secretos en ti juntos
floreces y tu sombra es cual la sombra
del ala de la esfinge. En vano busco
la santa nitidez de tus pupilas:
ya todo tú eres negro, ya el sañudo
prestigio de la eternidad te envuelve;
ya ves la cuarta dimensión, en cuyo
contrasentido abismase la lógica.
¡Tengo miedo de tí! y en mi convulso
sueño angustioso, yo, que ansiaba verte
y hablarte siempre, pávido formulo
esta orden mental: —Vete fantasma,
no me materialices! Vuelve al húmedo
agujero en que estás; si eres la ansiada
revelación del más allá, renuncio
a ella, torna allí donde te pudres;
¡No quiero saber nada de otros mundos!

Está bien exteriorizado aquí el temor del *más allá*. En cambio, una composición *Tedio*, que figura en *Elevación* muy cerca de la que acabamos de transcribir, nos da a entender que Amado Nervo admite la muerte como reposo supremo, sin posible complicación anímica posterior:

Tengo el peor de los cansancios:
¡el terrible cansancio de mí mismo!
¿Dónde ir que a mi propio no me lleve,
con el necio gritar de mis sentidos
y el vano abejear de mis deseos
y el tedio insoportable de lo visto
y el gran desabrimiento de los labios
después del amargor de lo bebido?
¡Oh que hambre de paz y de penumbra
y de quietud y de silencio activo
y de serenidad!... ¡Dormir, dormir!
¡Toda una eternidad estar dormido!

Y entre el místico y el escéptico, aparece en el poeta el hombre comprensivo y razonador que ni niega ni afirma, que ni admite ni rechaza:

Pregunta el hombre triste y serio
 —¿Vive quizás el que murió?
 ¿Es un engaño el cementerio?
 —¿Quién sabe? — dícele el Misterio:—
 ¿Y por qué no?

Pregunta el hombre: — ¿Y el consuelo
 íntimo y dulce que solió
 prometerme un futuro vuelo
 es por ventura voz del cielo?
 Dice el Misterio: — ¿Y por qué no?

—Debe esperar, pues, refrigerio
 para su mal el que penó
 en este oscuro cautiverio
 —¿Quién sabe? — dícele el Misterio:—
 ¿Y por qué no?

Y así marchamos por la vida
 con la ilusión bien encendida
 para alumbrar lo que soñó
 nuestra pobre alma entelerida.
 Así marchamos por la vida
 entre un “¡quien sabe!” y un “¿por qué no!”

Esta postura filosófica, tan cómoda, no domina mucho en las poesías de Amado Nervo, a pesar de que nosotros creemos advertir en el cantor una verdadera preocupación por surgir ante los lectores con el espíritu aquietado, sereno. Así por ejemplo, cierra con *La santidad de la muerte* su libro *Serenidad*.

La santidad de la muerte
 llenó de paz tu semblante
 y no puedo ya verte
 de mi memoria delante
 sino en el sosiego inerte
 y glacial de aquel instante....

En el ataúd exiguo,
 de ceras a la luz fátua
 tenía tu rostro ambiguo
 quietud augusta de estatua
 en un sarcófago antiguo...

Quietud con yo no se qué
 de dulce y meditativo;
 majestad de lo que fué;
 reposo definitivo
 de quien sabe ya el por qué...

Placidez honda, sumisa
 a la Ley, y en la gentil
 boca breve, una sonrisa
 enigmática, sutil,
 iluminando indecisa
 la tez color de marfil.

A pesar de tanta pena
 como desde entonces siento
 aquella visión me llena
 de blando recogimiento
 y unción... Como cuando suena
 la esquila de algún convento,
 en una tarde serena.

Nosotros, tenemos la franqueza de confesarlo, al conocer el fallecimiento del poeta, sentimos una curiosidad infantil irrepresentable. Nos interesaban los pormenores. Y nos interesaban de modo extraordinario. Merced a una relación fidedigna de los detalles registrados en aquella agonía, íbamos a conocer la verdadera angustia del poeta: ¿el no ser?... ¿el más allá?...

—¡Ha muerto como un santo!—dijo uno de los que presenciaron los últimos momentos de Nervo.

Trátase de un intelectual católico, obstinado en que Nervo resultase en la agonía el autor de *Sosiego*:

Más allá de la impaciencia
 de los mares enojados,
 la tranquila indiferencia
 de los limbos irisados
 y la plácida existencia
 de los monstruos no soñados.

Más allá de la violencia
 de ciclones y tornados
 la inmutable transparencia
 de los cielos estrellados...

Más allá del río insano
 de la vida, del bullir
 pasional, el Océano
 Pacífico del morir....
 con su gris onda severa,
 con su inmensa espalda inerte
 que no azota volandera
 brisa alguna...

Y mi galera
 de ébano y plata se advierte
 sola en el mar sin ribera
 de la Muerte!

¿Qué experimentó el poeta al tener la sensación inequívoca de que se moría, de que se moría entre las hoscas paredes de un cuarto de hotel, lejos de los cielos patrios, lejos de los que amaba, entre un grupo de amigos cuya alarma transparentaban los rostros bien?...

Miedo, un miedo invencible, un miedo pavoroso. Fué aquel espíritu que escribiera en una página desgarrada:

“¡Morir, ah Dios mío! Los animales, cuando sienten que se aproxima su término, van a tumbarse en un rincón, tranquilos y resignados, y expiran sin una queja, en una divina inconsciencia, en una santa y piadosa inconsciencia, devolviendo al gran laboratorio de la naturaleza la misteriosa porcioncita de su alma colectiva! Las flores se pliegan silenciosas y se marchitan sin advertirlo (¡o quien sabe!) y sin angustia alguna (¡o quien sabe!). Todos los seres mueren sin pena... menos el hombre”.

Cuando Amado Nervo sintió entrar a la Pálida, era la medianoche. Con un grito desgarrado que estranguló la propia emoción, el miedo, dijo:

—¡La Muerte me está rozando los pies!... ¡Siento frío!...

Sus grandes pupilas estaban espantadas y los dientes debíanle castañetear. De inmediato se subió la temperatura del cuarto, pero Amado Nervo proseguía con los ojos fijos en algo que nadie divisaba más que él:

—¡Se va apoderando de mí!... ¡Paraliza mis miembros, no me deja mover!...

Era un gran terror de niño. El poeta mejicano había olvidado sus más serenos conceptos sobre la muerte. Fué el hombre rebelde que exclama ante el Destino ciego:

—¡No me quiero morir!... ¡No me quiero morir!

Hasta la alcoba llegaba mansamente el eco del oleaje en la playa. Tal vez, como en los cuentos llenos de misterio de Valle Inclán, aullara un perro agorero en la lejanía:

—¡No me quiero morir!... No me quiero morir!...

Acaso penetrase, estremeciendo las cortinas del balcón, una racha de viento, de viento otoñal, húmedo, frío, trágico. El poeta temblaba, veíanlo lívido sus acompañantes. Por fin se serenó:

—Sé que voy a morir; pero antes, quiero ver el sol, un rayo de sol...

Y preguntó la hora. En la torre del Asilo de Huérfanos, el reloj las iba anunciando, indiferente.

—Las cuatro, las cinco...

El poeta entrevió que su deseo postrero iba a cumplirse. Su organismo exhausto, palparía aun cuando llegase el amanecer:

—¡Quiero ver el sol!... ¡Un rayo de sol!...

Sobrevino la serenidad, que esta vez no era sino cristiana resignación. Entonces sí; a no hallarse exhausto, habría podido recitar el *Me marcharé* de su mejor libro:

Me marcharé, Señor, alegre o triste;
 más resignado cuando al fin me hieras
 Si vine al mundo porque tú quisiste
 ¿no he de partir sumiso cuando quieras?
 ... Un torcedor tan solo me acougoja,
 y es haber preguntado el pensamiento
 sus porqués a la Vida... mas la hoja
 quiere saber donde la lleva el viento.
 Hoy, empero ya no pregunto nada:
 cerré los ojos, y mientras el plazo
 llega en que termine mi jornada
 mi inquietud se adormece en la almohada
 de la resignación, en tu regazo!

Habló con débiles y resignadas palabras ante la media docena de amigos que habían rodeado el lecho en el último día de su melancólico peregrinaje por la vida:

—¡Siento que me voy!... ¡Me muero!... ¡Sol!... ¡Un rayo de sol!

Y logró divisarlo. Luego el día apareció hosco y nublado, como si se pusiera de luto por el fallecimiento de aquel gran espíritu continental.

A medida que agonizaba Nervo, su lucidez era más manifiesta. Los amigos reprimieron su emoción con un extraordinario esfuerzo. Nueve horas estuvo el poeta "sintiéndose morir". Por fin, a las nueve de la mañana, aquella vida se apagó suavemente, como una luz muy débil y muy mística...

VICENTE A. SALAVERRI.

Montevideo.

CÓMO MURIÓ EL POETA

El corresponsal en Montevideo de LA PRENSA, de Buenos Aires, ha narrado con toda fidelidad la agonía del poeta. Creemos útil reproducir estas páginas:

Montevideo, mayo 24. — La mejoría que en el estado de Amado Nervo se inició el miércoles no se acentuó posteriormente. La terrible uremia que lo atacó el domingo último avanzaba rápidamente, defraudando todas las esperanzas sobre una reacción salvadora en la que aún se creía. Ayer Nervo recibió la visita de numerosas personas. Estaba en posesión de todas sus facultades psíquicas; sonreía a todos cuantos llegábanse hasta su lecho y quería hablar con ellos, cosa que le impedían su médico de cabecera y los mismos visitantes. Su físico denotaba visiblemente los estragos que hacía el mal, pero su intelecto, su intelecto privilegiado, brillaba aún con los mismos destellos de sus mejores días.

Esta madrugada su estado se agravó rápidamente, haciendo perder a todos la esperanza de la tan anhelada reacción.

A las 9 entró en estado comatoso; sin embargo todavía articuló algunas frases, entre las cuales podía oírse la de: "Bueno... muy bueno".

En los últimos días, dándose cuenta de la gravedad de su estado, hablaba de su mal y pedía que no escatimasen esfuerzos para salvarlo "No quiero morir, no quiero morir", decía a cada rato.

Éran las 8.35 cuando el señor Freymann, que no se había separado un instante de la cabecera del lecho del enfermo, corrió apresuradamente a las habitaciones del ministro peruano, doctor Belaunde, alojado también en el Parque Hotel, y le comunicó que Amado Nervo acababa de sufrir un síncope. Le-

vantóse apresuradamente el doctor Belaunde, y, acompañado del médico peruano doctor Sánchez Aizcorbe, concurrió a las habitaciones del poeta enfermo, que se hallaba sin sentido, prodigándole, en compañía de los señores Freymann y Padilla Nervo, toda clase de cuidados. Pronto se produjo una reacción, pero en realidad sólo se trataba de una leve alternativa entre la vida y la muerte, pudiendo asegurarse que, aunque no lo parecía, se había iniciado el período agónico.

Plácidos fueron los últimos instantes del poeta. Su deceso se produjo entre pruebas de amistad y consideración de cuantos le rodeaban. Una profunda emoción embargaba los ánimos de los presentes.

Sus últimos instantes fueron de una dulzura impresionante y se extinguió con la serenidad, con la calma de que hizo gala en toda su vida.

El ministro peruano, doctor Belaunde, que no se apartaba un instante del poeta, decía esta tarde: "Tuvo una muerte admirable, la muerte de un talento; de un iluminado".

La dulzura y la delicadeza de su alma no se empañaron nunca durante la enfermedad. La forma en que se extinguió ha impresionado a todos los que le rodeaban.

Amado Nervo dirigió sus últimas palabras al practicante que lo atendía, a quien manifestó la pena que le causaba que se mortificara por él.

Anoche, a las 10 se encontraba entre las personas que atendían al enfermo el ministro interino de relaciones exteriores, Daniel Muñoz, quien se dispuso a retirarse por un instante, según expresó, por tener que visitar al presidente de la república, que se encontraba un poco enfermo. Amado Nervo le pidió entonces, en la forma galana que sabe dar a todas las cosas que dice, que le manifestara al doctor Brum su viva gratitud por las atenciones que de él había recibido. Y agregó:

"El doctor Brum es más que un presidente: es todo un hombre".

El doctor Daniel Muñoz dijo también que anoche, después de comer, condujo a una nietecita suya hasta la habitación de Amado Nervo. El insigne poeta al verlo entrar le dijo aludiendo a niñita: "Usted me trae una cosa muy buena, me trae un rayo de sol: esto es lo que yo necesitaba".

Momentos antes de que Nervo expirase, el doctor Da-

niel Muñoz tomó una mano del enfermo, y el poeta, aunque estremeciéndose ya en la agonía, pudo decirle: "Siento que la muerte me entra por los pies".

Las precauciones de todos los que le rodeaban por las alternativas de su salud le arrancaban espontáneas palabras de gratitud. "No se mojesten... No se mortifiquen por mí", eran sus palabras a cada instante. Evitaba el formular preguntas o pedir favores sobre cualquier detalle que interesara a su situación por no obligar a nadie a trabajos de ninguna índole, provocados por él.

La noche la pasó en un estado de iaxitud completa; casi no hablaba, y cuando lo hacía sólo era para formular lentas frases de cariño para todos, y siempre insistiendo en no mortificar a nadie.

A la 1.30 de la madrugada quiso cambiar de postura. El practicante de medicina que le atendía le hizo notar que todo movimiento le sería perjudicial e insistió en que no se moviera. "De todos modos..., dijo, recostándose sobre el lado izquierdo... ¡De todos modos ha de ser la última!"

Dulce, suave su morir en realidad, ha sido para Nervo una llama que se ha consumido lentamente hasta apagarse, dejando incólumes y engrandecidos sus propios resplandores.

La semipenumbra de la habitación, propicia al ensueño impreciso y vago de su lúcida agonía, levantó en su alma visionaria de gloria la última nota de su lira.

"¿Por qué no abren esas ventanas para que entre luz?... Yo no quiero morir sin ver el sol!... Gracias... Gracias". Y agradecido a todos, expiró.

AMADO NERVO

*In questa ricerca affannosa
dell'anima nostra, sovente
lanciamo una voce piangente,
lanciamo una voce gioiosa.
Talvolta una minima cosa
ci appar come un mondo; repente
il baratro cupo del Niente
ci ingoia. Siam spina? Siam rosa?*

*La vita é ricerca, non altro;
la vita é curiosità:
ignoran l'ingenuo e lo scaltro
e chi piú conosce men sa.*

Tu fosti una lampada appesa
davanti un'altare in cui viva
fremeva l'immagine santa;
tu fosti la voce che canta
serena, com'acqua sorgiva
che corra tra massi, in discesa.

Ai curvi, dall'odio divisi,
volesti alleviare il fardello,
ma ognor ti sentisti piú solo;
lanciasti lo spirito a volo,
nel sogno cercasti un fratello,
il dolce Francesco d'Assisi.

E fosti la stella che appare
nell'ora in che l'anima piange
i sogni del dí tramontato.

(O bimba, lo sguardo hai levato
a molcer la pena che t'ange?
Son belle le stelle sul mare.

O piccole, splendide faci
sospese nel cielo, accogliete
voi forse il desio degli amanti?
poeti, sedate nei canti
la febbre? Vi plachi la sete
l'ambrosia divina dei baci).

Or noi non udrem la tua voce
piú mai. Fatto stella, alle stelle
tu dici i tuoi canti, poeta.
Noi ancora cerchiamo una meta
ne' baci rubati alle belle,
ne' raggi che spande la Croce.

FOLCO TESTENA.

DIALOGO DE LEONARDO Y KEMPIS

LEONARDO. — ¡A qué contrastar esta vocación que me lleva hacia eso que tu llamas curiosidad vana! ¿Por qué habría de oponerme a este mi afán de expansión; impedir el libre curso de las propias ansias no es acaso olvidar cómo vuelven al mar los grandes ríos?

TOMÁS. — Bueno tienes el cerebro que bien te acompaña en ese tu vano fantasear. . .

LEONARDO. — ¡Cómo empleas, y con cuánta delectación, el vocablo vano! ¿Es que hay por ventura, o desventura, algo vana no en esta vida?

Por mí, puedo decirte que: así como nunca supe del hastío, tampoco hallé esa “vanidad de vanidades” que tú dices.

TOMÁS. — Hábil es tu discurso, que las manos con acertados gestos comentan y explican; argumentos, aunque falsos, no te faltan; tanto talento tienes que intentas, y a veces lo consigues en otros menos firmes que yo, demostrar lo imposible. . .

LEONARDO. — ¡Qué empeño el tuyo en considerar insolubles ciertos problemas naturales! . . . Bueno es creer, pero, ampliando el radio de nuestra fe. . .

TOMÁS. — Imposible es seguir a tu inquieta fantasía. . . La otra vez, cuando hablabas de arrancar, de sana planta, para llevar al altivo monte una Casa del Señor, convencido me hubiste en aquel momento como a todos; más, al volver a la verdad, al retornar a mi solitario claustro con la dulce y única y real compañía de El, recién comprendí la inutilidad de tu empeño.

LEONARDO. — Tú mismo me alentabas convencido de la belleza del proyecto y no me extraña que cambies. Lo has

dicho tú mismo: "los que hoy son contigo mañana te pueden contradecir"...

Ya lo ves, no me ofende que tú mismo mudes como el viento... Admirable, más aún, sublime es esta renovación constante que otorga nuevos mirajes y ensancha el horizonte ideal; en gracia de ella siempre está en presión la máquina poderosa de los hombres...

TOMÁS. — Así lo puedes creer; pero, olvidas que debes considerarte en la tierra extraño y peregrino; y que, cuando hayas hecho tu casa no te valdrá, porque forzado serás a abandonarla...

Sé como los Santos, que: "ajenos eran al mundo, mas muy allegados a Dios"...

Sólo en la vida monástica y en el ascetismo hallarás reposo y verdad...

LEONARDO. — De la vida monástica no me hables, amo esta libertad que enciende mi cuerpo... creciendo fuí, libremente y cual la vocación a los placeres naturales me lo sugirió; recogí serenas visiones de la campiña toscana, presencié las lentas labores agrícolas alegradas por cantilenas y epigramas; hice muchas excursiones a los bellos lugares cercanos; admiré solemnes fiestas religiosas; y, también, cuando lo quise, gusté en las largas noches invernales, del placer de la vigilia amenizados con juegos ingenuos o con fábulas misteriosas y sugestivas...

En cuanto al ascetismo déjame el filosófico. Quizás llegue a él con el andar de los años, librando así mi alma de la tiranía del cuerpo; con el ascetismo filosófico me será posible, de más en más, el mejor desenvolvimiento de mis facultades...

TOMÁS. — En contradicción estamos como siempre; ese ascetismo no lo admito ni lo puedo concebir... Ese del cual yo hablo, y que es el único o el solo posible, lleva a la expiación, a la maceración, al éxtasis...

LEONARDO. — ¿Y qué haré yo de mis buenas piernas, de mis ojos vivos y mis fuertes brazos...?

TOMÁS. — No me interrumpas... Ese ascetismo que tú llamas filosófico no es tal porque la única verdad y ciencia ciertas están en El.

¿De nada valieron, según tu sentir, las luchas que sostu-

vimos por esa causa con los epicureos de quienes parece tomar tus conclusiones?; las teorías que defiendes, muchas luchas costaron aunque no tantas como su impiedad mereciera...

LEONARDO. — Mal informado estás, demacrado asceta, pasó la negra sombra de los anteriores siglos; la humanidad tiende a la más constante revisión de valores... Los áureos griegos y los dulces romanos—aunque paganos—encuentran por obra de Lucrecio la fiel y definitiva exposición de sus, tan bellas por lo humanas, teorías... ¿Leíste acaso *De rerum natura*?

TOMÁS. — ¡A qué leer palabras paganas!... Además ya lo dije: ejercitarse en la santísima vida y pasión del Señor es todo lo útil... No hay necesidad de que busques nada mejor fuera de Jesús...

LEONARDO. — Si, tal entiendo también... No ignoras cómo intenté, llevado de ese amor, infundir, como me fuera posible, tanta gracia y serenidad en cierta tela, muy querida, que llamé *El divino maestro* o *Redentor*...

TOMÁS. — No se me escapa la sublime intención puesta en ella; pero igual entusiasmo advierto en tus obras profanas, por ej.: en esa *Desconocida* que muestras en toda la plenitud de su materialidad...

LEONARDO. — ¡Qué dices!... ¿Es que acaso ella no es hija del Señor también?...

¿Reproducir algo de lo que la Naturaleza ofrece no es hacer ofrenda y voto para la mayor gloria del Supremo Arquitecto?

TOMÁS. — Y ese tu afán de querer encauzar hasta el libro curso del río Arno; y esa suma complacencia en curiosear la vida de los primitivos seres de esta tierra; y ese tu amor puesto en escribir el *Tratado de Anatomía*?

No sólo significa ello intento de develar el secreto del Señor, sino que, también presupone la voluntad de modificar sus obras...

Además, ¿por qué tanto empeño pones en saber cosas que podrían abstraer, aunque sólo por fugaces momentos, a alguna alma elegida, sabiamente destinada a la suprema paz de la muerte?... Recuerda lo que me sugirió El: los pecados y vicios en que estamos tan caídos nos impiden contemplar las cosas celestiales...

LEONARDO. — De eso no me puedo quejar; si supieras cuán-

tas cosas celestiales me es dado ver en todo momento. ¿Has sentido la sublimidad de gozar de la belleza de la mujer amada? ¡Es tan inefable el cuadro que ofrece la madre sonriendo al infante que succiona la leche de su vida! ¡Cuán dulces son esas armonías en tono menor de la noche, y potente es la sugestión que surgen del contraste ofrecido por los recios ruidos del trabajo del día y la tenue cháchara de niños y pájaros... ¡Divino concierto! Tú no ignoras cómo mi entusiasmo se reparte en todo; admirado de las obras de los hombres, ¿es raro, que quisiese saber cómo somos y cómo nacemos?... Créeme, dulce me fué el tiempo empleado en observar el desarrollo del punto inicial, del ser hasta obtener el factor hombre... Al mirar al niño abro las ventanas de mi ser y miro el azul; me sonríen las flores y me es grato su aroma; y al aura dígole: ¡cuán dulce tu susurro!... Y no lloro a la golondrina que se va porque le digo: ¡Hasta luego!...

Admirando al hombre que será, presiento el secreto de los destinos humanos y envidio una sola cosa, no tener una vida más larga para ver sin velos el misterio del mañana...

Y respecto a los hombres que poseen la condición grata de identificarse con la Naturaleza y adorarla, porque ella lo resume todo... y sólo necesito de la palabra Dios cuando quiero significar algo que mi mente no alcanza a abarcar; Dios: lo desmesurado, lo incomprendible, lo inasible!...

TOMÁS. — No admito este razonar tuyo; me indigna este tu misticismo extensivo, máscara que te pones para encubrir el ateísmo que ya te fué reprochado...

Para terminar nunca olvidas que: la gracia de Dios no se mezcla con el gusto de las cosas terrenas...

Por mi parte, arrepentido estoy de haberme desdicho: debí poner en práctica, lo que otrora prediqué: "conviene desviarse de conocidos y amigos y tener el espíritu retirado de todo placer temporal"... y grande congoja me viene, ¡oh Señor! pensando en esta tu prueba. Este diálogo fué, no lo dudo, para hacerme caer en especulaciones peligrosas para la salud del alma... "probado fui Señor como el oro en el crisol"... Soy impuro como he visto; aun no poseo la firmeza para resistir los elementos extraños, soy débil... por tanto, desde ahora más fuerte será mi necesidad de vivir en Tí; en esa vida que otorgan los monasterios, que es la mejor en el Señor. Más conven-

cido que nunca, y apesar de tus disquisiciones, me vuelvo a la reclusión monástica donde está la única verdad...

LEONARDO. — Yo en cambio agradezco a quien me hizo libre...

Grande es mi contento cuando puedo mudar mi ser y con él mi admiración por cada cosa que vive y palpita: color, sonido, línea, relieve...

Los dolores inevitables que sufrimos en esta vida pasajera me son compensados por esta emoción fluctuante que gusto en cada instante...

Y aunque todo perdiera bien pago sería, no digo con la luz del sol—como pedía aquél que lo había perdido todo—sino también con uno, con uno solo de los innumerables fenómenos que la naturaleza brinda generosamente al ánimo atento y apto para apreciarlos en toda su gracia eterna...

Y así, oh triste monje, como tú entiendes la gracia de Dios tan sólo en el ascetismo rigorista y en la expiación de pecados que no cometiste, yo la encuentro en todo: muerte, amor, vida... Y así queda explicado cómo y por qué compadecido de su infelicidad compro a los mercaderes los más raros pájaros, que ellos tienen aprisionados, para restituirlos a su ingénita libertad...

Y bendigo esta voluntad que me da manos y ojos y espíritu para ejecutar preciados trabajos, que me otorgan dineros para comprarles su libertad... ¡Qué gloria me da ver cómo por mí, esas aves pueden elevarse libremente por el azul!... y al mirarlas allí, borrachas de gozo y bienestar, ya por la caricia luminosa del sol, ya por el presentimiento de hallar por fin su liberación... emocionado recuerdo el bello verso del poeta incomparable:

libertá va cercando che é si cara...

EL POETA:

Siento que la muerte entra en mí. Su puro frío me penetra dulcemente y presto me envolverá con su eterna mortaja...

Estoy en el dintel de la mansión del supremo olvido, y antes de entrar en él, quiero recordar: puedo hacerlo sin remordimientos porque "he sufrido como todos y he amado lo suficiente para ser perdonado"...

Mi vida^a fué un constante dualismo. Siempre se me ofrecieron dos caminos a seguir... en vida tuve presente la muerte; hoy que muero quiero vivir en el recuerdo; son las dos rutas antagónicas, como en aquellos años mozos cuando el claustro atraíame con su paz inefable y también sentía la sugestión del mundo con su multiforme canto encantador...

Pude tener riquezas, para deshechar las miserias de la vida; preferí ser poeta.

Tuve a mi alcance la lejana bóveda celeste; y supe de la tierra y de su entraña que lleva el fuego que moldea y el agua que se amolda...

Comprendí el Cosmos infinito; más, preferí cantar, en los años primeros, al azul y el blanco, donde mi voz encontró sus mejores acentos...

Para dar corporeidad a mis contemplaciones perseguí asiduamente a la Forma, para poseerla; y la tuve repartiendo mi amor entre ella y la visión de poesía que la creaba...

Esta verdadera plenitud de vida, en mi juventud daba alas a mi fantasía que cantaba al compás de cada dulce acento; que encerraba como en un objetivo todo detalle de cualquier paisaje...

Supe apreciar el encanto de la rosa temprana y el dolor de la flor que se deshoja... Canté a la risa y al llanto, al suspiro y la queja... Bebí en la copa del amor y en la del olvido... Fuí recogiendo esas impresiones, vibrando siempre — por ser necesidad en mi, — las que fueron, luego, dulces versos...

Esta energía creadora surgiendo de mi ser para identificarse con lo exterior, llevóme a los más dulces reinos de la poesía y en ellos bien me hallaba... sino que...

En el seminario leí un libro obligado; mas no como otros textos que pronto olvidamos pude olvidar aquél... aunque, displicentemente fué leído entonces, siguiendo de buenas ganas el consejo de "leer poco cada vez"...

Mas, insensiblemente fuí sintiendo el goce triste de sus palabras... Ya no fuí gustando como antes el placer de la risa, "de la alegría primordial, de la alegría pánica, la que movía rítmicamente en los bosques del archipiélago las piernas de las ninfas y las pezuñas de los faunos amables..." En cambio de este sentir pagano, que me hiciera decir con voces inmortales en *La Hermana Agua: Y no estés triste nunca que es pecado estar*

triste... fuí mudando de parecer; y comencé a sentir esa melancolía que más tarde, mucha más tarde, había de volcar en cierto verso, donde se expone la tristeza de los cinco sentidos, "los cinco garfios, los cinco ganchos del áncora que retiene la nave..."

Y esa mi natural expansividad, que me sugiriera en años mozos, las más ardientes loas y que en mi obra sucesiva sólo de tarde en tarde hallará quien me leyere; ese afán de loarlo todo, como en cierta epístola:

le grito bis al ruiñeñor que trina
olé a la onda que cuajó en espuma
hurra al sol que calienta e ilumina...

dicen mis entusiasmos; y ofrecen al desnudo mi congénita modalidad. Esos arranques líricos responden al genuino fomento lírico que había en mí...

Lucharon en mi espíritu las dos tendencias: *expansión, reclusión...* Mas, acabaron por primar las sugerencias del asceta, como ya dije:

Oh Kempis, antes de leerte amaba
la luz, las vegas, el . . .
mas tú dijiste que todo acaba,
que todo muere, que todo es vano...

pues la Pálida confirmo con su marca fatal el doloroso presagio... "La entraña de la tiniebla, sintió mis gritos"... desesperados... y vanos...

Ya tuve, para siempre, como mi hermano Rubén el "terror de la muerte" y "el espanto seguro de estar mañana muerto"... motivos melancólicos que fueron el eco de mi ser, cuajando en rimas admiradas...

Como esos narcóticos orientales que obran tardíamente, acrecentando con el andar del tiempo su poder, las lecturas distraídas e impuestas en mi mocedad, del libro del asceta, fueron cambiando mi modalidad primitiva y entusiasta...

Mucho luché contra ese influjo disolvente; se recordará cuan rebeldes eran mis palabras en principio, pues mi fondo poético innato se sublevaba contra esa tiranía interior... Mis ansias de vida plena no se domeñaban tan fácilmente; gracias a mi innato estro poético aún podía desahogar mis deseos locos de cantar todo lo sublime; y cuánto de sublime por dondequiera mis sentidos sabían hallar!

A esa lucha intensa siguió un período de paz; serenamente

miraba las cosas como un espectador y expuse mis motivos contemplativos. Así es como "un hilo de agua" escuchado con recogimiento dió ese poema *La Hermana Agua* que reconozco y "yo sé que quien lo lea sentirá el suave placer que yo he sentido al escuchar"...

Mas ya lo dijo el platónico: *cosa bella e mortal passa e non dura*...

Si pude mirar el bello panorama circundante fué porque mi disposición serena me lo permitía.

¿No dijo lapidariamente el ginebrino que: "el paisaje es un estado del alma"?...

Poco pudo durarme el dulce amor: lo que *Deus dedit Deus abstulit*: lo que Dios dá, Dios quita...

Cerca ya de la muerte y sintiendo la suprema paz que me circunda, el dolor ya no me espanta ni me agobia como en aquel momento, pero, recuerdo muy bien mi desolación, mi angustia de entonces al sentir el zarpazo heridor de la muerte en la "puella mea"; la dulce amada... Fué cuando dije con el más contrito acento:

Dios mío yo te ofrezco mi dolor,
es todo lo que puedo ya ofrecerte.
Tú me diste un amor, un solo,
un gran amor.
Me lo robó la muerte.
Y no me queda más que mi dolor.
Acéptalo Señor,
es todo lo que puedo ya ofrecerte...

Mis versos de esa época marcan la plenitud de mi sensibilidad, acicateada por el amor infeliz... En ellos vibraba yo con mi más intensa vida...

Del contraste de tan grande amor y la dura realidad, surgieron mis más humanas notas. ¡Con cuanta desolación escribí aquel verso que tuvo eco en tantas almas: "Ella me besaba mucho presintiendo que era corto el plazo..."

Solo, ante el espanto de la muerte, hube de decir mi soledad, "mi impotencia".

Así llenaras veinte lacrimatorios
con la sal de tus ojos...
Así suspires hasta luchar con ímpetu
con el viento que pasa destrozando
las flores de los jardines;
Así solloces hasta herir la entraña
de la noche sublime
nada obtendrás, la Muerte no devuelve
sino cenizas a los tristes...

La pobre está pudriéndose en su agujero
¡ya todo es imposible!...

Y si bien después pude estar “en la sladeras de la montaña augusta de la serenidad”, mi “serenidad era un poco triste”... Y tuve que convencerme de mi intento vano en interrogar a la Eternidad, al Abismo, a la Esfinge, a Isis, al Lucero ignoto... porque vanamente esperé un “signo”...

Y nada extraño resulta pues que, los dolores de la vida, por momentos inaguantables, hicieran volver mis ojos a especulaciones teosóficas; supe comprender como las ideas son imágenes reflejas, en las cuales “lo absoluto se espeja a sí mismo...”

Viajero infatigable en toda ruta espiritual adentré en varias teorías: para calmar los dolores humanos me fué sedante el saber budista con sus misterios... como aquél dulcísimo, de su fundador, a cuya muerte tembló la tierra toda, haciendo caer de los árboles una lluvia de flores sobre su cuerpo que se extinguía... Y supe de las “cuatro verdades” y a veces llegué a la suprema, que conduce a la supresión de las causas de todo dolor... Admirado fuí del profundo y humano sentido de la igualdad de los hombres en Buda: el bramán como el paria, tanto en el dolor como en la muerte, — las únicas verdades — son iguales...

Tales teorías fueron como el nepente para proseguir sin desfallecer, ante los obstáculos, mi viaje por el camino de la vida...

Pero sobre todas ellas primó una, la teoría primitiva, la aprendida, digamos así, con la leche materna... Y no es extraño pues, que con cariñoso recuerdo tornara a mi mente con el encanto de los años idos... Y comienzan a obrar con eficacia las palabras *De la Imitación a Cristo*.

Las penas y ansias y dolores sufridos sin querer refuerzan las amargas conclusiones: todo pasa, todo pasa... ¡a qué perseguir el beso de la luz de la vida, si como fuego fatuo huirá a nuestro paso!

Dios lo ha querido... inclina la cabeza
¡humíllate! ¡humíllate!
Y aguarda recogido en las tinieblas
el beso de la esfinge...

Y concentré mi atención en un punto solo; me hundí en el principio divino — según las sugerencias de Santo Tomás que

bien obraron a la distancia, como esos narcóticos del lejano Oriente — y razoné con constancia, reforzándolos de más en más, tales principios místicos... Ese estado estático me hizo descuidar, a veces, “la forma” en la que fuí maestro; otras, hizome despreciar los bienes presentes y olvidar la dulzura incomparable de mi mocedad; y, muy a menudo, me hizo dar sombras a mis lectores, ansiosos de más luz, de esa que les diera antaño con la paleta de mi verso...

Pude dar serenas visiones y nuevos estremecimientos a la lírica castellana, mi alma tropical bien se avenía con esa plenitud creadora... Guiado por una orientación platónica, como la de los artífices del Renacimiento, hubiera dado dulcísimas, notas con sonoridades paganas, como llegué a desear hace muchos años...

En cambio, circundado de sombras estuve, culpa del libro sugestivo, que al fin venció la gran batalla:

Oh Kempis, Kempis, asceta yermo,
pálido asceta, qué mal me hiciste!
ha muchos años que estoy enfermo
y es por el libro que tú escribiste!

.....

Siento que ya estoy muerto... lleno está mi ser de esta paz florecida que me circunda... sólo el mar rompe el silencio con su voz eterna y su canto sublimiza mi hora... y presiento que no todo es vano...

Porque aunque tú dijeras, oh Kempis que todo pasa, comprendo la suprema verdad: todo lo que cantamos y lo que hemos sufrido y todo lo que amamos fué: por lo tanto es y será, sin duda.

Por ello, puesto en el extremo trance humano no desco recordar mis horas inactivas; ni debo añorar aquellas en que tuve el alma reclusa, como tú me sugerías...

Algo te debo, oh macerado asceta! Y son las luchas entre “mi ser” y “no ser” en que empleé el tiempo ido...

Recordar es vivir... El momento apremia; por tanto prefiero, y me es más dulce, añorar cuando mi alma, (cual los pájaros libertados por el sublime florentino) se espaciaba revolando por los cielos, ébria de vida, rica de perspectivas magníficas, llena de colores, formas y luces fecundas...

AMADO NERVO

Mi alma, Poeta, se inclina abrumada,
ahora que llegas al claro Destino,
y dejas la carne cansada
y esta senda triste, dura y empinada,
por otro celeste camino.

El hondo misterio ya se ha develado
para tu alma, pura de serenidad.
Ahora no canta tu espíritu alado;
la Muerte süave tu boca ha sellado
y tu canto es luz y diafanidad.

(Recuerdo, Maestro, tu voz persuasiva
diciendo a la absorta gente tu cantar,
y tu faz de asceta, flaca y sensitiva,
en la que a los ojos el alma cautiva
dábase radiante, toda sed de amar...)

Cual el *Pobrecillo* tu alma sentía-
se hermana de todo, del bien y del mal,
y cuando la espina tus carnes hería,
pasabas sereno y aun sonreía
tu labio al enigma cruel de lo Fatal.

¿Porqué fué, Poeta, tu brusca partida,
ahora que el lauro tus sienas besaba
y almas de mujeres amaban tu vida
soledosa y triste, tu vida dolida
que siempre el arcano tenaz inquietaba?...

Tal vez en el cielo faltaba una estrella,
un lugar del cosmos estaba sombrío;
vislumbraron tu alma y viéronla bella
(tu canto en la tierra fué su clara huella)
y ahora en lo alto brillas, claro y frío...

Ha poco que ansiabas ser la nebulosa
que en su seno lleva gérmenes de luz;
tuviste en la tierra el alma armoniosa,
y ahora, Maestro, en la noche umbrosa,
ahora eres luz.

Acción de gracias

Gracias por tu canto, vaso de sapiencia
divina, palabra de consolación,
que de turbulencias libra la conciencia
y colma el anhelo de supervivencia,
acalando toda mortal aflicción.

PABLO SUERO.

LA SERENA INQUIETUD

La pálida personalidad de Amado Nervo es tan atrayente, que ha hecho caer al mundo hispano americano en la encantadora ilusión de ver en él al exponente de la *nueva sensibilidad*.

Pero al considerarle de cerca descubrimos que Nervo es simple—y nosotros somos síntesis; es sereno—y nosotros apenas si llegamos a la serena inquietud; es místico—pero de un misticismo amable, sin la amargura luminosa que caracteriza el alma moderna.

Y el que quiera interpretar esta alma moderna, no puede ser un floretista, como lo era Nervo. Ha de ser un hombre que maneje la espada, aunque deberá manejarla con una elegancia tal, que parezca un florete—pero que no lo sea. Sus estocadas a fondo deberán ser tan finas, que el adversario se crea apenas rozado y sólo al desvanecerse note que se halla herido mortalmente.

Así mismo, Nervo inaugura—¡quién se acuerda de Rodó!—un nuevo tipo de literatura, que por encima de la ciencia y en contacto fácil con la filosofía, pero siempre dentro del arte, no es un género definido—ni siquiera el viejo *essai*—y que sólo puede tener éxito cultivado por una personalidad muy vigorosa, única condición necesaria para este género literario y única que faltaba a Nervo, aunque debo reconocer que tenía todas las demás.

Los versos de Nervo no se pueden dibujar, son abstractos y huyen la metáfora. Está bien que renazca la metafísica con todas sus abstracciones, pero que no nos invada el arte, que es concreto siempre. El filosofismo poético es el digno reverso del estetismo filosófico. Con los dos se acuña una moneda, que con apariencias de metal, pero con el valor efectivo del papel, ten-

drá en el futuro gran circulación pseudo-clásica. Una moneda muy moderna—pero feble.

Sin embargo, tiene Nervo una composición, acaso una sola, en la que se presiente—no por el tema, sino por el tono—la serena inquietud del novecientos. Me refiero a los versos dedicados al Kempis, que logran evocar para un temperamento moderno, con emoción triste y límpida, el gesto católico de ese gran pecador, que con rostro de asceta y pupilas ardientes, besa ingenuamente un cincelado crucifijo de oro a la luz ultraterrena de los astros medioevales.

Recuerdo que en mis ensueños de juventud, tenía un lugar preminente una infantina de España, ser misterioso y estilizado, que simboliza—para usar los términos oficiales de estos estados de ánimo—la leyenda de oro y la quimera azul de los silenciosos adolescentes.

Pero un día llegó de verdad la infantina de España! Doña Isabel de Borbón, embajadora en las fiestas del Centenario. No era la de mis ensueños, pero era una infantina de España.

Con respecto a Nervo, creo que el futuro tendrá que reconocer que si no es de los más grandes, fué de los primeros; y este también es un mérito. Duerme en sus versos una nota de lirismo subjetivo, poco frecuente en la poesía hispano americana y que nos llega a dar, en algunas estrofas, la impresión deliciosa e inexacta de leer versos mal traducidos de Enrique Heine. Y con esta cuerda lírica cautiva el corazón de todas las mujeres buenas y de algunos hombres tristes y lo vincula a su noble corazón, como con hilos de oro y plata.

Amado Nervo gustó sus éxitos en vida; los dioses le concedieron el presente—para negarle el porvenir.

ADOLFO KORN VILLAFANE.

AMADO NERVO

Los poetas mueren y su ataúd es de hojas verdes.

Ataúdes que nadie lleva porque van solos hacia la luz eterna.

La inquietud de la muerte resbala sobre ellos como un poco de viento en los árboles. Inquietud insomne, incierta, de faz muerta.

Es la mano pálida que golpeó en los vidrios; la sombra que reflejó un espejo frente al lecho; el pié que no dejó huellas ni rumor, al venir.

La Muerte es amiga de los que soñaron por ella y en su poesía regalaron algo de la helada misteriosa. Hielo de misterio derretido sobre el durmiente, cuando una lámpara se apaga en la noche.

Dulce tristeza tiene la tranquila ternura del tránsito.

La Poesía embalsama el cuerpo del poeta, cierra sus ojos y vuela sobre su frente inmóvil, llevándose el último pensamiento.



La fraternidad incomprensible de los seres, fué para Ner-vo un talismán de sabiduría. El agua fué su hermana y tam-bién la luz solar, la rama de mirto y la brisa que orea cabellos de mujer.

Como hermana, la tierra recogerá su cuerpo y le dará por compañera la oscura y fría dureza de la profundidad.

Y como hermano, lo vemos nosotros irse, hallando en su tesoro de sentimiento una feliz herencia de alta y solitaria be-lleza.

No todos los poetas viven en esa armoniosa fraternidad

con los seres. Hay muchos que viven de su criterio áspero y de la obsesión de ser juzgados.

Y ciertamente, la idea de fraternidad atenúa la idea de juicio, como la idea de amor atenúa la idea de serenidad.

La misantropía, esa pequeña farsa literaria, que devora tantos espíritus preocupados de su tortura interior, tiene eficaz antídoto en el canto fraterno, donde lo alegre y lo triste son reflejo del alma de las cosas y no una imposición del egoísmo subjetivo.

No existiría el dolor si tuviéramos el don de adivinar sus causas, ni la muerte si aceptáramos las misteriosas transformaciones como un signo de fraternidad.

De ahí, las sorprendentes intuiciones que subyugan al vulgo, siendo tan solo, la visión del poeta cuando se transforma voluntariamente en otro ser.

Eso es la profecía.

Hay en algunas viejas ciudades españolas, extraños ejemplares de una raza soberbia que sólo vive de su prestigio antiguo.

Es la zahorí que agazapa su vida entre cuatro piedras rojas. Es el brujo de zurrón vacío y faz mugrienta. Es la pequeña pareja de gitanillos que bailan al son del pandero.

Estas gentes, juegan como los poetas con la Muerte. La tienen presa en su huraña impasibilidad y en sus ritos nocturnos, bajo la bóveda estrellada y girante.

Y tienen esos parias que viven del pasado, la misma lucidez que los poetas aristócratas, voluntariamente encerrados en una torre aislada.

Cuando antaño iban a la hoguera inquisitorial, acusados de hechicería o judaísmo, con la trágica hoya y la sonrisa indiferente, estaban cerca de la verdad, mientras el sombrío inquisidor y el pueblo fanático, creyéndose poseedores de la verdad, se alejaban de ella.

Porque la paz está en el sentido de la muerte, como las casas de fachada al sol levante están en el sentido de la aurora.

Todo gran poeta tiene algo de sibila popular, de narradora

de consejas inverosímiles donde aprisiona en fáciles símbolos profundas y oscuras verdades.

He aquí la claridad: el pensamiento recluso entre cristales de color, hasta que una mano misteriosa apaga la luz que los iluminaba.

Y ese sencillo cambio de luz, es la muerte.

Sueño, sacrificio, transformación, recompensa, silencio, sombra.

ENRIQUE DE LEGUINA.

ARCO DE TRIUNFO

Como los ex votos dicen en los altares de los santos milagrosos una larga historia de dolores, de piedad y fe, los nombres de victorias guerreras o pacíficas esculpidos en los arcos triunfales—altares de los pueblos a la acción—dicen al Caminante de las vidas excelsas y de las muertes santificadas.

Pasa el Milagro, y el devoto cumple su destino; la gloria del caudillo hácese leyenda; quedan el ex voto, el altar, el arco de triunfo, las palabras lapidarias.

Y ex voto, altar, arco de triunfo e inscripción van, a través de las generaciones, magnificando el Milagro y la Victoria, mientras en la misma grandeza del uno o la otra se va esfumando el hombre para terminar en Mito, cuando no negado.

¡Milagro, Victoria! En el tiempo siguen como una vibración que fuera eterna, encendiendo fiebres visionarias y sed de ambiciones, cuando ya el creyente y el héroe reposan olvidados; el hombre perece y el movimiento fundamental a que dió vida sigue más allá de la muerte provocando nuevos movimientos.

Henry Bataille decía en el prólogo de la *Marche nuptiale*: “C'est toujours par ce qu'elle contient de vérité qu' une oeuvre nouvelle choque ses contemporains. C'est toujours *et seulement pour ce qu'elle aura contenu de vérité* que cette oeuvre est appelée a subsister dans l'avenir”.

La verdad en la vida es acción: Milagro o Triunfo, que ellos quedan en la conciencia o en la realidad, en los demás y para los demás, cumpliéndose así la misión individual del hombre: darse para la especie.

Cuando alguien se da en forma material más ampliamente que nadie, ha triunfado; si se da en fe, ha visto el milagro.

La Venus de Milo despertará eternamente visiones inefa-

bles de armonía. Es para nosotros el triunfo de su ignorado autor.

Quedó la verdad de su obra en esa influencia de la misma a través de los siglos sobre cuantos han buscado en el arte campo para su destino.

Nosotros todos que plegamos hoy nuestra rodilla ante el magno poeta muerto, al unir nuestros nombres en las páginas de esta revista fraterna, esculpimos los nombres de sus victorias en el arco de triunfo del idioma que por él puede ser más bello y en el espíritu de todos y cada uno de nosotros que por él puede ser más bueno; vamos dejando los ex votos en su altar...

Un dulce rincón florido guardará el cerebro que tanta belleza de triunfo y de milagro regaló a nuestras almas. Por este regalo, aunque aquel rincón y aquel cerebro queden olvidados, vibran hoy y eternamente seguirán vibrando. Somos nosotros la verdad que contenía su obra.

E. SUÁREZ CALIMANO.

AMADO NERVO

Muy pocos poetas contemporáneos habrán logrado, por de contado, granjearse las simpatías intelectuales y personales como Amado Nervo.

¿En qué residirá esta facultad tan envidiable? Posiblemente en la sinceridad de que informa su obra toda. En la emoción, sin duda, que campea en ella. No de otra suerte podría explicársela dado que, en su obra, no se observan grandes innovaciones como aquellas que suelen provocar las iras de los misoneistas o la adhesión incondicional de los filoneistas. Bien que Amado Nervo haya nacido a la vida literaria en un momento en el cual el movimiento simbolista francés comenzara a infiltrarse en la América latina, sin concretarse aún en personalidad determinada como con posterioridad ocurriera con Rubén Darío, Amado Nervo se reveló desde el primer momento con una fisonomía propia, inconfundible. A poco de iniciada su labor, asomó en él el dulce y suave misticismo que lo individualizara de sus conmlitones literarios el cual fué acentuándose cada vez más a medida que el tiempo transcurrió, hasta convertirlo en una especie de buzo que hiciera pié en el lecho de su conciencia y desde allí analizara los diversos estadios que se iban ofreciendo a su curiosidad.

Los elementos todos, en fin, que le presenta la realidad, se alquitaran y embellecen con un temblor de emoción al pasar por el tamiz de sus sentidos.

De ahí, también, su ideación tan perspicua, cristalina, con transparencias de línea.

Así su poema *La hermana agua* es a manera de un surtidor cantarín que asperjara sobre la aridez de la vida con una lluvia de perlas a las que el sol arranca, como a brillantes de

mil facetas, infinitos destellos. Y todo ésto dicho sin atiendo ni extravagancia alguna para llamar sobre él la atención. Es que su plenitud de emoción hizo que se extravasara para traducirse en versos bellos y sedantes, a los que será menester volver siempre que querramos aquietar nuestras vanidades y elevarnos, por un momento, sobre las miserias de nuestro diario vivir.

Su obra ha de perdurar porque lleva para ello ínsito los dos elementos más esenciales: sinceridad y emoción.

ANTONIO GELLINI.

La Plata.

POESIAS

Amado Nervo.

Fué una corriente de agua cristalina,
en cuyo curso manso,
se reflejara, opima, la pradera
y, misterioso, el cielo de los astros.

Pasó entre ásperas rocas,
dándoles la dulzura de su canto;
y antes de hundirse en el gran mar estrídulo,
se ensanchó en un remanso.

Se ensanchó en un remanso a cuya vera
canturrearan los pájaros
y en cuyas aguas límpidas los lotos
y lirios se asomaron.

Después, serenamente,
cantarín se volcó en el océano;
cayó en la muerte con la gracia pura
del Maestro Jesús: cayó soñando!

ERNESTO MORALES.

Vicente López.

Así sea...

Mi lira panteísta, maestro, es algo ruda,
 mas yo haré que su nota vibre sutil y fina,
 (el dolor que la embarga me ha de prestar ayuda
 por que brote más suave, a modo de sordina...) y,
 así acordada, entonces formular esta duda:

La inquietud que en tu vida llegó a ser obsedante;
 lo que fué para tu alma preocupación constante,
 — llevada al misticismo — enorme interrogante
 que fulguró en tu obra como perenne tea;
 ese enigma angustioso, que hoy se te ha revelado:
 ¿responderá al concepto que se había forjado
 tu espíritu, al hundirse en el mar ignorado
 del *más allá*...? Poeta: Dios quiera que así sea...!

JUAN BURGHI.

Porqué se fué el viajero...

"Adónde van los muertos, Señor, adónde van?"

AMADO NERVO.

Porque fué para el alma eucarístico pan
 su verso claro y hondo como el mar en quietud;
 y guardó las palomas del rapaz gavilán
 con el abracadabra de su sabia virtud.

Porque ardió como un cirio consumido de afán
 por encontrar la clave de la eterna inquietud;
 y supo hallar a Dios sin olvidar a Pan
 en el vapor lo mismo que en el vibrante alud.

Porque se fué el que vino de un remoto confin
transmigrado curioso del "principio" y del "fin",
indeciso Rey Mago de un arcano Belén.

Porque se fué el viajero de la Resignación,
con el agua bendita de nuestro corazón
que en este verso llore su "Gracias, está bien"...

AMADO VILLAR.

Homenaje de la Cámara de Diputados a la memoria de Amado Nervo (1)

Sr. Bunge. — Pido la palabra.

El más selecto mensajero que pudiéramos desear de una democracia hermana ha desaparecido de entre nosotros, cuando apenas comenzábamos a valorar el don exquisito de su presencia: Amado Nervo, el poeta cuyo nombre parece signo de predestinación, pues fué amado por cuantos le conocieron, el representante de la gran república hispánica del norte, esa nueva y vigorosa democracia regenerada por una revolución cuyas fatales violencias lamentamos, pero cuyas conquistas son enseñanza y ejemplo para toda América. Dos títulos que por igual naturalizan el nombre de Amado Nervo en la cámara de los diputados argentinos.

Ya que un hondo impulso me mueve a invocarlo aquí, he traído estas palabras escritas, para poder expresar más fielmente mi pensamiento.

Con Amado Nervo nos envió Méjico su mejor ofrenda fraternal: el más noble, humano y suave poeta de nuestros días,

(1) El diputado socialista Dr. Augusto Bunge, contestando a nuestro pedido de colaboración para el presente número, nos envió la siguiente carta:

Señores directores de NOSOTROS: Lector entusiasta de Amado Nervo, particularmente de sus últimos libros *Seriedad, Elevación y Plenitud*, con cuyo alto espíritu comulgo a menudo, creo que otros sabrán hacer mejor que yo el análisis de su obra poética, y quienes más íntimamente lo hayan tratado, la representación de su noble personalidad. Como hombre de acción y de pensamiento, le he tributado desde la cámara de diputados argentina, mi homenaje de respeto y de amor. En esas palabras he tratado de sintetizar mi juicio personal sobre Amado Nervo y su obra de renovación espiritual, afirmando con ese motivo mi concepto de las relaciones entre la poesía y la política. Prefiero no agregar nada más a ellas.— AUGUSTO BUNGE.

Gustosos accedemos a su pedido, transcribiendo las palabras pronunciadas por él en la Cámara de Diputados, en la sesión del día 28 de Mayo. (N. de la D.).

un hombre totalmente bueno y puro, que en el cristalino raudal de su arte brindara generoso, a todos los hombres de habla castellana, tan solo bellas y santas inspiraciones. ¡Amado Nervo, el que supo saturar de humanidad y de infinito el anhelo espiritual contemporáneo!

Con un respeto estremecido de amor, alcemos la frente — ¡alzarla, y no inclinarla! — ante esa muerte tan serena, digno término de una vida que subió gradualmente hasta la más excelsa serenidad. Venciendo el dolor, tratemos de sentir esa muerte tal como él debe haberla sentido; como un suave deslizamiento en el umbral del misterio, hacia cuyo sombrío crepúsculo tendía él siempre su mirada vidente, nostálgica de infinito; como el ocaso de un día tranquilo y transparente, que en sus oros y rosas parece anunciar una aurora más bella.

Libre de dogmas pero intensamente religioso, en el más alto sentido de este concepto, Amado Nervo pudo dar lo que diera porque sintió, como pocos, el misterio sagrado de la vida; porque sintió como pocos el negro infinito en cuyo centro la vida trabaja para iluminarlo, forjando la divina luz de sí misma, forjándose a sí misma entre destellos siempre más radiosos, en el dolor de su lucha incesante para superarse y superar el mundo físico natural.

¡Bien está en representantes del pueblo el homenaje a tal poeta! Porque si la poesía es aptitud de sentir como propias todas las emociones de los hombres, si la poesía es intuición de los más íntimos secretos de la vida y presentimiento del porvenir, si la poesía es el genio que condensa en imágenes de belleza la humana insaciable aspiración, a su vez, la política, la más alta política, la que construye la historia a la luz de la ciencia y del ideal, es poesía en acción; porque esa política tiende, en sus errores como en sus aciertos, a actualizar un porvenir mejor, a cultivar la vida en belleza mediante la obra colectiva inteligente orientada hacia el bien. Por eso, el político de veras tiene siempre algo de poeta. Porque no puede serlo sin sentir como propios los anhelos comunes; porque no puede serlo sin una imaginación vidente que le permita abarcar los vastos conjuntos, todo el panorama de la nación y el del mundo en que ella se desenvuelve; porque no puede serlo si no sabe atalayar alto, para ver surgir de los horizontes lejanos la silueta del porvenir, a fin de acogerlo a tiempo y prepararle su sitio... el porvenir que se precipita hacia nosotros en cada segundo.

Esto explica a su vez que un poeta como Amado Nervo, tan alejado por temperamento de las luchas políticas y sus asperezas, un poeta de tan aristocrático espíritu, supiera comprender desde el principio la epopeya de las multitudes mejicanas y sus hombres intérpretes y guías. Por lo mismo que era una gran poeta, debió acoger con amor ese movimiento hacia la liberación y elevación de todo un pueblo, pueblo sufriente que realizaba así un anhelo prometeano: haciendo saltar las cadenas de un rancio feudalismo que en lo interno sólo había copiado de la economía moderna los peores crímenes, y librándose del negro buitre clerical que le roía las entrañas. Por lo mismo que era un espíritu genuinamente aristocrático, no podía Amado Nervo sentirse ajeno a ninguna gran renovación humana, y menos a la nación, porque con ella se "aristocratizaba" el pueblo mejicano, en el sentido originario de la palabra, mejorándose a sí mismo y empeñándose en dar el gobierno realmente a los mejores.

No cantó Amado Nervo, es cierto, a las multitudes que luchan para elevarse, porque acentos más íntimos reclamaban con más imperio que les diera forma; pero esa su poesía íntima, tan sencilla y clara en su profundidad trascendente, es don divino a las multitudes, a todos los que sufren y aspiran. a todos los sedientos de bien, porque es la copa sin cesar llena en lo hondo de las fuentes eternas de la vida; y tanto en ella como en sus prosas de artista-pensador, palpita el alma universal de la humanidad

¡Acoja su memoria lo más puro de nuestros corazones!
He dicho. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*).

—Se lee:

La honorable cámara de diputados resuelve:

Ponerse de pié en homenaje a la memoria del noble poeta y representante diplomático de los Estados Unidos Mejicanos, Amado Nervo, y autorizar a la presidencia a comunicarlo telegráficamente a la cámara de representantes de esa república.

AUGUSTO BUNGE. — MARIO BRAVO. — ENRIQUE DICKMANN.

Sr. Presidente (Goyeneche). — Habiendo asentimiento general, invito a los señores diputados a ponerse de pie en homenaje a la memoria del distinguido representante de Méjico y noble poeta Amado Nervo.

—Se ponen de pié los señores diputados, así como la concurrencia de las galerías.

AMADO NERVO (1)

Habitación de Amado Nervo.
—Parque Hotel. — Pocas horas
después de la muerte del Poeta,
24 de Mayo de 1919, y antes de
que la pompa oficial se apode-
rase del cadáver.

I

Fuí a ver Amado Nervo,
y entré temblando en la mortuoria estancia.

No había nadie más que yo, con él.

Amado Nervo estaba
rígidamente
cubierto por la albura de las sábanas.

Con mano trémula,
yo descorrí los velos, y ví la frente vasta,
la nariz aquilina, el labio inmóvil,
los ojos fijos, la anchurosa calva.

El cadáver tenía,
una herida en el cuello, suturada.

(1) Del libro de poesías, *El Halconero Astral*, próximo a aparecer.

Yo seguí describiendo,
la tela, y pude ver las manos pálidas
en cruz,
y con pupila fraternal y amarga
ví todo el cuerpo escuálido, sin vida
semidesnudo en la mortuoria cama.

II

Desde lejos,
por la abierta ventana,
entre un rumor de cosas familiares
venía la luz diáfana
de la tarde impasible.
¡Qué tarde tan purísima y tan clara!
¡Y el cuerpo aquel qué lívido y sombrío
en manos de la Esfinge innominada!

Yo comprendí entonces,
que era aquel cuerpo sin valor, el ánfora
de barro, quebradiza y deleznable,
que el Poeta al marcharse, nos dejaba.
Y que en el cielo abierto, ebria de azul
oh perfume inmortal, libre de moldes,
huiría el alma,
porque a mi lado, en el carnal despojo,
la arcilla,
— arcilla al fin! — ya no soñaba.

EMILIO ORIBE.

Montevideo.

ÚLTIMA VERBA

No, no era un gran amor
aquel don que la vida te guardaba,
¡era la Muerte que a tí te acechaba!
Y la recibiste sin un dolor,
“Está bien” — exclamaste,
al cumplirse la voluntad de Dios,
pues te llegaba la paz que buscaste
y el misterio del que andabas en pos.

Como cinco corceles fatigados
de vivir por el *Karma* agujoneados,
duermen ya tus sentidos
ese tu mágico sueño profundo.
No sienten tus oídos
los halagos del mundo,
pero oyen las inéditas canciones
que vibran en las ocultas regiones
en donde la carne en azul se trueca.
Se apagó la luz en tu pupila azteca
pero en cambio la luz se hizo en tu alma,
que serenamente remontó el vuelo
como un ave hacia el cielo.

Y allá estarás en esa eterna calma,
confundido tú con el infinito,
por tu genio y tu angustia,
por tantos libros que nos has escrito,

porque estuviste con la frente mustia
aunque la suerte no te fuera adversa,
porque estabas sereno,
y porque siendo bueno
salvaste del lodo tu ánima tersa.

Ya no interrogarás
al arcano, ni temblará tu fe.
Se acabaron los *¿por qué?* y los *¡quizás!*
Ahora, tú puedes decirnos: *¡Yo sé!*

JORGE CELSO TÍNDARO.

NOTAS Y COMENTARIOS

Xenius habla de Benjamín Taborga.

Eugenio D'Ors (*Xenius*), el original y penetrante pensador y escritor catalán, ha escrito en su *Glosario*, dos páginas sobre Benjamín Taborga, cuya desaparición cruel y temprana lloran todavía todos los que conocieron su noble espíritu y su corta obra de excepción.

A continuación reproducimos ambas páginas:

Benjamín Taborga

3 de Abril. — En Barcelona, algunos; otros, distribuidos entre "los solitarios de Cataluña"; algunos más en Madrid, en Bilbao, en Sevilla; y en Portugal y en América; y otros en París y en alguna ciudad de Italia; y en Viena, antes de la guerra, había también uno, que luego desertó, y se marchó a Venecia y se me declaró italiano y yo no he vuelto a saber más de él... Colaboramos en un programa común, respetamos ciertos principios. Vemos todos en la ciencia un producto estético; procuramos razonar según ancha norma de *Seny*, o dígame. Inteligencia; concluimos según Ironía y permanecemos fieles a la filosofía y a la moral de trabajo y del juego.

Como que nuestras tareas y nuestros deportes no decameronean nunca, las pestes, expiación de la guerra abominable, que diezman hoy ciudades y pueblos, no han respetado nuestra pequeña compañía. Pero hasta hoy el mal nos había arañado, no tundido. El primer golpe doloroso, definitivo, el golpe cuya señal llevaremos siempre, ha sido la muerte de Benjamín Taborga, en Buenos Aires. Benjamín Taborga no tenía treinta años aún. Pero Minerva serenísima acompañaba, bajo figuración mentora, su juventud inquieta. La vida le había probado; la razón le defendía. Era, tanto como fervoroso, lúcido. Había fundado en la metrópoli argentina el *Colegio Novacentista* para cumular, junto a la familiaridad de unos cuantos devotos más y ante un selecto público de estudiosos, en las formas y prácticas más excelentes de la idealidad nueva. El Colegio publicaba una revista, *Cuadernos del Colegio Novacentista*, lleno de interés; una revista como ya la quisieramos en Cataluña, con tan íntima seriedad, tan honesto y escrupuloso ahincamiento en los problemas y respeto tan exquisito a las leyes de la aristocracia de la mente y de la aristocracia de la conducta.

En las páginas de los *Cuadernos* propugnó Taborga nuestro *Novissimum Organum* y llevó a término investigaciones concienzudas,

para contribuir a su fijación (1). Estudió con cuidado las líneas generales de las concepciones entrópicas y las consecuencias del principio de Carnot-Clausius. Se detuvo a considerar las normas estéticas del pensamiento matemático. Mostróse poeta, además. Poeta de la belleza racional, tan puro, tan casto, pero tan vivaz y atrevido a la vez, que acaso pueda juzgársele como desprovisto de antecedentes y sin derecho a nosotros, al hablar de él, a acordarnos de Lucrecio o de Guyau.

La poesía de Benjamín Taborga merece capítulo aparte.

(4 de abril)

POESÍA DE BENJAMÍN TABORGA

"Murió en olor de multitud"

Así decía Taborga de Víctor Hugo; y la palabra era traída a nuestro Valle de Josafat. El, el atrevido novecentista bonaerense, ha vivido y ha muerto al contrario, no diré en olor de soledad—que es algo que, después de todo, se parece mucho a la multitud—sino, y esto es mucho mejor, en olor de confidencia.

Confidencia, no anecdótica ni sentimental, sino metafísica. El interlocutor es, a veces, la misma Esfinge:

*La Sonrisa en la Esfinge, la Esfinge en el desierto
Y en el desierto, yo.*

O un libro, o un mármol:

*La sonrisa de Antinoo, profunda, misteriosa,
¿fué sombra de tristeza? ¿Fué primicia de amor?
No lo sé. Mas me rinde, me tortura, me acosa
y me hace tener celos de aquel Emperador.
Sólo cuando medito en que ni el tiempo pudo
destruirla, perdono la edad en que nací:
porque pienso, arrobado ante el mármol desnudo
que hace siglos Antinoo sonrió para mí.*

Cuando nace así la confidencia, va de alma a alma.—Precisaré: de inteligencia a inteligencia.—Diré más: de razón a razón...—También, a veces, he podido yo imaginar que Taborga escribía exclusivamente para mí: que Taborga me dirigía su poesía a mí, como Antinoo a Taborga la secular sonrisa.

*
* *

Esta poesía era paladinamente, voluntariamente, "libresca"... ¿Por qué no? Sabiéndolo, queriéndolo, ¿por qué no? ¿Por qué no puede encontrarse en un libro la misma fuente de natural inspiración que en un paisaje? ¿Por qué música siempre, y siempre quedarnos en el *Arte poético* del pobre Lelian?

Et tout le reste est littérature...

sentencia él. Nosotros saldremos a gritar:

—¡Viva el resto!

(1) El artículo a que Xenius se refiere, titulado *Glosas sobre la posibilidad de un "Novísimo Organó"*, apareció, no en las páginas de los Cuadernos del Colegio Novecentista, como por error aquí dice, sino en el número 91 de *Nosotros* (Noviembre de 1916).

*
* *

“Objeciones dulces al Ser Supremo”.

Así definía el estado de beatitud un religioso eminente, gran goloso y vicioso de la inteligencia. (Era esto en el seno de la intimidad: reproduzcamos la definición admirable; callemos el nombre del autor).

Podríamos así enunciar el carácter de la poesía de Taborga: “Objeciones dulces a la vida”.

*Siempre que somos fieles a la vida
Somos infieles a Platón.*

El dijo esto, y se equivocaba, al menos respecto de mí mismo. Una cosa es ser infiel y otra, bigamo. Platón se hace cargo. Murmura un poco, objeta; pero son siempre, como las de los bienaventurados, “objeciones dulces”.

“Martín Fierro” en italiano:

Nos es grato anunciar a nuestros lectores una novedad literaria: la traducción al italiano del *Martín Fierro*, ejecutada por el conocido escritor Folco Testena y editada por NOSOTROS.

Sobre el valor estético y folkórico del poema de Hernández, la opinión está ya formada: el *Martín Fierro* constituye la verdadera epopeya de la raza gaucha. En cuanto al traductor, Folco Testena, actual director de *L'Italia del Popolo*, si no se le conociese como periodista ardiente y vibrante, de rara originalidad, sus muchas versiones de los mejores poetas argentinos bastarían para asignarle un señalado lugar entre nuestros escritores.

Su obra capital, sin embargo, la traducción del *Martín Fierro* en versos italianos, ajustada fielmente al texto criollo, está todavía inédita, salvo algunos fragmentos que han visto la luz en periódicos y revistas.

Como semejante esfuerzo ha de redundar en bien de la cultura argentina y de la difusión de sus letras y espíritu, sería injusto que quedara relegado a la oscuridad y al olvido; por eso hemos considerado nuestro deber—entendiendo una vez más cumplir con los propósitos que esta revista se ha impuesto—hacernos cargo de la publicación de esa traducción importantísima, la cual hará conocer de los italianos a un gran poeta argentino y a una característica expresión del alma de nuestra tierra.

En la edición irán aparejados ambos textos: el criollo y el italiano. El precio de cada ejemplar, por ser aquélla muy costosa, será de cinco pesos. En la administración de Nosotros—Libertad 543—se reciben desde ahora las suscripciones.

La Enseñanza de la Sociología en América.

El reputado escritor dominicano Pedro Henriquez Ureña, ha enviado a nuestro seccionista, Arturo de la Mota, la siguiente carta, que, por traer útiles informaciones sobre los progresos de la cultura en Hispano-América, nos es muy grato reproducir:

19 de Marzo de 1919.

Señor don Arturo de la Mota.

Muy señor mío: En la interesante sección crítica de *Ciencias sociales* que usted redacta en la revista Nosotros, leo este pasaje tomado de la obra reciente, sobre Filosofía del Derecho, del doctor Antonio Dellepiane:

“En 1899 la Facultad de Filosofía y Letras me confió la honrosa cuanto ardua tarea de inaugurar oficialmente en la República Argentina y en América la enseñanza de la sociología”.

Me figuro que la afirmación del doctor Dellepiane deberá limitarse a la América del Sur. Entiendo que la gloria de haber iniciado la enseñanza de la Sociología en la América de lengua española toca a don Eugenio M. Hostos, el pensador portorriqueño. Hostos hizo incluir la sociología en el plan de estudios de la Escuela Normal de Santo Domingo (para la formación de maestros de primera y segunda enseñanza) desde el año 1880; el primer curso muy elemental, lo debió de dar en 1883 o 1884. El redactó el libro de texto; luego en 1899 redactó otro más extenso. Ambos se han publicado, en un volumen, en Europa, el año 1904.

Creo, además, que en México, en la Escuela de Jurisprudencia, comenzó a enseñarse la sociología antes de 1899; pero no estoy seguro. Es posible también que la sociología haya figurado alguna vez en el plan de estudios de la Escuela Preparatoria, fundada por Gabino Barreda, discípulo de Comte,

en 1867. Sobre esto podrían obtenerse datos dirigiéndose al distinguido profesor de la Escuela de Jurisprudencia de México, Antonio Caso.

Finalmente, en Cuba, en la Universidad de la Habana, debió de establecerse la enseñanza de la Sociología en 1899, precisamente. Al irse los españoles en 1898, los cubanos reorganizaron la Universidad de *fond en comble* y la sociología apareció en los programas universitarios como materia requerida para el grado de doctor en derecho (tanto civil como público), para el de doctor en Filosofía y Letras y (probablemente) para el de doctor en Pedagogía. Uno de los autores de la reforma, el doctor Enrique José Varona, fué el profesor de Sociología durante muchos años.

Aprovecho la ocasión para ofrecerme como su atto. S. S.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

Los escritores después de la guerra.

La Nación del 30 de Junio publicó el telegrama que a continuación reproducimos, interesante por todo concepto:

Paris, 29. — Se ha trabado una interesante polémica intelectual entre Romain Rolland y Paul Souday. Rolland publicó en *L'Humanité* una declaración en favor del acercamiento de los intelectuales de todas las naciones, incluso Alemania y Austria. Antes había recogido algunas firmas favorables a su proyecto, entre ellas cinco alemanas: la del profesor Hermann Einstein, de Hesse, del profesor Max Lehmann, Enrique Mann, profesor Jorge Nicolai y Esteban Zweig, austriaco este último. También había firmas francesas, belgas, británicas, norteamericanas e italianas, sin contar muchas de neutrales.

Rolland escribe lo siguiente: "El espíritu no es servidor de nada; nosotros somos los servidores del espíritu y no tenemos otro amo. Somos hechos para llevar, para defender su luz, para agrupar en torno de él a todos los hombres extraviados. Nuestro papel, nuestro deber es mantener un punto fijo, mostrar una estrella polar. Desprendamos al espíritu de los compromisos, de las alianzas humillantes, de las servidumbres ocultas".

Más adelante agrega: "La mayor parte de los intelectuales han puesto su ciencia, su arte y su razón al servicio de los gobiernos. Nosotros no queremos acusar a nadie, no hacemos ningún reproche; conocemos la debilidad de las almas individuales y la fuerza elemental de las grandes corrientes colectivas".

Al final de su artículo, dice Rolland: "Entre las pasiones de orgullo y destrucción mutua, no escogemos; las rechazamos todas: honramos únicamente a la verdad, libre, sin fronteras, sin límites, sin prejuicios de raza ni de casta".

Paul Souday, crítico literario de *Le Temps*, contesta diciendo: "Es necesario que la situación sea clara. Está perfectamente definida por el protocolo moral del tratado de paz. Los intelectuales franceses no pueden amnistiar a Alemania de su gran crimen contra la humanidad. Los intelectuales alemanes que lo aceptaron o no lo han condenado en voz alta, son para siempre indignos de toda relación personal con nosotros. Sin duda, la ciencia y el arte tienen derechos superiores e imprescindibles: una hermosa obra alemana conserva su valor ético, un descubrimiento alemán no puede ser ignorado. Es ridículo hacer la guerra a filósofos o músicos muertos cien años antes de la movilización y a quienes se ponía en las nubes hace cinco años; pero una cosa es inclinarse ante lo bello y lo verdadero, de dondequiera que vengan, y otra cosa es tender la mano a hombres vivos, moral y humanamente descalificados".

Entre los firmantes franceses de la declaración de Rolland, figuran Henri Barbusse, Jean Richard Bloch, A. de Chateaubriand, George Chenueviere, Albert Doyen, Georges Duhamel, Marcel Martinet, Emile Masson, Matias Morhardt, Paul Signac, Jules Romains, G. Thiessen y René Arcos; entre los italianos, Roberto Bracco y Benedetto Croce; entre los belgas, Jacques Mesnil, Franc Masereel, Georges Eckhoud; entre los ingleses, Bertrand Russel, Israel Zangwill; entre los norteamericanos, Jane Addans, y entre los españoles, Eugenio D'Ors.

Posteriormente se publicarán otras firmas.

La falta de espacio nos impide comentar como quisiéramos la declaración de Romain Rolland aparecida en *L'Humanité*. Inútil decir que estamos con el grande y noble escritor. Posiblemente hemos de volver sobre el asunto, porque este movimiento de liberación intelectual nacido de las mismas entrañas de la guerra, ha de trascender y ser fecundo aun en nuestro país. Hablaremos entonces también del grupo *Clarté*, formado con los mismos fines de acción social por numerosos escritores y artistas franceses, y cuyo valiente manifiesto ha escrito Henri Barbusse.

Verdadera liga del bien público ese grupo, que se propone que el gran movimiento de redención que hoy presenciamos en el mundo, que esa resurrección de la humanidad, sean alumbrados por la lúcida conciencia de la *élite*, toma por guía al más admirado y venerado maestro en las letras francesas: Anatole France.

Ediciones de "Nosotros".

Nuestro colaborador, Moisés Kantor, que sabe juntar armónicamente en su espíritu el culto de las ciencias naturales con la dedicación a las letras, ha reunido en un volumen tres obras dramáticas de que es autor. La primera, *Sandro Botticelli*, drama en 3 actos de la época del Renacimiento, ve ahora la luz por primera vez. La segunda, *Griselda*, leyenda dramática en 1 acto de la Edad Media, se publicó en la revista *Atenea* de La Plata. La tercera, *Noche de Resurrección*, drama en 3 actos de la época moderna, apareció hace algún tiempo en *Nosotros*.

Noble teatro, más para leído que para representado, impregnado de un ardiente idealismo, y en el cual se plantean dramáticamente originales problemas éticos, merece sin duda éste de Moisés Kantor ser conocido por todos aquellos que siguen el movimiento de nuestra cultura.

La edición, muy cuidada, es de *Nosotros*.

"Vida Nuestra".

Ha cumplido dos años de existencia la revista israelita *Vida Nuestra*, de la cual hemos tenido ocasión de hablar más de una vez con elogio. El número aniversario que ha publicado *Vida Nuestra*, basta para acreditar la seriedad de intenciones y la amplitud de criterio que inspiran a su director, señor León Kibrick.

Artísticamente presentado, trae el siguiente sumario:

Leopoldo Lugones: *Filosofícula: El propictario de los cerdos*; José Ingenieros: *La moral del porvenir*; Aarón Bilis: *José Ingenieros* (apunte); Juan E. Carulla: *Paisajes de Entre Ríos*; Ernesto Nelson: *Esfera respectiva de los sexos en la sociedad*; Carlos N. Caminos: *Leyenda dorada*; Aarón Bilis: *La Santa Rusia* (óleo en tricromía); Arturo Capdevila: *El Cantar de los Cantares*; Emilio Berisso: *La hora suprema*; Carlos M. Grünberg: *Una composición*; C. Troyon: *Pâturage* (óleo); Ernesto Mario Barreda: *Las vacas*; Pedro Zonza Briano: *El pudor* (escultura); Mariano Antonio Barrenechea: *Max Stirner; Notas; Bibliografía; Periodismo*.

A nuestros suscritores.

Debido a circunstancias diversas, conflictos de los gráficos, demora en la entrega de originales, etc., el presente número aparece con un atraso de quince días. A fin de poder regularizar la salida de la revista, comunicamos a los lectores de NOSOTROS que este ejemplar corresponderá a los meses de Junio y Julio. Los suscritores no saldrán perjudicados, por cuanto el número que ponemos hoy en circulación es extraordinario, de 224 páginas, y el correspondiente al mes próximo aparecerá antes del 15 de Agosto.

NOSOTROS.

INDICE

	Pág.
La Dirección	Nuestro homenaje a Amado Nervo. 146
Amado Nervo	Siempre... } Poesías inéditas .. 147 Todavía no. }
Calixto Oyuela	Amado Nervo
Alfonsina Storni	A Amado Nervo (versos)
Arturo Marasso Rocca	Amado Nervo
Pedro Miguel Obligado	Amado Nervo.
Alberto Mendioroz	Amado Nervo
Carmelo M. Bonet	El poeta bueno
Juana de Ibarbourou	Ofrendas leves (versos)
Víctor Andrés Belaúnde	De la vida de Nervo
B. González Arrili	Amado Nervo diplomático
Luis Pascarella	Nervo y su medio
Emilio Frugoni	Al viajero que se vá (versos) ..
Alejandro Korn	Su filosofía
Alfredo Colmo	La filosofía de Amado Nervo ..
Víctor Mercante	Amado Nervo: Su morada interior
Delfina Bunge de Gálvez	El poeta de Dios
Carlos Obligado	Amado Nervo (versos)
C. Muzzió Sáenz Peña	El misticismo de Amado Nervo ..
Eloy Fariña Núñez	El misticismo de Amado Nervo ..
Marcos Manuel Blanco	El misticismo de Amado Nervo ..
Arturo Vázquez Cey	Ofrenda fúnebre (versos)
Eduardo Talero	Amado Nervo
Alberto Cordone	El poeta muerto
Juan Pedro Calou	Amado Nervo
Luis Berisso	Amado Nervo
Fernández Moreno	Amado Nervo (versos)
Horacio Maldonado	El último libro de Nervo
Pablo Della Costa (hijo)	Amado Nervo (versos).
Vicente A. Salaverri	El Poeta del Silencio de los Silencios

		Pág.
"La Prensa"	Cómo murió el Poeta	323
Folco Testena	A Amado Nervo (versos)	326
Arturo Lagorio	Diálogo de Leonardo y Kempis	328
Pablo Suero	Amado Nervo (versos)	338
Adolfo Korn Villafañe	La serena inquietud	340
Enrique de Leguina	Amado Nervo	342
Emilio Suárez Calimano.	Arco de triunfo	345
Antonio Gellini	Amado Nervo	347
Ernesto Morales	Amado Nervo	
Juan Burghi	Así sea.	} Poesias 349
Amado Villar	Porqué se fué el viajero)	
Augusto Bunge	Homenaje de la Cámara de Di- putados a la memoria de Ama- do Nervo	352
Emilio Oribe	Amado Nervo (versos)	355
Jorge Celso Tindaro	Ultima verba (versos)	357
"Nosotros"	Notas y Comentarios	359